



Primera regla:

**NO
HAY REGLAS**

FABIANA PERALTA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria y agradecimientos

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Epílogo

Biografía

Referencias de las canciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Puede acabar bien un amor que empezó de la peor manera posible?

Poppy siempre creyó que no, pero aun así, la atracción que sentía por él no le permitió ser objetiva y terminó cediendo a sus encantos, hasta que todo acabó peor de lo que había empezado.

Para Drake las relaciones sólo duraban lo mismo que el tiempo que debe permanecer un jinete profesional de toros sobre el animal: ocho segundos. A él sólo le interesaba batir récords en su nómina de conquistas pasajeras.

Pero por alguna razón los ocho segundos de la ronda corta se transformaron en los que uno enfrenta en el campeonato mundial de toros, y para Drake ella se transformó en el desafío de su vida, como si fuera el animal más bravo de la competencia.

Alejarse de él parecía la única opción, por lo que se instaló en el campo lejos de los chicos de ciudad, donde halló la seguridad que buscaba, hasta que todo volvió a truncarse.

Es bien sabido que el amor nunca es fácil, pero un amor de las características del que ella se planteaba vivir, mucho menos.

Sólo debía decidir si acataba las reglas o las dejaba todas de lado sin importarle las habladurías.

PRIMERA REGLA: NO HAY REGLAS

Fabiana Peralta

zafro

Cuando considerado todo lo posible no alcanzamos una solución, entonces sólo tenemos un camino, considerar lo imposible: romper las reglas.

ALBERT EINSTEIN

Dedicatoria y agradecimientos

Esta novela está dedicada a mi familia, jamás podría dejarlos fuera de una dedicatoria. A toda la gente que me sigue en Facebook, Instagram, Twitter, a los *bloggers*, a mis lectores beta, que leen una y otra vez cada párrafo, a los correctores y gente de diseño, a mi editora Esther Escoriza, a la editorial que me apoya siempre desde mis comienzos profesionales, y a toda esa maravillosa gente que pasa por mi página web y me deja correos hermosos, que a veces no tengo tiempo de contestar; prometo que me sentaré y devolveré cada *email*.

A vos, Cecy, que siempre subís al F-18 y me animás a que levante el vuelo y no me conforme con uno rasante.

El éxito de *Primera regla: no hay reglas* es de ustedes.

Les dejo a todos un enorme y muy sentido GRACIAS.

Uno

Poppy

Una maleta pequeña, un bolso de mano, un estúpido sombrero vaquero y botas a juego que combinaban con mi vestido floreado, eso era todo lo que traía conmigo.

Estacioné en el arcén y revisé el confuso camino que el GPS me marcaba.

—Joder, ¿por qué había creído que venirme a vivir a un rancho en medio de la nada sería lo adecuado?

Las indicaciones resultaban liosas, y no sabía qué ruta era verdaderamente la correcta; parecía ser que Google Maps se había olvidado de actualizar ese sitio en el que sólo podían verse montañas y extensiones de campo.

Bajé de mi coche y automáticamente las miradas se dirigieron en mi dirección; después de tanto viaje, en ese momento me hallaba en una zona de tiendas situadas a un lado de la calzada, así que tuve la esperanza de no estar tan lejos.

«¿Qué hay de malo en mí?», pensé de inmediato. Las pocas personas que rondaban por los alrededores me observaban como si fuera un pez fuera del agua... y en realidad lo era, y, al parecer, ellos lo habían descubierto en tan sólo un tris.

Un hombre robusto, joven, con aspecto de ser un vaquero del lugar, permanecía apoyado con el codo en la ventanilla de su camioneta, una F-150 de color azul.

Rápidamente estudié su aspecto: llevaba una camisa a cuadros, arremangada y ajustada a su forma atlética y esculpida, que dejaba ver

parcialmente la tinta de un tatuaje; pantalones Wrangler de mezclilla que se abrazaban a sus muslos y a su trasero, como si estuvieran confeccionados especialmente para el chico del anuncio, y botas tejanas, gastadas y polvorientas. Al verme se quitó el sombrero negro de ala ancha que llevaba puesto, y su protuberante mandíbula, fuerte y recia, resaltó. Con el antebrazo limpió el sudor de su frente; lucía un bronceado natural que destacaba más aún el verde de sus ojos. Seguro que no se trataba de un tono de piel conseguido de forma artificial, sino más bien por estar trabajando a menudo bajo el sol. Antes de que comenzara a hablar, y mientras jugaba con una pajilla de heno que sostenía en la boca, me sonrió descaradamente, como si supiera lo que estaba apreciando en él. Debía admitir que su rostro se veía bastante impresionante desde donde yo me encontraba, pero aparté esos pensamientos bien lejos de mi mente; no estaba interesada en comprar nada.

Tironeé del ala del sombrero que llevaba puesto para protegerme del sol, ya que en esa zona de la tierra éste parecía pegar mucho más fuerte que en cualquier otra, y lo miré descaradamente también... Si ese tío pensaba que su altura y complexión podrían intimidarme, estaba realmente equivocado; mucho menos podría hacerlo su porte de sabelotodo en plan de conquista, y menos aún su profunda mirada. Se veía fuerte, tal vez debía su físico a las tareas del campo, y era atractivo, pero a simple vista se notaba que era un idiota arrogante, y yo estaba allí por trabajo; de hombres de su talla, estaba hasta la coronilla.

—Disculpa, creo que quizá podrías ayudarme.

Tras mis palabras, se estiró hacia el interior del vehículo para bajar el volumen de la música *country* que sonaba en su camioneta, una pegadiza canción que había oído en el bar donde mucho antes me había parado para desayunar y que creo que se llamaba *She Cranks My Tractor*.

«¿Es que acaso por aquí nadie escucha otro tipo de música?»

Se incorporó de nuevo y dejó de estar recostado sobre la puerta de la F-150 al tiempo que se recolocaba el sombrero y lo hundía hasta sus ojos.

—¿Me hablas a mí?

—Bueno, sin duda te estoy mirando a ti. Eres la persona más cercana que he encontrado; cercana en cuanto a distancia —le aclaré, explicándole que mi elección era sólo por eso.

El vaquero se acomodó la enorme y reluciente hebilla de su cinturón, y entonces me reí descaradamente por mis pensamientos.

—¿Hay algo gracioso? ¿Por qué no lo compartes conmigo y nos reímos juntos?

—No quieres saberlo.

—Créeme que sí... Me interesa saber lo que piensa una indefensa señorita de ciudad, que por lo visto necesita de mi ayuda.

¿Cómo se había dado cuenta de que era urbanita? Yo había imaginado que mi vestido estampado, mis botas y mi sombrero harían la magia para no desentonar. En fin, no me iba a demorar en esas reflexiones, necesitaba volver al camino y llegar al rancho, y ese vaquero parecía el indicado para servirme de guía.

Agité la cabeza, negando, para que entendiera que en verdad no quería que de mi boca saliera lo que me pasaba en ese momento por la mente.

—Necesito coger la carretera 395 —planteé para cambiar de tema; fui directa a lo que precisaba—, pero me temo que equivoqué el itinerario y hace rato que el GPS me tiene dando vueltas, creo que la ruta no está actualizada.

—Chica de ciudad que confía en un aparato electrónico, lo dicho.

Ladeé la cabeza y me quedé observándolo mientras hacía repiquetear el tacón de mi bota de modo impaciente; acompañé mi actitud con los brazos en jarras, e incluso me parece que me mordí la lengua para no soltar un exabrupto. Necesitaba que el idiota ese me indicara el camino, y si le decía lo que estaba pensando era muy probable que decidiera no echarme una mano.

—Lo dicho, ¿puedes ayudarme o le pregunto a otra persona? Tal vez tampoco seas de por aquí.

Él sonrió; debo reconocer que el vaquero tenía una sonrisa muy seductora.

Después de lo que me pareció una eternidad, empezó a hablar, mientras volvía a acomodarse la hebilla del cinturón.

Joder, ¿tan necesitado estaba de que prestara atención a su paquete?

—Sigue por esta carretera y te topará con la 395.

»Dime, ¿adónde vas? Así te indico si tienes que girar a la derecha o a la izquierda una vez que llegues allí.

—Necesito llegar a la calle William Brent, al 400 de esa calle.

Noté que frunció ligeramente el ceño, y se recolocó el sombrero.

—Interesante... —Se me quedó estudiando casi durante una eternidad más—. ¿Vas al rancho Lynch?

—Sí, ¿lo conoces?

—Todos lo conocemos en Washoe City.

—El rancho queda en New Washoe City —aclaré, por las dudas de que estuviera en otro pueblo en el que hubiera una calle con el mismo nombre.

Él se carcajeó.

—De acuerdo, estás en New Washoe City, también conocida como Washoe Valley; otro día te explicaré por qué también se llama Washoe City.

—¿Asumes que volveremos a vernos?

—Tal vez... Como es fácil imaginar, en estas tierras todos nos conocemos y a menudo nos topamos. ¿Piensas quedarte mucho tiempo por aquí?

«¡Oh, Dios!, al parecer este insufrible podría ser mi vecino.»

—Vengo por trabajo.

—O sea, que el tiempo que te quedes dependerá de si haces bien o mal tu trabajo.

—Siempre hago muy bien mi trabajo.

—Veremos qué opina quien te haya contratado, pronto lo sabrás.

Después de que me diera las indicaciones oportunas, un tío de igual aspecto que él, pero mucho más joven, que todo el tiempo estuvo cargando su camioneta con suministros de la tienda mientras nosotros hablábamos, llamó su atención.

—Brave, ¹ ya está todo cargado en la parte trasera.

—Ok, Adam; sube. —Se tocó el sombrero y completó su despedida diciendo—: Nos vemos, rubia.

«Sin duda este gilipollas tiene una manía con su hebilla», me dije, pues volvió a tocársela mientras se subía al vehículo.

—Oye —le solté antes de que se fuera—, ¿todavía te interesa saber de qué me reía?

—Creo que no.

No tuve en cuenta lo que respondió y decidí que iba a bajarlo del podio en el que, al parecer, estaba subido.

—Me preguntaba si el tamaño de tu hebilla cubría alguna carencia más abajo.

No se detuvo; se acomodó en la camioneta y luego me miró a través del hueco de la ventanilla.

—Podría decirte que, cuando gustes, puedo enseñarte lo que preguntas, así compruebas por ti misma que mi hebilla nada tiene que ver con lo que insinúas, y sí con mi poderío, pero no quedaría bien hacerlo; descuida, tienes aspecto de estar un poco perdida, además de no conocer el camino, pero ya me entenderás, no quiero que haya malas interpretaciones.

Me guiñó un ojo y montó en la camioneta; su amigo, en la plaza del copiloto, se bajó su Stetson, ² en un intento de ocultar su risa ante mis palabras; sin embargo, no logró hacerlo y el engreído lo fulminó con la mirada; una mirada que decía «vete a la mierda».

—Nos vemos muy pronto.

—Lo dudo.

Cooper

Me sentía agradecido de que Adam no hubiera utilizado ni mi verdadero nombre ni mi seudónimo artístico; por suerte me había llamado como

también, a menudo, lo hacían en el mundo del rodeo de toros, utilizando un estúpido mote que habían adosado con el tiempo a mi alias, con el correr de mis montas y de los toros que había tenido que superar a lo largo de mi carrera.

La chica me había fastidiado y, al darme cuenta de quién era, todavía mucho más. Podría haberle facilitado el camino más corto, por supuesto, pero iba a tomar ventaja de ello y por eso le había indicado el más largo.

Cuando llegamos al rancho, le pedí a Adam que metiera la camioneta tras el granero.

—No te preocupes, ve a hacer el resto de tus tareas; luego descargaré las provisiones.

Entré a grandes zancadas en el rancho y llamé a gritos a mi madre.

—Mamá... ya he vuelto. Estaré en la oficina, necesito llamar a Parker.

—Cariño —mi madre salió limpiándose las manos en su delantal de cocina—, Parker te está esperando allí precisamente. Me acaba de informar de que hoy llega la chica que ha contratado para lo de la comercialización de tu imagen para esta nueva temporada del PBR.³ Voy a ir a preparar la habitación de la casa de huéspedes.

—¡¡Parker!! —grité sin dejarla terminar de hablar—. ¡Maldición, no prepares nada! —le ordené a mi madre antes de subir las escaleras de dos en dos y vociferando para que el condenado de Olson me oyera—. ¿Aún sigues con esa idiotez? Te dije que no quería nada de eso que se te metió en la cabeza.

Abrí la puerta de mi despacho aventándola, y el cabrón de Parker Olson estaba sentado tras mi escritorio, fumándose un puro, con las polvorientas botas apoyadas sobre éste.

—Tarde para quejas, la experta en marketing ya debe de estar a punto de llegar.

—¿Por qué mierda nunca me escuchas?

—Porque sé perfectamente lo que es mejor para ti, y lo sé desde que te

subiste por primera vez a un toro; hace muchos años que me convertí en tu agente deportivo y, como tal, he decidido que lo que necesitas actualmente es a un especialista que te promoció en la web durante esta temporada.

—Lo que necesito es mantenerme en cada monta ocho malditos segundos sobre el lomo del jodido toro, para llegar a la final y convertirme otra vez en campeón; sólo eso es lo que necesito, y entrenar para que ninguna condenada bestia pueda vencerme en los viajes, y también suerte para que ninguna lesión me deje fuera de la competición nuevamente.

—Bueno, no sólo a la bestia tienes que vencer, también hay que ganar a los otros jinetes.

—Apaga ese cigarro, estás apestando toda la estancia con el olor a tabaco.

—Escúchame, Bronco, y no seas cabezota: necesitamos conseguir más patrocinadores, necesitamos que a tu camisa y a tu chaleco no le queden espacios libres... Necesitamos, además, que todos te quieran a ti, eso te convertirá en favorito mucho antes de los resultados, y eso lo podemos lograr con una buena campaña que comercialice tu imagen. El año pasado no fue bueno para nosotros; ya han transcurrido dos años desde que ganaste el campeonato y tenemos que volver a conseguirlo.

—No necesito nada de lo que pretendes.

—Como ya te he dicho, es demasiado tarde para berrinches, pues la experta está contratada y llega hoy; de hecho, debe de estar a punto de hacerlo en cualquier momento.

—Atiéndela tú, no me interesa conocer a nadie.

Salí de la oficina antes de que llegase la rubia de ciudad. En el camino me topé nuevamente con mi madre.

—Prepara la caravana que ocupaba McQueen; nada de habitaciones de huéspedes para quien sea que llega —le indiqué.

—Pero Parker me comentó que era una señorita de ciudad.

—Viene a trabajar, así que ocupará el lugar que utilizan todos los trabajadores.

—Cooper...

—Mamá —la miré sin amilanarme—, haz lo que te digo; por una puta vez, ¿alguien podría escucharme en esta casa?

Me fui para atender las caballerizas. Había salido temprano al pueblo junto con Adam, y habían quedado muchos asuntos pendientes allí, eso sin contar con que debía ir a reparar los cercos del lado sur antes de que anoheciera, ya que el ganado que criábamos estaba escapándose por ahí.

Poppy

Una estaca de color blanco, con un cuatrocientos pintado en ella, estaba clavada en la tierra en un lateral de la calzada, advirtiéndome de que había llegado. Giré a mi izquierda sobre un camino de grava, donde una gran roca en la que aparecía escrito el mismo número volvía a indicar que había alcanzado mi destino. Conduje hasta la puerta de la empalizada. Nadie se veía por allí a simple vista, así que decidí que debía bajarme del automóvil, abrir la valla de metal y entrar. A lo lejos podía vislumbrarse la propiedad, pero, como no encontré un timbre para anunciarme, entré, asumiendo que allí ésa era la costumbre.

Tras cerrar la puerta, continué por el camino polvoriento mezclado con grava, hasta que estacioné frente a lo que supuse que era la casa principal.

El terreno era una gran pradera, cercada con una empalizada de madera, que se extendía a lo largo de muchos acres; a lo lejos podía verse un granero, un redil y otros edificios que pensé que quizá eran utilizados como caballerizas.

—Buenos días, señorita Monroe; me alegro de que haya llegado bien.

Un hombre maduro, de cabellera gris y barba y bigote tupidos del mismo color, salió a mi encuentro; de inmediato deduje que era quien me había contactado para trabajar, el agente del jinete de toros.

—¡Uff!, me ha costado bastante encontrar el lugar, pero aquí estoy.

Llámeme Poppy, señor Parker, ¿cierto?

—El mismo. Bienvenida al rancho Lynch.

Extendió su callosa mano para estrechar la mía, y más de cerca estudié sus facciones: se trataba de un hombre, como ya he dicho, mayor, tal vez estaba en sus sesenta largos, pero se lo veía muy bien conservado aún, salvo por que los surcos en su frente y alrededor de sus ojos denotaban el paso del tiempo, al igual que en sus manos; sin embargo, aún se notaba que éstas eran muy fuertes. Vestía de modo formal, un pantalón de sarga de verano y un chaleco de la misma tela, sobre una camisa blanca arremangada, del que colgaba la cadena de oro de un reloj que supuse que estaba oculto en el bolsillo de éste; su presencia infundía respeto. Encasquetado, llevaba un sombrero de ala ancha marrón.

Nos encontrábamos de pie en la escalerilla de acceso a una casa con aspecto de cabaña, y una mujer rubia con dos trenzas salió de allí. Ésta llevaba puestos pantalones vaqueros, una camisa anudada en la cintura y botas tejanas. Se notaba que era una persona madura, unos cincuenta y cinco años le calculé, pero su piel todavía se veía muy lozana y fresca, y era muy hermosa, además.

—Te presento a la señora Marcia Lynch, la propietaria de este rancho junto con su hijo.

—Encantada; mi nombre es Poppy Monroe.

—Hola, Poppy, bienvenida. Espero que te sientas muy a gusto en el rancho, y que no extrañes demasiado la ciudad.

—Oh... en realidad creo que me encantará vivir aquí, es un lugar muy bonito, con unas vistas únicas... —Miré a mi alrededor, admirando el paisaje; la propiedad estaba rodeada por los picos de Sierra Nevada y enclavada en un sitio donde la vista humana sólo podía alcanzar a captar la belleza de esos parajes—. Necesitaba dejar atrás la vorágine de la metrópoli.

—En ese caso, espero que este lugar sea todo lo que esperabas que fuera.

—Estoy segura de que sí.

—La vida aquí comienza muy temprano... y termina muy temprano también —me explicó; su voz era pausada, transmitía calma—, una cuestión de lógica pura, así que a las seis cenamos y a las ocho, como muy tarde, ya estamos todos en la cama para levantarnos al alba al día siguiente, y así poder iniciar las tareas del rancho. En tu caso, si lo deseas, creo que no habrá problema para que sigas con tus costumbres... Puedo dejarte preparada la comida para que cenes a la hora que prefieras, si no quieres comer con nosotros tan pronto... aunque, si no es el caso, serás bienvenida a nuestra mesa.

—Es usted muy amable, señora Lynch, pero no es preciso que se ocupe de mí, puedo hacerlo sola y, además, no pretendo ser una carga para nadie. El señor Parker y yo pactamos que el contrato incluía hospedaje, pero no pretendo que también entre la alimentación.

—Sólo es un plato más, cariño, y sólo tenemos Internet en la casa principal, así que asumo que trabajarás varias horas al día allí... y, por favor, nada de señora, llámame sólo Marcia.

—Poppy, la propiedad es muy grande y, además de la casa principal, cuenta con una de huéspedes que está junto al estanque artificial, por allí atrás, así que sitio, como verás, hay aquí de sobra. Bueno, Marcia te indicará dónde vas a alojarte.

—El único problema de la casa de huéspedes es que el fogón de la cocina hace tiempo que está estropeado —agregó la dueña de la finca, una vez que Parker hubo acabado su explicación—, pero, como nunca recibimos a nadie, Cooper no lo ha reparado. Es decir, de momento la cocina allí está inutilizada, pero ya le diré a mi hijo que se ponga manos a la obra.

—Bien, Marcia, ya os he presentado —la interrumpió el mánager—, así que mi trabajo por hoy está cumplido. Además, debo ir hasta Reno por unos asuntos de mi propio rancho, y no quiero regresar demasiado tarde.

—Descuida, Parker, yo me ocupo: primero le enseñaré dónde está la oficina con el ordenador y luego la ayudaré a instalarse.

—Disculpad, pero pensaba que antes conocería al señor Lynch.

—¿Te refieres a Cooper? No creo que le hiciera mucha gracia que lo llamaras *señor*, odia que lo hagan —destacó su madre—. Mi hijo está arreglando la cerca del lado sur; ayer vinieron a avisarnos del rancho vecino de que el ganado estaba pasando de nuestra propiedad a la suya; seguramente estará aquí para la cena.

—No te preocupes, Poppy, instálate tranquila. Mañana vendré temprano para que empecemos a pactar lo que quiero que prepares; sé que ya te lo he dicho, pero debemos ponernos de acuerdo con Cooper.

—Perfecto señor Parker, estoy ansiosa por empezar. Necesitaremos cuanto antes las fotos que le comenté del señor Lynch; me he tomado la libertad de buscar a algunos fotógrafos que podrían llevar a cabo ese trabajo.

—Mañana hablamos; te prometo que trataremos todos esos temas y nos pondremos de acuerdo, y... descuida, tenemos tiempo: sólo estamos a mitad de temporada, así que utiliza el día de hoy para instalarte con tranquilidad.

Marcia era una mujer muy agradable y sencilla, que me hizo sentir muy cómoda al instante; cuando el señor Parker se marchó, me enseñó el resto de la casa, y luego me guio hasta la casa de huéspedes, pues al parecer era el lugar donde iba a vivir. De camino le dijo a uno de los empleados del rancho que moviera mi coche y lo guardara en el garaje, y también le indicó que llevara mi maleta.

Cuando un rato antes llegué al rancho, mientras lo rodeaba para alcanzar la entrada, divisé a lo lejos una zona de caravanas; entonces pensé que ése sería el sitio en el que me instalarían; cuando el señor Parker pactó conmigo lo de la vivienda, no especificamos nada más, así que no imaginé que fueran a ubicarme, sola, tan cerca de la casa principal.

Accedimos a la casita de huéspedes a través de una escalera exterior, y entonces me percaté de que, bajo ésta, había uno de los dos garajes que la finca poseía; éste estaba abierto y, al parecer, lo habían adaptado y se usaba como gimnasio. Entramos y vi que en la planta abierta superior había una

modesta cocina y una pequeña mesa, con espacio para seis sillas, que delimitaba el espacio del comedor. Noté también que ese lugar se utilizaba como sala de recreo, ya que en el centro del salón había una mesa de billar y unas viejas máquinas tragaperras, también conocidas como tragamonedas. Marcia me guio hacia una puerta, que resultó ser la de mi habitación; allí había una cama de madera dura de dos plazas, que a simple vista parecía muy cómoda. En esa estancia había también un pequeño armario, donde me indicó que podía dejar mis pertenencias, y luego abrió otra puerta y me enseñó el baño del dormitorio, pequeño y modesto pero con todas las comodidades necesarias para darme un buen aseo.

—Toma, cariño. —Marcia me entregó en mano un juego de llaves—. Te aseguro que tendrás la privacidad necesaria, y espero que muy pronto te sientas muy a gusto entre nosotros.

—Gracias, señora, es muy amable y una gran anfitriona.

—Ya te he dicho antes que me llames Marcia; aquí es muy común usar el *señora*, pero sé que, de donde vienes, casi no se utiliza.

—Muchas gracias, Marcia. El refrigerador, ¿funciona? Como me has comentado que los fogones no, por eso pregunto.

—Sí, la nevera está en perfecto estado, puesto que Coop, de vez en cuando, usaba este lugar; en realidad, antes ésta era su cabaña, pero después se hizo una ampliación en la casa principal y se mudó allí.

—Oh, lamento ocupar un espacio que se utilizaba con otro fin.

Me sentí incómoda; tal vez ése era el picadero del señorito de la casa.

—No te preocupes; la verdad es que, hoy por hoy, Coop casi no viene por aquí.

—No quiero ser una molestia, seño... Marcia.

—Descuida, y además será muy agradable tener a una mujer en el rancho. Soy la única que vive aquí.

»Si necesitas ir al pueblo, puedo llevarte, aunque está claro que puedes manejarte sola, ya que has llegado conduciendo tú misma. Carson City y

Reno están muy cerca también; allí se consiguen mejores ofertas. ¿De dónde vienes?

—De Ohio; originalmente soy de Columbus, pero hace algunos años mis padres se mudaron a Dublin por el trabajo de mi padre.

—Debo de estar confundida, entonces. —Frunció la boca—. Me pareció entender, por lo que dijo Parker, que eras una chica neoyorquina.

—Bueno... en realidad he vivido durante seis años en Nueva York.

—¿Sola? Pero eres muy joven.

Asentí con la cabeza.

—No tengo una buena relación con mis padres; es decir, no es ni buena ni mala, simplemente no nos entendemos. Mi padre hubiera preferido que fuera médica como él, como también lo es mi hermano y mi madre.

»Cuando me fui de la Gran Manzana, pensé que podría reinstalarme en Columbus, pero resulta que mi hermano está viviendo allí, porque ha abierto su clínica, así que regresé a casa de mis padres en Dublin; sin embargo, la convivencia no funcionó.

—Lo siento...

—No te preocupes, estoy acostumbrada a ser la oveja negra de la familia.

Cuando me quedé sola, comencé a desempaquetar mi ropa... y no pude evitar sentirme mal; esa gente me estaba abriendo las puertas de su casa, dándome un techo y trabajo, y me había hecho con el puesto sin ser totalmente honesta con ellos.

Me senté en el borde de la cama y me toqué la cabeza intentando ordenar mis ideas. No había mucho que pensar: en ese momento, a lo único que podía optar era a aprovechar las posibilidades que se me presentaban y seguir adelante; no podía hacer lo que había hecho siempre, esta vez no... no podía atascarme en el pasado, ya era una adulta de veintiocho años, independiente y capaz, y tenía que dejar de esperar la aceptación y el afecto de mis progenitores. Estaba en eso por mi cuenta y riesgo, exclusivamente.

Me toqué el vientre y respiré profundamente al comprender que yo jamás

sería como ellos; tenía una meta e iba a proteger a mi hijo, haciendo hasta lo imposible para conseguirlo, pues el tiempo que pudiera ganar antes de que descubrieran mi embarazo lo aprovecharía al máximo para economizar en el hospedaje... Necesitaba ahorrar, necesitaba un trabajo estable, uno más seguro que mis ventas en los *tuppersex*, y lo más importante: necesitaba también un seguro social que me diera cobertura médica durante la gestación.

El pueblo al que me había mudado estaba cerca de la ciudad de Reno, a unos treinta y cuatro kilómetros, unos veinte minutos en coche, así que ése era mi plan: me haría atender allí, manteniéndome alejada y a salvo.

Las palabras *a salvo* resaltaron entre los demás pensamientos; no es que mi vida corriera peligro ni nada por el estilo, pero por alguna razón en ese lugar así me sentía.

Inhalé con fuerza, esperando poder reducir mis miedos, a la vez que me dije que debía calmarme y no obsesionarme con lo que pasaría luego. Si finalmente mis empleadores no querían que continuase allí, ya buscaría un sitio donde vivir; mientras tanto cumpliría con mi trabajo, y estaba segura de que no tendrían ni una sola queja de eso, ya que estaba decidida a llevar a lo más alto la imagen de quien me había contratado, cosa que sabía que podía lograr.

El sonido de un mensaje de WhatsApp me apartó de cualquier nostalgia, así que tragué el sabor amargo que mis reflexiones me habían producido y desbloqueé la pantalla. Miré parcialmente las notificaciones sin abrir la aplicación; eran mis amigas, Nicole, Chiara y Joss. Las chicas, al parecer, estaban de cotilleo en el grupo que teníamos las cuatro, pero yo no me sentía con ánimo de participar, así que me dije que luego leería lo que estaban diciendo; esa noche tenía lugar la cena previa a la boda de Nicole y me sentía fatal por no poder acudir; me sentía una mala amiga, y tal vez lo era.

Sacudí la cabeza. Ellas no estaban al tanto de nada, pues les había hecho creer que regresaba a casa de mis padres porque mi madre estaba enferma. Era mejor así, Drake no tenía que enterarse de lo que estaba ocurriendo,

porque él no quería a ese bebé, y tampoco quería un compromiso de ninguna clase, se había encargado de dejarlo muy claro, así que estaba sola en eso.

La verdad es que no podía hacer responsable a nadie más que a mí misma de mi situación; yo era la única encargada del bienestar de mi hijo, puesto que, cuando follamos sin protección, sabía muy bien a lo que me exponía, sólo que las malditas píldoras fallaron... ¡Bah, en realidad la que falló fui yo, porque me salté unas cuantas y pensé, ilusamente, que no pasaría nada!

Las pastillas de ciclo extendido que tomaba hacían que mi menstruación no hiciera acto de presencia cada mes, y me confié, creyendo que todo marchaba según mi plan anticonceptivo, pero luego los malestares de los primeros meses aparecieron y ya empecé a pensar que algo no iba como siempre; además, tenía claro que Drake y yo lo habíamos hecho sin condón, así que la prueba de embarazo que me practiqué tras experimentar un pequeño sangrado no hizo más que confirmar mis sospechas.

No quería maldecir por mi descuido, porque, a pesar de todo lo que significaba, estaba feliz sabiendo que iba a ser mamá; incluso afrontando el momento sola, y aunque no hubiera sido nada planificado, me sentía capaz de convertirme en madre soltera; después de todo, Luka lo había conseguido con Mila, y él era un hombre. Así pues, ¿por qué creer que yo no lo lograría?

—Porque tú no tienes los millones que tiene él y, para criar a tu hijo sola, no podrás pagar a nadie para que te ayude —reflexioné en voz alta.

No quería amargarme, no quería pensar que no podría con todo, no quería que mis padres tuvieran razón... Ellos me habían dicho que no era capaz de cuidar de mí misma y que mucho menos iba a poder hacerlo con un hijo; me llamaron irresponsable, y quizá estaban en lo cierto, pero no se lo iba a reconocer... Por el contrario, iba a demostrarles a todos lo buena madre y responsable que podía ser con mi bebé. Estaba dispuesta a probar ante todos que se equivocaban, también ante mi hermano, quien en vez de apoyarme me dijo que él estaba centrado en su carrera y planeando su futura boda. En fin,

todos prefirieron sacarse el problema de encima, y allí estaba yo, buscando darle un nuevo rumbo a mi vida y dispuesta a encontrarlo.

A veces me arrepentía de haberme ido de Nueva York, pero era tarde para lamentaciones; era sabido que el trabajo que tenía en la empresa de Luka era el mejor que alguien podía aspirar a tener, y más en mis circunstancias, pero ver a Drake a diario se me hacía cada vez más insostenible, verlo incluso coqueteando con cuanta mujer se le cruzaba me resultaba desgarrador, sin contar con que, ocultarle que llevaba a su hijo en mi vientre, definitivamente iba a ser algo que no iba a poder conseguir si me quedaba.

«¿Por qué soy tan estúpida como para enamorarme de un coleccionista de coños, al que sólo le importa follar?»

Agité la cabeza, negando; no podía continuar sintiendo lástima de mí misma, ésa no era la solución que necesitaba.

Y además ya estaba decidido y no había marcha atrás; necesitaba seguir adelante y no plantearme lo que hubiera podido ser y no fue.

Cooper

Hacía un buen rato que la noche había caído sobre el prado y acabábamos de terminar de arreglar la cerca, ayudados por la luz artificial gracias a una batería. Bien podríamos haber dejado la tarea inconclusa y terminarla al día siguiente, pero lo cierto era que no tenía planes de regresar a casa temprano, ya que estaba convencido de que mi madre estaría como loca con la llegada de la huésped neoyorquina.

—Gracias, muchachos, por quedaros a acabar esto junto a mí —les reconocí a Adam y a Roger, palmeándolos en la espalda, mientras éstos recogían las herramientas y las guardaban en el maletero de la camioneta.

Sin demora, me monté en el caballo y me dirigí hacia la casa. Llegué a las cabellerizas, me apeé de un salto de mi *Smoky Black*⁴ y lo llevé dentro del cobertizo al tiempo que me preparaba para desensillarlo; quité la montura y

luego el sillín, y, tras dejarlo todo en su sitio, lo guie hasta su *box*, donde le di agua y comida. Mientras él se alimentaba, cogí la almohaza⁵ y comencé a cepillar su lomo en círculos; intentaba rebajar el estrés que pudiera haber cogido por la monta. Luego cogí la bruza⁶ para eliminar la grasa, la caspa y el sudor, no sólo del pelo, sino también de la piel.

—Bien, *Spark*, ha sido un día muy largo, es hora de descansar. —Besé su hocico y me dispuse a marcharme.

Cuando salí de las caballerizas, mi atención se centró en la luz tenue que divisé a través de las ventanas en la casita de huéspedes.

Maldije al notar que mi madre no me había hecho caso y, a pesar de mis indicaciones, la había instalado allí.

Me quité el sombrero y me limpié el sudor de la frente. ¡Joder!, la temperatura no daba respiro; era una noche calurosa y necesitaba darme un baño.

Subí las escalerillas de la entrada de la casa principal y me quité las botas, para no llevar el barro dentro.

—Te has asegurado de llegar a una hora en la que ya no te la pudieras encontrar.

La voz de mi madre me cogió desprevenido; estaba sentada en su mecedora en la galería, junto al alfeizar de la ventana del comedor, y no me había dado cuenta de que estaba allí porque las luces estaban apagadas.

—Y tú te has asegurado de instalarla en la casa de huéspedes y no en la caravana.

—¿Qué te pasa, Coop? Tú no eres un mal anfitrión. Hijo, ¿qué sucede con esa chica? Si ni siquiera la conoces.

—Es una empleada, y los empleados duermen en las caravanas, no me interesa el sexo que tenga.

—Te recuerdo que el año pasado estabas empeñado en construirles un rancho a los trabajadores.

—Aún está en mis planes hacerlo, aunque creo que, la privacidad que les

da el remolque, muchos la agradecen.

»Iré a ducharme y a comer algo, estoy cansadísimo.

—Es rubia, y muy hermosa; tiene sólo dos años menos que tú, veintiocho, aunque a simple vista aparenta menos, y, por lo que he estado hablando con ella, es una persona muy interesante y muy culta.

—No te he preguntado nada.

Mi madre se carcajeó para molestarme un poco más, si eso era posible. ¡Joder, me sentía irritado en exceso!

—Te he dejado la cena al baño María, para que todavía estuviera caliente cuando llegases.

—Gracias, señora, pero podría haberla calentado en el microondas.

—Pierde el sabor.

Asentí con la cabeza; mi madre, si bien se adaptaba bastante rápido a los nuevos tiempos, tenía costumbres arraigadas que no se podía quitar, y aunque había hecho equipar su cocina con toda la tecnología que hoy en día hay disponible en el mercado, prefería seguir usando sus viejos métodos en algunas cosas.

Entré en la casa dejando a mi madre en la galería; me dirigí al fogón, para apagarlo, y luego fui hasta mi habitación, donde me di una rápida ducha en mi cuarto de baño.

Cuando regresé al comedor, me asomé por la ventana, pero mi madre ya no estaba sentada allí, así que cené en soledad, y después lavé los cacharros, pues ella odiaba que quedaran amontonados y sucios en la pila de la cocina.

A pesar de estar muy cansado, estaba desvelado, así que me senté en el pórtico y cogí el libro que hacía unos días había tomado prestado de la biblioteca de mi madre; a ella le encantaba leer y me había transmitido ese hábito desde bien pequeño.

Amaba esos escasos momentos en los que podía disfrutar de la tranquilidad de la noche; por lo general era bastante taciturno y solitario, pero

en el rancho eran pocos los ratos que tenía para estarlo, así que aproveché el instante en el que mi única compañía eran los sonidos nocturnos.

Si tuviera que describirme podría decir que era un hombre con costumbres muy arraigadas y con un carácter bastante complicado, eso tenía que reconocerlo; la soledad que me había impuesto mi profesión, junto con las responsabilidades del rancho que tuve que asumir cuando murió mi padre, me transformaron en el tipo que era; había dejado de lado hacía muchos años la vida social, así que había aprendido a disfrutar de esos escasos momentos.

En el circuito profesional de monta de toros había ciertas reglas que se debían seguir, y eso me había convertido en un hombre disciplinado en diversos aspectos de la vida; amaba la adrenalina que sentía cada vez que me subía a un toro para completar una jineteada, también denominada viaje, pero no podía negar que había momentos en los que extrañaba tener una vida normal.

Mujeres nunca me faltaban. Cada vez que terminaba una competición, había alguna dispuesta a pasar un buen rato, y aún más si se era popular como lo era yo dentro de ese mundillo; las *conejitas de hebilla* siempre atestaban las gradas para que pudiéramos elegir a una de ellas, pero estaba un poco harto de esa vida vacía.

A veces sentía que mi única meta era exclusivamente permanecer ocho segundos sobre un toro.

Mi madre y mi padre habían formado una familia, y juntos llevaron adelante el rancho, tierra donde nació mi padre; ellos fueron muy felices y a veces me preguntaba qué legado sería el que yo dejase, aparte de ser una leyenda en el circuito de monta profesional de toros. Estaba seguro de que, con el correr de los años, la gente me olvidaría y también mis gestas, así era siempre cuando aparecía una nueva figura del rodeo; los jinetes, cuando se hacían mayores, iban reemplazándose y los anteriores quedaban en el olvido.

Por eso a veces dudaba de si merecía la pena luchar sólo por mantenerme durante ocho malditos segundos seguidos sobre el animal, completando el

viaje.

Dos

Drake

—Hola, Ma. Es tarde... ¿Otra vez esperando a que papá se duerma para que no se entere de que me llamas?

—No me lo reproches, sabes que tu padre tiene un carácter complicado. Bufé sonoramente, pero no dije nada, esperé a que ella hablase.

—Te extraño, hijo.

—Yo también, pero tú no sales nunca de ese rancho y menos del pueblo, así que pensar en verte resulta imposible.

—¿Hasta cuándo? Drake, ¿por qué sois tan testarudos los dos?

—Sabes perfectamente lo que dijo mi padre cuando me echó de casa, que yo había muerto para él.

—Uno a veces, en caliente, dice cosas que no quiere decir.

—No es cierto, sabes muy bien que, cuando papá dice algo, realmente es lo que quiere expresar. Para él no hay grises y para mí tampoco.

«Además, es lo que le convenía», recordé, pero me guardé una vez más mis pensamientos; no iba a herir a mi madre, no iba a destruir la vida de mi...

—No seas duro con tu padre —me pidió ella, interrumpiendo mis reflexiones.

—No tienes idea de lo que verdaderamente pasó.

—No la tengo porque ni tú ni él, nunca, me lo habéis querido contar, pero ¿qué puede ser tan grave como para que un padre y un hijo dejen de hablarse durante ocho años?

—No seré yo quien te lo explique, él es quien debe hacerlo; además, sabes

perfectamente que, por mi antiguo trabajo, nos cruzamos miles de veces en las subastas de caballos durante tiempo, pero él me ignoró. Pues bien, me parece que eso te puede dar una idea de que no tiene ningún interés de arreglar las cosas, aunque en verdad creo que no hay nada que haga o diga que pueda arreglar lo sucedido.

—Por lo visto tú tampoco tienes ningún interés, porque, que yo sepa, tampoco te acercaste a él en esas oportunidades que mencionas. ¿Tienes idea, Drake, de cuánto me rompes el corazón?

—¡Qué raro!, él quedando como la víctima. Papá es un gran manipulador y lo sabes. No pienso dejarme manejar por él, nunca más. Si tú quieres continuar siendo su títere, ése es tu problema, no el mío.

—Hace ocho años que no te veo, hijo; necesito abrazarte, me estoy haciendo mayor.

—Mamá... ¿crees acaso que yo no lo deseo también?

—Entonces...

—Te propuse enviarte un teléfono móvil para que, al menos, pudiéramos vernos a través de videoconferencia, pero te negaste a usarlo.

—No sabría ni cómo encenderlo, Drake.

—Mamá, apuesto a que mi padre sí tiene uno. ¿Por qué te conformas con vivir aislada de todo?, ¿por qué siempre estás a su sombra?

—Lo pintas como si él fuera un ogro, y no lo es.

—¿No?

—No.

—¿Por qué te niegas a aceptar la realidad? ¿Por qué sigues aguantando sus tejemanejes? ¿Por qué sigues sacrificando tu felicidad?

—Soy feliz.

—Ah, ¿sí? Pasar ocho años sin poder ver a tu hijo, ¿entra en tu grandioso plan de vida feliz? Tú también elegiste, mamá; hace ocho años que lo elegiste a él.

—Hace treinta y cuatro que lo escogí a él. Es la vida que conozco. Aquí en

el rancho, a mi modo, he sido feliz; la vida es eso, a veces uno debe sacrificarse. Él estuvo para mí cuando no sabía cómo hacer frente a las responsabilidades del rancho. Me quedé sola siendo muy joven, con una propiedad que debía seguir funcionando, y no tenía ni idea de cómo conseguirlo, y él estuvo ahí, para mí.

—Veo que te has aprendido muy bien el discurso de mi padre, porque desde que tengo uso de razón que lo he oído decirte eso cada vez que te quejabas por algo. Con el dinero que te habían dejado en herencia tus padres, y un rancho en perfecto funcionamiento, lamento decirte que su tarea no fue nada difícil.

»En todo caso, bien. Sacrifícate por lo que tú creas que te hace feliz. Adiós.

La llamada de mi madre me había dejado sumido en malos recuerdos que creía ya superados; todavía podía sentir su voz resonando en mis oídos, diciendo lo que no quería volver a oír y trayendo a mi memoria todo lo acontecido aquella noche que cambió mi vida para siempre.

—Tío... tío... que te estoy hablando.

La voz de Mila mientras tironeaba de mi brazo fue todo lo que necesité para regresar a la realidad.

—Perdona, princesa, estaba distraído. ¿Qué decías?

—¿Dónde están los collares que te vendí?

—Oh... aquí, cariño. —Busqué debajo de mi camisa—. Jamás me los quito.

—La tía Poppy dijo que deben usarse por fuera, para que se vean.

—Tu tía Poppy no sabe nada.

—Sí que sabe, ella me enseñó a hacerlos.

—¿Y dónde está ella ahora? ¿Por qué no ha venido a esta cena preboda de

tu papá y Nicole?

La pequeña se encogió de hombros, y me sentí un idiota y un cobarde por querer averiguar algo a través de la pequeña. Poppy era la primera mujer que había removido mis cimientos desde que me había ido de mi pueblo, pero la había dejado ir, espantado.

En soledad había reconocido lo mucho que me había asustado sentir lo que sentí a su lado. De todas formas, no sabía si hubiera funcionado, pues yo no era la persona adecuada para un compromiso, me gustaba la vida que tenía y, en definitiva, no era apto para ninguna relación duradera.

—Su madre no está bien, se fue a vivir a Ohio —me contestó Joss.

—Ya lo sabía, pero supuse que vendría a la boda; se casa su mejor amiga, ¿no?

—Bueno, supongo que le habrá dado sus excusas a Nicole.

Miré a Maverick tras oír esa frase, y no me pasó desapercibido cómo luego se miraban Joss y él. ¡Joder!, ¿acaso esos dos tenían algo?

Naaa... mi amigo era igual que yo, un pájaro libre que picoteaba en todos los comederos, pero que no se quedaba, por mucho alimento seguro que hubiera, en ninguna jaula.

Como Nicole parecía un globo a punto de explotar, y estaba a tan sólo un mes de parir, la cena no se extendió demasiado.

Miré la hora cuando llegué a mi apartamento; aún era temprano y no sabía en qué ocupar mi tiempo, ya que esa noche Spencer no abría el *nightclub*, así que me sentí algo perdido... eso sin contar con que la llamada que mi madre me había hecho la noche anterior todavía revoloteaba en mi mente, por lo que me sentía extraño, inquieto. Todo eso, sumado a que había esperado ver a Poppy en el evento preboda y ese encuentro no había ocurrido, provocó que mi humor estuviese bastante agriado.

«¿Por qué mierda sigo pensando en ella?», me preguntaba una y otra vez, y, cuando buscaba la respuesta, un dolor en la boca del estómago me hacía incluso contener la respiración.

«Sólo te sientes atraído por ella porque te atreviste a más de un revolcón con Poppy... Se trata exclusivamente de eso y de que te permitiste follártela sin protección, pero en el fondo estás seguro de que con cualquiera hubiese sido igual que como lo fue con esa chica... El caso es que te sentiste libre sin un condón, por eso crees que hubo una diferencia, pero la diferencia la marcó sólo la ausencia de látex, pues no había barrera que os separara.»

Esa explicación sonaba como un gran discurso en mi cabeza, que me repetí una vez más para convencerme de que ése era el verdadero motivo.

Fui hasta el refrigerador, cogí un botellín de cerveza y luego me senté a mirar la televisión, pasando por los canales de deportes una y otra vez, hasta que la trasmisión de una monta profesional de toros acaparó toda mi atención.

¡Joder, parecía que los recuerdos no iban a acabarse esa noche! Ver salir a los jinetes de dentro del cajón cuando abrían la puerta para comenzar el viaje sobre la res no hizo más que hacerme recordar la adrenalina que se siente en ese momento exacto en el que sólo eres tú y la bestia, y esos eternos ocho segundos que debes permanecer montándolo a pelo.

Un golpe de energía que ya casi ni recordaba inundó mi cuerpo, un aguijonazo que ni el orgasmo más potente lograba que consiguiera, aunque debía reconocer que dos veces en la vida un orgasmo me había hecho sentir esa misma sensación.

—¡¡Basta!! —grité pillando con furia el mando a distancia, para luego apagar la tele.

Hecho esto, me pasé la mano por el rostro para atenuar cualquier sensación que no deseaba conservar.

—¿En qué mierda estoy pensando? ¿Por qué cojones estoy permitiendo que los recuerdos regresen a mí?

Tres

Cooper

Aún faltaba mucho camino por recorrer para las finales del PBR, pero había diferentes torneos locales y a nivel nacional, en los que se podía participar con el fin de no perder la forma física y, además, poder hacerse con grandes bolsas de dinero, que ayudaban tanto con la puntuación, para ser invitado a participar a un mayor número de eventos de monta de toros a escala mundial, como también para financiarse las giras.

Cada fin de semana emprendía un viaje diferente hacia un destino distinto y, lo que en un principio había sido un pasatiempo, al obtener muy buenos resultados, muy pronto se transformó en mi estilo de vida.

Por supuesto que, como ya he mencionado antes, no era una vida fácil... A menudo un jinete de toros profesional debe renunciar a muchas cosas, el trabajo es muy duro y, sin duda, se requiere un gran sacrificio para llegar a la cima.

Hacía diez años que me dedicaba profesionalmente a la monta de toros; a los veinte había obtenido la hebilla al novato del año, posición y premio que me habían catapultado al éxito.

Al principio de mi carrera había recorrido los circuitos del PRCA, que cuenta con doce paradas; ese torneo es otro de los más importantes en el que todos quieren participar, y comprende Badlands, California, Columbia River, First Frontier, Great Lakes, Montana, Mountain States, Prairie, Southeastern, Texas, Turquoise y Wilderness.

El Wrangler National Finals Rodeo es el principal evento de monta de

toros organizado por la PRCA. Los concursantes que participan en él a menudo obtienen el pase directo a Las Vegas para el campeonato mundial, aunque es bueno destacar que hay muy buenos vaqueros que nunca llegan, y las razones son muy variadas, como pueden ser responsabilidades en el hogar, el trabajo o simplemente que las empresas que los patrocinan los mantienen vinculados a una ubicación geográfica específica.

Mi padre y Parker habían sido amigos desde toda la vida, y me subieron a pelo a un toro por primera vez cuando sólo contaba con nueve años. Por aquel entonces ambos coincidieron en que era un chico con condiciones y con muy buena actitud.

Lo más raro de todo es que en ese viaje no comencé solo, y así creí que sería siempre, ya que mi mejor amigo, el hijo de Parker, se hallaba en ese camino junto a mí.

Ambos éramos muy buenos, sólo que Drake se alejó del pueblo después de que una extraña confusión nos tuviera como protagonistas y, a raíz de eso, un grave problema surgiera entre su padre y él, al parecer imposible de superar.

El momento coincidió con la muerte repentina de mi padre, por lo que, hundido en mi dolor por la pérdida como estaba, tardé un poco en intentar explicarle lo sucedido a Parker; finalmente, cuando lo hice, él no quiso entrar en razón. Era un viejo terco y necio que simplemente sumió en el exilio a su propio hijo.

Nunca he vuelto a tener una amistad como la que me unía a Drake; en realidad era como mi hermano, pues lo compartíamos todo, y su partida me descolocó. Lo culpé incluso por abandonarme en el período más difícil de mi vida, y me costó muchos años perdonar su alejamiento... aunque en verdad no tenía muy claro si se lo había perdonado... Drake, simplemente, se fue a vivir una vida muy diferente a la ciudad de Nueva York, donde estudió una carrera administrativa, y aunque nunca más lo había visto ni había hablado con él,

podía suponer que en la actualidad llevaba una vida muy distinta de la que alguna vez soñamos juntos.

Esa mañana desperté muy temprano con el fin de hacer mi rutina de entrenamientos al alba, pero, por alguna inoportuna razón, los recuerdos de las tantas locuras que habíamos hecho con Drake en nuestra juventud revolotearon en mi cabeza, distrayéndome; no obstante, debía deshacerme de ellos y ponerme a trabajar, puesto que necesitaba ocuparme de organizar el rancho antes de partir.

Ese fin de semana me tocaba competir en California, por lo que debíamos salir con tiempo, así que iba a tratarse de una semana laboral corta, pues el jueves nos marchábamos hacia la arena del Salinas Sports Complex, y el evento duraba tres días.

Controlar un toro salvaje que puede llegar a los mil doscientos kilos de peso, y que al coger impulso puede alcanzar los setenta kilómetros por hora, es una tarea en la que muy pocos pueden resaltar, y yo no estaba dispuesto a fallar, así que era mejor concentrarme en lo que verdaderamente importaba.

Poppy

Me desperté sintiendo que había dormido una eternidad.

Indudablemente el cansancio del viaje me había cogido por completo la noche anterior, haciendo que no tuviera ni idea del momento en el que me había quedado dormida.

Miré hacia el techo de la habitación y noté que, a través de una rendija de la cortina que había quedado abierta, se proyectaba el reflejo que refractaba el sol en el agua del estanque artificial que separaba la casa principal del garaje y de la casita de huéspedes que yo ocupaba. Invasión por los nervios, me sentí de golpe; fuera parecía demasiado claro como para ser muy temprano, y sentí miedo de haberme quedado dormida.

Ése era el gran día en el que por fin conocería al misterioso jinete de toros, y para nada quería quedar como una holgazana.

Cuando me enteré de que había conseguido el puesto, y que por tanto trabajaría organizando toda la comercialización de la imagen del famosísimo jinete Bronco Lynch, me fui de cabeza a YouTube para ver vídeos del vaquero en cuestión, pero, aunque el tipo dejaba fotografiarse y también había en la Red grabaciones de sus montas y reportajes ofrecidos por él a la prensa, siempre escondía su rostro tras el ala de su sombrero Stetson, por lo que su fisonomía era una gran incógnita. Luego, en otras conversaciones que mantuve con el señor Parker, movida por la curiosidad le pregunté sobre ese asunto y éste me explicó que era el ardid que habían utilizado durante todos esos años, jugando con el enigma para atraer al público y que sus seguidores quisieran conocerlo en persona, llenando de esa forma todas las gradas cada vez que él se presentaba en un rodeo.

Eso había funcionado en un principio, pero, con el correr de los años, esa magia se había ido diluyendo.

Por tal motivo, me explicó que en ese momento querían darle otra perspectiva a su imagen, y yo sería la encargada de que eso se consiguiera, ya que me habían contratado para ello.

Pillé el móvil de la mesilla de noche y miré la hora; respiré aliviada al comprobar que era muy pronto, apenas las seis de la mañana, así que me desplomé en la cama soltando un sonoro suspiro; sin embargo, el ruido de una puerta que se aventaba me hizo recordar las palabras de Marcia durante la cena: «Todos en el rancho nos levantamos muy temprano».

También me comentó que casi empezaban al alba con las tareas diarias, detallándome cada una de ellas; por eso mismo, pensándolo mejor me dije que no era tan pronto y decidí que me convenía ponerme en marcha y coger ritmo para ponerme a tono con la nueva vida que tenía planeado emprender.

Me levanté de la cama instándome a dejar el remoloneo y de inmediato busqué ropa que ponerme; saqué del armario uno de los vestidos holgados que había comprado, y que ocultaban mi barriga, pues ésta estaba empezando a crecer, y me fui al baño, donde me di una rápida ducha. Tras asearme, me

puse la prenda de mezclilla que había dejado preparada y me calcé las botas vaqueras.

Abrí las ventanas y realicé una honda respiración, nutriendo mis pulmones con los aromas del campo; el ambiente olía a tierra húmeda, a follaje verde y a animales, pero no era un hedor fuerte, sino una mezcla que simplemente te avisaba de que estabas muy lejos de la ciudad.

Miré hacia la casa principal y comprendí de pronto que allí tendría una vida la mar de interesante... pues de ella salía un hombre, ataviado exclusivamente con unos pantalones deportivos, y por lo tanto con el torso desnudo, que acarreaba una colchoneta bajo el brazo. No alcancé a ver su rostro, puesto que llevaba un sombrero de ala ancha encasquetado hasta los ojos, pero sí pude apreciar que su cuerpo estaba bastante cubierto por la tinta de varios tatuajes.

—Joder, ése debe de ser el jinete para el que tengo que trabajar — conjeturé, obnubilada ante el vigor de su físico; era una visión surrealista de un cuerpo trabajado en cada sitio en el que debía estarlo, ni más ni menos.

Sintiéndome pillada mientras lo observaba, me arrastré dando un rápido paso al costado cuando el susodicho en cuestión levantó la cabeza para mirar hacia arriba.

No quería parecer una fisgona, así que preferí ocultarme. Mi corazón galopaba a mil latidos por segundos, pero reuní valor de nuevo y, cuidando de que no me viera espiarlo, me atreví a asomarme lentamente.

Sin quitarse el sombrero, por lo que su rostro continuaba siendo un misterio para mí, aquel hombre estaba ya dedicado a hacer algún tipo de rutina de ejercicios, lo que me dio vía libre para observarlo sin que él lo notara. Tenía que reconocer que sabía muy poco de monta de reses salvajes, por no decir nada, así que me extrañó que un jinete cuidara tanto de su físico siendo el deporte que practicaba uno tan rudo.

Pero entonces comprendí que mantenerse sobre un animal tan incontrolable requería, sin duda, de cierto entrenamiento.

Me aparté de la ventana, y de esa imagen musculada que no me interesaba continuar viendo, y cogí el móvil para revisarlo antes de salir de la casa de huéspedes. Lo que vi hizo que sintiera mi cuerpo endeble, y que las manos empezaran a temblarme sin que pudiera controlarlas. Me senté en el borde de la cama y me quedé mirando la pantalla como si lo que leía en ella fuera producto de mi imaginación y en realidad no fuera cierto. Al cabo de unos instantes, me armé de valor y abrí el mensaje.

Drake: Espero que lo de tu madre no sea tan grave. Creía que te vería hoy en la boda de tu mejor amiga, pero ayer, en la cena de ensayo, me comentaron que no asistirás. Es una pena que te pierdas un momento como éste... Sé cuánto la quieres, por eso me he atrevido a escribirte, porque tengo claro que si no estás aquí hoy es porque no lo estás pasando nada bien y, aunque muchas veces parezca inhumano, como me gritaste la última vez que nos vimos, no lo soy. ¿Puedo ayudarte en algo? Si es así, ya sabes: sólo tienes que decírmelo. Puedo ser un buen amigo, aunque una relación más íntima sea imposible entre nosotros.

Leí y releí el mensaje de WhatsApp varias veces, hasta que logré que mi respiración se estabilizara.

Yo no era una chica de llantos, pero desde que estaba embarazada estaba hecha una Magdalena, y las lágrimas, sin que me diera cuenta, se desbordaban de mis ojos a borbotones y no las podía contener; sin duda se trataba de mis hormonas, que estaban alborotadas. Había leído que las hormonas del embarazo te ponen más sensible, hasta el punto de parecer lela, y al parecer ése era mi caso.

Cuando logré calmarme, me sequé las lágrimas con el antebrazo y fui hasta el baño para coger un poco de papel y sonarme la nariz. Sin dudarlo, borré el mensaje sin contestarle. No necesitaba su lástima, no necesitaba nada de él. Lo que necesitaba era bloquearlo en mi sistema, y olvidarlo y que él siguiera con su vida cachonda. Drake era un idiota atractivo, pero un idiota al fin y al cabo.

Me lavé la cara y miré mi reflejo en el espejo del baño, intentando deshacerme de la angustia, aunque eso resultaba bastante difícil, ya que mis pensamientos estaban en Nueva York. Ese día se celebraba la boda de mi mejor amiga, y la culpa por no estar compartiendo ese evento con ella me devoraba el alma.

La mañana en que me disculpé porque no podría ir a su enlace, estaba sentada en una cafetería al lado del camino, rumbo a donde en ese momento me encontraba. Le había escrito un texto presentándole mis excusas, pues no había tenido el valor suficiente como para llamarla y soltarle una mentira.

Me sentía feliz porque ella, finalmente, lo hubiese logrado... Luka la adoraba, y había pasado por tantas cosas en su vida que lo que le estaba ocurriendo era lo que se merecía, una vida llena de buenos momentos junto a un hombre que se ponía de alfombra frente a ella para que caminara sin ensuciarse los pies.

Me llevé la mano a la cadenita que pendía de mi cuello, la que nos había regalado Joss.

—Cree...

Me reí sin ganas; no había esperanzas para mí... aunque, pensándolo bien, sí las había: tenía a mi hijo en mi vientre y nunca más estaría sola.

Sintiéndome más recompuesta, inspiré profundamente y me preparé para enfrentar el día y conocer por fin a mi jefe. Había llegado a ese rancho en busca de una nueva vida, una vida sin Drake, y eso era lo que iba a conseguir.

Cuando bajé la escalera, noté que el señor Lynch ya no estaba haciendo sus ejercicios, así que reuní valor y me dirigí hacia la casa. Marcia, su madre, después de cenar la noche anterior, me comentó que fuera a desayunar tan pronto como me despertara, y eso estaba haciendo, pues estaba hambrienta. Me toqué el vientre, recordando que debía alimentarme no sólo por mí, y avancé con paso seguro; yo siempre había sido una persona de firmes principios, siempre había vivido mi vida sin miedos y con convicción, así que ésa era la Poppy que tenía que reflotar, la que no se amilanaba ante nada.

Abrí la puerta mosquitera y golpeé la de madera que daba a la cocina con los nudillos, pues la noche pasada había salido por ahí.

Marcia no tardó en abrirme. Esa mañana llevaba el cabello suelto, y tenía puestos unos pantalones vaqueros y una camisa con flores anudada en la cintura; su físico, a pesar de la edad que le calculaba, era realmente privilegiado, digno de anhelar.

—Buenos días. Pasa, cariño, no tienes que llamar; sólo entra, la puerta siempre está abierta.

—Buenos días, Marcia; gracias.

Olí la mezcla de aromas que flotaban en la cocina y casi se me escapa un gemido de necesidad. Estaba famélica.

—Siéntate a la mesa, ya te sirvo el café. ¿Tomas café?

Desde que estaba encinta, el café me producía acidez; de todas formas, había leído que no era muy aconsejable beberlo, y también me lo había contado Nicole al comienzo de su embarazo, así que, haciendo un mohín, le dije:

—Preferiría un té, si no es mucha molestia.

—Oh, desde luego que no lo es —me respondió Marcia con la espátula en la mano, mientras retiraba el bacón de la sartén.

—Déjame ayudarte, ¿qué puedo hacer?

—Tú sólo siéntate, que yo me ocupo del resto; estás recién llegada, habituándote al lugar, a nosotros... No te preocupes por nada, ya habrá tiempo de que colabores —me indicó mientras cascaba huevos para hacerlos revueltos—. Me he levantado temprano para hornear pan, y también he hecho unas galletas y panqueques; esa miel la recolectamos aquí en el rancho, y ahí tienes mermelada de melocotón y esa otra es de arándanos, todo casero, por supuesto. Además, tienes un pudín de manzana, por si te apetece, pero ése no lo he hecho yo, sino Lucía, la esposa de Parker; lo mandó ayer, y él seguramente estará al caer, ya que me dijo que hoy tendrían una reunión de trabajo contigo.

—Marcia, ¿siempre haces tanta comida?

—Bueno, debo reconocer que creo que hoy me he excedido un poco. — Puso los brazos en jarras y se carcajeó—. No sabía lo que te gustaba; anoche me olvidé de preguntarte qué te apetecía para el desayuno.

La puerta delantera se oyó tras el ruido de los cascos de un caballo, y de inmediato Parker apareció quitándose el sombrero.

—Lo dicho, aquí está Parker. ¿Has desayunado?

—Buenos días. Sí, pero lo he hecho muy temprano, así que... te acepto un café, Marcia, y alguna de las exquisiteces que veo sobre la mesa.

—Cooper debe de estar a punto de bajar; ha ido a darse una ducha después de realizar su entrenamiento.

—Bien —contestó Parker, y luego fijó su vista en mí—. ¿Has descansado bien en tu primera noche en el rancho?

En ese momento, un golpe en la puerta de la cocina nos interrumpió y, de inmediato, un hombre joven entró con cara de culpa, mirándose el barro adherido a sus botas, se quitó el sombrero y dijo:

—Buenos días, señora. Coop me envía a buscar su desayuno; me ha dicho que le pida que lo ponga en la canasta, pues se ha ido a juntar el ganado, ya que anoche no pudo hacerlo porque terminamos muy tarde de arreglar la cerca, así que necesitaba reunir las reses para alimentarlas y regarlas.

—¡Joder! —gritó Parker, y tiró su servilleta sobre la mesa—. Tu hijo es el culpable de que mi cabello tenga este aspecto, tan blanco. Teníamos planificada una reunión con Poppy; esto es una falta de respeto, ya que esta noche se va a California.

Parker se veía furioso, así que, en cuanto Marcia preparó la canasta, salió detrás del empleado, presumí que a buscar a Cooper Lynch; el idiota ese ya me estaba cayendo bastante mal, al parecer era un tonto campesino sin modales.

Cuando se marcharon, Marcia se quedó mirando por la ventana, apoyada en la encimera, y el silencio se hizo bastante incómodo.

—Mi hijo puede ser muy terco, no es nada en contra de ti —expresó justificándolo, como si pudiera oír mis pensamientos—; simplemente no aprueba los cambios que Parker le quiere dar a su carrera y está luchando con lo que sabe que no podrá remediar, porque, créeme, cuando a Parker se le mete algo en la cabeza, sencillamente se hace. Coop no es un mal chico, ni mucho menos un maleducado, ya lo verás cuando lo conozcas... es sólo que se ha acostumbrado al misterio en torno a su persona, y le parece innecesario que ahora deba mostrar su rostro y todo lo de las redes sociales que Parker quiere agregar.

»Su sombrero se transformó, a lo largo de todos estos años, en su escudo. Arriba del toro es Bronco Brave, y su Stetson o su casco son su fuerza.

»Mi muchacho sólo es un chico que tuvo que renunciar a su vida social por su carrera. Ser un jinete profesional de toros no resulta fácil, requiere muchas privaciones, además de ser un deporte en el que nunca sabes el tiempo que te queda en él... Pero es la vida que él eligió y, aunque quisiera tener a mi hijo aquí, en el rancho, y no en la carretera persiguiendo montas, ya me he resignado.

»Para que entiendas un poco lo que está pasando te diré que, cuando Cooper se dio cuenta de que podía mantener su vida personal apartada de la profesional, decidió continuar en este mundo; él siempre fue un poco tímido con el hecho de convertirse en alguien famoso, pero, antes, el impulso que le daba el hijo de Parker lo hacía tener confianza en sí mismo. Ahora, lo que Parker quiere hacer con su imagen significa perder, en cierta forma, esa privacidad. Sólo está dilatando el momento de conocerte, pues sabe que tarde o temprano tendrá que ceder. Parker siempre ha llevado su carrera y, aunque esto le produzca inseguridad, sabe que es de las personas en las que debe confiar si quiere conseguir otro campeonato.

Estaba a punto de preguntar por el hijo de Parker cuando éste entró como un vendaval. Detrás de él iba otro hombre, con un sombrero cubriéndole el

rostro. Cuando levantó la cabeza y se lo quitó, fijó de inmediato la vista en mí, logrando que me quedara de piedra.

«Joder, la vida sí que puede darte sorpresas.»

No pude apartar mis ojos de la turbulenta mirada que ese tipo me devolvía; era quien me había ayudado en el camino, el hombre del que me burlé.

Un metro ochenta de confiada masculinidad me atravesó como un puñal apenas apareció, y el cuerpo se me volvió de mantequilla; mi boca siempre me perdía, nunca podía callarme en el momento adecuado y, con él, no lo había hecho tampoco.

Lo peor de todo era que ya no había manera de disculparme con... mi jefe... ¡joder!

—No tengo todo el día —intervino él finalmente—, así que vayamos a la oficina para hablar claro, y luego vosotros os podéis quedar holgazaneando, yo no puedo darme ese lujo.

—Cooper —lo regañó Marcia cuando éste intentó pasar hacia la sala para acceder a la escalera—, ¿dónde diablos has dejado tus modales?

Me miró y sonrió de lado.

—En la carretera, mamá, siempre me lo dices.

Marcia puso los ojos en blanco y luego replicó.

—Coop, saluda a Poppy; cariño, te aseguro que este troglodita no siempre es así.

—Ya nos conocemos —solté, sin que luego me pasara inadvertido cómo nos miraron Marcia y Parker.

—Recuerdo ese momento —acotó él también, y trabó sus dos pulgares en la hebilla de su cinturón.

Obviamente que me recordaba. El suelo se abrió bajo mis pies mientras me ahogaba en mi vergüenza, y fue bastante estúpido sonrojarme, porque eso le dio más poder; sus ojos se encendieron, sin duda al rememorar lo que me dijo sobre su poderío.

—¿Cuándo fue eso?

—No importa cuándo —cortó él a Parker—. Coge lo que sea que estás tomando —me dijo señalando mi taza—, ponte la comida en un plato y vamos arriba; como ya he dicho, no tengo tiempo que perder.

Parker pasó por delante, aventando las manos hacia arriba sin poder creer la forma en que ese chulo me hablaba. Ciertamente es que mi boca a menudo me metía en problemas, pero no iba a permitir que me tratara mal, ni él ni nadie.

«Pero ¿quién se cree que es?»

Me puse de pie y, tomándome todo mi tiempo, llené un plato con comida aceptando su sugerencia, cogí mi té y empecé a caminar, siguiéndolo.

El muy engreído ni siquiera me dio paso; de modales, cero, y en ese punto dudaba ciertamente de que los tuviera, y aunque su madre me parecía una persona muy educada, al parecer había fallado con la educación de su vástago.

—Bruto. —Mis pensamientos se derramaron de mis labios sin que pudiera frenarlos. ¡Joder, otra vez mi boca, que no se contenía!

—¿Qué? —demandó deteniéndose delante de mí.

Lo miré a los ojos y le sostuve la mirada, demostrándole que él no me asustaba.

—He dicho que eres un bruto, que tu madre definitivamente falló educándote, y realmente me sabe mal por ella, porque Marcia es exquisita.

—Sólo estás contratada para trabajar en una estupidez que se le ha metido en la cabeza a Parker, eso no implica que deba gustarte.

—Tampoco me interesa que lo hagas. —Ni siquiera me preocupé de intentar ocultar el sarcasmo en mi voz.

—Me alegro, porque no pienso esforzarme en conseguirlo.

Cuatro

Cooper

—Ni lo sueñes. ¡Esta mujer está loca! —le grité a Parker—. Monto toros, no soy modelo de revista. Puedes imaginarte lo que todos pensarán si me saco fotos como ella pretende; definitivamente no lo haré.

»Seré el hazmerreír de todo el circuito, seré el blanco perfecto para bromas durante el resto de mi vida, perderé todo el respeto que he ganado durante todos estos años... Ni lo soñéis, los dos estáis locos; no voy a hacer nada de lo que ambos pretendéis.

—¿Has acabado ya de comportarte como un niño caprichoso?

—Sí, he terminado y he dicho mi última palabra, y mi palabra es ¡¡no!!

—Poppy, concierta una cita con ese fotógrafo que has mencionado, pacta una sesión de fotos para el martes. Cooper estará de regreso el domingo por la noche, así que dejaremos que el lunes descanse.

Vi la vacilación en el rostro de la chica; no querría estar en sus zapatos, la pobre no sabía a quién mierda hacerle caso, si a mí o a Parker. Realmente ninguno de los dos se lo estábamos poniendo fácil, pero yo no estaba dispuesto a ceder a semejante locura... Así que lo lamentaba por ella, porque supuestamente había venido al rancho a desempeñar su trabajo, pero conmigo sólo iba a perder el tiempo.

—Parker es sólo mi agente deportivo, soy yo el que va a pagar tu sueldo, así que, si lo que estás preguntándote es a quién le haces caso, es a mí. No haré esas fotos; busca otra manera de promocionar mi imagen, porque eso no lo obtendrás.

—En toda tu vida, ¿has cogido alguna vez un diccionario?

—¿Qué? —le pregunté desconcertado. Debía admitir que la chica de ciudad tenía agallas, no se amilanaba ante nada.

—Lo que has oído. Creo que hablamos el mismo idioma, así que, si coges un diccionario y buscas la palabra *imagen*, verás que su significado es «figura, representación, semejanza y apariencia de algo. Reproducción de la figura de un objeto por la combinación de los rayos de luz que proceden de él».

»Si lo que tengo que promocionar es tu imagen, no veo cómo mierda voy a hacerlo si no quieres sacarte una puta foto.

—Vivo en un rancho y es cierto que no he ido a una universidad, pero eso no significa que sea un analfabeto.

—Entonces, definitivamente, algo en tu cerebro no funciona bien, porque, en ese caso, ¿cómo promocionaremos tu imagen si no quieres mostrarte?

De pronto Parker empezó a reírse a carcajadas. Lo mire; el desgraciado no paraba de reír gracias al intercambio de palabras que yo tenía con esa descarada mujer.

Indudablemente ambos estaban confabulados en mi contra, lo que hizo que me preguntara de dónde había salido esa irreverente.

—Creo que la que nunca ha cogido un diccionario en toda su vida eres tú. *Jefe* significa «superior o cabeza de una corporación, partido u oficio». En este caso soy el jefe de este rancho, y tú trabajas para mí, así que, mínimamente, me debes respeto.

—Si mal no recuerdo, el primero que me ha faltado al respeto has sido tú; eres tan retrógrado que ni siquiera los buenos días me has dado, sólo has gritado y despotricado desde que has aparecido. ¿Sabes? Uno, antes de exigir, debe predicar con el ejemplo. Y más aún tanto que pregonas que eres el jefe —añadió, impostando una voz grave—. Ahora yo me pregunto: ¿me dejarás hacer mi trabajo o qué? Porque tú podrás saber mucho de toros, pero de marketing no tienes ni idea.

Parker comenzó a aplaudir y, después de que ambos lo miráramos, nos dijo:

—Es asombroso ver lo bien que os entendéis.

—Deja de burlarte, quieres.

—Bien, basta ya, es suficiente. Todavía sigo siendo tu agente, tú sólo eres el jinete, así que tu único trabajo es ocuparte de permanecer encima del toro durante ocho segundos, del resto me ocupo yo.

Poppy

Por supuesto que necesitaba el trabajo, así que, a cualquier precio, debía convencer a aquel hombre de que me necesitaba; sin embargo, parecía inflexible... No estaba dispuesto a hacer lo que Parker planeaba, aunque éste era al fin y al cabo quien mandaba... Era un poco extraño ver cómo un tipo adulto y rudo como Cooper Lynch permitía que su agente lo manipulara; al menos, a simple vista, ésa era la impresión que daba.

—Lamento, Poppy, que tengas que presenciar este intercambio —se dirigió a mí su agente, y sólo asentí con la cabeza; luego fijé mis ojos en el testarudo vaquero.

—Oye... entiendo que te sientes incómodo, entiendo también que han pasado muchos años y que durante todo ese tiempo tu rostro ha sido un misterio para todos, un misterio que te ha regalado privacidad para caminar anónimamente por las calles... Marcia me lo ha explicado; sé que son muchos los cambios que Parker te está pidiendo, pero... sería bueno que los considerases; creo que no está tan errado, tal vez podríamos buscar un punto medio entre posar para un fotógrafo o nada de nada... No sé, quizá yo podría sacarte algunas fotos, tal vez no sea del todo necesario que lo hagas frente a un extraño. Hace un tiempo realicé un curso de fotografía, ya que me pareció interesante puesto que el marketing se basa muchas veces en imágenes, y además tengo una buena cámara que he traído conmigo. Fíjate que no

tendrías ni que posar... pues se me acaba de ocurrir que, ya que estaré aquí, no sé, puedo acompañarte en las tareas diarias que llevas a cabo en el rancho y retratar esos momentos en los que simplemente estás trabajando; a tus fans puede gustarles también verte en la vida real y eso no te hará parecer débil ante tus compañeros; a veces un plan parece el mejor, pero reformular la forma para alcanzar el mismo objetivo también es posible.

Había cambiado el tono en el que le hablaba; evidentemente él no estaba acostumbrado a que lo escucharan, y quizá ése era el secreto para que accediera: hacerle creer que lo hacía y dejarlo decidir en algo, aunque en verdad no estuviera haciéndolo.

Pareció recapacitar y también cambió su tono de voz cuando me habló.

—Lo analizaré durante el viaje, déjame pensarlo. Mientras tanto, por favor, busca otras opciones, tiene que haber otra solución. No quiero transformarme en un jinete al que sólo le prestan atención porque expone su cuerpo. No participo en el circuito de monta profesional de toros para eso, sino para ganar premios por mi competitividad en este deporte.

—*Okay*, comenzaré con la confección de tu página web mientras tú estás fuera, y cuando regreses te mostraré lo que he maquetado y entonces, juntos, veremos cómo seguir para que podamos darles gas a tus redes sociales.

—De acuerdo. —Hizo una pausa antes de continuar hablando—. Puedes trabajar aquí, ya que sólo hay Internet en la casa.

—Adiós, yo me voy, pues veo que finalmente habéis congeniado y tengo cosas que hacer.

—Parker.

—¿Qué quieres?

—No os preocupéis, hablad tranquilos, soy yo la que se va.

Mientras bajaba la escalera, mi teléfono vibró en el bolsillo de mi vestido; así había estado mucho rato durante el tiempo que había durado la reunión, provocando que me desconcentrara.

Finalmente había logrado ignorarlo y, en ese momento, cuando ya me

había liberado, no sabía si realmente tenía ganas de coger la llamada. Si lo pensaba bien, no eran muchas las opciones de quién pudiera ser que intentaba comunicarse conmigo, lo más probable era que fuese alguna de mis amigas, incluso por un instante pensé que podría ser él nuevamente, pero de inmediato me convencí de que eso no era posible. Drake me había enviado un texto que, a pesar de leerlo y que él supiera que lo había hecho, no había contestado, ni pensaba hacerlo jamás, así que estaba segura de que no iba a volver a humillarse exponiéndose a que lo ignorara de nuevo.

Incluso tuve la esperanza, por un instante, de que fueran mis padres; tal vez, después de todo, empezaban a preocuparse por mí y finalmente deseaban saber dónde estaba... pero ciertamente tampoco creía que fuesen ellos.

Me toqué la frente mientras continuaba descendiendo los escalones; lo más fácil era sacar el móvil del bolsillo y comprobar de quién se trataba, pero tenía pánico de volver a desilusionarme.

Quizá era el momento exacto de dejar el pasado atrás, tal vez lo que debía hacer era ir hasta el pueblo y conseguir otra tarjeta SIM para cambiar mi número y olvidarme de todo y de todos los que alguna vez habían formado parte de mi vida.

—¡Joder!

Quien fuera que estaba llamando era bastante insistente.

La vibración en el bolsillo oculto de mi vestido comenzó otra vez, lo que me indicó que, aunque quisiera obviarlo, eso no iba a ser posible, pues esa persona no iba a parar hasta que la atendiera.

Llegué al último peldaño de la escalera y cogí el teléfono, para comprobar que no me había equivocado ante la primera corazonada: era Joss quien me llamaba.

Por un instante planeo ignorarla, pues ¿qué podría decirme que yo no supiera ya? ¿Que Nicole estaba hermosa, que era una boda soñada y que tanto Luka como ella eran la mar de felices?

Ya sé, pensar así puede parecer un poco envidioso, pero lo cierto es que

ése no era el caso. Al contrario, no había nada que me hiciera más feliz que saber que Nicole lo había conseguido. Ella se lo merecía todo, ya que su vida había sido una mierda, así que todo lo bueno que por fin estaba viviendo no era más que excepcional.

Lo que ocurría en verdad era que, en mi plan por dejar atrás mis recuerdos, ninguna de las personas que había formado parte de mi vida entraba en esa ecuación, y por tal motivo no cabía la posibilidad de seguir en contacto con ellos.

El teléfono, que ya se había detenido, comenzó a vibrar otra vez. Tanta insistencia ya me estaba poniendo de los nervios, pues era evidente que se trataba de algo importante. Por ello, obviando mi instinto de supervivencia, cogí la llamada.

—Hola, Joss... espera... no entiendo lo que me dices... Estás llorando, y tú nunca lo haces, ¿qué ocurre? Me estás asustando.

—Nicole... —Joss no dejaba de chillar.

—¿Qué le ocurre a Nicole? No te entiendo.

Cuando colgué la llamada me quedé sentada en el último peldaño de la escalera; sentía que las piernas me temblaban, y la bilis se me subió hasta la garganta y me entraron ganas de vomitar. No me podía creer todo lo que estaba pasando. Mi amiga estaba luchando por su vida, y los médicos no era muy optimistas en cuanto a que pudiera recuperarse; su bebé, aunque era muy pequeñito, al parecer estaba bien.

Resultaba increíble que ninguno de los doctores que la visitaron se hubiesen dado cuenta antes de que sus riñones estaban colapsados a consecuencia de los golpes que recibió durante el atentado del que fueron objeto ella y Luka algún tiempo atrás.

Me sentía una verdadera mierda por no estar sacando de inmediato un pasaje para ir a Nueva York, pues tal vez no tendría otra posibilidad de volverla a ver. Pensar en eso me sumió en una angustia muy profunda; me

tapé la cara y luego salí corriendo de la casa, sin rumbo. No quería que nadie allí me viera llorando.

No sé por qué no fui a refugiarme al sitio que me habían asignado, simplemente corrí, y corrí... hasta que las fuerzas se me acabaron. Me detuve cuando llegué a una construcción de madera y láminas de metal que tenía aspecto de caballeriza; una vez allí, apoyándome en la puerta, cedí a mi desesperación, permitiéndome desplomarme. No quería ni plantearme que la vida de Nicole pudiera terminarse, no quería hacerlo, pero, según Joss, eso habían dicho los médicos, que tan sólo un milagro podría salvarla.

De pronto sentí que dos fuertes brazos me sostenían contra su pecho, como si fuera un escudo, pero la angustia que sentía era tan profunda que no fui capaz de dejar de llorar hasta que tomé conciencia de que no estaba sola y me aparté como si un hierro candente me quemara.

Los ojos de Cooper brillaron, y pude sentir el hilo que momentos antes nos había conectado.

Nos quedamos mirándonos hasta que él rompió el silencio.

—¿Estás mejor?

Sus palabras rebotaron en mi cerebro y me quedé mirándolo, sin saber qué contestarle. Mis brazos colgaban a ambos lados, y así estaba todo mi cuerpo, sin respuesta... hasta que finalmente logré hablar.

—Sí, gracias; lo siento. —Intenté controlar mi voz.

—Perdona, no pretendo inmiscuirme, pero...

—Descuida, no es nada.

—No luces como si no fuera nada. No tienes buen aspecto en absoluto.

—De verdad... estoy...

—Si puedo ayudarte en algo, cuenta con ello —me cortó, demostrándome que no me creía nada—. Sé que no hemos tenido un buen comienzo, pero, aunque parezca un vaquero bruto y sin modales, realmente no soy así.

Asentí con la cabeza y sequé mis lágrimas, aunque resultó un poco en vano, pues éstas volvieron a brotar de la nada.

—El caso es que... se trata de que he recibido una llamada y acabo de enterarme de que una amiga no está bien de salud.

—Lo lamento.

—Gracias.

—Si quieres ir a verla, no hay ningún problema en que comiences con el trabajo de *community manager*¹ más adelante; supongo que tu amiga vive en Nueva York, ya que tú vivías allí.

Asentí con la cabeza, tragando el nudo que tenía en la garganta.

—Está bien, no es necesario, me tendrán al tanto; no puedo darme el lujo de gastar en un billete de ida y vuelta.

No era mentira lo que le decía, pero la gran verdad es que era una cobarde y, lo peor, una muy mala amiga.

—Si quieres, puedo pagarte el billete y luego lo iremos descontando de tu sueldo; no habrá prisa para que devuelvas ese dinero.

—Te lo agradezco, pero está bien así, no te preocupes.

Me sentí estúpida tratando de recuperar mi ingenio; él realmente podía ser muy amable y, además, olía muy bien, se veía muy fuerte y seguro, casi mi antítesis en ese momento.

Me toqué la cabeza, ¿qué mierda estaba yo pensando?

La situación de pronto se tornó incómoda; nos miramos, pero el silencio permanecía entre nosotros, así que, sin saber qué más decir, empecé a caminar hacia la casa y, por supuesto, él no me detuvo.

Casi podía apostar a que se quedó observando cómo me alejaba; podía sentir la ardiente mirada de Cooper Lynch quemando en mi nuca, pero no me giré... Continué avanzando hasta llegar allí donde debía estar, la casita de huéspedes.

Cinco

Cooper

El equipo de los brasileños, ese año, estaba haciendo mucha fuerza por destronarnos del podio, así que no me podía permitir ninguna distracción. Los mayores contábamos con la experiencia, pero los nuevos talentos tenían la sangre muy caliente de conquista, y eso los hacía rivales sumamente peligrosos.

Estaba en los vestuarios. Ya me había calzado mis chaparreras¹ y en ese momento ajustaba las espuelas a mis botas cuando la secretaria del rodeo entró contoneando sus caderas. Becky era una rubia escultural que jamás le daba confianza a nadie, por eso los rodeos que ella organizaba siempre salían a la perfección; para ella su trabajo era sagrado, ya que manejaba con excelencia las numerosas tareas operativas y administrativas de las que debía ocuparse. Era el enlace perfecto entre el comité de rodeo profesional, los contratistas de acciones —es decir, los proveedores de los toros—, los jueces, los cronometradores, los locutores y los concursantes.

Me enfundé el chaleco protector, encasqueté mi sombrero y me puse de pie.

Miré a nuestro alrededor y vi que estábamos solos; ella notó lo mismo, así que claramente advertí cómo su cuerpo se relajaba.

—¿Estás listo? Ya casi es tu turno.

—Siempre estoy listo —repliqué con la voz oscura, acercándome peligrosamente a su oído.

Becky podía ser muy profesional, pero eso nunca había sido así conmigo.

—Que tengas el mejor de los viajes, Bronco —me deseó cuando cogí mis cuerdas para salir por el angosto pasillo rumbo a las plumas traseras, donde en unos minutos el toro que me tocaba montar esa noche sería dirigido por las rampas para cargarlo en el cajón.

—Oye, ¿nos vemos luego?

Asentí con la cabeza y le dediqué un guiño al tiempo que notaba su sonrojo; la rubia quería cerciorarse de que después de la competición tendría su monta personal. Becky siempre obtenía una buena jineteada por mi parte cada vez que coincidíamos en un rodeo organizado por ella.

—¡Becky! —la llamé cuando ésta pensaba que ya me iba.

—Sí, Bronco, dime.

—Ocho segundos, cariño, y luego estaré libre. ¿Tú también?

—Sabes que tardo un poco en salir de aquí, pero me sé el número de tu habitación.

—Perfecto. Me tomaré una cerveza con los muchachos después de la monta, y luego me iré directo al hotel.

Apenas me tocó el toro en el sorteo, abordé la forma en que lo enfrentaría. Era un animal muy conocido por sus patadas en serie, y muy mañoso; le encantaba ponerse de forma casi vertical, lo que requería una gran fuerza en las piernas por parte del jinete, además de un dominio de alineación entre su cuerpo y el torcido cuerpo de la bestia. No iba a ser una monta sencilla, lo supe de entrada, pero era mi gran oportunidad para posicionarme en la competición.

Noventa puntos, sobre cien, fue la puntuación que obtuve en la primera ronda; el animal que me había tocado jinetear no me lo había puesto nada fácil.

Give a Cowboy a Kiss sonaba por los altavoces de la arena mientras me subía a la valla para saludar al público, que se deshacía en vítores esa noche.

Mi monta casi fue perfecta, a no ser porque, cuando desmonté del toro, se me torció el pie y en ese momento mi tobillo parecía seriamente

comprometido.

—Joder —maldije para mis adentros, sin dejar de mostrarme victorioso.

Faltaban sólo dos viajes y todo hacía suponer que yo sería el que mejor puntuación obtendría esa noche.

Cuando el *barrelman*, el payaso del rodeo, distrajo lo suficiente al toro para que éste volviera a las rampas, bajé de la valla y, aunque no quería cojear, se me hizo inevitable.

—¿Estás bien?

—Sí, Barry —le contesté al luchador de toros que me alcanzó las cuerdas.

—No lo parece. ¿Por qué no vas a que el *doc* te eche un vistazo?

—Ya se me pasa, no te preocupes.

—No seas cabezota, Bronco. Ve a que te vean ese pie. Aún falta la ronda de mañana; todavía no te ha bajado la adrenalina y ya estás cojeando.

—Lo haré, hombre —le dije cuando me quiso ayudar al ver que no podía pisar, mientras que el locutor relataba lo que estaba ocurriendo.

«Maldición, ¿por qué tienen que hacer un *show* de todo?», pensé mientras la gente estaba expectante, para saber si estaba lesionado o no.

Me puse de pie con esfuerzo y, sin quitarme el casco, levanté mis cuerdas y mis brazos en señal de triunfo.

Los flashes de las cámaras no cesaron a mi alrededor, casi cegándome. Me cuidé de ocultar mi rostro de los disparos; todos ansiaban una fotografía de mi cara, pero aún no estaba dispuesto a que eso sucediera. Sin duda hubiera resultado muy fácil hacerlo y terminar de una vez con aquel misterio, pero sabía que Parker tenía otros planes para ello, estaba en negociaciones con la prensa para que pagaran una buena suma por desvelar mi rostro y, si simplemente regalaba la imagen, luego tendría que aguantar su inacabable discurso, y su mal humor. De todas maneras, usaba mi casco con una máscara que cubría mis facciones.

Cuando entré en las rampas, caminando por mí mismo y rechazando la ayuda de nadie, Parker me recibió y me palmeó la espalda. Él no era muy

demostrativo, así que eso realmente era mucho. Le entregué el casco, que ya me había quitado en el trayecto hasta allí, y él me devolvió mi sombrero.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sólo ha sido una torcedura, pero puedo andar; un poco de hielo y estaré como nuevo.

—Prefiero que el doctor te eche un vistazo; es tu pierna mala, en la que sufriste la lesión el año pasado.

—Te digo que estoy bien, deja de exagerar.

—Bronco, ven conmigo, el doctor Palmer te está esperando.

—Oye, Becky, ¿qué te hace suponer que necesito atención médica?

—He visto cómo bajabas del toro, eso me lo hace suponer; en los rodeos que organizo, ningún jinete con una posible lesión sale de mi arena.

—Maldita sea, ¡cómo os gusta exagerarlo todo!

—Ven a la enfermería, no hay discusión.

Permanecí sentado en el sofá de mi habitación de hotel, con la pierna en alto sobre una banqueta y con hielo en el tobillo. Acababa de darme un baño, y mi cuerpo sólo estaba cubierto por una toalla que tenía enroscada en las caderas. Me habían recetado unos analgésicos, pero sabía muy bien que eso me derribaría al instante, así que no me los había tomado aún.

Golpearon a mi puerta y, cuando abrí, sonreí de lado al verla.

—No sabía si te encontraría despierto.

—Pasa, no te quedes en el pasillo.

Me hice a un lado para darle paso y Becky, de inmediato, entró.

—¿Ya te has tomado la medicación? —preguntó al ver las cajas de calmantes sobre la mesilla de noche.

—Todavía no, te estaba esperando; necesito bajar mi nivel de adrenalina y tú sabes cómo hacer que lo logre.

La cogí en brazos y sentí el peso de ella en mi tobillo, pero no le hice caso. Caminé con ella a cuestas hasta la cama mientras me apropiaba de sus labios; después la arrojé sobre el colchón y, quitándome la toalla que cubría mis partes íntimas, me quedé de pie frente a ella.

De inmediato comencé a desvestirla.

Pasar un rato con Becky siempre había sido agradable; en el circuito de monta profesional todos la deseaban. Nadie sabía lo que teníamos ambos, pues siempre nos habíamos cuidado de que nuestros encuentros no salieran a la luz.

Pero ese día me sentía extraño.

Tan pronto como me corrí, me levanté de la cama, anudé el condón mientras caminaba hacia el baño, me di una ducha rápida y, cuando regresé, ¡maldición!, vi que Becky se había dormido. Nunca me había molestado que ella se quedase a dormir en mi cama, pues siempre era bueno tenerla a mano durante la noche, ya que Becky siempre estaba dispuesta a ayudarme a soltar mi adrenalina contenida durante la monta y, aunque pudiera tener a la conejita de hebilla que quisiera, cuando sabía que podía liarme con Becky lo prefería... Ella no era una fan que pugnara más de la cuenta por mi atención y, aunque en ese momento quería que se fuera, lo cierto era que yo había provocado esa situación sin advertirlo.

Tal vez era hora de cortar con esa situación. Siempre me había sentido cómodo con ella, pero no ese día. Nunca le había hecho ninguna promesa, por lo que no estaría rompiendo nada si simplemente esos encuentros se terminaban; ella sabía de sobras que yo no era un hombre de compromisos, y continuar coincidiendo con ella ya se estaba empezando a transformar en algo más.

Caminé hasta mi bolsa y cogí la crema con árnica para untarme en el tobillo; después de eso me tomé los calmantes que me había prescrito el médico y me acosté.

Debería haber sido un momento agradable acostarse junto a Becky. Sin

embargo, no fue así. La ira me había envuelto, estaba furioso; sabía que, aunque la chica no lo dijera, aspiraba a algo más conmigo, pero yo no era el hombre adecuado para ella ni para nadie; aunque a Becky no le hubiera importado viajar para seguirme, lo cierto es que simplemente no quería compañía.

Los lazos atan, y yo no era un hombre de ataduras, yo era libre; siempre me había sentido así, por eso me gustaba tener diversión en cada parada, pero nada más que eso. Además, no sabía con certeza si, cuando me subía a un toro, iba a ser la última vez que lo hacía. En la profesión que había elegido, el futuro era continuamente incierto.

A lo largo de mi carrera, había visto a muchos de mis compañeros perder la vida durante una monta, dejando a sus familias desvalidas. Si bien era verdad que los jinetes siempre cogíamos un seguro de vida a nombre de nuestros familiares, no podía desoír el dolor por la pérdida a la que quedaban expuestos; no era justo, yo había elegido ese estilo de vida y no podía arrastrar a nadie más a seguirme. Era suficiente con la angustia agónica de mi madre cada fin de semana cuando partía; mi padre y Parker me habían subido a un toro cuando sólo era un niño, y ella simplemente lo había tenido que aceptar. En la actualidad tenía un seguro a nombre de mi madre, y la culpa me mataba al pensar lo sola que ésta quedaría si me ocurría algo; por esa razón, pensar en dejar una viuda e hijos sin guía, simplemente, no entraba en mi razón.

Seis

Poppy

Podía notar claramente la inquietud de Marcia. Nos sentamos en la sala del rancho a ver la retransmisión de la monta, y advertimos el momento en el que Cooper saltó del toro y cayó mal.

Inmediatamente llamó a Parker, pues su hijo era un testarudo que no quería ser dependiente de un teléfono móvil, así que no tenía ninguno.

Intentó contactar con el mánager varias veces, pero éste no contestaba.

—¿Cómo es posible que no tenga un móvil consigo?

—Así es mi hijo... Afirma que no es necesario, dice que no tendría tiempo de usarlo y que, si llegara a hacerlo, le quitaría tiempo para otras cosas más importantes, y además alega que pasa la mayor parte del día en el campo y allí no hay cobertura.

—Pues no puedo creerlo.

El teléfono fijo sonó y Marcia se abalanzó sobre la mesita para contestar.

—Por fin me llamas, Parker... ¿Seguro que está bien...? Cojeaba con la pierna mala... Recuerda lo que dijo el médico que le practicó la última resonancia, no sabía cuánto más iba a aguantar su hueso... Lo sé, lo sé... pero me desespera ver cómo no se cuida... Deberías obligarlo a que parase, pero tú eres tan inconsciente como él... Sí, es un vaquero fuerte y experimentado, pero es un hombre de carne y hueso que se resiente, que suda, que sangra y, por encima de todo, es mi hijo y eso significa que no es un bien reemplazable.

Cuando terminó de hablar, Marcia fue hacia la nevera y sacó un botellín

de cerveza, y luego se me quedó mirando antes de ofrecerme algo de beber.

—¿Quieres una gaseosa?

Casi podría jurar que su mirada se detuvo en mi vientre.

—Bueno.

Marcia caminó portando las bebidas y se dejó caer en el sillón junto a mí, me alcanzó la lata y no la soltó de inmediato cuando me la entregó; se me quedó mirando una vez más, como si dudara de lo que estaba a punto de decir.

—Olvídalo.

—Dime, Marcia, ibas a preguntarme algo...

—Nada, no me hagas caso, ya me lo contarás tú cuando lo creas oportuno.

Bebí la gaseosa casi atragantándome, al darme cuenta de que no habían sido imaginaciones mías. Estaba segura de que Marcia lo sabía; ella, en tan sólo cuarenta y ocho horas, se había percatado de mi estado.

—Entonces, ¿tu hijo está bien? —dije de manera cobarde, para cambiar de conversación.

—Eso dice Parker. Me ha contado que lo han atendido en la enfermería del rodeo, y que no es nada de consideración. Se trata sólo de una torcedura.

Al día siguiente me sumergí un poco más en las tareas del rancho; Marcia era una excelente maestra.

Por la noche preparamos la cena y nos sentamos a ver el rodeo, pues éste se transmitía de nuevo por la televisión; poco a poco empezaba a comprender mejor cómo funcionaba ese deporte.

—¿Ves cómo tira el brazo hacia atrás cuando el toro baja la cabeza?

Marcia se había puesto de pie y dibujaba sobre la pantalla dos líneas paralelas, delineando los cuerpos del toro y del jinete.

—Mira su cuerpo ahora, ¿puedes advertir cómo se alinea totalmente con el

del toro? Ésa es la clave para que un viaje sea exitoso, para que el jinete permanezca los ocho segundos pegado al lomo del animal. De todas formas —añadió acomodándose en su sitio nuevamente—, no sólo se puntúa al vaquero, sino también al toro, y éste ha sido un poco complicado de jinetear, así que por eso la puntuación no ha sido de las mejores de la noche. Aunque haya sido una monta impecable, en eso también cuenta la suerte en el sorteo, no siempre es mejor que te toque un toro fácil.

El nombre de Cooper de pronto fue anunciado por el locutor, y la gente se volvió loca ovacionándolo, así que las dos nos quedamos en silencio viendo cómo Bronco empezaba a prepararse para su monta.

Dios, sentía que mi corazón iba a estallarme dentro del pecho.

La cámara lo captó entonces mientras ascendía a la plataforma en las rampas; se subió en ésta y cruzó una pierna por encima del animal, hasta apoyar el otro pie al otro lado de la tolva.

Miré a Marcia, y se me encogió el alma al ver cómo contenía la respiración. Estiré mi mano para coger la suya, y ella se aferró con fuerza a ésta; me sentía bien al acompañarla en su angustia.

El narrador explicaba cada movimiento efectuado por Bronco, como si los televidentes o los asistentes en la arena no pudieran verlo. Indudablemente, que los relatara paso a paso, le daba más emoción y excitación al momento.

Cooper se sostuvo con los brazos de las barandillas del cajón, suspendido en el aire, y descendió lentamente sobre el animal; la bestia de más de ochocientos kilos se había recostado ligeramente hacia la izquierda, así que primero lo tocó con su pie derecho para que éste se apartara de donde estaba reclinado, haciéndose sitio para caer arrodillado sobre el lomo. Miró hacia el *flankman*; ese día era una vaquera, y me extrañó que fuera una mujer la encargada de ajustar las cuerdas al toro, pero no quise interrumpir la concentración de Marcia, así que me dije que luego le preguntaría. Ella me había explicado que era importante que esa persona conociera al animal, puesto que eso daba más libertad de movimiento al toro. Bronco deslizó su

mano enguantada a lo largo de la cuerda y después cogió el pretal con dicha mano, ajustándose a éste; finalmente sujetó la cuerda que rodeaba al toro y la envolvió con firmeza ente sus dedos, mientras el agitado animal no le daba tregua, incluso parecía que no quería esperar a que le abrieran la puerta y simplemente estaba dispuesto a saltar la valla.

Parker, que también estaba sobre la plataforma, sostenía su Stetson. Tras algunos segundos, Cooper agitó la cabeza afirmativamente, indicando que estaba listo, y el hombre de la puerta abrió la misma para que el toro saliera y comenzara el viaje.

Ocho segundos no son nada si uno los cuenta por el mero hecho de probar el tiempo, pero, en esos momentos en los que el jinete está montado a pelo sobre el animal, los ocho segundos parecen eternos.

El toro pateó hacia delante, luego hacia atrás, y tronzó su cuerpo corcoveando sin parar, una y otra vez; la mano libre de Cooper se mantenía siempre en alto y con los dedos abiertos; su pose era la de un semidiós, con el cuerpo alineado en simetría con el del animal, hasta que por fin se oyó el sonido del timbre, indicando que era tiempo fuera, los ocho segundos se habían cumplido.

Bronco saltó limpiamente de la bestia, que todavía seguía corcoveando y pateando, y se alejó mientras el toro era entretenido por los payasos del rodeo; dirigió entonces la mirada hacia el tablero y gritó, saltando muy alto: había conseguido superar la puntuación de su noche anterior, noventa y dos puntos, lo que lo colocaba a la cabeza de la competición, con un total de ciento ochenta y dos, una excelente nota para las finales en Las Vegas.

Nos abrazamos con Marcia y lo celebramos juntas.

—Has visto que camina bien —dije afirmando lo que había notado.

—Sí, es en lo primero que me he fijado.

—Y... entonces... ¿ya ha ganado?

—No, faltan todavía las semifinales, y las finales de mañana.

—¿Nunca vas a verlo en directo?

—Mi corazón no soportaría verlo en la arena. Creo que lo cogería de una oreja y me lo llevaría conmigo. —Nos reímos—. Además, los lugares a los que acude de gira son tantos que los viajes resultan agotadores.

—Cooper no tiene pareja, ¿verdad?

—Mi hijo es un ave de paso... Su profesión no le permite involucrar su corazón más de la cuenta. Dice que no sería justo para nadie una relación como la que él puede ofrecer.

»Lo cierto es que un jinete de toros nunca sabe cuándo será su último viaje; algunos vaqueros no llegan al retiro voluntario y mueren en el camino; es realmente un deporte muy peligroso.

—Pero él es muy bueno, eso no ocurrirá.

—Le pido a Dios que así sea, y agradezco que finalmente Cooper aceptase montar con un casco de protección; le costó mucho acostumbrarse a él. Antes sólo llevaba su Stetson, pues decía que el peso del casco le daba inestabilidad en la monta... hasta que sufrió un grave accidente: la pezuña de un toro le perforó el cráneo, pero tuvo suerte, sólo tuvieron que darle unas puntadas y sufrió una conmoción cerebral de la que pudo recuperarse. A partir de entonces, más por no tener que seguir oyéndome que por su propia protección, empezó a entrenar con el casco, hasta que consiguió adaptarse a él.

—Es un mundo muy fascinante del que no tenía idea. Supongo que la energía que se concentra en el cuerpo del jinete es lo que los hace subirse a un toro.

—Así es.

Siete

Drake

Era como un imán para mí saber que él competía, y aunque desde que me fui de Washoe todos mis esfuerzos se concentraron en dejar atrás la vida que una vez soñé para mí, a veces me resultaba imposible, como cuando sabía que Coop se situaba en una nueva parada en el campeonato profesional de monta de toros; ver una monta, aunque fuera por la televisión, era como una droga que no podía rechazar.

Las dos primeras noches fueron impecables; el cabronazo seguía siendo uno de los mejores y, aunque aparecieron en su camino nuevos talentos brasileños, sin duda muy prometedores, sólo el buen hacer de un jinete experimentado como Bronco podía ayudarlo a leer la mente de un animal de más de ochocientos kilos tan a la perfección como lo hacía él.

A menudo, cuando pensaba en cuánto había cambiado mi vida en todos esos años, lo único que me mantenía alejado del rencor era saber que mi alejamiento había servido para que él conquistara todos sus anhelos.

Cuando competíamos, Coop siempre se sintió a mi sombra. ¡Carajo, yo era muy bueno y eso a él le pesaba! Ambos éramos muy competitivos, aunque según mi padre él era mejor que yo. Recuerdo cómo odiaba que me lo dijera... hiciera lo que hiciese, ganara o no, yo jamás era el mejor ante sus ojos y, por ese simple hecho de intentar agradar a mi padre, siempre me había sobreexigido más para que los mejores resultados fueran los míos, aunque él no los notara.

Yo quería mucho a Cooper, todavía lo hacía; él y yo siempre fuimos como

hermanos. Cuando me alejé, decidí hacerlo para dejarlo crecer y que él cumpliera todos sus sueños.

Por eso, al enterarme de la verdad, ni lo dudé, me hice a un lado y me fui para perseguir una nueva vida, una donde la maldad y la manipulación de mi padre no me alcanzaran.

Estaba sentado en la sala de mi apartamento, tomándome una cerveza mientras veía la ronda final del rodeo de ese fin de semana del PBR. Joder, había algunos que simplemente no tenían ni idea de cómo subirse a un toro; viéndolos, no entendía cómo los habían dejado formar parte del *staff*, lo que me daba la clara pauta de que todo era cuestión de dinero; por eso, las cantidades de hoy en día habían crecido tanto; cada año el *show* y la competición eran mayores y movían más millones.

Sólo cuatro jinetes accedieron a las finales de esa noche, sólo cuatro llegaron con viajes calificados; entre ellos, Bronco, y en esa ocasión no había sorteo, así que podían elegir la bestia que querían montar.

Joder, Coop se había vuelto loco de repente. ¿Qué mierda quería probar, eligiendo al toro que había escogido, si la puntuación para las finales de Las Vegas ya había sido genial y la que contaba era la de la segunda ronda?

Definitivamente estaba loco de remate.

De inmediato busqué vídeos en mi iPad de la res en cuestión; era una maldita bestia, no me había equivocado cuando oí su nombre. Los movimientos tronzados que ejecutaba el toro lo hacían imposible de jinetear; sólo unas pocas personas habían conseguido viajes calificados sobre ese animal, y Bronco, sin duda, se había vuelto completamente chiflado eligiéndolo... Tenía el triunfo asegurado si optaba por otro, joder. ¿Acaso había liberado demasiada adrenalina la noche anterior, y por ello en ese momento necesitaba semejante chute? ¿Por qué mierda mi padre le había permitido tamaña estupidez?

El presentador, entonces, anunció su nombre y la cámara mostró a Cooper arrodillado en la plataforma, haciendo su rezo; al verlo recé junto a él la

oración del vaquero que tantas veces habíamos recitado juntos. En ese instante la imagen de nosotros siendo críos cristalizó en mi mente, ambos sentados en la valla, en la pluma redonda de su rancho, mientras releíamos una y otra vez la oración, hasta aprenderla de memoria; ambos soñábamos con conseguir campeonatos que llevaran nuestros nombres a la cima, ambos soñábamos con las conejitas de hebilla que conseguiríamos cuando fuéramos famosos, ambos nos ilusionamos por aquel entonces con ver nuestros nombres en las marquesinas de las finales mundiales de Las Vegas, rodeados de vítores y fuegos artificiales en un espectáculo televisivo alucinante.

En ese momento Coop terminó su oración; estaba de espaldas a la cámara, para que ésta no pudiera captar su rostro. Ésa había sido la sucia estrategia de mi padre para crear un gran misterio en torno a él; lo odiaba por eso, por mantenerlo siempre en la sombra.

Bronco se quitó su Stetson y en la pantalla apareció la máscara que cubría su rostro; a él también se lo conocía por el jinete enmascarado. Me impactaba ver que aún seguía con los viejos hábitos y costumbres de cuando montábamos juntos, pues besó su sombrero de ala ancha y lo entregó a los miembros de su equipo. Eso era algo que hicimos una vez y que desde ese día se convirtió en rutina; a menudo los jinetes se apegan a sus cábalas, a sus supersticiones. Verlo siempre me emocionaba, ya que eso era algo que nosotros habíamos creado juntos.

Todo estaba ocurriendo bajo el exhaustivo relato del locutor, que detallaba cada movimiento de Coop. De pronto la cámara enfocó a los patrocinadores que buscaban nuevos jinetes para representar. ¡Joder!, vi a mi padre junto a ellos, prendido cual sanguijuela, y eso me hizo comprender la razón de la elección del toro. A Parker le importaba una mierda la seguridad de Cooper, él sólo quería engrosar sus ingresos.

El personal que lo asistía en la rampa le alcanzó entonces su casco; agradecí que montara con uno puesto, aunque sabía que era muy incómodo y desestabilizante hacerlo... pero él era tan bueno que también había

conseguido domar al casco sobre su cabeza. Algunos consideraban de poco hombre usarlo, o incluso antiestético; yo, sin embargo, pensaba que quien no lo usaba, simplemente, era muy poco inteligente. La hombría no se mide por llevar casco o no, sino por los resultados. Claro está que muchos preferían no utilizarlo, y que había determinadas montas en las que el jinete, sencillamente, se arriesgaba a no llevarlo puesto para tener más libertad de movimiento.

Estaba asustado, era cierto, pero también debía reconocer que Bronco no iba a ponerse en riesgo si no estuviera seguro de que podía montar al toro en cuestión; era un jinete sabio y sobre todo responsable, no un novato alocado al que sólo le importase impresionar para ascender.

Todos en la arena estaban expectantes a la señal de Cooper para que el encargado de la puerta la abriera; intentó dos veces sentarse en el lomo del animal, pero éste no lo quería allí y procuraba por todos los medios aplastarlo contra la valla del cajón. Al tercer intento deslizó sus rodillas por el lomo del animal para que éste se acostumbrara a su peso, y el toro pareció aceptarlo. En la arena no volaba ni una mosca, incluso el volumen de la música parecía no ser tan estridente como de costumbre.

¡Dios, cómo extrañaba la adrenalina que se acumulaba en mi cuerpo en cada monta!, esa excitación que no se logra de ninguna otra forma. Quería ir a buscar mi Stetson, el que usaba cuando iba a las subastas de caballos antes de cambiar de empleo, y subirme tan siquiera en el respaldo del sofá para imaginar que estaba montando sobre un toro.

Mierda, si a algo no iba a acostumbrarme era a eso, a haber perdido esas sensaciones, no mis sueños.

Ocho segundos aguantando la respiración; ocho segundos balanceando mi cuerpo con los movimientos que el toro realizaba y que imitaban los de Cooper para permanecer sin ser derribado; ocho interminables segundos en los que creí que se me iría la vida si él era derribado; ocho segundos levantando una mano, la que sostenía una Budweiser, al tiempo que

equilibraba mi complexión como si yo fuera el que había emprendido el viaje, y le gritaba instrucciones como si él pudiera oírme.

—Síiiiiiiiiiiii... síiiiiiiiiiiii... síiiiiiiiiiiii...

Grité y salté cuando el timbre sonó, Cooper lo había conseguido... pero no parecía haberse enterado. Es cierto que a veces es tanta la adrenalina que llega al cerebro que la señal acústica no se oye; eso, sumado a los gritos de la gente, provocó que no se hubiese percatado del sonido, porque seguía luchando con los movimientos del toro sin saltar de éste. Entonces me di cuenta de que el hijo de puta había hecho un lazo peligroso en su mano y no podía zafarse.

Me agarré la cabeza con ambas manos, acercándome más a la pantalla, casi pegándome a ésta.

—Libérate, Coop, ¡libérate, maldita sea!

Y entonces ocurrió el milagro: Bronco se soltó de su cuerda y se apeó del toro con una elegancia impactante.

Grité a todo pulmón y lo celebré tanto que casi me quedé sin voz.

Poppy

Sentía que los niveles de adrenalina que circulaban por mi cuerpo eran demasiado elevados. Ver montar a Cooper fue realmente una pasada, y eso que sólo lo había hecho a través de la televisión. No podía imaginarme lo que debía sentirse al presenciarlo en directo, situada en las gradas de la arena.

Necesitaba calmarme y dormir, necesitaba empezar a adaptarme a los horarios que regían el rancho. Había quedado con Marcia a la mañana siguiente para acompañarla a dar de comer a los animales de la granja, así que lo mejor era que me deshiciera de la excitación y descansara; además, no sólo debía hacerlo por mí, sino también por mi bebé.

La luz que emitía la luna entraba por la ventana de mi habitación y lo bañaba todo con sus tonalidades plateadas; me gustaba dejar la cortina abierta

y observar el cielo de la noche en New Washoe City, parecía ser muy diferente del que los rascacielos de Nueva York nos dejaban observar.

Mi teléfono, que estaba sobre la mesilla de noche, de pronto empezó a sonar y me sobresalté; de inmediato me senté en la cama para pillarlo y ver quién llamaba.

La pantalla arrojó un nombre que no esperaba encontrar y mi corazón pareció ascender hasta alojarse en mi garganta. Automáticamente pensé en Nicole; por la tarde había hablado con Chiarita y ésta me había dicho que todo seguía igual, pues ella aún no había reaccionado, pero continuaba luchando por sobrevivir a la infección generalizada que su cuerpo presentaba. Me dije que quizá algo estaba pasando en esos momentos, sobre todo porque era casi inaudito que él me llamase a esa hora, aunque en realidad, para la vida que se llevaba a cabo en la Gran Manzana, era muy temprano aún.

Dios, no quería hablar con él; necesitaba dejarlo atrás, pero parecía imposible... a pesar de eso, tal vez era importante que respondiera.

Con todo, mi corazón me pedía a gritos que me protegiera de oír su voz, fuera para lo que fuese, así que rechacé la llamada y, sin demora, marqué el número de Chiara. Si se trataba de algún cambio en el estado de salud de Nicole, seguramente ella estaría al tanto.

—Poppy —me contestó al segundo tono.

—¿Qué pasa con Nicole?

—Nada, todo sigue igual, nada ha cambiado.

—Dios, ¡creía que algo iba mal!, casi me muero del susto.

—¿Por qué has pensado eso? Ya te dije que te avisaría si se producía cualquier cambio. Hace un rato he hablado con la mamá de Luka, ella permanece en el hospital junto a su hijo, y me ha dicho que todo sigue igual que esta tarde.

—He tenido un mal presentimiento y me he desesperado.

Mentí, como es obvio; últimamente mi vida se había convertido en eso, en una gran mentira. Le mentía a todo el mundo que se preocupaba por mí.

Drake me había convertido en una gran cínica y en una completa mentirosa.

El domingo por la tarde me senté junto al estanque artificial; había descubierto que hasta allí llegaba la señal de Internet, así que estaba trabajando al tiempo que disfrutaba de los últimos rayos de sol del día.

Oí que un vehículo se acercaba y de pronto apareció por el camino lateral la camioneta de Cooper. Pasó rumbo hacia donde siempre estaba estacionada. A su paso levantó una intensa nube de polvo, y mi vista persiguió el recorrido hasta que se detuvo y él descendió. Adam, uno de los empleados del rancho que lo había ido a buscar al aeropuerto, también bajó; desde lejos vi cómo se despedían y éste, después de que descargara el equipaje del patrón, se marchaba hacia la zona donde estaba ubicada la caravana que él ocupaba en el rancho.

—Nos vemos, Coop —gritó mientras se alejaba.

—Ve a descansar, hombre.

Cooper se veía cansado, pero conservaba su porte. Los pantalones de mezclilla se aferraban a sus muslos y la hebilla de su cinturón brillaba, al igual que sus botas, gritando «jinete de toro a la vista»; sin duda era el compendio del sueño de toda chica.

Durante el fin de semana me había ocupado de conocer mejor cómo funcionaba la monta profesional de toros; leyendo sobre el tema había descubierto que era un deporte que tendía a favorecer a los de complexión más liviana; sin embargo, al ver a Cooper, me dije que ésa no era una regla del todo insalvable.

Sus largas piernas se veían muy ágiles, y sus anchos hombros eran la clara pauta de la fortaleza de éste. Llevaba la camisa por dentro del pantalón,

ajustándose en los lugares donde debía ajustarse, cargaba dos bolsas y caminaba hacia la casa.

Su verdosa mirada, parcialmente oculta bajo el ala de su sombrero, resultaba intransigente y directa, como la primera vez que lo vi al lado del camino; era la mirada de un hombre que no parecía temerle a nada. De hecho, quien lo viera montado sobre un toro podría afirmar que así era; sin embargo, yo empezaba a sospechar que Cooper Lynch se escondía bajo la fachada que Bronco le facilitaba.

Un ruido detrás de mí disolvió el nudo caliente en la boca de mi estómago que él me producía.

—Hijo —gritó Marcia, de pie bajo el alero del patio trasero, y salió a recibirlo.

Al instante de alcanzarlo, lo primero en lo que se interesó fue en su pierna.

—Estoy bien, Marcia, deja de exagerar. Además, me estás avergonzando frente a la señora.

—Poppy, por favor. Sé que es una costumbre de la gente del campo, pero prefiero que me llames por mi nombre. Además, pasaremos muchas horas trabajando juntos, así que es mejor que estemos cómodos el uno con el otro. No hemos tenido un buen comienzo, pero sé que lo dejaremos atrás.

—¿Siempre hablas tanto?

—Oh, bueno, puedo ser una gotera en la cabeza, según mis amigas.

—¿Cómo está tu amiga?

—Gracias por preguntar. Todo sigue igual.

—Y tú... sigues aquí, finalmente no has ido a verla.

Me encogí de hombros.

—Felicitaciones por el triunfo obtenido este fin de semana. Marcia y yo te vimos por la televisión.

Me miró a los ojos y luego dijo:

—He pensado en todo lo que hablamos, en lo de las redes sociales también. Imagino que descubriré bastante rápido cómo se usan, pero, si

deseas echarme una mano, te lo agradeceré.

—Con gusto, cuando quieras me lo dices y empezamos; así podremos, además, poner botones en la nueva página web que estoy creando para que te sigan desde allí.

—¿Botones?

—Ya te lo explicaré, cuando lo hagamos. Necesitas adquirir mucho vocabulario, además de saber cómo se usan las redes sociales. Estoy segura de que tus fans las harán explotar en cuanto se enteren de que las usas.

—De acuerdo. Ahora me voy a descansar un rato.

Asentí con la cabeza.

—¿No quieres nada?

—No; me iré a acostar hasta que esté la cena, mamá.

Cooper

Terminamos de cenar. Marcia y Poppy recogieron la mesa y yo me senté en la sala frente a la televisión; quería ver la repetición de la monta, pero entonces me percaté de que se me había pasado la hora.

Sin poderme contener, blasfemé en voz alta.

—¿Qué ocurre, Cooper?

—Nada, mamá... sólo que ya ha terminado la repetición de la monta del fin de semana y no he podido verla.

—Búscalo en Internet; seguramente lo encontrarás en algún sitio en línea o en YouTube —intervino la rubia, como si lo que decía fuera la cosa más normal del mundo... y quizá sí lo era e iba siendo hora de que me modernizara.

Lo pensé algunos segundos y le pregunté:

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Tienes un ordenador en tu escritorio, ¿tú no?

—¿Te estás burlando de mí?

Ella miró a Marcia y le dijo:

—¿No te importa si lo ayudo? Te prometo que, mañana, todos los cacharros los lavaré yo.

—Ve, cariño, yo me arreglo. Después de todo, sólo es un plato más de los que estoy acostumbrada a lavar a diario.

Poppy se acercó a la sala y me puse de pie, para ir hasta el escritorio.

—Siéntate —me indicó mientras me empujaba hacia abajo por los hombros para que lo hiciera. Luego sacó un móvil del bolsillo de su vestido y se sentó junto a mí.

Tocó varias cosas en la pantalla, luego escribió y finalmente me planteó:

—¿Quieres verte tú o lo que te interesa es ver a otro jinete? Tal vez te apetece ver algún toro en particular, por si en otra parada de la gira te toca.

—Empecemos con mi viaje.

—Ok, realmente me hiciste quedar sin respiración en el último. ¿Por qué no podías bajarte del animal?

—Se me atascó la cuerda en el guante.

Cogió mi mano despreocupadamente; empezaba a advertir que era una chica con una personalidad muy fresca y sin inhibiciones, muy diferente de las mujeres con las que estaba acostumbrado a tratar. Conocía a varias mujeres desinhibidas, pero no como lo era Poppy; ella lo era de una forma natural y sin connotaciones sexuales.

—Guau, apuesto a que tienes una mano muy fuerte.

Empecé a reírme.

—Te aseguro que no querrías saberlo.

—¿Estás citando mis palabras?

—Tal vez, aunque no sabía que esa frase tuviera *copyright*.

—Dime, ¿de qué te ríes? Y no te preocupes, que si es una grosería no me ofenderé... en todo caso estaríamos a la par, ya que, cuando te conocí, fui bastante grosera contigo y no me comporté adecuadamente. ¿Sabes?, no es justificación, pero a menudo mi lengua me mete en problemas; nunca modero

lo que digo, mi mente va por libre y mi boca expulsa los pensamientos antes de que pueda detenerme.

—Me he reído porque la frase que me has soltado es lo que a menudo me dicen las conejitas de hebilla.

—¿Conejitas de hebilla?

Ladeé la cabeza, mirando la hebilla de mi cinturón.

—Oh, sí, ya entiendo, no me expliques... algo así como una *groupie*, pero de las montas.

—Exacto.

—Imagino, además, la forma en que quieren probar la fuerza de tu mano.

Los dos nos reímos.

—¿Por qué una chica como tú lo ha dejado todo en la ciudad para venir a vivir a un rancho? ¿Por qué quieres vivir una vida tan diferente de la que seguramente tenías en Nueva York?

Se retorció las manos y luego se encogió de hombros.

—Necesitaba un cambio.

Era bueno analizando los silencios de las personas, así que, después de mirarla fijamente, le dije:

—¿Querías dejar atrás a alguien?

Asintió con la cabeza y luego se alisó el vestido sobre su vientre.

—Al padre del hijo que espero.

—*A-guar-da*. Estás... *es-tás* —parecía tonto, tartamudeando como lo hacía — ¿encinta?

—No quiero seguir mintiendo. Si quieres, me iré; soy consciente de que os tendría que haber comentado mi estado antes de venir, pero, después de ser sincera cuando me postulaba para varios empleos en los que fui rechazada por esa razón, decidí obviar cierta información. Sin embargo, me habéis tratado muy bien en el rancho y no quiero seguir ocultando mi embarazo. Planeé no decirlo hasta que fuera evidente, pero no me gustan las mentiras.

—¿Marcia lo sabe? Lo siento, de verdad que aún no se te nota. ¿De cuánto

estás?

—De tres meses. Creo que tu madre se ha dado cuenta, pero espera a que yo me sincere sola.

»Y no es que no se note nada —se recostó en el sillón y me enseñó la pequeña protuberancia que asomaba en su esbelta silueta alisando el vestido para que lo percibiera—. Ya sabes, una mujer siempre es más perceptiva que un hombre.

Asentí, y más conociendo a Marcia y sabiendo que a ella nada se le escapaba.

—He estado informándome de los alquileres en el pueblo y no son demasiado altos, así que, si no quieres que siga quedándome aquí... sólo te pido que no me quites el trabajo, porque realmente lo necesito.

—Oye, ¿y el padre del bebé?, ¿y tu familia? ¿Tienes familia?

—Sí, la tengo, pero en cuanto se enteraron me... Oye, no quiero dar lástima, de verdad que no es lo que pretendo, así que dejémoslo en que no me llevo demasiado bien con ellos.

—¿Qué hay del papá? No me has contestado eso.

Ella negó con la cabeza antes de empezar a hablar.

—Estoy sola en esto.

—No estás sola. Yo no tengo ningún problema en que te quedes, y estoy seguro de que Marcia mucho menos.

Se abalanzó sobre mí y me abrazó.

—Lo siento, lo siento —dijo apartándose bruscamente de mí—, en serio que no quiero tu compasión, pero sienta tan bien que alguien que es un desconocido no te eche a la calle. Te prometo que mi alojamiento es temporal; en cuanto nazca el bebé, buscaré dónde mudarme.

—No creo que sea necesario. El lugar es muy amplio; de hecho, yo crecí aquí en este rancho, así que creo que es un buen sitio para que críes a tu hijo.

—Te aseguro que trabajaré incansablemente para llevar tu imagen a lo más alto; me ganaré con mi esfuerzo la oportunidad que me estás brindando.

—Cálmate... sólo realiza tu trabajo, no tienes que hacer nada más. Bien, ahora quiero ver esa monta, ahí en ese teléfono. Mañana me levanto temprano, así que me gustaría hacerlo rápido para irme a dormir.

—Oh, sí, claro.

Miramos varios vídeos, no sólo de los viajes del último fin de semana. Poppy me explicó cómo encontrarlos fácilmente, así que me cedió su móvil y se acurrucó a mi lado mientras yo tomaba el mando para buscar lo que quería ver.

Se había hecho bastante tarde y ella empezó a bostezar.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a levantarme tan temprano como lo vengo haciendo.

—Ve a descansar. —Le tendí su teléfono y ella rápidamente se puso de pie—. Poppy... —la llamé antes de que se apartara de mí.

—Sí, dime.

—Mañana por la tarde tengo que ir a Carson City; tal vez quieras acompañarme y así me ayudas a elegir uno de esos —hice un gesto con la cabeza, señalando el aparato que ella sostenía en la mano—: quiero comprar un teléfono.

Me codeó como si fuéramos amigos de siempre.

—Aaah... ¡te ha gustado! Has visto, ¡y te resistías a usar uno!

—Parece útil.

—Lo es; podrás estudiar los toros que montas con facilidad. ¿A qué hora tengo que estar lista?

—Al mediodía habré acabado mis tareas, así que vendré, me ducharé, almorzamos algo rápido y nos vamos.

—*Okay*, estaré lista.

Ocho

Poppy

El tiempo pasaba increíblemente rápido; ya hacía un mes que había llegado al rancho y, poco a poco, sentía que ése podía ser mi lugar en el mundo.

Con el correr de los días, paulatinamente dejé de llamar a diario a mis amigas. Nicole, gracias a Dios, ya estaba bastante repuesta; ella y el bebé estaban en su casa desde hacía días y, después de todo cuanto había pasado, estaba intentando dejar atrás las diversas tragedias que le había tocado vivir, consolidando su amor y su familia junto a Luka Bandini.

Por mi parte, lo que más anhelaba era dejar atrás a Drake; por tal motivo, seguir en comunicación con todos ellos sólo provocaba que la herida que tenía en el pecho no acabara de cerrar.

Por alguna razón que no llegaba a comprender aún, no le había confesado mi embarazo a Marcia; me había supuesto una tarea muy fácil hacerlo con Cooper, pero no me ocurría lo mismo con ella. Creo que era un problema mío, pues en cierta manera me parece que temía que me juzgara del mismo modo en que lo habían hecho mis padres. Por eso prefería, tal vez, no confesárselo, puesto que Marcia me trataba tan bien que no quería perder eso.

Sin embargo, pronto no podría ocultarlo más, ya que la barriga estaba empezando a crecer de manera notoria, y cada vez me costaba más disimularla.

—Ven, quiero enseñarte algo —me pidió Marcia quitándose el delantal de cocina, una vez que acabamos de limpiar y ordenar los cacharros que habíamos usado para el desayuno.

Me cogió de la mano y me arrastró con ella fuera de la casa.

—¿Adónde vamos?

—No seas ansiosa.

Llegamos a un cobertizo donde se guardaban cosas en desuso, que estaba ubicado junto al granero.

Marcia se abrió paso entre las cosas y luego descubrió una cuna hecha en madera.

Me tapé la boca al verla.

—Es la cuna que usó Cooper. Su padre era muy bueno trabajando la madera; él la cortó y la talló. Podemos decirle a Coop que la acondicione y también podemos ir al pueblo y comprar un colchón, y mantas y sábanas.

—Marcia... —Tenía un nudo atragantado en la garganta y las palabras no me salían, mezcla de vergüenza, miedo, pudor, agradecimiento...

—Perdona, pero no he podido aguantar hasta que tú me lo dijeras; lo sospeché desde que llegaste y...

—¿Cooper te lo ha confirmado? —la interrumpí.

—¿Él lo sabe?

Me encogí de hombros y asentí.

—Ah, pues ahora sí que estoy enfadada; se lo has contado a él y no a mí.

—Sentía un poco de vergüenza... porque no soy una libertina, ni tampoco una mujer de bragas flojas.

—Para, detente, por Dios. ¿De dónde sacas que yo pienso eso de ti?

Me cubrí la cara con ambas manos.

—Creo que se debe a la relación que tengo con mis padres, o mejor dicho a la que no tengo; ellos... siempre me están juzgando.

—Ven aquí.

Marcia se acercó, cobijándome en un abrazo que sentí muy sincero y maternal; en fin, yo imaginaba que así era cómo abrazaba una madre, porque de la mía nunca los había recibido; sin embargo, sí había visto la relación de mis amigas con sus padres... incluso Pete Burns, un zar del rock y un experto

en excesos, era más cariñoso con Joss de lo que lo eran mis padres conmigo. Además, también había sido testigo de cómo Marcia abrazaba a Cooper.

—Un hijo nunca es un motivo para avergonzarse. No quiero entrar en un terreno privado, me refiero a tus padres, ni tampoco pretendo juzgarlos, pues no hay un manual en el que se aprenda con certeza cómo ser mejores papás. Eso es algo que nace de la experiencia, de los sentimientos también, y a menudo, en el intento, fallamos en ciertas cosas... Ya sabrás de eso cuando nazca tu bebé; uno siempre quiere ser perfecto y hacer lo mejor para los hijos, o mejor dicho lo que cree que está bien, pero a veces no lo está y nos equivocamos.

—Ellos se avergüenzan de mí. No encajo en su círculo social. Siempre me han tirado en cara que tengo un alma rebelde y que... Lo siento Marcia, no quiero hablar de ellos, me pone mal... —me toqué el pecho y luego la barriga —... me angustia y no quiero ponerme así por el bebé.

—Lo entiendo, no te preocupes, pero quiero que sepas que me siento muy orgullosa de ti. En este mes que has pasado con nosotros en el rancho, me he dado cuenta de que eres una chica con muy buenos sentimientos y una gran mamá luchadora.

Me reí.

—Me encanta, suena bien eso que dices, eso de que soy una mamá luchadora; estoy dispuesta a luchar contra todo por mi bebé.

—Lo sé; estás aquí sola, eso lo demuestra.

—Sí, estoy sola en esto.

—Entiendo, no voy a hacer la pregunta que todos harían, me queda más que claro que estás sola.

La agarré de las manos.

—El papá de la criatura no es un mal hombre, sólo que no estaba en sus planes ser padre, así que preferí alejarme y dejar que viviera su vida.

—Supongo que tú tampoco tenías planes de ser madre y los estás asumiendo.

—Podría no haberlo hecho.

—¿Pensaste en interrumpir el embarazo?

—No, nunca.

—Me lo imaginaba.

—Me niego a que mi hijo crezca sabiendo que hay personas que no querían que viniera a este mundo, o que sienta que es una carga o un impedimento para continuar; no quiero eso, ni tampoco que sea un sacrificio ni una obligación que lo amen... quiero que sienta amor verdadero, que se sienta bendecido por habitar este mundo, y no que perciba que es aceptado porque es lo correcto, lo que se debe hacer.

»Me siento capaz de amarlo mucho para que no sienta ninguna ausencia.

—No quería preguntar, pero, bueno, tú me has dado pie para que lo haga. ¿No te brinda ninguna ayuda, ni te acompaña en nada?

—Él no sabe.

—¿Quééééé? ¿Cómo que no lo sabe? Entonces, ¿cómo puedes decir que no lo quiere?

—Porque lo sé, porque siempre se encargó de hacerme saber que no deseaba tener una relación y que no quería ser padre, jamás. Fíjate que incluso unos amigos de ambos estaban esperando un bebé y él decía que no sabría cómo ser padre porque, además, no quería serlo.

»Intenté decírselo a pesar de todo, pues creía que tenía derecho a saberlo... pero... cuando fui a contárselo... Lo siento, no quiero recordar ese día. Resumiendo: pasó de mí, pasó de nosotros; él se pierde conocer a su hijo.

Mi teléfono sonó, interrumpiendo la conversación. Cuando miré la pantalla y vi el nombre de Nicole, me sentí fatal por plantearme siquiera si respondía o no. Finalmente lo hice.

—Poppyta... te extraño tanto, amiga.

—Hola, Nic —le dije de forma poca efusiva.

—Caramba, no te alegres tanto de oír mi voz.

—Lo siento, es que estaba... descuida, no me hagas caso. ¿Qué quieres?

—¿Qué te pasa, Poppy? ¿Cómo me preguntas que qué quiero? Te llamo para ver cómo estás, y para preguntarte por tu mamá, ¿y me preguntas que qué quiero? Si yo no me pongo en contacto contigo, tú no lo haces. Justo acabo de dar de comer a Luciano, y quería saber de ti, sobre cómo estás llevando la convivencia con tus padres, pero parece que mi llamada te molesta.

—No, no, no es eso, es que ya sabes, la relación con ellos siempre ha sido complicada, y lo sigue siendo, pero me necesitan aquí, así que aquí sigo. Cuéntame cosas del bebé.

—Tu voz suena apagada, Poppy. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, lo estoy. Acabo de discutir con mi padre, es eso.

—¿Quieres explicármelo?

—Mejor cuéntame tú algo bueno.

Hablamos largo rato, hasta que Mila reclamó la atención de Nicole; ellas se llevaban como si fueran madre e hija. Mi amiga había parido un hijo de Luka, pero amaba a esa pequeña como si también fuera propia.

Marcia se alejó cuando me oyó mentir descaradamente, y yo me sentí horrible por hacerlo y por lo que pudiera pensar. Así que, cuando colgué, fui a buscarla; sabía que lo más seguro era que la encontrase dando de comer a las gallinas.

—Marcia —dije, sorprendiéndola—, debes creer que soy una gran mentirosa y que realmente lo hago sin esfuerzo.

—Las mentiras nunca son buenas, pero a menudo uno las dice porque cree que tiene justificación para hacerlo. Si no te mirase a la cara en este momento y viera lo mucho que te pesa, tal vez creería que sí, que eres una gran mentirosa, pero sé reconocer a un cínico y a una persona que miente obligada por las circunstancias y, créeme, de eso, yo sé más de lo que tú te imaginas.

—Odio mentir, odio a las personas que lo hacen, pero, de alguna forma, me he convertido en una gran embustera.

—Relájate, no tienes que explicarme nada.

—Vivo en tu casa, vosotros me habéis abierto las puertas del rancho y me habéis hecho sentir que pertenezco aquí.

—Y es genial, me encanta que lo sientas así, pero eso no nos da derecho a inmiscuirnos en tu vida personal.

—Me siento una ingrata con todo el mundo. Quien me ha llamado es mi mejor amiga; ha sido madre hace muy poquito y ni siquiera he movido un dedo para conocer a su hijo, y encima ella estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte y yo me quedé aquí, pensando sólo en mí.

—Y en tu bebé.

Asentí.

—Un hijo nos cambia la vida desde el momento en el que sabemos que va a nacer, así que supongo que todo lo que haces lo haces por protegerlo a él.

Volví a asentir con la cabeza, pero sin mirarla a los ojos, hasta que ella me asió por el mentón y levantó mi rostro para que la enfrentara.

—Estoy segura de que tus razones tienen una gran justificación; muchas veces una madre actúa por instinto y tú estás escuchando ese instinto; sin embargo, en ocasiones una verdad no dicha a tiempo convierte nuestras vidas en una completa falsedad, y lo peor de todo es que terminamos creyéndonos nuestra propia mentira y llega un punto en el que callar es la única opción.

Con el transcurrir de los días empecé a presentir que a Marcia no le gustaba que nadie revoloteara en su cocina, y Cooper me lo confirmó; por tal motivo, no aparecía por la casa hasta que ella me mandaba a buscar para cenar. Esa noche pensé en excusarme, pues me había sentido muy incómoda después de nuestra conversación, pero no tenía sentido esconderme... vivía allí, así que tarde o temprano debería volver a mirar a Marcia a la cara. Un golpe en la puerta me extrajo de mis pensamientos, salí del baño, donde estaba peinándome, y abrí la puerta, para encontrarme con Cooper.

Cooper

—Hola.

Ella parecía asombrada de verme, pues no era normal que yo fuera a buscarla para ir a cenar; por lo general mi madre enviaba a algún empleado para que la avisara, pero esa noche yo me había ofrecido a hacerlo.

—Vamos, Marcia me ha mandado a por ti.

—Aguarda que cojo mi móvil y nos vamos.

Me quedé recostado contra el marco de la puerta, esperándola, cuando ella gritó desde dentro:

—Entra... Me preguntaba si después de cenar tendrás ganas de que revisemos algunas imágenes que he capturado esta tarde mientras arreglabas la zanja del lado oeste; dime si estás dispuesto a que trabajemos un rato luego, así me llevo el portátil.

—Mañana grabarán el reportaje.

—Cierto. Todo irá bien, no estés nervioso.

Entré en la sala; se veía bastante diferente de cómo estaba todo cuando yo ocupaba ese lugar.

—Has hecho un buen trabajo aquí, el ambiente tiene tu marca registrada.

—Sólo he agregado algunas cosillas... Por ejemplo, iluminación; ésas son algunas de las lámparas que Marcia guardaba en el desván, me dijo que podía cogerlas porque no las usaba, y también el sofá. La manta me la regaló Lucía, la esposa de Parker. Luego puse algunos pañuelos sobre las lámparas para conseguir un ambiente más cálido, y un jarrón con las flores que cultiva Lucía y que a diario me envía para que las vaya renovando.

Poppy regresó en ese instante, con el portátil bajo el brazo.

—Lo he reconocido todo; alguna vez mi madre tuvo esto —señalé con la mano abarcando los muebles— en la antigua cabaña que había construido mi padre. Has dejado este sitio con un toque muy femenino, lo has transformado.

—¿Me lo llevo, entonces?

Cogí el portátil para aliviarle el peso, recordándole de nuevo que sabía cómo ser un caballero.

—Yo lo hago. —Hice un ademán con la mano y dejé que pasara por delante, demostrándole una vez más que fue un lapsus los modales que no exhibí cuando nos conocimos.

—¿Cuándo tienes cita con el médico?

—Mañana a las tres de la tarde, así que iré hasta Reno.

—Puedo llevarte con mi camioneta para que no tengas que ir sola y luego, si te apetece, podemos ir juntos al canal de televisión.

—¿Me estás diciendo que quieres que vaya contigo?

—¿Quieres venir?

Se abalanzó sobre mí y se colgó de mi cuello, y por sostenerla casi suelto el portátil. Poppy era muy efusiva y auténtica, no le importaba expresar sus sentimientos de la forma que lo sentía.

—Perdona —me dijo apartándose de mí—, me ha emocionado que me hayas invitado a ir contigo, por supuesto que me apetece. Sí, quiero.

Ambos nos empezamos a reír como dos bobos; hacía mucho tiempo que no me reía así, despreocupadamente y sin un motivo aparente.

—Acepto tu compañía y acepto ser tu acompañante —se apresuró a aclarar, con las mejillas tintadas de rojo.

—Lo he entendido, aunque... ese «sí, quiero» ha sonado como que estabas aceptando otra proposición por mi parte.

Me golpeó el hombro con la mano.

—Eres un tonto.

—Eres la primera mujer que me llama tonto.

—Porque seguramente ninguna te ha tratado íntimamente.

Levanté una ceja y la miré a los ojos.

—Oye, ya deja de hacerte el chulo conmigo, no me refiero a esa intimidad.

—No creo que puedas aseverar fehacientemente cuánta intimidad he

tenido con una mujer.

—Marcia me contó que nunca has tenido una relación estable.

—¿Hablas de mí con mi madre?

—Ahora mismo te estás sintiendo el ombligo del mundo; te estás comportando de un modo tan arrogante como cuando te conocí.

Solté una pequeña risa entrecortada y le guiñé un ojo.

—No sabía que estabas interesada en mis relaciones sentimentales.

—Suenas patéticamente creído.

—A las conejitas de hebilla les encanta —le dije de una manera baja y burlona.

—No me interesa saber el método que utilizas para llevarte mujeres a la cama.

—¿No? Me había parecido entender que hablabais de mis relaciones con Marcia; cuando uno habla de alguien es porque el tema en cuestión y la persona le interesan.

—Estás hecho un tonto esta noche, es imposible hablar seriamente contigo.

Entramos en la casa riendo como si nos hubiéramos zampado una botella de licor y no pudiéramos parar de troncharnos por cualquier cosa. Marcia nos miró y me hizo falta sólo una mirada para sentir incomodidad ante su escrutinio.

—Poned la mesa, ya sirvo —nos indicó mientras volvía a girarse para continuar emplatando la cena.

Nos sentamos los tres a comer, particularmente en silencio; un silencio que se había convertido en algo muy desagradable después de que Marcia cuestionara nuestra comodidad juntos... hasta que mi madre decidió romperlo.

—Hoy le he enseñado tu cuna a Poppy; le he comentado que tú podrías ponerla en condiciones para su bebé.

Mi vista voló hacia ella sin ocultar mi asombro, pues desconocía que le

había contado a Marcia lo del embarazo.

—Marcia lo sabía, no he necesitado decirle nada —se justificó con cierta culpa—. La cuna es realmente bonita, pero me apena usarla; seguramente la estabas guardando para cuando Cooper te diera un nieto.

—Al paso que vamos, el día que Coop tenga un hijo tal vez yo ya no esté en este mundo.

—Mamá... sabes lo que pienso de una familia... Mi carrera me mantiene fuera demasiado tiempo.

—Cuando se ama, la persona se convierte en compañero de la vida; quizá no has encontrado aún a la persona indicada.

—¿Podemos cambiar de tema?, sabes que no me gusta hablar de eso. —Noté de inmediato la incomodidad de Poppy—. No lo digo porque tú estés aquí —me apresuré a aclarar.

—No, Poppy... Cooper, simplemente, cuando se habla de asentarse, siente fobia y lo ve todo negro; no se trata de ti, cariño.

»No me mires así —me dijo contraatacando—; ésta es mi casa y en mi mesa digo lo que quiero.

No pude contener poner los ojos en blanco; respetaba a mi madre, pero a veces podía ser implacable. En verdad nunca había aprobado mi elección. Jamás se había sentado en una grada para verme montar. Siempre había dicho que subirse al lomo de un toro era como jugar a la ruleta rusa.

Cuando tuve edad suficiente como para salir de gira, ella había peleado con mi padre infinidad de veces por tal motivo, y no le perdonaba que apoyara que yo pudiese acabar lisiado a causa de ese maldito deporte.

—Volviendo a la cuna —recondujo la conversación Marcia, demostrando que ella tenía la voz cantante en esa tertulia—, no se va a romper porque la use tu bebé. La he guardado durante tanto tiempo, a la espera de otro niño en la casa que nunca llegó, que, ahora que vendrá uno, realmente me daría mucho gusto que la utilizaras... Si no tienes otros planes, claro, pues tal vez prefieras comprarle una a tu hijo.

—No, no es por eso. ¿Tú no tienes problema en que la use? —me preguntó mirándome fijamente y cogiendo mi mano.

—Me ocuparé de ponerla en condiciones; quedará como nueva, no te preocupes.

La noche estaba serena; era una calurosa noche de verano, así que, después de cenar y de ayudar a Marcia con los cacharros sucios, nos pusimos repelente para alejar los insectos y nos sentamos en la galería con Poppy. En cierto momento en que ya habíamos terminado con la selección de fotos que ella había capturado mientras yo hacía los trabajos en el rancho, empezamos a hablar. Poppy quería que le contara más cosas de las giras; parecía sentir una fascinación por entender cómo funcionaba todo en el mundo de los rodeos, y por supuesto no iba a hacerme de rogar, pues hablar de mi trabajo era para mí como si bebiera una poción mágica que me inundara de adrenalina, un salvajismo que surgía en mis entrañas y que parecía indomable; muchas veces, incluso, dudaba acerca de quién era más salvaje, si yo o el toro. Mi esencia misma era incontenible; amaba esa sensación de dominio absoluto cuando me subía sobre una bestia mañosa, era una cuestión de probar quién tenía más poder de los dos. En la arena todo era brío y arrojo, una ferocidad que nada ni nadie podría domesticar en ninguna de las dos partes.

De pronto noté que ella estaba muy callada. Cuando la miré, comprobé que se había quedado dormida, así que la cogí en brazos esperando que se resistiera, pero no lo hizo, parecía narcotizada; sólo se acurrucó contra mi pecho hasta que la deposité sobre su cama.

—Te estás involucrando demasiado.

La voz de Marcia surgió entre las penumbras de la galería trasera, cuando regresé.

No le contesté, continué mi camino, tenía toda la intención de irme a dormir, así que no me iba a enredar con las alucinaciones de mi madre.

—Lleva un hijo de otro hombre en el vientre, y además aún lo ama. Si él

los aceptara a ambos, no dudaría en dejarlo todo.

—No sé por qué te preocupa tanto lo que Poppy siente por el padre de su hijo, a mí no me va ni me viene.

—Te lo he advertido, luego no digas que no.

Nueve

Poppy

Salimos de la consulta y Cooper me abrió la puerta de su camioneta para que subiera, luego dio la vuelta y se montó en la plaza del conductor. Lo seguí con la mirada... Se veía muy ágil, y no me extrañaba el dominio que tenía de su cuerpo, ya que para el deporte que practicaba era necesario que lo tuviera.

—Lamento que te hayan confundido con el padre del bebé —le dije mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y ponía en marcha el vehículo para salir del aparcamiento—; podrías haberlo aclarado y esperarme en la sala de espera, negándote a entrar.

—No he querido que te sintieras mal, todas las mujeres estaban ahí acompañadas de sus parejas. Además, me ha gustado entrar contigo. —Hizo una pausa—. No te ha molestado, ¿verdad?

—No, claro que no; al contrario, me he sentido bien. En la consulta anterior, cuando dije que estaba sola, me miraron de un modo que me hizo sentir muy indecente.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, por estas latitudes no es como en la ciudad, donde nadie se fija en nadie.

—No te preocupes. No me importa lo que la gente piensa de mí, pero tampoco te voy a negar que hoy, al entrar contigo, ha resultado muy cómodo. Claro que... estaba pensando que deberíamos evitar pasar por esta situación nuevamente... Tu rostro pronto será muy conocido y, ya sabes, a la gente le encanta inventar historias y no quiero que se confundan deduciendo que tú y

yo tendremos un hijo. Eso no le haría ningún favor a tu imagen y estoy aquí para engrandecer tu nombre, no para ensuciarlo.

—Me tiene sin cuidado lo que la gente especule; trabajas para mí, pero también nos llevamos muy bien; podemos ser amigos, además.

—A ti no te importa, pero estoy segura de que a Parker no le gustará, y necesito el trabajo.

—Descuida, nadie te dejará sin trabajo; tú en el rancho estás segura, ésa es mi casa y la de mi madre, y yo decido lo que está bien y lo que no.

—Cooper...

—¿Qué?

—No soy tu responsabilidad, pero sí es mi responsabilidad hacer bien mi trabajo.

—Y lo estás haciendo de maravilla, nadie puede decir que no.

»Ahora bajemos, hemos llegado a los estudios de televisión.

Miré hacia delante mientras él aparcaba. Cooper parecía muy centrado; creí que estaría más nervioso, pero no era el caso; por el contrario, yo estaba que ya no me quedaban uñas.

Nos anunciamos en la entrada.

—Ella pasará conmigo, es mi *community manager*.

De inmediato nos indicaron dónde teníamos que dirigirnos, pero antes nos entregaron unas tarjetas que nos identificaban como visitantes.

Por supuesto que en la zona casi todo el mundo conocía a Coop; él era uno de los héroes que el condado de Nevada poseía. En esa región del oeste de Estados Unidos todo el mundo amaba el deporte que él practicaba y por eso su nombre jamás podría pasar desapercibido.

—Disculpa —dijo la recepcionista antes de que nos marcháramos—, ¿me podrías firmar un autógrafo, Bronco?

—Claro, nena, con mucho gusto. ¿Dime dónde quieres que lo haga?

La joven en cuestión me miró de reojo y luego dijo:

—Por favor, aquí, sobre la camiseta que llevo debajo.

Sus dedos volaron para desabotonar la camisa de mezclilla que la cubría, y le pidió que lo hiciera encima de la escasa tela que cubría uno de sus pechos.

—Tengo entradas para el rodeo del fin de semana.

—¿En serio, cariño? Espero que disfrutes mucho.

—¿No me recuerdas, Bronco?

—Oh, cielo, disculpa, ¿debería hacerlo? Es que no soy muy fisonomista.

—Cuando la gira anterior pasó por el Livestock Event Center Outdoor Arena, estaba en las gradas vip junto con una amiga y luego, en el bar, nos invitaste a que conociéramos tu Thor A.C.E.¹ Claro que, como siempre montas con máscara, hasta que no fuimos a tu remolque no supimos que eras tú. Me firmaste la nalga porque quería hacerme un *tattoo*. Si quieres, este fin de semana te busco después de tu viaje y te enseño cómo quedó.

Joder, la chica era una conejita de hebilla. Cuando me di cuenta y oí lo que decía sin ruborizarse y usando una voz aññada que ella creía que le quedaba sexy, me sobrevino un ataque de tos que no pude evitar.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Coop, yo voy por delante, tú atiéndela. Voy a informarme de los alcances de la exclusividad de la grabación para ver si podemos usar algunas imágenes del *backstage* para cuando lancemos tus redes.

—Aguarda —me pidió agarrándome por el codo—, voy contigo. —Se giró sin soltarme para hablarle a la conejita—. Nena, lo siento, nos vemos el fin de semana, ahora me están esperando.

Lo miré de reojo mientras caminábamos por el pasillo de los estudios KTVN del Canal 2 News de Reno, perteneciente a la Red CBS de televisión, pero no dije una palabra.

—¿Qué?

—Nada, soy una tumba.

—Soy soltero y sin compromiso; tengo derecho a un poco de diversión después del trabajo.

—No tienes que explicarme nada —seguimos avanzando en silencio y al rato le dije—, y por lo visto te divertiste a lo grande, pues ha dicho que fue con la amiga. —Me guiñó un ojo—. Poco a poco voy entendiendo lo que quisiste decir con respecto a tu hebilla cuando te conocí.

—Ese día me picaste, y respondí.

La entrevista pasó muy rápido. Cooper demostró que tenía un gran carisma, y además me di cuenta de que tenía una sonrisa ensayada para cuando se transformaba en Bronco Lynch. Me permitieron sacar algunas fotos del *making of*, que prometí que publicaría a posteriori, cuando la noticia hubiera salido ya. Les expliqué que ninguna página de las redes sociales de Bronco estaba todavía en línea, que estábamos esperando a la exclusiva con CBS Sports, para luego empezar a echarle mano a la artillería pesada para posicionarlo en todas ellas: Facebook, Instagram, Twitter...

—Bueno, todo ha resultado más fácil de lo que pensabas, ¿no es así? —le pregunté mientras nos dirigíamos hacia la salida.

—Mi problema es el tiempo que suponen las promociones; son horas que tendré que restarle al rancho, lo que significa que habrá que incrementar el sueldo de los trabajadores porque deberán realizar mis labores por mí, o contratar a más gente.

»Además, no te voy a negar que me sentía cómodo viviendo en el anonimato; sé de compañeros a los que la fama les dificulta, a veces, las salidas a cualquier parte.

—Tras la primera ronda, este fin de semana tienes la firma de autógrafos en el hotel Marriot.

—Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Oye, creo que puedes manejarte muy bien solo, no soy tu dama de compañía.

—Creía que ibas a querer sacar algunas fotos. Ésa es tu nueva diversión, fotografiarme a todas horas; por suerte no te has metido todavía en mi ducha.

—Pues es una buena idea; tal vez debería poner una cámara oculta y

vender esas fotos en el mercado negro, me parece que podría conseguir una buena pasta por ellas.

—No tienes que ocultar nada, sólo tienes que decírmelo y te ayudaré en lo que pueda; verás lo colaborador que puedo llegar a ser.

—Cooper, te estás pasando.

—No me provoques, entonces. Puedo ser un caballero cuando es preciso, pero también soy un hombre, y no me detengo ante nada, ni siquiera ante un toro de mil kilos.

—Lo sé, y yo soy una mujer embarazada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Nos quedamos mirándonos durante unos extensos segundos.

—Cooper, mira el camino, quiero llegar viva al rancho.

—Menos riesgo, no hay peligro de procreación —dijo entre dientes mientras devolvía la vista a la calzada.

Fue como un pensamiento expresado en voz alta, que ambos pretendimos dejar pasar y fingir que no habíamos oído.

Diez

Drake

¿Qué mierda les pasaba a mis amigos, que andaban como tontos enamorados? O, mejor dicho, ¿qué mierda estaban haciendo ese grupo de amigas con nosotros?

Empezaba a creer que lo peor que nos había pasado en la vida había sido conocerlas esa noche en el Palace.

Joder, ¿por qué narices tenía pensamientos de inclusión en lo que esas chicas le estaban haciendo a mis amigos?

De Luka no me extrañaba tanto, siempre supe que tarde o temprano caería, ya que hacía tiempo que estaba asentado y viviendo una vida familiar junto a su hija... Así que, quizá, cruzarse con Nicole era lo mejor que le pudo pasar, puesto que no es bueno que un hombre sólo viva para el trabajo y su cría, y Nic terminó de completar la simbiosis cuando apareció. Claro que luego su familia se agrandó, porque juntos tuvieron otro hijo, y debo decir que resultaba admirable lo cómodo que mi amigo se sentía en ese rol. Yo, simplemente, no sabría ni cómo lidiar con el sonido de la palabra *papá*. Ésa era una palabra que hacía tiempo que había erradicado de mi vocabulario y no pensaba volver a probarla, ni en tercera persona, y ni de coña en primera.

Estaba sentado en mi despacho en Bandini Heart y no podía creer que Maverick anduviera por los rincones, desesperado en busca de la atención de Joss.

Sinceramente no me entraba en la cabeza cómo se había dejado atrapar así tan fácilmente, apartándose de nuestro plan.

Él era igual que yo, ambos disfrutábamos de la compañía de una mujer, pero jamás involucrábamos nuestro corazón. Ya decía yo que Mav hacía tiempo que estaba raro, hasta que finalmente confesó que se arrastraba por la princesita Nine.

Con todo, a éste todavía no lo habíamos perdido del todo, porque la amiga en cuestión le había dado el plantón del siglo y, aunque en la actualidad él sólo pensaba en cómo recuperarla, pronto se daría cuenta de que no valía la pena.

Sí, mi amigo era un hombre inteligente, y yo aún apostaba algunas fichas por Maverick; recapacitaría. Estaba convencido de que, simplemente, estaba viviendo un momento de idiotez, pero cuando se percatara de que podía seguir disfrutando del buen sexo sin compromiso, volvería a nuestro plan y a nuestra cacería de coños.

En lo que a mí respectaba, nunca había sido un hombre de enredarse más de una vez; ciertamente nunca había pretendido serlo, ni engañar a nadie con falsas promesas de compromiso, porque sencillamente no estaba hecho para eso, así que nadie tenía derecho a recriminarme nada. Quien se iba a la cama conmigo sabía de antemano lo que podía conseguir, sexo muy bueno; jamás les prometía más que el buen tamaño de mi pene, pero, por alguna razón que no entendía, las palabras que me gritó Poppy la última vez que nos vimos, me pesaban. ¡Joder, otra vez ella en mis pensamientos!, otra vez esas ganas de volver a sentirla entre mis brazos y atiborrarme de sensaciones y de su olor; parecía que, mientras más se negaba a hablarme, yo más me empecinaba en ello, como si ella supiera que ése era el gancho perfecto para lograr mi atención.

De inmediato me di cuenta de lo que estaba divagando, y me reprobé, preguntándome por qué mierda le destinaba dos pensamientos a la reina del *sex-shop*, si ella apreciaba más los juguetes eróticos que vendía que el placer que yo podía proporcionarle.

—¡Loca, no me vas a enredar en tus delirios!

Eso no era cierto, me dije al instante, yo la había alejado.

La puerta de mi despacho se abrió en ese instante. Luka apareció, con lo que a simple vista parecía un contrato, y se me quedó mirando.

—¿Es mal momento? Tendría que haberme anunciado y no entrar de este modo. —Frunció el ceño—. Vuelvo después.

Me puse de pie y me acerqué a él, pasándome la mano por el pelo y luego... no sé por qué diantres lo abracé y le palmeé la espalda, y, como si eso no fuera suficientemente raro, le dije:

—Te admiro, eres un gran valiente.

—¿Qué te estás metiendo?

Obviamente había sonado extraño, pero no era para menos, si ni yo mismo entendía lo que acababa de hacer y decir, y mucho menos el rumbo de mis reflexiones. Dos minutos atrás estaba rogando recuperar a Maverick para que integrase de nuevo mis filas, y de repente parecía estar tan perdido como él.

«¡¡¡Alto!!!»

Esa palabra destelló en mi cerebro como si se tratara de un cartel de neón en Las Vegas.

«Eso —pensé de inmediato—, eso es lo que tengo que hacer, irme a Las Vegas y vivir un gran descontrol que me sacuda el gran atropello que tengo en el cerebro.»

Me dije que era muy probable que Maverick no quisiera acompañarme, pues el idiota parecía un monje entregado al celibato, pero tal vez podría convencer a Spencer. Ese hombre últimamente parecía una bestia trabajando y un fin de semana de distracción seguro que le vendría de fábula. Él tenía gente contratada que podía cuidar de su negocio; incluso, aunque sólo fuera a mirar, podíamos encargarle a Mav que fuera a echar un ojo al local los días que estuviésemos ausentes.

—Ey, ¿dónde andas? —Luka chasqueó los dedos—. Hace una hora que te hablo, pero es como si lo hiciera con una pared.

Me toqué la frente.

—Tienes razón, estoy algo distraído.

—¿Tienes algún problema?

—No, una estupidez... No te preocupes, distracción pura y dura. Dime, ¿a qué has venido?

—Necesito que revisemos los contratos de los oleoductos de Chad. Los continuos ataques terroristas de Boko Haram en la región nos están retrasando y quiero que encontremos la forma de aplazar los plazos contractuales del pago de los *royalties*. Los jodidos insurgentes están arrasando Bongor, y no dejan pasar nuestros camiones con la maquinaria hacia Doba. ¡Maldición!, hemos perdido un camión portatubos y la carga que transportaba y, aunque el Ejército dice que está todo controlado, la gente de Aos y Liam no están de acuerdo, así que las obras se han tenido que parar y eso nos está costando mucho dinero. Tendremos serios problemas económicos si no podemos continuar con la construcción del oleoducto.

—La única forma es untando los bolsillos del jefe de Estado y tal vez también los de su hijo. Eso sí, no me pidas que vayamos a negociar de nuevo allí, porque creo que me cagaré en los pantalones si voy otra vez a ese país.

—No seas cobarde, claro que deberemos volver. Sabes que a ellos estas cosas les gusta tratarlas personalmente; allí las paredes oyen, según Dido.

—Jodidos africanos desconfiados, y me cago en los terroristas de mierda que no dejan de saquear la región.

—Le temes al régimen político de un país y no temías a que un toro que podía pesar más de mil kilos te aplastara cuando lo montabas... No suenas lógico.

—Porque era un adolescente inconsciente, pero esa gente asusta. Lo arreglan todo a punta de pistola. Ese sitio del planeta es un polvorín. Luka, tú también parecías cagarte en los calzoncillos cuando fuimos allí, no te hagas el valiente ahora.

—Dime que si tuvieras la oportunidad de volver a montar toros no lo harías.

—Esa parte de mi vida pertenece al pasado, no entiendo qué tiene que ver con esto —dije con la voz firme y sombría—. Revisemos eso, a ver qué propuesta le podemos hacer, e intenta organizar una reunión en un lugar neutral, tienes una familia que te necesita como para irte a meter en un sitio así a correr riesgos. A estas alturas los del Boko Haram ya deben de saber de ti, y apuesto a que podrían pedir un gran rescate si te secuestran al llegar a Yamena.

Once

Cooper

Había sido un día bastante agotador, pero al menos la gira de esa semana se realizaba en Reno, y eso constituía una ventaja, pues estábamos cerca de casa, lo que significaba que esa noche, la de la primera ronda, podría darme una ducha y acostarme en mi cama, sin duda mucho más cómoda que la del remolque.

Estábamos de regreso después de la entrevista televisiva que se había grabado en exclusiva para la cadena de televisión que cubría la gira del PBR y, tras la extraña conversación que minutos antes se había suscitado entre nosotros, nos habíamos quedado bastante callados.

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—Supongo que sentarme en la sala de estar de tu casa a ver la competición junto a Marcia.

Metí la mano en mi camisa, saqué una entrada y se la tendí.

—¿Te gustaría ver la monta desde uno de los asientos vip de la arena?

—¿De verdad es para mí?

Asentí con la cabeza y ella sacó su cuerpo por la ventanilla, sosteniéndose el sombrero vaquero que llevaba puesto, y comenzó a gritar.

—*Seeeeeeeeeeeeeeee.*

—Métete dentro —tironeé de ella—, estás loca.

—Sólo intento no dejarte sordo.

Le bajé el sombrero, hundiéndolo hasta cubrirle los ojos, y ella, a ciegas, empezó a patallar en el aire dentro de mi camioneta; continuaba eufórica,

lanzando el puño al aire y riéndose de un modo que sonaba como música.

Pasado el alborozo, se recolocó el sombrero y se acomodó en el asiento, para seguidamente preguntarme:

—¿Tienes entradas para Marcia también?

—Mi madre nunca va a la arena.

—Ya me lo ha dicho, pero quizá...

Negué con la cabeza.

—Cuando me subí a mi primer toro, dijo que ella jamás sería testigo voluntaria de cómo quedaba impedido de caminar, eso con suerte, si es que el toro no me mataba antes. Por tal motivo, prometió que nunca iría a verme montar, porque no está de ningún modo de acuerdo con lo que hago para ganarme la vida.

Poppy cruzó los brazos sobre su barriga.

—Creo que, como futura mamá, puedo entender a Marcia; ella sólo quiere a su hijo sano y salvo.

—Estoy vivo, ¿no?

—Te ves muy vivaracho, sí, pero supongo que nadie puede asegurar que la próxima vez que te subas a una res brava no será la última, y para una madre eso es muy difícil de asimilar.

—Es un deporte como cualquier otro; jugando al fútbol americano también puedes romperte el cuello y morir.

—En la pantalla de la televisión parece más aterrador subirse a un toro que correr con un balón ovalado bajo el brazo.

El viernes me levanté temprano para hacer mi rutina de entrenamiento. Por la tarde montaba, así que ese día no iba a trabajar en el rancho, puesto que necesitaba salir temprano hacia la arena para las actividades previas

organizadas por el PBR antes del evento; tampoco entrenaba con peso, ya que no quería cansar mis músculos.

Cuando salí para irme rumbo al lago, advertí que Poppy venía caminando hacia la casa.

Cargué la canasta con suministros para el desayuno en la caja de la camioneta y me quedé apoyado contra ésta, esperando a que ella llegara.

—Sales temprano.

—Voy a hacer mi rutina junto al lago —le expliqué—. Por lo general, el día de la monta intento relajarme para tener mayor concentración; el yoga me ayuda de forma increíble. ¿Quieres acompañarme a desayunar?

—Sería un estorbo y te desconcentraría, mejor ve tú y haz lo que siempre haces antes de una competición. Recuerda que hoy voy a verte... y no quiero meterte presión —chocó mi hombro con el suyo—, pero espero verte ganar.

—Ya lo he dispuesto todo con Parker. Te llevará él, así no tienes que ir tan temprano conmigo.

—Vale. Dime, ¿Marcia sigue encabronada porque voy a ir a verte? Anoche apenas si me dirigió la palabra.

—Ya se le pasará, a mi madre se le pasan rápido las rabietas. Hoy estaba de muy buen humor, incluso me ha preparado una cesta llena con comida. Es una barbaridad todo lo que llevo en la canasta para mí solo... Ven conmigo a hacer ejercicio, es bueno para el embarazo.

—Cuando vivía en Nueva York, corría todas las mañanas.

—Vayamos entonces, te vendrá bien desoxidar tu cuerpo.

Miró su ropa y luego añadió:

—¿Cómo logras convencerme tan fácilmente de todo? Mira que siempre me he caracterizado por ser muy testaruda, pero contigo...

Sonreí de lado y me encogí de hombros.

—Parece que soy irresistible.

—No empieces, o me quedo.

Levanté ambas manos en señal de paz y luego bajé mi Stetson para

cubrirme más del sol y me puse las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Me esperas, que voy a ponerme ropa de yoga?

—Aquí mismo; mientras tú vas a cambiarte, avisaré a Marcia de que te vienes conmigo.

Me guiñó un ojo y salió disparada hacia la casita de huéspedes.

—Gracias —gritó en el camino.

—Estás jugando con fuego —señaló mi madre tan pronto como entré en la casa.

—Marcia, ahórrate los sermones, sé muy bien lo que hago y Poppy sólo es la encargada de mis redes sociales, cosa que no impide que la trate como se trata a una amiga. Está sola en Washoe, ¿qué quieres?, ¿que la ignore? Sólo estoy siendo amigable y ayudándola para que lo pase bien.

Ella empezó a reírse a carcajadas.

—Eso no te lo crees ni tú. En primer lugar, Poppy es una chica sumamente atractiva... y, aunque sabes que está embarazada, su barriga todavía no se nota lo suficiente; además, Cooper Lynch, tú no tienes amigas mujeres, tú te acercas a ellas para otras cosas.

—Me sorprende lo mucho que sabes de mi vida privada —repliqué en tono burlón y mostrándome falsamente asombrado—. Que yo sepa, no sales de este rancho para verme en ninguna gira y poder así afirmar cómo es mi trato con las chicas.

—Te olvidas de un detalle: soy quien lava las sábanas de tu remolque. También soy quien lo limpia y, a menudo, vacío las papeleras, donde está de más decir que encuentro los condones que usas, así que, si no quieres que sepa nada de tu vida sexual, encárgate tú del aseo.

En ese momento Poppy regresó y nos encontró a ambos con el ceño fruncido.

—Ya estoy lista —anunció cantarina, pero frenándose en seco cuando advirtió que algo no andaba bien.

—Vámonos, Poppy —dije pasando por su lado.

—¿Todo bien?

—Sí, ve, cariño... Te hará bien estar un poco al sol, pero ponte protección solar, tu piel es demasiado blanca.

—Claro, Marcia. Lamento dejarte sola desayunando.

—Ve con Coop; sin duda lo pasarás mejor con él que con esta vieja.

—No es cierto, contigo siempre lo paso increíble.

—Ve, ve, que este hijo mío a veces olvida sus modales y no te ha esperado.

Poppy

—¿Puedes caminar más despacio? No puedo ir tan rápido como vas tú. — Obviamente fue como hablarle a una pared, pero continué intentándolo—. ¿Qué ha ocurrido? Antes me has dicho que Marcia estaba de buen humor esta mañana y, sin embargo, os he encontrado peleando.

—El problema es conmigo, no contigo, así que no te preocupes.

Él siempre se comportaba de un modo muy caballeroso y me abría la puerta de la camioneta, pero esa vez no lo hizo.

—Está bien, perdona por entrometerme —le dije cuando me senté a su lado.

Condujo hasta el lago en silencio.

—Dices que el problema no es conmigo; no obstante, no me hablas, así que creo que debo pensar que sí lo es.

Por supuesto, continuaba dialogando con un muro de cemento. Bajó y sacó las cosas que había trasladado en su camioneta.

—Espérame aquí, el terreno es bastante escarpado; dejo esto y vengo a por ti, así te ayudo.

—Puedo seguirte, no me pasará nada.

Sus ojos se clavaron en los míos lanzando chispas, así que decidí que era mejor hacer lo que él había sugerido. ¡Joder, Cooper tenía pinta de estar

bastante cabreado!

No tardó en regresar y entonces me ofreció su fuerte mano como punto de apoyo, y debo reconocer que me gustó su tacto, cálido y áspero. Caminamos cogidos el uno del otro hasta la orilla del lago; él tenía razón, el terreno era una pequeña depresión.

Primero procedió a sacar todo lo que tenía en la cesta para el desayuno, luego comimos y finalmente recogió los alimentos sobrantes. Después me guio para que hiciéramos una rutina de ejercicios destinados a fortalecer los músculos de la pelvis y de los abdominales, que según él era, además, muy beneficiosa para los dolores de columna.

—No sólo sirven para un jinete —me explicó—, también es una rutina muy favorable para las embarazadas.

Después de eso practicamos una rutina de meditación guiada y una relajación progresiva de los músculos.

—Y, ahora, ¿qué?

—Y ahora dejas de hablar y te relajas, Poppy. —Abrió un ojo para espiarme y luego lo volvió a cerrar y añadió—: Escucha los sonidos de la naturaleza, y disfruta. Deja los ojos cerrados y verás cómo te alejas de todo lo que te altera.

—¿Siempre haces esto antes de montar?

—Shh... aprende a escuchar.

—Ya te he dicho antes que no era buena idea traerme, no puedo estar callada —comenté en un susurro, aunque, para el caso, bajito o a toda voz, estaba parloteando lo mismo.

Se puso de lado y apoyó la cabeza en la palma de su mano para observarme luego.

—No tienes remedio, no paras. Ciérralos —me animó, pasando su mano por mis ojos—, descansa y relájate.

Luego llevó su mano a masajear mi entrecejo, después la frente y finalmente la cuenca de los ojos.

Cuando desperté, él estaba en la orilla del lago, arrojando piedras que rebotaban sobre la superficie una y otra vez.

Me acerqué sigilosamente para no romper su adorado silencio y me paré junto a él.

—¿Ya has despertado, bella durmiente?

—Te cercioraste de que me quedara dormida para que no pudiera hablar más. Tú sí que sabes cómo hacer callar a una mujer.

Se rio de lado y continuó arrojando piedras al agua.

—¿Cómo lo haces?

—¿Lo de hacerte dormir?

—No, eso —señalé con la mano—, lo de las piedras revotando; siempre he querido saber el truco.

—¿Por qué hablas como si me contaras un secreto?

—Porque no quiero romper tu amada tranquilidad y porque, además, me he relajado tanto que creo que a mí también me molestaría mi voz chillona.

—Toma, coge esta piedra.

Se puso detrás de mí y me habló muy bajito al oído.

—No romperemos tu paz con mi voz grave.

Me reí de manera musical y las notas de su voz me hicieron cosquillas en la oreja; en realidad no sé si fue su voz o el calor de su aliento. Su rostro se iluminó al mirarme cuando comprendió por qué reía, y sus ojos incluso centellearon.

—Uno de los secretos es escoger piedras planas —yo todavía estaba sonriendo cuando comenzó a hablar—; luego, todo el truco está en el ángulo en el que la piedra entra en el agua... Si la piedra golpea la superficie de forma más pronunciada, se zambulle demasiado y se hunde; si por el contrario el ángulo es demasiado pequeño, la piedra se ralentiza, y al perder energía no puede volver a rebotar. Lo ideal es que entre en un ángulo de veinte grados.

—¡Ja!, dicho así parece muy fácil, pero... ¿cómo lograrlo?

—A veces en la vida simplemente sabes que las cosas sucederán aunque el sentido común o las probabilidades te indiquen lo contrario; sólo se trata de no tener miedo a fallar.

Nos miramos fijamente, y no supe si de verdad seguíamos hablando de rebotar piedras en el agua.

—Colócate de lado, con las piernas abiertas —continuó instruyéndome—, como si fueras un *pitcher* de béisbol que está a punto de realizar su lanzamiento. —Tocó mis muslos y una electricidad me recorrió todo el cuerpo cuando sentí su tacto—. Abre más las piernas. Tienes que sostener la piedra en el hueco de tu dedo índice y, cuando la lances, debes hacer este movimiento de muñeca para que coja impulso. ¿Probamos?

Asentí.

Cuando tiramos la primera, cogió mi mano y lo hicimos juntos, pero no salió.

—Ufff.

—Afloja la presión, relaja tu muñeca.

Volvimos a intentarlo.

—*Seeee*, ¡¡ha rebotado!! —grité eufórica al conseguirlo.

—Ahora tú sola.

Probé varias veces, pero no había manera, no me salía.

—No estás relajando la muñeca.

Y entonces realicé una profunda respiración y volví a intentarlo y resultó: la piedra rebotó en el agua tal como lo hacía mi corazón dentro del pecho desde que él se me había acercado, pero la euforia fue tal que salté y grité, olvidándome del preciado silencio. Me abalancé sobre él sabiendo que sus fuertes brazos me atraparían. Cooper era un jinete de toros y su fuerza estaba en sus manos; él jamás me dejaría caer, él siempre estaría ahí para mí.

Nos miramos de muy cerca, tanto que nuestros alientos se mezclaron, hasta que me depositó en el suelo haciendo que mi cuerpo resbalara contra el suyo, sólido y recio. Nuestras chispas estallaron a la luz del día... Nuestra

química juntos resultaba siempre evidente; ambos nos encontrábamos muy cómodos el uno con el otro.

Estaba loca por propiciar esos momentos, incluso pensé que estaba loca tal vez desde mucho antes, desde cuando hui de Nueva York; estaba desesperada entonces y también en ese momento... Mi corazón estaba decepcionado y todo lo que me pasaba me hacía sentir peor que cuando perdí mi trabajo y tuve que inventarme un empleo por mi cuenta para sobrevivir. De alguna manera eso me parecía mucho más grave; llevaba el hijo de otro hombre en mi vientre y estaba sintiendo...

«No, ni siquiera te atrevas a pensarlo», me dije en silencio.

De pronto la imagen de Drake ocupó cada neurona en mi cerebro y me sentí como si lo estuviera engañando; me sentí sencillamente fatal. Me toqué el vientre y me angustié; lo quería allí conmigo, lo quería allí con nosotros.

—Probaré de nuevo —anuncié apartándome de Cooper, consciente de que mis mejillas estaban completamente rojas.

—Mejor regresemos a la casa —propuso entonces Cooper, acabando con la incomodidad que se había instalado entre ambos en aquel instante.

Podría asegurar que, en mi propio rollo mental, noté un ramalazo a juego con mis ojos.

Doce

Poppy

Parker no era alguien que rebosara cordialidad; en realidad, era una persona muy fría.

A su edad se notaba que el paso del tiempo no había podido aplacar su buen porte y atractivo, y todavía podía advertirse que había sido todo un guaperas de joven.

Al llegar al Livestock Event Center Outdoor Arena, entramos.

—Ven conmigo, te llevaré al vestuario para que puedas tomar algunas fotografías para subir a las redes —me indicó.

Estaba previsto que ese día las pondría en funcionamiento, así que lo seguí.

Caminamos hacia una zona vallada detrás de las tolvas, en la entrada de la cual se indicaba que estaba prohibido el acceso de la prensa a esa área. Por ese lugar entramos a los camerinos; tan pronto como lo hice, divisé a Bronco sentado, ajustándose las espuelas a las botas.

—Ya vengo —me indicó Parker, pues alguien lo llamó justo en ese momento.

Cooper levantó la vista y se encontró conmigo; su piel bronceada, sus largas y atléticas piernas y un rostro que podría engalanar la portada de cualquier revista me recibieron sin que yo pudiese dejar de admirar su buen estado físico.

Disparé mi cámara para captarlo en esa pose. Sin duda tenía una cara cincelada, con una boca muy masculina y sensual. Sus ojos verdes, al verme,

bailotearon bajo el ala de su Stetson de color negro. Se puso de pie y terminó de ajustar sus chaparreras. El camerino comenzó a despejarse cuando el resto de los jinetes empezaron a enfilarse hacia la salida, quedando allí sólo unos pocos.

—Veo que ya estáis aquí...

—Sí, ¿ya estás listo?

—Casi.

Un integrante de la organización del PBR entró en los camerinos y centró su vista en la cámara que llevaba colgada al cuello.

—Los periodistas no pueden estar aquí, salvo que sea una nota de prensa pactada y autorizada por el comité.

—No soy de la prensa —me apresuré a aclarar, pero la voz de Cooper cubrió la mía.

—Está conmigo, es la encargada de mis redes sociales.

El hombre miró a Bronco al oírlo y luego asintió; nos reímos, pues empezaba a resultar gracioso que continuamente tuviera que explicarle a todo el mundo lo mismo.

—Ya se acostumbrarán a verte acompañándome.

—Al menos él no es otra de tus conejitas demandando tu atención para repetir.

Otro tipo se asomó al vestuario y le indicó a él y al resto de los jinetes que aún permanecían allí que sólo les restaban cinco minutos para salir, puesto que la transmisión televisiva debía comenzar puntualmente dentro del horario.

Cooper se enfundó su chaleco protector, ajustó la hebilla de su cinturón y, después de que le tomara otra foto todo ataviado, me animó:

—Ve a ocupar tu asiento; la zona vip está detrás de las rampas. Apresúrate, así me verás salir.

—Claro.

Me acerqué y lo abracé; quería desearle suerte.

—Cuídate mucho.

—Siempre lo hago. Oye...

Me llamó cuando me estaba marchando.

—Cuando quieres desearle suerte a un jinete, debes decirle «que tengas un buen viaje».

—Ok, lo tengo.

Me guiñó un ojo, asintió y me fui.

Cooper

La arena, antes de un evento, siempre era una curiosa mezcla de ruidos, carcajadas, conversaciones y música —por lo general *country*, aunque, dependiendo del lugar, a veces también se oía *rock*—, combinados con una anticipación misteriosa. Cuando se acercaba la hora del inicio, la gente rápidamente llenaba los pasillos y las gradas, y el sonido comenzaba a desaparecer, dándole paso a la expectación absoluta.

Todos los jinetes esperábamos alineados para salir; yo era bastante solitario, pues, desde que Drake se había marchado, no había hecho grandes amigos en el circuito, aunque me llevara bien con todos.

Sentí unas manos en mis caderas y, cuando me di media vuelta, me encontré con Penélope Princeton. Ella y yo habíamos ido juntos a la escuela, y en ese entonces ella me tenía loco, pero nunca había conseguido su atención porque Penélope babeaba por Drake, incluso le había entregado su virginidad. Mis ojos no pudieron evitar posarse en sus pechos; no dejaba mucho a la imaginación y, con la camiseta ajustada que usaba, era imposible no admirarlos. Sin embargo, cuando habló, empleó una voz ficticia que no recordaba. Desde luego se veía muy diferente de la Penélope Princeton que tanto me había gustado.

—Si quieres, luego podemos tomar un trago y... tal vez... algo más.

Mi mano se acercó para envolver su cuello y le ofrecí una cordial excusa. Por supuesto que Penélope lucía desencantada, ya que le dejé claro que no

me despertaba ningún interés; después de eso, se marchó.

Nos saludamos, en esos minutos previos, con el resto de los jinetes, nos deseamos suerte y, cuando el presentador dio el aviso, empezamos a caminar hacia la salida. Yo era el tercero en la fila, mi posición en la tabla de puntos así lo indicaba.

Todo lo que sucedía en la arena antes de una monta formaba parte de un gran ritual: fuego, humo, pirotecnia, luces láser y música a todo volumen, mientras que los jinetes caminaban unos junto a otros, pero ese día mi ritual iba a ser diferente... Yo jamás levantaba la cabeza cuando el locutor me presentaba; en cambio, esa vez, cuando la cámara se posara sobre mí, enseñaría mi rostro al mundo del rodeo profesional, para que desde ese día la gente pudiera identificarme por mis facciones; atrás quedarían la infinidad de rumores de por qué no lo hacía; simplemente, el misterio acabaría.

Salieron por delante las conejitas de hebilla, que cumplían la función de animadoras del rodeo; luego los jinetes fuimos presentados uno a uno... El pensamiento de que ese día podría ascender un puesto más en la tabla agregó equilibrio a mis pasos mientras avanzaba hacia la pasarela. Cuando las luces iluminaron mi figura, levanté lentamente la cabeza y el público estalló en vítores al aparecer mi cara en primer plano en las pantallas del estadio; todos se pusieron de pie y comentaron unos con otros el hecho de que me quité el sombrero y lo levanté mirando hacia la multitud cuando el locutor leyó mis estadísticas.

No me gustaba tanta atención, me resultaba bastante incómodo, pero todo formaba parte del espectáculo y del acuerdo que Parker había hecho con el PBR, un nuevo *show* dentro del *show* para esa noche; la gente había enloquecido al verme por primera vez.

Después del sorteo, nos quitamos los sombreros y nos arrodillamos para formular una oración; ése era un deporte en el que la vida siempre estaba en juego y, por tal motivo, independientemente de cada creencia religiosa o la

falta de ella, simplemente nos tomábamos un momento para desearnos lo mejor a todos los que participábamos de esa práctica tan arriesgada.

Poppy

Cuando finalizaron las presentaciones, los jinetes empezaron a irse para prepararse. Mientras, un *show* musical iba a tener lugar en la arena. Cooper pasó junto a la rampa y chillé a todo pulmón para que me oyera.

—Bronco, que tengas un gran viaje.

Él levantó la cabeza y me buscó en las gradas hasta que su mirada se encontró con la mía; parecía lóbrego y concentrado.

—Gracias, vaquera —gritó como respuesta, y entonces me ofreció una de sus sonrisas marca registrada.

Fue en ese momento cuando el locutor anunció la banda que iba a tocar a continuación, y al oír el nombre, simplemente, no me lo podía creer... The Nine eran los encargados del espectáculo esa noche.

Entraron los integrantes de la banda y, cuando cogieron los instrumentos, empezaron a sonar los acordes de la canción que es como un himno del PBR, *Hold On (Won't Let Go)*, en la voz de Pete Burns, y no pude evitar buscar a mi alrededor, hasta que localicé a Joss sentada en la otra punta de las gradas, una fila más arriba de la mía; estaba acompañada por Isla. Sabía que ella andaba en la gira con su padre, pero sencillamente no podía creer mi mala suerte.

—Joder —refunfuñé por lo bajo, y me giré para ocultar mi rostro; estaba temblando, así que me puse de pie para alejarme.

Los toros estaban siendo cargados en las rampas cuando decidí moverme de allí. Mierda, quería ver a Coop montando y, además, no quería perderme ningún detalle del evento, pues ésa era mi primera vez... pero no me podía arriesgar a que Joss me viese.

Bajé hacia el pasillo, ocultando el rostro bajo el ala de mi sombrero, y me

dirigí hacia donde sabía que Bronco estaría preparándose. Lo encontré cuando estaba anudando su cuerda por encima de los barrotes de la valla.

—Ey, ¿qué haces aquí?

Él cogió su cepillo de la bolsa que contenía todo su equipo y se puso a limpiar la cuerda para prepararla.

—Ya sabes, mi nueva diversión, hacerte fotos... —mentí en pos de una excusa creíble. Me sentía horrible porque en realidad hubiese querido abrazar a Joss muy fuerte, pero, en lugar de hacer eso, había huido de ella.

—¿Aquí también?

—A tus fans les encantará ver cómo te preparas antes de la monta. Mira —le dije enseñándole la pantalla de mi móvil—, la foto en el vestidor ya tiene más de ochenta mil «Me gusta» y tu Instagram ha estallado al momento de ponerlo en línea, ya tienes más de un millón de seguidores.

—¿Ya está en línea?

—Sí, lo hice en cuanto saliste a la arena. ¿Qué haces? Explícamelo, para que pueda ponerle un pie de foto a la próxima que voy a subir.

—Estoy quitándole los restos de colofonia vieja a la cuerda para dejarla como nueva. Antes de que me preguntes qué es eso, te diré que es un tipo de resina pegajosa para que nuestro guante se adhiera mejor a la cuerda.

Cogió un paquete de su bolsa, que contenía unas piedras de color ámbar.

—No las toques —me advirtió cuando estaba por poner mi dedo en la piedra—, te quedará todo pringoso.

No era justo que me quedara ahí, interrumpiendo su rutina; sabía que los segundos previos eran de mucha concentración para un jinete, ya que su mente jugaba un papel determinante en la conducción del viaje, y yo estaba distrayéndolo... Así que me despedí, esperando poder escabullirme a otro lugar.

The Nine ya no sonaba en el estadio, así que estaba esperanzada en que, finalmente, ya se hubieran ido.

Intenté pasar todo lo desapercibida que pude. Mi sombrero me mimetizaba

con el resto de la gente, así que agaché la cabeza y luego me asomé a las gradas para echar un vistazo; respiré aliviada al ver que Joss ya no ocupaba su sitio. Al parecer mi amiga ya no estaba allí, aunque lo que no sabía era si ella y la banda de su padre ya se habían marchado definitivamente; deseaba que sí, quería disfrutar de la noche viendo a Coop.

Drake

Maldito cabronazo, ¡guau! Había pasado tanto tiempo sin verlo que ya casi no recordaba que Cooper Lynch tenía una cara que le quitaba el aliento a cualquier mujer, pensé emocionado y con orgullo al ver su rostro en primer plano en la pantalla.

No pude evitar recordar las veces que su cara había sido la gran licencia para conseguir tirarnos a algunas chicas.

—Ha estado jugando todo este tiempo con el misterio y ahora los tiene a todos en un puño —comenté en voz alta.

El estadio había enloquecido al verlo; sin duda había logrado captar por completo la atención, y estaba seguro de que eso significaba una lluvia de patrocinadores.

Me sentía conmovido al ver que Coop por fin salía de entre las sombras; estaba feliz porque ya no tuviera que permanecer oculto, y no me importaba que fuera otra estrategia de venta de mi padre, no me molestaba que sólo lo estuviera usando para llenarse los bolsillos, me sentía dichoso por él, más allá de todo.

Apenas desapareció de la pantalla, entré en Instagram para ver la repercusión de su imagen, y todo era una increíble locura. De inmediato me percaté de que Coop tenía una cuenta en línea, y comencé a seguirlo. Entre tantos seguidores, no se percataría de que lo hacía, aunque, si llegaba a advertirlo, tampoco me importaría.

Después de ver su monta, me dispuse a prepararme para irme al *nightclub*.

Cooper

En el espectáculo, la personalidad del jinete es parte del juego, y lo más importante de ese juego está en su mente, así que, cuando me arrastré sobre el toro, todo se convirtió en una maldita repetición... Me acomodé el sombrero —sabía que Marcia se pondría furiosa cuando me viera sin casco; los veteranos teníamos la opción de elegir entre usarlo o no hacerlo; sin embargo, ése no era momento de pensar en ello—, levanté la mirada, tragué saliva y calenté mi cuerda hasta que la fijé alrededor de mi mano. Necesitaba concentrarme en los movimientos, no pensar en nada, sacarlo todo de mi mente y que sólo permaneciéramos el toro y yo en la rampa; pensar arruinaba, pero parecía inevitable... Ella estaba sentada en la grada, y quería que ésa fuera la mejor de mis montas. Nunca había sentido esa necesidad antes, nunca nadie que me importara había estado sentado ahí para verme.

Estaba en la rampa, justo antes de salir, y ésa era la parte más difícil antes del viaje; volví a ajustar mi mano a la cuerda. Siempre que salía al ruedo era consciente de que podía ser el último de mis viajes, pero era una cuestión inexplicable de adicción que te calienta la sangre y a la que no puedes renunciar, porque, cuando les dices que abran la puerta, tú sabes que estás listo para todo, que estás dentro y que puedes morir, y eso es una puta locura.

Por un lado, la paga está más que bien, pero, sobre todo, se trata de una cuestión de dominación, cuando se supone que no puedes dominar con nada a la bestia que tienes bajo tu trasero.

Bajé la cabeza y la puerta se abrió, dinámica y rápidamente. Percibí el sonido del metal chocando entre sí, y luego una nube de tierra y el escupitajo del toro que nos envolvía; mantuve mi brazo libre, flexionado por el codo, en la posición correcta para no tocar al animal y no ser descalificado.

La res salió salvaje y descontrolada, y casi tronzó su cuerpo; bajó toda la cabeza, con el hocico inclinado hacia el suelo, para arrojarme volando sobre

sus cuernos, pero adiviné su movimiento, equilibré mi cuerpo y ajusté mis piernas a su alrededor. Después volvió a patear y corcoveó hacia atrás y hacia delante, combinando sus vigorosos movimientos, determinado a tirarme; sin embargo, yo estaba determinado a no caer, así que corregí la alineación de mi cuerpo en cada intento, buscando el equilibrio perfecto que me permitiera continuar sobre su lomo, apreté las piernas y me sostuve con fuerza. Eran los ocho malditos segundos más interminables de mi carrera; esa monta se parecía mucho, y por múltiples razones, a la primera, cuando me uní a la gira del PBR. No quería fallarle a la gente que estaba tan entusiasmada después de conocer mi rostro; no quería fallarle a mi madre por salir sin el casco, y no quería fallarle a ella, que estaba sentada en las gradas, haciendo fuerza por mí.

Estaba loco por perder mi concentración en el toro, eso no era nada racional para un jinete; sabía que era un grandísimo despropósito distraerme si quería aguantar montado sobre el lomo del animal hasta que sonara el timbre.

El toro continuó girando su cuerpo ferozmente, y los segundos se hicieron más extensos; la multitud aplaudía de pie y me alentaba, y luego sonó la señal acústica y lo desmonté, aterricé en la arena y rodé lejos para ponerme a resguardo, mientras los encargados de distraer a la bestia aparecían.

Me quité el sombrero y corrí hacia los rieles para luego saltar sobre éstos y mirar hacia arriba, hacia donde sabía que estaba ella.

—Este delicioso noventa es para ti, nena. —La señalé con mi sombrero; sabía que la cámara me estaba enfocando, pero no me importó. Poppy se inclinó extendiendo los brazos.

—El mejor de los viajes, vaquero. Lo lograste, eres el mejor —gritó rasgándose la garganta.

Drake

—*Seee... seee...* Joder, eres imparable; una monta perfecta, cabronazo.

Salté en el sillón cuando el timbre sonó, sin darme cuenta de que mi móvil descansaba sobre mis piernas.

—Joder —me incliné para buscarlo y comprobar si se había dañado—, mierda —maldije cuando por fin lo pillé debajo del sofá.

Por suerte estaba intacto, pero el contratiempo me había hecho perder el desmante de Coop.

El locutor se preguntaba quién era la mujer a la que Bronco le había dedicado su monta: hablaba de una joven que minutos atrás había estado sentada en la zona vip detrás de las rampas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué coño?, ¿cómo me he perdido eso?

Al parecer todo había sucedido tan rápido que la cámara no había tenido tiempo de captar el rostro de la chica en cuestión, y ella se había retirado rápidamente de las gradas.

—¿Bronco está en pareja? —me pregunté extrañado también.

Al salir de la arena, una reportera del PBR lo estaba esperando y la cámara lo mostró aún exaltado después de la monta; habló rápidamente, sólo de su viaje, y cuando la reportera quiso indagar acerca de su vida personal, se marchó.

Estaba seguro de que su cuerpo había comenzado a temblar; aún recordaba esos momentos posteriores al desmante, en los que, por más que estés roto, no sientes ningún dolor porque la adrenalina fluye por tu cuerpo tan de prisa que te sientes capaz de luchar hasta con un león.

Luego, cuando te tranquilizas, tu cuerpo comienza a temblar y, en el momento en que estás depositando tu cuerda en la bolsa y te estás quitando la ropa protectora, empiezas a sentir todos los dolores por el esfuerzo, el estiramiento excesivo de los músculos, la tensión en tu mano y en el brazo derecho, el dolor en tus gemelos y aductores...

Llegué al Provocateur y en cuanto vi a Spencer intenté convencerlo para que nos fuéramos unos días a Las Vegas; aún seguía con ese plan en la cabeza, necesitaba alejarme de la rutina y necesitaba, además, apartarla a ella de mis pensamientos.

Nunca me había pasado eso antes con ninguna otra mujer, jamás me había permitido admirar más de la cuenta a ninguna. Yo era un tipo hábil, por lo que tomaba y daba lo preciso para pasar un buen rato, y en teoría con ella había sido así. En mi experiencia, la mejor manera de degustar la vida era a través del buen sexo.

Sin embargo, todo se complicó cuando me quedé a dormir en su cama. Lo habíamos hecho toda la noche la vez que entre todos arreglamos el encuentro entre Luka y Nicole, para propiciar que ellos se arreglaran, y ése fue el comienzo del gran lío en mi cabeza. Luego, cada vez que coincidimos, terminamos matándonos a besos y con nuestros cuerpos enredados allí donde fuera que pudiéramos hacerlo; sin embargo, nunca pasó de encuentros furtivos... No hubo intercambio telefónico, ni citas pactadas; sólo aprovechábamos el momento cuando podíamos, además de algunas socarronerías con el sólo hecho de evitar la atracción que sentíamos al vernos; a veces parecía que mostrarnos enojados e irónicos podría alejar las ansias que nos fluían por los poros de la piel.

Eso se mantuvo hasta que empezó a trabajar en el mismo sitio que yo; entonces probamos todos los lugares posibles donde podíamos practicar sexo dentro del Bandini Heart, a diario, y ahí sobrevino el verdadero holocausto en mi cerebro; ella se volvió alguien más familiar, se volvió alguien ineludible, y, cuando la atracción y la excitación tomaron rienda suelta, acabé atravesado por una sensación de desesperación... Yo no era un hombre hecho para ser cazado; tener una relación era algo muy complicado, donde había que ceder terreno, y no estaba dispuesto a hacerlo. Me gustaba la vida que llevaba, sin

más preocupaciones que las que estaba dispuesto a asumir; no quería contraer responsabilidades. Adoraba mi libertad y, cuando compartes tu vida con una mujer, todo empieza a enredarse, pues tienes que dejar de hacer lo que te da la gana y debes empezar a rendir cuentas de dónde y con quién vas y todo eso que conlleva mantener una relación.

Harto de mis pensamientos, me pasé la mano por la cara y me zampé la cerveza de una vez.

Todo cuanto pregonaba era mentira, ¿a quién quería engañar?

Incluso me amonestaba por haberla alejado de la forma en que lo hice; fui ruin, inhumano, ella tenía razón... Permití que me viera con otra; en realidad lo planeé para que nos pillara. Simplemente no tenía el valor de dejarla y por eso recurrí a esa acción para que fuera ella quien se distanciara de mí. Claro que Poppy no fue testigo de cómo terminó todo... La intención no era sólo que ella me viera, sino follarme a esa otra mujer para extirpar a Poppy de mi mente; sin embargo, no había podido hacerlo, no había logrado enterrarme en otro cuerpo, porque el mío continuaba deseando el de ella, y, cuando la vi destrozada por verme, lo único que quise fue salir corriendo a consolarla.

Y en ese momento seguía mintiéndome, porque a menudo había intentado contactar con ella, llamándola o enviándole un mensaje de texto, pero ella jamás contestaba. Era un maldito cobarde, no me animaba a dejar entrar el amor en mi cuerpo, tal vez porque hacía demasiados años que vivía sin afectos; sólo aceptaba el cariño fugaz que podía conseguir con las amistades, pero sin nadie que pensase en mí ni que se preocupase verdaderamente, y con nadie que me necesitase para algo más que para divertirse.

Le hice una seña a Garry, pidiéndole otro botellín de cerveza. Spencer me había dejado solo, necesitaba atender asuntos de su negocio. Tomé un sorbo de la botella que el *barman* me entregó y miré hacia la pista, que estaba llena de gente divirtiéndose, y noté que una morena que estaba muy cerca de mí coqueteaba abiertamente conmigo; no obstante, no estaba con ánimos para hacerle caso, así que la ignoré y me fui hacia el privado de Spencer. Cuando

entré, me desplomé en el sofá y cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón. Busqué en el registro de llamadas y accedí a su número; el móvil sonó y sonó, pero, una vez más, Poppy no contestó.

Trece

Cooper

—¿Por qué nunca atiendes tu móvil?

—Porque no me interesa hablar con esa persona que me llama.

—O sea, que siempre es la misma persona.

Incluso en la oscura atmósfera de la carretera, en la cabina de mi camioneta, podía advertir la luminosidad en el azul de sus ojos.

—¿Por qué no te has quedado a celebrar el triunfo con los demás jinetes? Mereces un rato de diversión; trabajas muy duro durante toda la semana, no tienes descanso, en el rancho no paras, y cuando lo haces te dedicas entonces a entrenar para estar en forma para la gira, y luego sales al camino para llegar a tiempo a la próxima parada.

—Porque quería regresar a casa contigo —la corté, y sé que advirtió que mis ojos se posaron perezosamente en sus labios. Dios, qué hermosa era. Me lamí los labios para que entendiera que la deseaba, y realmente esperaba que hiciera un buen registro de mis lascivos deseos.

—Me siento un estorbo —replicó esquivando mi mirada y tuve claro que sólo lo estaba diciendo para huir de lo que sabía que me provocaba.

—No lo eres, me gusta tu compañía. Nos estamos convirtiendo en buenos amigos, ¿lo sientes así también?

—Sí, es cómodo estar en tu compañía, eres un hombre sencillo. Sin embargo, opino que deberías haberte quedado; yo podría haber ido con mi coche, pero te empeñaste en que fuera con Parker.

—No siempre me voy al bar a celebrarlo; después de montar me duele

todo el cuerpo y muchas veces en lo único que pienso es en darme un baño y pasarme ungüentos en las zonas doloridas.

—Entiendo... Con más razón, entonces, pues apuesto a que siempre consigues una buena mano que te ayude con esos ungüentos, lo que me hace sentirme más fuera de lugar aún.

—No me has contestado y has cambiado de tema; siempre lo haces cuando sientes que tu respuesta te compromete... y no es que quiera inmiscuirme en tu vida, pero vienes de Nueva York, la vida allí es muy diferente de la que se vive en Washoe y estoy seguro de que dejaste amistades y afectos allí.

—Tú también has esquivado el tema de las conejitas.

—No tenía ganas de estar con ninguna otra mujer que no fueras tú.

—Qué aburrido.

—No eres nada aburrida.

Aceptó el cumplido en silencio, y luego dijo:

—Cómo has cambiado de parecer, Cooper Lynch... Cuando llegué me querías inmediatamente de regreso y ahora...

—¿Quién te llama? —la corté nuevamente, y soné como si tuviera algún derecho sobre ella para indagar.

Se quedó callada; al parecer era una pregunta que no iba a contestar y tendría que aceptarlo.

Entré en la casa y los dolores en mi cuerpo parecían haberse intensificado con mi mal humor.

Marcia tenía razón, estaba jugando con fuego al sentir cosas por Poppy; era más que obvio que ella no estaba dispuesta a dejarme avanzar, que en su cabeza y en su corazón no había sitio para mí.

Ni siquiera sabía la razón de por qué, lo que antes me parecía inadmisibile, de pronto se había transformado en algo que anhelaba, sin importarme las

consecuencias. Siempre había rehusado involucrarme sentimentalmente con alguien, pues la vida que llevaba no era apta para formar una familia. Sin embargo, aunque fuera egoísta y sonara mezquino, la atracción que sentía por Poppy era hasta sórdida, y me hacía pensar sólo en conseguirla; no me importaba, incluso, que en su vientre llevara el hijo de otro hombre... A decir verdad, no me importaba nada, la quería a cualquier precio y a como diera lugar.

Aunque nunca lo había querido admitir hasta entonces, sabía muy bien que lo contrario de ser valiente no era exactamente la cobardía, sino la conformidad, y eso era lo que estaba haciendo con mi vida, conformándome con vivir una a medias.

El trabajo en el rancho y la monta era todo para lo que vivía, pero entonces quería aventurarme a algo más... Un hombre podía soñar, y yo sabía que eso era muy cierto, pues una vez soñé con levantar ese rancho, que daba más perdidas que ganancias, y montando lo conseguí. En ese momento éramos uno de los ranchos ganaderos con más cabezas de ganado de la región. Hasta había levantado una nueva casa sobre aquella que había construido mi padre; lo único que lamentaba era que él no estuviera vivo para ver el cambio.

Mi padre me lo había enseñado todo; no era un hombre muy instruido, sino más bien rústico, pero con una gran sabiduría interior. A él le bastaba sólo con ver a las personas para saber cómo eran, incluso era un hombre de frases.

De pronto recordé lo que me había dicho la primera vez que me subí a un toro y éste me arrojó al suelo en el primer corcoveo... Mi padre, Rory Lynch, me agarró por los hombros y citó a Bear Grylls: «Ser valiente no es la ausencia de miedo. Ser valiente es tener miedo pero encontrar un camino a través de él».

Y eso era lo que tenía que hacer con Poppy, encontrar el camino para vencer mi miedo a amar, y permitir que me amasen; no obstante, el desafío

era doble, puesto que además debía encontrar un camino para que ella también perdiera sus miedos, porque estaba seguro de que tenía, y muchos.

No encendí las luces para caminar por la sala; no era tan tarde, pero todo estaba en silencio. Estaba convencido de que Marcia se había ido a dormir cabreada porque había montado sin el casco y que por tal motivo no me había querido esperar. Avancé por un pasillo y accedí a mi dormitorio, empujé la puerta y aporreé el interruptor de la luz para encenderla, luego me quité el Stetson, frustrado lo colgué en el gancho junto a la puerta, e inmediatamente desprendí la lustrosa hebilla de mi cinto para quitarme el pantalón de mezclilla gruesa, y después la camisa azul con los logos de mis patrocinadores. Esa noche Parker había conseguido dos más, Monster Energy¹ y Stetson, con los cuales al parecer también estaba en negociaciones para que hiciera con ellos un anuncio publicitario; incluso, durante la semana, tenía que pasar a recoger ropa y accesorios de la marca a la tienda D Bar M.

Me metí en la ducha, y cuando salí me desplomé en la cama, con la toalla aún anudada a la cintura. Mis pensamientos no se detenían ni encontraban paz, así que finalmente emití un profundo suspiro de resignación y acepté que debía darle tiempo al tiempo, y no apresurar las cosas. Ella necesitaba confiar en mí y también saber que podía contar conmigo para lo que fuera, y además debía tener en cuenta que todas sus energías, en ese momento, no estaban centradas en hallar una nueva conquista, sino en cuidar de su hijo.

Catorce

Poppy

La firma de autógrafos estaba resultando un verdadero éxito; todos los fans de Bronco estaban como locos al enterarse de que podían tomarse fotografías junto a él, ya que eso era un asunto pendiente para los que seguían su carrera, pues siempre lo habían deseado pero hasta entonces no lo habían conseguido.

El hecho de que de pronto su imagen ya no fuese un misterio para nadie lo había situado en la cresta de la ola.

Los otros jinetes que también participaban de la firma estaban casi molestos, pues la gran fila se concentraba en la mesa que ocupaba Coop.

A la hora del almuerzo, los organizadores cerraron las puertas del salón y dejaron a los seguidores esperando fuera hasta que los jinetes comieran el banquete que el chef del hotel había preparado.

—Usted debe salir, señorita; no veo su identificación como personal autorizado, así que tiene que aguardar tras la puerta a que los fans puedan volver a entrar.

—Un momento, ella está conmigo, Keila, es mi *community manager*.

—Bronco, deberías haberle conseguido una credencial.

—¿No confías en mi palabra?

—¿Debería hacerlo?

—Coop, espero fuera, no te preocupes.

—De ninguna manera; tú te quedas aquí conmigo o nos vamos los dos a almorzar al restaurante del hotel.

»En realidad, Keila, tú eres parte del comité organizador del PBR, así que

será mejor que vayas y le consigas tú una credencial a la encargada de mis redes sociales; que sea a nombre de Poppy Monroe, por favor, aunque... no veo que la esposa de Sylvester lleve una credencial colgada.

—Todos en el circuito conocemos a su esposa.

—Y ahora te estoy presentando a Poppy, así que, a partir de hoy, tú también la conoces a ella. Déjame decirte que la verás a menudo acompañándome.

Me había mantenido al margen, pero esa idiota me estaba buscando y de seguir así me iba a encontrar, y la verdad era que me estaba mordiendo la lengua para no contestar sólo por no dejar mal a Cooper.

—Hola, encantada —intervine tendiéndole la mano—. ¿Necesitas algún otro dato más para mi credencial, aparte de mi nombre? —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué ocurre? Llevo puestas botas tejanas como todo el mundo, y mi vestido es muy bonito; si lo que estás tratando de dilucidar es si soy una conejita infiltrada, lamento decirte que no lo soy. —Cooper ahogó una carcajada ante mis palabras—. La verdad es que, por tu aspecto, tú te asemejas más a una de ellas: camiseta ajustada, escote pronunciado, pantalones de mezclilla muy ceñidos... aunque, mirándote bien, los tacones podrían marcar la diferencia.

Me miró con un odio que traspasaba.

—La próxima vez que vengas con alguien desconocido, intenta conseguirle un pase antes, aunque... ya te recuerdo, tú anoche estabas sentada en la zona vip y Bronco te dedicó su monta; todos quedaron intrigados con tu identidad. Tantas conjeturas y resulta que sólo eres una simple empleada.

—No me jodas, ya es suficiente.

Ella intentó irse, pero Coop se disculpó conmigo y la atajó.

—Si estás enojada porque nunca te he llamado, no te descargues con ella, que nada tiene que ver.

Le dijo eso en un tono bajo y al oído, pero por suerte mi audición era muy buena, a pesar del murmullo reinante, así que, después de escuchar lo que

Coop acababa de decirle, empecé a entender la mala predisposición de esa mujer conmigo, y estaba segura de que no sería la única que, después del gesto de la noche anterior en el rodeo, me odiaba en ese momento.

Quince

Tres meses después...

Drake

Comenzaba noviembre y logré convencer a Spencer de que nos fuéramos a Las Vegas; incluso estaba pletórico porque la estancia coincidía con las finales mundiales del PBR. ¡Joder!, hacía tanto que no iba a ver una monta de toros que estaba demasiado nervioso sabiendo que del miércoles al domingo asistiríamos a todas las competiciones.

Como nos decidimos en el último momento, costó un poco conseguir habitaciones, puesto que estaba todo reservado para esas fechas, ya que nadie quería perderse las contiendas en las que se consagraba al mejor del mundo, así que, finalmente, le pedí ayuda a unos contactos en el MGM Grand, otro de los hoteles próximos al T-Mobile Arena, y a través de ellos conseguimos habitación y entradas al espectáculo. El evento duraba cinco días, así que reservamos la *suite* ejecutiva doble durante una semana completa.

Me apetecía muchísimo ver a Coop, pero estaba seguro de que mi padre estaría con él, así que lo más probable era que me quedara con las ganas. Hacía tantos años que no hablábamos... Mi exilio había roto nuestra amistad, pero había sido lo mejor; si hubiéramos continuado juntos, no sé si me hubiese podido mantener al margen de lo que sabía.

—Creía que veníamos aquí a descontrolarnos.

—Y eso haremos, Spencer; ya verás, te encantará ir a ver las montas. Confía en mí, encontraremos una gran diversión.

—Asumí que querías ir a montar conejitas de hebilla.

—Todo a su tiempo, amigo; tranquilo, conseguiremos un buen esparcimiento en todos los aspectos.

Cooper

Entrenaba en el gimnasio del hotel donde estaba hospedado todo el plantel de PBR. Se nos había pedido que llegáramos con tiempo, puesto que así todos los jinetes tendríamos oportunidad de realizar declaraciones a los diferentes medios de comunicación que estaban en Las Vegas para cubrir el evento.

Poppy no viajó esa vez; era una pena que justo se perdiera la final, pero la ansiedad que experimentaba viéndome montar no era compatible con su embarazo, el cual estaba bastante avanzado ya, pues acababa de entrar en el séptimo mes, y por tal motivo prefería verlo desde la pantalla de la televisión, junto a Marcia. Además, aunque me hubiera encantado que estuviera allí conmigo, sencillamente no quería ser el culpable de que pariese antes de tiempo.

Por supuesto, en el circuito ya todos la conocían; atrás habían quedado las suspicacias del principio. Parker se había encargado de dejar bien claro que ella sólo trabajaba para mí, y todavía puso más ahínco en ello cuando se enteró de su estado de gravidez, incluso quiso reemplazarla, pero le dejé bien claro que eso no era negociable, y creo que en todos esos años ésa fue la primera vez en que no estuve dispuesto a dejarme manejar por él.

Poppy aún continuaba siendo muy reservada; a veces pensaba que simplemente quería olvidar todo cuanto había vivido antes de llegar al rancho. En las ocasiones en las que había querido indagar más allá de lo que ella a duras penas contaba, se cerraba en banda y no había manera de penetrar el muro que levantaba; además, sus padres nunca contactaban con ella, y

sabía que eso le dolía mucho. Sólo mantenía el contacto, esporádicamente, con unas amigas de las que apenas sabía el nombre de pila.

Del padre de su bebé, jamás hablaba. El mero hecho de insinuarle algo de él hacía que reaccionara tensando el cuerpo y sus ojos se convertían en dos espejos acuosos.

Me entraban ganas de romperlo todo cada vez que eso pasaba; hiciera lo que hiciese, ella jamás terminaba de verme. A ratos parecía que me dejaba avanzar y se distendía a mi lado, pero otros, sin pelos en la lengua, me dejaba bien claro que no quería nada con ningún hombre, y yo sencillamente no podía renunciar a tenerla. Tal vez renunciar era lo más sensato de hacer, pero era un hombre terco por naturaleza y no podía hacerme a un lado sin ofrecer pelea. Poppy se había convertido en un gran desafío para mí, y sabía que tarde o temprano me acabaría aceptando en su vida de la forma en que yo anhelaba que lo hiciera.

Mientras mis pensamientos vagaban al ritmo en que corría en la cinta, el productor ejecutivo de televisión encargado de cubrir todas las giras del PBR entró en el gimnasio. Yo estaba realizando un entrenamiento suave, pues no quería fatigar demasiado mis músculos, ya que estábamos a sólo dos días de las competiciones finales, y advertí al instante que él caminaba en mi dirección, así que paré mi ejercicio y me quedé esperando a que se acercara, mientras me secaba el sudor del rostro con una toalla y luego me la colgaba del cuello.

Lynn Marshall era un hombre con una trayectoria de más de veinte años en la producción deportiva, y ésa era su decimotercera temporada con el PBR, así que todos lo conocíamos muy bien dentro del circuito.

—Bronco —me saludó cuando llegó hasta mí; nos dimos un apretón de manos—, me han dicho que estabas entrenando aquí, así que me he acercado porque he pensado que te gustaría saber quién estará sentado en los asientos de la segunda fila en la sección dos, junto a la zona C de rampas.

—¿De quién hablas?

—De Fox.¹ —Hizo referencia al apodo que Drake se había ganado cuando montaba—. Vosotros siempre fuisteis muy buenos amigos hasta que él se alejó de las competiciones.

Creo que mis ojos se abrieron de par en par apenas oí que lo mencionaba. De todos los nombres que esperaba oír, ése era el menos pensado. Lynn sacudió la cabeza a la vez que esbozaba una divertida sonrisa.

—Vaya, ¿cómo te has enterado? ¿Acaso tienes contacto con él?

—Nada de eso. Al parecer no conseguía entradas y un amigo en común del MGM me pidió ayuda. Cuando me dijo su nombre, por supuesto que me fascinó saber que veríamos a Fox en la arena, así que traté de ubicarlo lo mejor posible.

—Oye, Lynn, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, dime.

—No le digas nada a Parker.

Marshall me miró. Él sabía, por supuesto, que el alejamiento de Fox tuvo que ver con una pelea con su progenitor; lo que desconocía era que yo también estaba involucrado en esa pelea.

—El viejo Olson es un hueso duro de roer, ¿nunca has pensado en separarte de él?

—Parker lleva mi carrera desde hace tantos años...

—Por eso mismo, deberías prestar más atención.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién lleva los números?

—Perdona, pero de verdad que no entiendo a qué viene eso.

—Bronco, la carrera profesional de un jinete de toros es corta; sabes que el cuerpo, con los años, se resiente, y además no puedes decir a ciencia cierta cuándo será el último viaje... Hay lesiones de las que uno puede recuperarse, pero también hay otras que te pueden dejar fuera para siempre. Sólo te digo esto para que abras los ojos.

Marshall se fue después de plantar esa semilla en mí. Él era un hombre

muy recto, y de una reputación y honestidad intachables; en tantos años jamás lo había visto envuelto en ningún escándalo.

Cogí el botellín de agua que descansaba en el suelo y me lo bebí por completo; luego salí del gimnasio y me fui directo a la habitación a darme una ducha. Necesitaba moverme, necesitaba hacer algo con la información que Lynn había esparcido sobre mí.

Salí del Monte Carlo, el hotel donde estábamos alojados todos los jinetes, y caminé por el Strip de Las Vegas hasta llegar a la entrada del MGM Grand; casi todos los hoteles de la ciudad pertenecían a esa cadena.

Miré el nombre en letras doradas en la entrada, realicé una profunda respiración y caminé hacia las puertas acristaladas, empujándolas luego para acceder al suntuoso y enorme vestíbulo con suelo de mármol.

Me acerqué hasta una de las terminales de recepción y, cuando fue mi turno, le pedí a la empleada que avisara al huésped Drake Olson para que bajara.

—¿Sabe el número de la habitación?

—No.

—Aguarde un momento, señor.

Volvió a pedirme el nombre y, después de unos instantes en los que estuvo buscando en el ordenador, levantó el telefonillo y me preguntó:

—¿A quién anuncio?

—Cooper Lynch.

—Señor Lynch, el señor Olson dice que ya baja, que lo espere unos minutos.

Me alejé del mostrador y fui hacia el centro del vestíbulo, donde se alzaba el emblemático león del hotel, y me quedé de pie mirando hacia la zona de los ascensores.

Habían transcurrido demasiados años sin vernos; habíamos pasado, de un día para el otro, de ser como hermanos a ser dos completos extraños.

Ninguno de los dos habíamos hecho nada para volver a encontrarnos a lo largo de todos esos años; él se fue, y yo dejé que el rencor cobrara vida. Fox se marchó el mismo día que mi padre murió, y simplemente se olvidó del pasado y nos extirpó a todos de su vida.

Me di impulso con las piernas y caminé ansioso de lado a lado; ni siquiera me molesté en ocultar mi nerviosismo. Cada tanto miraba hacia la zona de los elevadores, hasta que lo vi aparecer... Su rostro permanecía serio, y en su cuerpo se notaba la misma tensión que yo estaba experimentando al verlo.

Se paró frente a mí, y luego nos abalanzamos el uno sobre el otro para fundirnos en un abrazo interminable.

—Cabrón hijo de puta, sigues siendo el mejor del circuito. Estoy seguro de que este año te volverás a llevar el título de campeón del mundo.

Me palmeó la espalda mientras me hablaba.

—Está difícil, el brasileño Sebastião también es muy bueno, y además es muy joven y no carga con la cantidad de lesiones que yo traigo conmigo.

—¿Acaso hay algo que te esté molestando para que dudes tanto?

—No, he llegado en buena forma, pero no puedo desmerecer el trabajo que ha hecho él este año.

Me golpeó en un hombro.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? Quería verte, pero no sabía cómo llegar a ti sin cruzarme con Parker.

—Ha sido Lynn; tu contacto en el hotel se puso en contacto con él para conseguir tus entradas.

—¡Mierda! ¿Parker lo sabe?

—No, y no se lo diré. Pero... no luces para nada como un vaquero.

Se encogió de hombros.

—Ey, me he puesto mis botas y mi pantalón de mezclilla.

—¿Con camisa de diseñador?

Nos reímos.

—Lamento haberme ido como me fui, sin despedirme, y siento también no haber contactado nunca contigo luego. Fue... todo fue una mierda, una noche que, si pudiera borrar de mi vida, borraría.

—Está bien, yo tampoco te he buscado y, además, debería haberle explicado a Parker que él estaba equivocado, que se trató sólo de una confusión... Al menos por mi parte.

—Por la mía también lo fue, te aseguro que me gustan las mujeres.

—También a mí. Creo que sólo se trató de que pasábamos demasiado tiempo juntos; eso, sumado a que éramos jóvenes con ganas de probar cosas nuevas, pero fueron sólo un par de besos y estoy convencido de que nunca hubiésemos llegado a más.

—Dios, ¡qué locura!, yo también estoy seguro de eso. Si los hombres fueran mi preferencia sexual, en tantos años me hubiese sentido atraído por otro, pero no ha sido así. Ahora incluso sé que ni siquiera era atracción lo que sentía por ti... Es complicado de explicar.

—Te entiendo, me pasó lo mismo. De todas formas, no me arrepiento de esos besos, pues al menos a mí me sirvieron para darme cuenta de que no era lo que pensábamos. ¿Por qué no se lo explicaste a tu padre?, ¿por qué irte durante tantos años?

Drake

Me resultaba imposible confesarle el auténtico motivo de por qué me había marchado; había callado demasiados años y sacar a la luz en ese momento una verdad oculta durante tanto tiempo tenía menos sentido que antes, aunque tampoco podía no darle una explicación.

—Pasaron otras cosas. Esa noche descubrí que mi tía Cassidy y mi padre engañaban a mi madre, y... ya sabes, mamá siempre tuvo un cuerpo muy frágil, sus depresiones siempre la acechaban... Creo que, si la verdad hubiese

aflorado, no lo hubiese soportado... y muchas personas hubieran sufrido, pero también tenía claro que, si me quedaba, no sería tan fuerte como para no contárselo todo. Tuve que elegir...

«Elegí tu felicidad, elegí que tú tuvieras la familia que yo nunca tendría; me sacrificué por ti y por mi madre.»

La frase la terminé en mi cabeza, no iba a revelarle nada más.

—¿Hablas de la hermana de tu madre? Ella... todavía vive en el rancho con ellos; ahora entiendo por qué nunca se casó.

—¿Te das cuenta de por qué nunca regresé? Son dos hipócritas.

—¿Y crees realmente que tu madre no sabe nada?

Negué con la cabeza.

Cooper no era consciente de ello, pero yo sabía que, si mi madre hubiese estado al tanto de algo, otras verdades hubieran salido también a la luz, verdades que lo involucraban directamente a él, verdades que hubieran destrozado su vida.

—Siento mucho no haber estado cuando tu padre murió, me enteré mucho después de que falleciera.

—Ocurrió el mismo día que te marchaste... y estuve muy cabreado contigo. Sufrió un ataque al corazón mientras estaba reuniendo el ganado y cayó del caballo; cuando lo encontramos, ya era demasiado tarde para hacer algo.

Asentí, pero me quedé en silencio.

—Estuve dando vueltas de ciudad en ciudad; hasta que me establecí, pasó algún tiempo. Yo también estaba cabreado, pues tuve que dejar mi carrera y mi vida cambió radicalmente, ni te lo imaginas, y me resultó muy difícil estar sólo en el mundo.

—Si yo hubiera sabido el motivo por el que te fuiste...

—Ocurrió todo muy rápido.

»¿Cómo soportas aún a mi padre? Siempre ha sido un gran manipulador; de hecho, estoy seguro de que lo sigue siendo. Toda la vida ha manipulado a

mi madre, toda la vida utilizándola; tú sabes que ella es la propietaria de todo, ¿por qué crees que nunca la ha dejado?

—Tú padre es especial y tiene su carácter, si lo sabré yo... Si fuera por él, nos dirigiría la vida a todos, pero fui criado de forma tal que la palabra tiene valor, y me sentiría desleal si lo hiciera a un lado. Le debo el éxito de mi carrera.

—Eres tú quien se sube al toro cada fin de semana, ¿de qué hablas? No le debes nada, el éxito es todo tuyo; tus huesos son los que se han roto tantas veces, tu cuerpo es el que sufre el desgaste... Podrías haber hecho tu carrera sin él también; él te debe a ti, pues apuesto a que sus bolsillos se han llenado mucho siendo tu mánager deportivo durante todos estos años.

—No me gusta hablar de dinero, los números no son lo mío.

—Pues deberías hacerlo, tratándose de mi padre; créeme, deberías hacerlo. ¿No me dirás que él maneja tus cuentas? —le pregunté indignado.

—Bronco, ¿podemos tomarnos unas fotos contigo?

Dos chicas se habían acercado al reconocerlo, interrumpiéndonos.

—Claro.

—Yo os saco la foto —anuncié cogiendo el móvil de una de las jóvenes, a la que no le calculé más de dieciocho años.

—Muchas gracias. Tenemos entradas para los cinco días de competición; estamos deseando verte ganar... Eres nuestro favorito, esperamos que vuelvas a ser el campeón.

—Somos de Oklahoma y nuestros padres nos regalaron el viaje; ambas acabamos de cumplir dieciocho años —acotó la otra.

—Espero que lo paséis muy bien, y ojalá gane, también lo deseo.

—¿Nos firmas la camiseta?

Me rasqué la nuca; ya había olvidado la pasión que desata, entre los fanáticos de la monta profesional de toros, el hecho de encontrarte con tu jinete favorito, y para qué hablar de las señoritas calientes que merodean por el redil.

—Adoramos cuando decidiste mostrar tu rostro.

Bronco le regaló su sonrisa atrapa chicas, y luego le preguntó:

—¿Dónde quieres que te firme?

—Aquí, por favor —contestó una de las muchachas, derretida por Coop, y señaló sus tetas.

—Ok, chicas.

Los cuatro reímos.

—Oh, Dios mío, estoy soñando que eres tú que me tocas y no la punta del rotulador.

Coop le guiñó un ojo y después se disculpó y nos alejamos de esa zona del hotel.

—¿De verdad le permites a mi padre manejar tu dinero?

—Estás enfadado con él, pero a mí no me ha hecho nada para desconfiar. No hagas lo mismo que hacías cuando éramos jóvenes, que siempre pretendías que hiciera causa común en todos tus asuntos.

—No se trata de eso. Conozco a Parker, sé de lo que es capaz. Y eres injusto, yo siempre hacía causa común en los tuyos, siempre te apoyaba en todo.

—No soy un iluso, sé el flujo de dinero que genero y manejo, y he puesto en funcionamiento el rancho de un modo que ni te imaginas, me he comprado una autocaravana, y los camiones y camionetas que se usan en el rancho son todos últimos modelos.

Empecé a reírme.

—Dime, por favor, que recientemente has mirado el extracto de tu cuenta bancaria y que puedes asegurarme que tu dinero está todo ahí.

—¿Tan tonto me crees?

—No, pero sé que confías en él cuando no deberías hacerlo.

Entramos en el bar del hotel y buscamos una mesa apartada.

Pasamos varias horas poniéndonos al día, recordando viejos tiempos.

—Deberías ir a ver a tu madre.

—Lo sé, pero no quiero volver a poner un pie en el rancho y ella no sale nunca de ahí.

—Al único sitio al que de vez en cuando va es a mi casa. Marcia podría ayudarnos; estás en Nevada y no puedes no ir a Washoe.

—No quiero que Parker se entere, y menos aún la zorra de mi tía Cassidy, pero, además, estoy aquí con un amigo, no puedo dejarlo sólo.

—Yo me ocuparé de tu amigo, al que me presentarás en cuanto consigamos un vuelo de ida y vuelta de Reno a Las Vegas. No se habla más, te vas a Washoe y ves a tu madre; Parker ya está aquí, así que no te lo cruzarás.

Subimos en el ascensor hasta mi *suite*.

—Spencer, mi amigo, está al tanto de la pelea con mi padre. Lo conocí en la escuela de negocios, cuando estudiábamos, y nos hicimos amigos. Si alguna vez vas a Nueva York, te presentaré también a mis otros amigos, Luka y Maverick.

—Iré, te lo prometo.

—Me alegra que vayas a ver a tu madre —dijo Spencer después de que le explicáramos el plan.

—¿De verdad que no te importa que me vaya y te deje unas horas solo en Las Vegas?

—¿De qué hablas? Estoy en Las Vegas, tú mismo lo acabas de decir; aquí hay diversión para rato, y tú, Cooper, no tienes que quedarte conmigo; supongo que debes prepararte para la competición.

—En realidad debo ir al hotel a dar algunas entrevistas. Pensaba invitarte a que me acompañaras, ya que a las tres de la tarde hay una rueda de prensa con periodistas procedentes de Australia, Canadá, México, Brasil, entre otros...

—Si el padre de Drake nos ve juntos, puede sospechar algo, o como mínimo tendríamos que explicarle cómo nos hemos conocido.

—Puedo manejar a Parker.

—Creo que tal vez Spencer tiene razón, Coop.

—Está bien, como queráis. En todo caso, ya está todo arreglado; ya has oído lo que ha dicho Marcia: ella estará en nuestro rancho con tu madre, esperándote. Está muy emocionada de poder ayudaros para que os veáis.

—Tus padres siempre fueron muy buenos conmigo.

—Te apreciaban mucho —asentí—. Bueno, entonces, me voy.

—Yo me cambio y salgo para el aeropuerto.

—Llámame esta noche cuando estés de regreso.

—Lo haré, ya he grabado tu número en la agenda de mi teléfono.

—Bien; estoy muy contento de que nos hayamos vuelto a ver y que hayamos aclarado ciertas cosas.

—Lo sé, Coop, yo también estoy feliz. Lamento que hayamos dejado pasar tanto tiempo para hacerlo.

—Las cosas suceden cuando tienen que suceder.

Tan pronto como Cooper se fue, Spencer abrió sus ojos a modo de pregunta.

—No le he dicho nada, sólo le he hablado de la relación entre mi padre y mi tía, pero no le he contado la historia completa.

—¿No crees que tiene derecho a saber?

—¿Para qué? ¿Qué ganaría haciéndolo? Se llenaría de rencor, como vivo yo. *Naaa*, prefiero que siga creyendo lo que cree.

Spencer era un gran amigo; siempre había sido bueno escuchando y lo sabía todo de mí desde hacía muchos años.

Poppy

—¿Qué haces, Marcia? ¡Qué bien huele tu cocina!

—Preparo la tarta de bayas que tanto le gustaba a Fox.

—¿Fox? ¿Quién es Fox?

—El mejor amigo de Coop, él y mi hijo crecieron juntos. Es el hijo de Parker, pero hace muchos años que se fue de Washoe, pues él y su padre tuvieron una gran pelea, y nunca más ha regresado. Lucía no ha vuelto a ver a su hijo desde que éste se marchó. Resulta que Cooper y él se han reencontrado en Las Vegas esta mañana y lo han organizado todo para que Fox pueda ver a su madre. Ya sabes —frunció los labios y agitó su cabeza—, Parker es un poco autoritario y no permitiría que Lucía viera a su hijo en su casa.

—Parker es un tanto arcaico, y muy mandón; no me gusta nada cómo trata a Lucía. Ella es una santa... y siempre parece deprimida, y ahora entiendo por qué luce así... si hace tanto que no puede ver a su hijo.

—Cada hogar es un mundo, ya sabes, pero Lucía no sólo parece deprimida, sino que sufre de depresión severa. Siempre ha sido una mujer muy frágil; la conozco de toda la vida y ni siquiera el día que se casó, ni mucho menos el día que dio a luz a Fox, la vi sonriendo.

—Pobre mujer. ¿A qué hora llega?

Marcia miró el reloj.

—Fox debe de estar subiendo al avión ahora mismo, así que calculo que en un poquito más de dos horas estará aquí. Me avisará cuando aterrice.

—Bueno, como veo que tú estás más que abocada a la tarea de este reencuentro, aprovecharé el día para ir hasta Reno; quiero ir a comprar algunas cosas para el bebé.

—Sabes que me da un poco de miedo que conduzcas con esa barriga.

—Aún estoy cómoda; descuida, que cuando ya no me sienta segura dejaré de hacerlo.

—Se lo comentaré a Cooper cuando llame.

—No seas bocazas, ni exagerada; estoy embarazada, no enferma. Tú y Coop siempre lo dramatizáis todo.

—Te cuidamos.

—Lo sé —me acerqué, la abracé y la llené de besos— y os lo agradezco, realmente sois increíbles conmigo, pero de verdad que estaré bien.

—Entonces coge la camioneta de Cooper, que al menos en la cabina hay más espacio; no saques tu coche.

—Está bien; con tal de no oírte más, haré lo que me dices.

Dieciséis

Drake

Había pasado mucho tiempo desde que me marché de allí, pero nada había cambiado demasiado; si bien me gustó ver que se habían hecho varias mejoras en el pueblo y que éste tenía mucho mejor aspecto que cuando lo había dejado, aún seguía siendo la misma población polvorienta y arcaica de cuando me fui, por más que ahora su nombre tuviera la palabra *New* delante.

Al salir del aeropuerto de Reno alquilé una *pick-up* para pasar desapercibido; no quería levantar un gran revuelo con mi llegada, así que por eso descarté coger un taxi.

El clima fuera era muy frío, pero necesitaba volver a sentir los olores con los que había crecido, así que bajé la ventanilla para que el viento los trajera hasta mí. De inmediato percibí el olor a tierra mojada y a animales, mezclado con el aroma a hierba; nunca me había dado cuenta de cuántos olores guardaba grabados en mi huella olfativa, y jamás me había puesto a pensar cómo olían mis recuerdos, y en ese instante lo supe: mis recuerdos olían a casa, a New Washoe City, donde no siempre fui feliz, pero donde había aprendido a hacerme hombre.

Al llegar al cruce de las calles Bower Mansion y William Brent, el corazón me latió estruendoso dentro del pecho. Hacía tantos años que no veía a mi madre que me sentía fatal por haber dejado pasar tanto tiempo.

En aquel momento sentí que quería deshacer mis acciones pasadas, pero obviamente eso resultaba imposible; las decisiones que uno toma no son como un archivo de ordenador en el que, con sólo tocar una flecha,

deshacemos o rehacemos los cambios. Lo que haces casi siempre marca la diferencia, y las disculpas muchas veces sobran cuando el daño ya está hecho; yo era un mal hijo y no había vuelta atrás, pues eso mismo que estaba haciendo en ese instante lo podría haber hecho antes, si no hubiera sido tan orgulloso.

Me llenaba la boca criticando a mi padre, ¿y cómo era yo? Un tipo que se había desapegado de los afectos como si sólo se tratara de pasar la página de un libro.

Sabía que no había justificación alguna, pero a veces me resultaba tan difícil construir un sentimiento en mi pecho... Nunca nadie me había enseñado cómo hacerlo, había crecido sin ellos. Mi madre, siempre sumida en depresiones interminables, sin tiempo más que para tenerse lástima; mi padre, enfermo de codicia y sólo pensando en él y en los negocios familiares de los que se había apropiado desde que se casó con Lucía.

No había sido fácil crecer en un hogar tan disfuncional.

Me detuve frente al rancho Lynch y, si no hubiese conocido tan bien el lugar, hubiera pensado que me había equivocado, pues de la modesta cabaña de madera no quedaba nada. A simple vista se notaba en qué había invertido Coop el dinero ganado en la monta de toros.

Abrí la puerta de la empalizada y avancé por el camino de grava hasta aparcar frente a la casa. Me puse mi Stetson, preparándome para bajar y, joder, nunca pensé que me costaría tanto reunir valor para ponerme de pie.

Cuando finalmente descendí de la camioneta, me puse una parka de plumas y caminé hacia la galería, subí los escalones de la entrada y, cuando estaba a punto de golpear, la puerta se abrió y Marcia me recibió.

—Dios, Drake, ¡estás tan guapo! Ha pasado tanto tiempo... Eres todo un hombre. —Me besó en la mejilla—. Eras un adolescente al que recién le estaba creciendo la barba cuando te marchaste.

—Lo sé, créeme Marcia que desearía que fuera mucho menos el tiempo que ha pasado. Creo que he esperado demasiado para volver.

—Nunca es demasiado tarde cuando uno quiere remediar las cosas.

—¿Mamá ya está aquí?

—Sí, y no se imagina nada. La he estado entreteniendo con charlas tontas. He ido a buscarla cuando me has llamado desde el aeropuerto. —Me acarició el brazo mientras me lo explicaba; aún permanecíamos en el porche—. Os dejaré solos para que podáis hablar, estaré por ahí.

—No es necesario que vayas fuera de la casa; hace frío.

—Sí, es necesario, y además tengo cosas que hacer. Entra, ponte cómodo, al rato regreso.

»Está en la sala, es por ahí —dijo abriendo más una rendija de la puerta—. Ahora tengo una gran sala de estar, ¿has visto la casa que Coop construyó?

—Se ve todo muy diferente.

La señora Lynch me dejó solo, así que me quité el abrigo y el sombrero y los colgué en un gancho junto a la puerta; luego caminé hacia el sitio que me había indicado. Me temblaban las piernas y las manos me sudaban, estaba asustado.

Mi madre giró la cabeza en el momento en el que advirtió la presencia de alguien más, y me vio entrar. De inmediato, se cubrió la boca con una mano al reconocerme. Ella estaba muy cambiada, pero su mirada era la misma que guardaba en mi memoria; sentí que si daba un paso más mis piernas no me sostendrían. ¡Joder!, me había enfrentado infinidad de veces a un toro salvaje que pretendía derribarme, y en ese instante no podía dar tres simples pasos para acortar la distancia que me separaba de mi madre.

Todo era absurdo, me costaba creer que por fin estaba viéndola.

Me apresuré a alcanzarla. Noté cuándo quiso ponerse de pie para llegar hasta mí y que no pudo hacerlo, así que me abalancé a su encuentro y caí de rodillas frente a ella.

—Mamá...

La rodeé con mis brazos y apoyé mi rostro contra su pecho, apretando con fuerza mis brazos a su alrededor, y ella hizo lo mismo conmigo. Deseando

que ese momento durara para siempre, comencé a gimotear sin que advirtiera que estaba haciéndolo, y luego me arranqué a llorar como nunca recordaba que lo hubiera hecho.

—Drake, no puedo creer que seas tú; dime, por favor, que no es un sueño.

—No lo es, mamá, no lo es; estoy aquí, y he venido a verte.

—Permíteme mirarte, déjame ver el hombre en el que te has convertido.

Me aparté de ella y recogí mis lágrimas con el puño de mi camisa.

—Eres tan guapo... Siempre lo fuiste, pero ahora eres todo un hombre.

—No llores, mamá.

—Déjame hacerlo, ¡hace tanto tiempo que mis lágrimas no son de felicidad!

Se estiró y enmarcó mi rostro, y yo incliné la cabeza y cerré los ojos, esperando sentir el calor de sus labios en mi mejilla. Hundió sus dedos en mi cabello y lo tironeó un poco.

—Tienes aspecto de todo un chico de ciudad, no te pareces al vaquero que se fue de aquí hace tantos años.

—Sólo es la ropa.

Tomó mis manos y las miró, y luego las acercó hasta su rostro, haciendo que la acariciara.

—Tus manos también son las de un chico de ciudad, no tienen durezas ni cortes.

Tragué saliva y luego le dije:

—No es lo que había planeado para mi futuro, pero no es tan mala la vida en Nueva York, sólo que a veces me siento muy solo. Allí se vive mucho más de prisa, y no se pueden admirar las estrellas como aquí, porque el cielo se ve por porciones; sin embargo, tengo mucho éxito en mi profesión y me siento muy orgulloso de todos mis logros. ¿Sabes?, me va muy bien en la gestión de negocios, y consigo contratos muy productivos. Ahora trabajo en la empresa de uno de mis mejores amigos; con Luka nos conocimos en la universidad.

—Estoy tan orgullosa de ti... Doy gracias cada día del hijo que tengo.

Llámame *mamá*, Drake.

—Mamá...

Dejé flotando la palabra en el aire y ella volvió a pedirme que la repitiera.

—¡He extrañado tanto el sonido de tu voz! Cuando no podía llamarte, temía olvidarla. El día que por fin conseguiste que atendieras el teléfono y me dejaste tu número, me sentí la mujer más feliz del mundo; antes me aislaba sólo para cerrar los ojos y reproducir tu voz en mi mente.

—Lo siento, lamento todo lo que te he hecho sufrir.

—Shh... no ha sido sólo culpa tuya.

Más calmados, me senté junto a ella y empezamos a conversar. Yo la tenía cogida de las manos y no quería soltarla.

—¿Por qué no me habéis avisado? Me hubiera encantado arreglarme para ti, estoy hecha un desastre.

—Confía en mí, estás hermosa, tú siempre has sido hermosa.

—No es cierto, ni siquiera me he hecho el tinte en el pelo.

—Estás muy bien así. —La miré a los ojos; éstos eran idénticos a los míos.

—¿Te quedarás?

—Mamá, he venido porque él está en Las Vegas con Coop, y he procurado, además, que nadie me viese; no quiero que sepa que he estado aquí.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Disfruta de que estoy aquí, de que estamos juntos.

—Me siento tan sola desde que te fuiste...

—He querido llevarte conmigo muchas veces, pero nunca has aceptado.

—¿Qué podría hacer yo en la ciudad?

—Muchas cosas; estar conmigo, sobre todo.

—Estorbándote... Tú tienes tu vida.

—Crees que no daría todo lo que he logrado a cambio de verte a diario.

—¿Y qué te lo impide? Regresa...

Negué con la cabeza y cambié de tema.

—Cuéntame, ¿qué tal las reuniones de mujeres?, ¿aún os juntáis los miércoles a tejer para luego donar las mantas a la iglesia del pueblo?

Movió la cabeza negativamente y clavó la mirada en su regazo. Cogí su rostro por el mentón y la obligué a mirarme.

—¿Qué pasó? ¿Por qué dejaste de hacerlo? —le pregunté irritado, conociendo de antemano su respuesta. Por alguna razón, no había duda en mi mente acerca de lo que había ocurrido.

—Ya sabes, a tu padre nunca le gustó mucho la idea de que hubiera gente extraña entrando y saliendo de casa, así que, para no pelear, dejé de hacerlo.

—Ésa es tu casa, no la suya.

—Sigo tejiendo igualmente, la diferencia es que ya no lo hago en compañía; también preparo dulces y conservas, y Marcia pasa cada semana y las lleva a la iglesia... Ella siempre ha sido una buena amiga.

—¿La tía Cassidy sigue viviendo con vosotros?

—¿Adónde va a ir? De todas formas, ya no vivimos en la cabaña que levantó el abuelo, que ahora es la oficina de tu padre. Actualmente vivimos en otra, más grande, que Parker mandó construir delante de la original.

—Ven conmigo a Nueva York, mamá. Tengo un piso muy espacioso, con varias habitaciones, y una cocina que te encantará, pues es enorme.

Me acarició la cara y me miró con una gran pena.

—Sólo tendríamos que ir un momento a tu casa a buscar algunas cosas —seguí animándola—. Te compraré ropa, te llevaré a los mejores restaurantes de la ciudad, podremos ir a ver la ópera... Recuerdo que te gustaba escucharla.

—Ésta es mi vida, Drake, y es la única que conozco; no voy a ningún lado. Tú eres consciente de mi problema de salud. Al único lugar al que vengo es aquí, y sólo porque nuestras tierras son colindantes y apenas tengo que salir de nuestro rancho para llegar.

—¿Estás yendo al médico?

—Siempre tomo mi medicación.

—No es eso lo que te he preguntado. ¿Cuánto hace que no vas al médico? Tú no puedes dejar de ir al psiquiatra.

—Drake, por favor, te prometo que estoy bien. Dejé de ir porque no puedo salir de casa, me molesta la gente.

—¡Es un hijo de puta! —Me puse de pie mesando mi pelo, sintiendo cómo todo en mí se revelaba en mi interior. Cerré ambos puños a los costados de mi cuerpo—. ¿Cómo es posible que no encuentre ningún médico que venga a visitarte a domicilio? Simplemente no quiere hacerlo.

Poppy

Ya de regreso, lo primero que advertí al acercarme a la casa principal fue la *pick-up* aparcada allí enfrente; de inmediato me di cuenta de que no se trataba de ningún vehículo conocido, así que dilucidé que lo más probable era que perteneciera al hijo de Lucía, que todavía debía de estar en el rancho.

Sin detenerme, pasé directa hacia el garaje para aparcar allí la camioneta de Coop.

Adam, uno de los empleados, estaba en las caballerizas y me vio bajando los paquetes con las compras, así que se acercó a ayudarme.

—Hola, Poppy; permíteme que te eche una mano.

—Gracias, aunque no es nada pesado; son cosas para el bebé.

—Tu barriga se ve muy grande, ya falta poco para que nazca la criatura.

—Dos meses; no veo la hora de tenerlo en mis brazos. ¿Hay visitas?

—Sí, y Marcia ha estado algo misteriosa... Nos ha comentado que se trataba de un viejo conocido de la familia, pero lo más extraño es que, en lugar de atender la visita, se ha pasado el rato haciendo las tareas del rancho.

Me encogí de hombros y mostré una mueca de asombro, haciéndome la desentendida. Si ella no le había dicho nada a Adam, no iba a ser yo la que lo hiciera.

—Qué frío está haciendo... —Recurrí al viejo truco de hablar del tiempo cuando uno no sabe qué decir.

—Sí, estamos muy próximos al invierno. Dicen que se pondrá dura la cosa este año, que tendremos nevadas muy fuertes, así que por eso estamos apurando la construcción de los corrales; no queremos perder ninguna cabeza de ganado por las bajas temperaturas.

—¿Y? ¿Ya habéis decidido si iréis a ver la final?

—Sí; todos tenemos ya nuestras entradas, nos vamos mañana. Coop es un genio: contrató personal temporal para que se ocupe del rancho durante estos cinco días y envió pasajes para todos sus empleados, y además nos reservó habitaciones en el Mandalay de Las Vegas. ¿Te imaginas a todos nosotros metidos en la piscina de lujo de ese hotel?

—Sí, os imagino, y no dudo de que lo pasaréis de fábula, y tampoco he dudado nunca de la generosidad de Coop. Cómo os envidio, quisiera estar ahí apoyándolo junto a vosotros, pero temo parir antes de tiempo si voy... Tendrías que ver cómo salta en mi barriga este crío cuando veo sus montas.

—Ya tendrás tiempo para ir. Coop será el campeón nuevamente y tendrá que volver a defender su título, ya verás.

—Gracias, Adam, yo me arreglo para subir las cosas.

Estábamos al pie de la escalerilla por la que se accedía a la casita de huéspedes.

—Te subo los paquetes, no me cuesta nada, así tú puedes cogerte bien de la baranda.

Asentí.

—Déjalos sobre la mesa, yo ahora me encargo. Muchas gracias por todo.

—A tus órdenes, señora.

Tras tantos meses de vivir allí, ya me había acostumbrado a que, sin importar si eras casada o soltera, joven o mayor, todos se refirieran a las mujeres llamándolas *señora*; era un modismo muy campechano.

Cerré la puerta, me quité el abrigo y alimenté con leña la estufa, para

mantener el calor en el ambiente.

Luego cogí la tetera y la puse sobre el fogón. Hacía ya un tiempo que Coop lo había arreglado para mi comodidad, aunque de todas maneras lo usaba muy poco, ya que seguía pasando más tiempo con Marcia que en ese sitio; no obstante, en ese instante me apetecía tomarme un té caliente y no quería ir a la casa, así que sostuve la taza con fuerza para calentarme las manos y bebí el contenido para entrar en calor. Al acercarme a la ventana, vi a un hombre en cuclillas, con la cabeza entre las manos, que miraba hacia el suelo. Marcia parecía consolarlo. Por su complexión me pareció conocido, pero no podía verle el rostro. En aquel momento mi teléfono sonó dentro de mi bolso, así que me aparté del ventanal para coger la llamada.

—Hola, Coop. ¿Cómo te va la preparación?

—Hola, nena. Estoy ansioso por que llegue el momento de competir, la ansiedad me está matando. Y vosotros, ¿cómo estáis?

Caminé hacia la ventana mientras hablaba, y pude advertir que Marcia y aquel hombre ya no estaban a la vista.

—Estamos bien, sólo que este niño cree que soy un saco de boxeo, no deja de dar patadas.

—Eso es porque no estoy para hablarle y que se calme; seguramente extraña nuestra conversación matutina, o nuestras clases de yoga.

—Estoy segura de que te extraña, y no quiero imaginar lo que será cuando nazca. Si lo malcrías mucho, cuando llore te tendrás que encargarte de calmarlo.

—Sabes que lo haré con mucho gusto. Le he comprado algo; ahora, en cuanto cuelgue, te enviaré la foto.

—Coop, aún no ha nacido y ya no sé dónde meter todo lo que le has comprado a este crío.

—Te dije que no permitiría que os faltase nada ni a ti ni al bebé; deberías confiar más en mi palabra, nunca hablo en vano.

—Pero no tienes ninguna obligación de hacer todo lo que haces por

nosotros; no me dejas gastar nada del sueldo que me pagas, incluso.

—Y, si me lo permitieras, sabes perfectamente que estaría dispuesto a hacer mucho más.

—Coop...

—Ya lo sé, ya sé que dije que volveríamos a hablar de ello cuando el niño hubiera nacido. Lo siento por faltar a mi palabra, pero sabes lo que siento por ti... Me gustas mucho, Poppy; he sido sincero con respecto a mis sentimientos y me cuesta hacerlos a un lado.

—Yo también he sido sincera, y te dije que no te cerraba las puertas. Sabes perfectamente lo bien que me sienta tu compañía, y te juro que quisiera poder abrirme a ti como te mereces, pero hay demasiados asuntos pendientes en mi vida. Necesito centrarme en el nacimiento de mi hijo, y luego resolver algunas cosas, pues tengo heridas muy abiertas en mi corazón.

—Déjame sanarlas, Poppy. Nunca le he rogado a ninguna mujer, y jamás creí que fuera posible que lo hiciera, pero no me importa.

—Coop, no hace falta que ruegues, sabes que no, eso me hace sentir mal. Tú no te mereces que yo te acepte cuando sigo pensando en otra persona; lo más complicado de todo es que también pienso en ti, sabes que lo hago... Cambiemos de tema, ¿de acuerdo? Quiero que estés concentrado en los toros que tienes que montar, no que te distraigas pensando en mí; el bebé y yo estamos bien.

»Por cierto, hoy ha venido el hijo de Lucía; aún está en la casa.

—¿Has conocido a Fox? Él y yo fuimos los mejores amigos... Crecimos juntos, aunque él es algunos años mayor que yo, pero por esas cosas de la vida nos separamos y hoy nos hemos visto después de ocho años de no hacerlo. Entre Marcia y yo lo hemos organizado todo para que se reencontrara con su madre.

—No lo he visto, es que me fui de compras a Reno y acabo de volver. En un rato te mando fotos de lo que he comprado para el bebé.

—¿Quién te ha llevado? Espero que no hayas conducido tú...

—Sí, lo he hecho, y no empieces: fui en tu camioneta para que la barriga no quedara tan cerca del volante.

—De todas formas, si yo hubiese estado ahí, no lo habrías hecho.

—No quieras ponerme a prueba, Cooper Lynch, porque perderías la apuesta.

»Hablando de otra cosa, perdóname, pero ¿cómo aguantas a Parker? No puedo creer que él tenga gran parte de culpa en que Lucía no haya visto a su hijo durante tantos años. Cada día me cae más como una patada en el hígado. Será tu mánager, pero es un déspota. ¿En qué siglo vive? El mundo ha evolucionado, pero él sigue creyendo que vive en el Lejano Oeste¹ y que las mujeres no tienen ni voz ni voto.

—Es complicado... Hasta hoy había creído que Fox y yo éramos los únicos culpables, pero... no es algo para hablarlo por teléfono; cuando volvamos a vernos, ya te lo contaré.

—¿Muchas conejitas merodeando por ahí?

—No he visto ninguna.

—Mentiroso, estoy segura de que están todas revoloteando como mosca en la miel.

—¿Celosa?

—Quizá... De todas maneras, tienes todo el derecho de estar con quien sea que decidas estar.

—Me pides que esperemos, que no hablemos ahora, y me sueltas todo esto; no es justo para mí, eres consciente de ello, ¿no?

—Tienes razón, lo siento. Ya sabes, las hormonas del embarazo cambian mi humor cada diez minutos.

Me desperté sudada y algo desorientada; ya había oscurecido y, al parecer, después de hablar con Coop, me recosté en la cama y los brazos de Morfeo se

apoderaron de mí. Desde que estaba encinta me parecía mucho a una morsa no sólo por mi tamaño, sino porque me dormía en cualquier lado y a cualquier hora.

Tenía la boca seca y, además, el corazón aún me palpitaba muy rápido, y en realidad en mi sueño no eran exactamente los brazos de Morfeo los que me rodeaban.

¡Joder!, el sueño había sido demasiado real, y no era la primera vez que lo tenía; todavía podía sentir las manos de Drake y de Cooper vagando por mi cuerpo, aún podía percibir la humedad de sus besos en mi piel.

—Me estoy volviendo loca, me estoy volviendo totalmente loca —dije al tiempo que me ponía de pie para meterme en la ducha.

—Cariño, ¿estás bien?

—Me estoy duchando, Marcia —le grité desde allí cuando oí que me llamaba.

—De acuerdo; cuando termines, abrígate bien y ven a cenar. He pasado a verte esta tarde y dormías.

«Oh, Dios, espero que no haya sido en el momento en el que soñaba que su hijo y Drake me hacían cosas irreproducibles.»

Diecisiete

Drake

Había planeado ese viaje esperanzado en que en Las Vegas dejaría toda mi mierda enterrada, pero, a diferencia de lo que había proyectado, todo había rebasado de las cañerías y me había salpicado, consciente de que era imposible escapar del pasado.

Increíblemente, después de ver a mi madre comprendí que la vida pasa demasiado pronto para no atreverse a sentir, y que yo nunca quise ser como mi padre pero que, entonces, debía hacer algo para no seguir siendo como él.

—¿Estoy bien así? —preguntó Spencer tras salir del baño, donde había estado acomodándose el sombrero que habíamos comprado para ir a ver las finales del PBR—. ¿Qué te pasa?

Yo permanecía sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y sosteniéndome la cabeza.

—Pasa que soy un idiota.

—¿Vas a seguir con lo de tu madre? Necesitas calmarte, ya veremos el modo de conseguir que la vea un psiquiatra, y Coop te ha dicho que te ayudará.

—Estoy enamorado de Poppy y la dejé ir.

—¡¿Qué?!

Spencer se quitó el Stetson y lo golpeó contra su pierna.

—¿Poppy? ¿Has dicho Poppy? ¿Hablamos de la misma persona?

—Sí, ella, en la que estás pensando, Poppy Monroe, la amiga de Nicole, Joss y Chiara.

Se sentó a mi lado y comenzó a jugar con el ala del sombrero.

—Di algo.

—¿Qué quieres que te diga? No puedo creer que tú también hayas caído con una de las amiguitas esas. ¿Acaso son un tipo de cepa que se mete en el cuerpo y no se puede exterminar? Todavía no puedo creer cómo anda Maverick por Joss, y ahora me sales tú con esto.

»O sea, no está mal que finalmente te quieras involucrar emocionalmente con alguien, sabes que no tengo problemas con las relaciones estables, tal vez no deseo una para mí en este momento, pero sinceramente... jamás me hubiese imaginado que tú y Maverick dejaríais de lado vuestro tan venerado culto de «la felicidad es disfrutar cada noche de un coño diferente» para, ahora, sólo honrar uno.

—La dejé ir, ¿has oído lo que te he dicho? Hace meses que no me contesta al teléfono. Hice todo lo posible para alejarla de mí y, desde que se marchó, no hago otra cosa que pensar en ella. Cada mujer que me follo, me la tiro imaginando que estoy dentro de Poppy.

Lo miré; en su rostro se reflejaba el asombro y una sonrisa de lado que estaba intentando contener.

—No te burles, es grave. Lo arruiné todo y ahora no sé cómo arreglarlo. Ella, simplemente, tomó el control, se adueñó de mi cerebro y cogió mi sentido común como prisionero.

»Deja de mirarme así.

—¿Cómo quieres que te mire, si no puedo creer lo que estoy oyendo?

Spencer se rio en mi cara.

—Amigo, tienes que ir a por ella, porque sinceramente pareces enfermo.

—La cagué haciendo algo que ninguna mujer puede perdonar.

—¿A quién te follaste?

—¿Por qué asumes que fue eso?

—Será porque te conozco, y porque, además, acabas de decir que hiciste algo que ninguna mujer perdonaría, ¿qué otra cosa podría ser? Sólo espero

que no haya sido a su madre.

—Muy gracioso.

—Gracioso eres tú. ¿Te has mirado al espejo? Te ves hecho polvo.

Entramos en el T-Mobile Arena. Nuestro atuendo era acorde a la ocasión, pues estábamos enfundados en pantalones de mezclilla muy ajustados en los muslos, pero confeccionados de forma tal que por la parte inferior eran holgados para que pudieran caer sobre nuestras botas; él, camisa a cuadros, y yo, chambray; botas al estilo tejano, hebillas relucientes en el cinturón y sombreros de ala ancha.

Era la primera noche de las finales, donde los treinta y cinco mejores jinetes competían para obtener el título del mejor del mundo y un grandioso cheque como premio.

La expectación flotaba en el aire, como también la algarabía de estar presenciando la mayor fiesta dentro de la monta profesional de toros.

—¡Guau!, esto está a tope, amigo. Hay algo salvaje y desafiante en el ambiente que ya se percibe —acotó Spencer mientras nos acomodábamos en nuestros asientos.

De pronto vi a Lynn, que se acercaba a mí.

—Fox, ¡joder, hombre!, qué bueno verte después de tantos años.

Me puse de pie y nos palmeamos la espalda; luego le presenté a Spencer.

—Me he enterado de que estamos sentados aquí gracias a ti.

—No pude resistir la tentación de poder verte; eras el favorito de todo el mundo cuando te retiraste por sorpresa del circuito.

—Había muchos buenos en la época en la que yo montaba. Bronco era uno de ellos y ya ves adónde ha llegado.

—Tú también podrías haber hecho una gran carrera; fuiste el novato del año y el campeón nacional el año que desapareciste.

—Nunca más me he subido a un toro después de esa noche en la que me consagré campeón.

—¿Y a qué te has dedicado entonces? ¿Cómo puede un hombre cambiar su vida, cuando su vida era —señaló la arena, abarcando todo el lugar con el gesto de su mano— esto?

—Fui a Harvard y me gradué en la escuela de negocios. Durante muchos años me dediqué a la compraventa de caballos; trabajé para unos criadores de pura sangre con sede en Chester Spring, en Pensilvania, pero ahora trabajo como gerente de certificaciones y contratos para una compañía petrolera. Se puede, te juro que se puede. Pero ¿qué es esto, Lynn?, ¿algún tipo de reportaje encubierto?

—¿Me concederías una entrevista si te la pidiese? Me encantaría traer una cámara y que le contases a la audiencia del PBR cómo uno de los mejores jinetes que tuvo este circuito dejó la vida de vaquero y se transformó en un as en la gestión de contratos petroleros.

—Me encantaría decirte que sí, para retribuirte el favor de estos asientos, una gran ubicación la que nos conseguiste.

—Pero...

—Pero sólo he venido a disfrutar del espectáculo junto a mi amigo —señalé a Spencer—, es su primera vez en un rodeo, y, además, anda por aquí mi padre y no quiero que sepa que he venido.

—Uff, Parker Olson... un tipo difícil de tratar.

—Imagina, si a ti te parece difícil, lo que puede parecerme a mí, que soy su hijo y lo conozco íntimamente.

—Toma, si antes de irte de Las Vegas te decides —me entregó su tarjeta de visita— llámame y, si no, guarda mi número de todas maneras; tal vez vuelvas a necesitar entradas para el PBR.

—¿Qué? —le pregunté a Spencer cuando Lynn se fue y éste me miraba sin reconocerme.

—Nunca creí que hubieras sido tan bueno en esto, y de verdad que lo que

más me extraña es que jamás hayas hecho alarde de ello.

»Joder, Drake, creí que te conocía, pero ahora me doy cuenta de que sólo nos has dejado ver una parte de ti.

—Deja de decir tonterías. Vosotros tres, Luka, Mav y tú, me conocéis más que mi propia madre.

—Pero ahora me percató de que realmente ésta era tu pasión; acabo de comprender que esto es lo que querías para ti.

Las luces del estadio se apagaron y el *show* no tardó en empezar, y yo agradecí la interrupción, pues no quería continuar hablando de todo lo que tuve que dejar de lado y de cómo me tuve que conformar con otra vida a la que me adapté obligado por las circunstancias.

Bronco estaba empatado en el segundo lugar en la clasificación.

Lamentablemente, la bestia que le tocó el miércoles era un maldito demonio y su viaje no recibió puntos. Frustrado por comenzar tan mal la competición, salió de la arena hecho una furia, llevándose el mal sabor de una actuación nefasta.

El jueves llegó a la arena dispuesto a cambiar la racha de la noche anterior, pero la suerte no estuvo de su parte: ese día, en el sorteo, le tocó *Big Fire*, un toro con el que sólo pudo sumar un ochenta y cinco, pero por fortuna sus contrincantes también tuvieron complicaciones como él, así que la ventaja que le sacaron no resultó insuperable.

Estábamos a punto de salir del hotel, así que llamé a Coop para invitarlo a que viniera con Spencer y conmigo.

—¿Quieres salir a despejar tu cabeza? Nos vamos a cenar y luego... no sé, lo que surja. Volveremos temprano si no quieres desvelarte mucho.

—Paso, Drake, me quedaré en la habitación. Me estoy poniendo hielo en el hombro derecho, porque necesito deshacerme del tirón que me ha dado

cuando he montado a *Big Fire*. Aún no sé cómo he podido desestabilizarme tan tontamente, creo que la presión del inicio me ha jugado una mala pasada. Ya había montado a ese toro en Montana y obtuve un noventa y dos; no es que no lo conociera, maldición. En fin, me tomaré unos analgésicos y me pondré a descansar.

—Bien. Oye, no has quedado tan lejos a pesar de la mala suerte del miércoles, aún tienes posibilidades, así que no te desesperes; no seas tan duro contigo, haz tus ejercicios de respiración e intenta descansar.

—Sí, es lo que haré. Gracias por llamar.

El viernes le tocó montar a *Bigger*, y con esa bestia pudo reivindicarse con un noventa; sin embargo, el sábado fue de nuevo superado.

Spencer había desaparecido con unas mellizas; se suponía que yo iba a acompañarlos, pero, la verdad, aunque las chicas eran dos bombas latinas mexicanas, sabía que mi amigo tenía espaldas suficientes como para hacerse cargo de las dos, así que les dejé libre la habitación para que se divirtieran toda la noche como mejor quisieran.

Llegué a la puerta del Montecarlo, pillé mi móvil del bolsillo y marqué el número de Coop.

—Estoy subiendo a tu habitación, espero no haberte despertado.

—Estaba viendo una película, descuida.

Tan pronto como golpeé la puerta con los nudillos, está se abrió y Bronco se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Oye, he venido para que, juntos, pensemos la estrategia de mañana.

—Como en los viejos tiempos, cuando nos sentábamos bajo las estrellas para planear juntos.

—Algo así, con la diferencia de que las bestias que hoy puedes montar han evolucionado y son más temerarias que antes. Necesitamos a... —me senté en la cama, cogí mi móvil y empecé a buscar al toro que había elegido— *Damonfigther*.

—¿Te has vuelto loco?! —gritó Cooper de inmediato—. Nadie suma

puntos con ese toro; nadie ha terminado un viaje subido a él desde hace una eternidad. Lleva el récord de cuarenta y dos viajes sin perder; me ha tocado montarlo nueve veces y ni siquiera he completado más de cuatro segundos subido a él. Elegirlo es estar decidido a regalar el título y, además, es casi un suicidio.

—Nunca le temo a la muerte o a morir —comencé diciendo, y nos miramos fijamente.

—Sólo le temo a nunca intentarlo. —Coop tragó saliva y terminó la frase que tantas veces habíamos dicho cuando viajábamos juntos por la carretera y poníamos un pie dentro de la arena.

—Lo elegirás en la ronda corta, y ahora nos pondremos a estudiar sus movimientos.

—Estás totalmente loco, y yo más porque te estoy escuchando.

Pasamos gran parte de la noche analizando al animal, las patadas y giros en serie que siempre daba; nos fijamos en la reacción que la res tenía si la puerta del cajón se abría hacia la izquierda o si, por el contrario, se abría hacia la derecha.

—Mira lo que hace después de patear con los cuartos traseros: tronza el cuerpo y da un latigazo, gira, y cae sin apoyar la parte de atrás y vuelve a patear. Siempre intenta derribar inclinando el hocico hacia delante, siempre patea en serie con las patas de atrás, ahí está su fuerza, Bronco, ¿lo ves? Tienes que estabilizar tu cuerpo con esos movimientos, debes aprendértelos para saber lo que viene después de cada uno de ellos.

Dieciocho

Drake

Llegó el día de la gran final.

Era el último día en el que los jinetes podían medir su poder y talento para llevarse el título de campeón del mundo del PBR y Cooper había competido en la primera ronda y se había situado a sólo un punto del segundo en la clasificación, quedando solo en la primera posición de la tabla.

—Dios, voy a morir con tanta adrenalina circulando por mi cuerpo; esto es una pasada, tío, ahora entiendo por qué te gusta tanto, me encanta también.

—Te lo dije, ves una monta y luego no quieres parar. Imagínate lo que se siente jineteando el toro, es una puta locura. Es mejor que cualquier droga.

Spencer y yo estábamos eufóricos. Cuando terminara el *show* musical y el locutor empezara a hablar presentando a los tres finalistas, empezarían a cargar los toros en las rampas.

—¿Adónde vas? —me preguntó Spencer cuando me puse de pie.

—Anoche quedé con Cooper que lo vería unos minutos antes de que tuviese que montar, y sólo faltan dos viajes y luego le toca a él.

—¿Podrás pasar?

—Todo está arreglado con Lynn.

—¿Y tu padre?

—Mi padre que se vaya a la mierda; aunque él me prefiera bien lejos, nada impedirá que esté junto a mi hermano.

—¡Joder! —gritó Spencer mientras me alejaba.

Intercepté a Bronco en el camino y nos abrazamos. Mi padre se quedó de

piedra al verme, y entonces empezó a derramar toda su mierda sobre mí.

—Pero cómo no me he dado cuenta antes de que tú estabas tras la elección del toro. Maldito hijo de puta, quieres arruinar al chico... ¡perderá! Lo has hecho a propósito, porque eres un fracasado y por eso quieres que él también lo sea.

—¡Cállate! —le ordenamos los dos a la vez, fulminándolo con la mirada.

Luego cogí a mi hermano por los hombros y lo miré muy fijamente a los ojos para que no prestara atención a mi padre, sino a mí. Dije su nombre y entonces, juntos, repetimos los movimientos del toro que habíamos estudiado la noche anterior. Parker continuó despotricando, pero lo ignoramos y nos centramos en lo que importaba.

—Este viaje es todo tuyo, ¿me oyes? Hoy te consagrarás como un héroe porque cortarás con la racha de esa bestia y, además, te llevarás el título de campeón del mundo. Eres el mejor, Coop, cree...

»Ahora, recemos.

Cuando me aparté de Coop, mi padre empezó a insultarme nuevamente y entonces lo empujé.

—No me jodas más, Olson, fuera de mi camino; no voy a ensuciarme las manos contigo, no vales la pena, pero entérate de que ya no soy el joven de veinticuatro años que era cuando me fui, así que no me busques, porque, este que ves ahora frente a ti, piensa y actúa diferente del que tú conociste.

Escupí en el suelo y me marché hacia mi asiento; debía llegar antes de que Bronco saliera a la arena.

Cuando me iba, me crucé con Lynn, que me hizo una señal con los pulgares hacia arriba, indicándome que todo estaba arreglado.

Poppy

—No aguanto más, me voy a hacer pis encima si no voy al baño. Dios, este crío pretende que viva sentada en el inodoro.

—Ve rápido; venga, que no falta mucho para que sea el turno de Coop. Voy a morir de la angustia.

De pronto, desde el baño, empecé a oír a Marcia maldiciendo; nunca la había visto así, así que me apresuré a salir.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué estás tan enfadada?

—Mi hijo se ha vuelto loco. Acaban de anunciar el toro que montará y ha elegido al más incontrolable de todos.

—Ganar o morir, no hay otra explicación.

—Mientras estabas en el baño, han mostrado a Fox; está en el estadio, apoyando a Cooper según han dicho. Han recordado que fue el novato del año de 2010.

—Uy, entonces Parker y él se deben de haber visto.

—Tienes razón, no lo había pensado.

Cooper

Me sudaba todo el cuerpo, estaba muy nervioso. Después de que Drake se alejara de nosotros, Parker había continuado despotricando sin parar y así seguía; juré que, si en ese momento no empezaba a cerrar el pico, iba a darle un trompazo para que lo hiciera; sencillamente iba a hacerle escupir los dientes.

Necesitaba concentrarme y él, al parecer, no pensaba parar para que pudiera hacerlo.

Lo cogí del chaleco y me acerqué peligrosamente a él.

—Guarda tus diferencias con tu hijo para después... soy el único responsable de pedir ese toro; soy yo quien lo montará, no él.

De pronto *We Own It (Fast & Furious)* empezó a sonar en la arena, y me reí soltando a Parker; el cabrón de Drake había pedido esa canción, estaba seguro de ello.

Ya tenía puesto el casco, así que hice crujir mi cuello, estiré los brazos y,

colocándome el protector bucal, subí a la plataforma de la rampa de salida cuando oí que el locutor mencionaba mi nombre.

El *flankman* ya le había colocado el pretal al animal; comprobé por última vez que la cinta adhesiva estuviera bien ajustada a mi guante y luego me subí a la valla y crucé una pierna por encima del toro, enganchando el taco de la bota en el riel superior.

El público permanecía expectante, sin perderse ninguno de mis movimientos; todos los que seguían muy de cerca el rodeo sabían que esa monta era una batalla casi imposible de ganar.

Bajé lentamente con ambas piernas hacia atrás para que el toro no me aplastara los pies, y envolví dos veces la cuerda alrededor de mi mano izquierda. Cuando fui a pasarla por entre los dedos, los vaqueros me miraron con desconfianza; ésa era una envoltura peligrosa, de la que no siempre el jinete se podía liberar. Algo en mi interior me advirtió de que no lo hiciera y, como yo era un poco supersticioso, ante el mal presagio di marcha atrás y finalmente me mecí sobre el toro intentando encontrar mi centro de gravedad correcto.

Fue todo muy rápido; por lo general no era de ese modo, los segundos sobre el toro nunca transcurrían tan de prisa, pero creo que los niveles de mi adrenalina estaban tan elevados que perdí la noción del tiempo.

Mantuve mi cuerpo laxo, pero con los músculos tensionados acompañando los movimientos, hasta que oí el timbre y salté con gracia, y el estadio estalló en una puta locura. Mis oídos zumbaban. Corrí hacia la sección dos, junto a la rampa C, donde sabía que estaba sentado Drake, y salté para subirme a la valla. Él bajó las dos filas que lo separaban de mí y nos abrazamos.

—Te lo dije, cabrón, te lo dije: eres el mejor, siempre lo supe.

Ni siquiera había mirado la puntuación, sólo sabía que había permanecido los ocho malditos segundos sobre el jodido toro, y entonces oí que el locutor decía que era un histórico noventa y cinco coma veinticinco, y grité hasta que sentí que la garganta se me desgarraba.

Los toreros ya habían encerrado a mi res, así que salté a la arena, lancé mi sombrero al aire y me arrodillé en el suelo mirando hacia al cielo y dedicándole el campeonato que acababa de ganar a mi padre.

La gente estaba frenética, no paraba de aplaudir y de celebrarlo igual que yo. Mis compañeros, los jinetes que habían participado en la competición, se acercaron y me cogieron de las piernas y los brazos para luego comenzar a lanzarme al aire.

Lo había logrado, era el campeón del mundo otra vez. Lo había vuelto a hacer después de dos años muy malos, en los que las lesiones me habían mantenido fuera, sin poder llegar a clasificarme.

Poppy

Marcía me abrazaba y reía, destilaba felicidad, y yo no podía emitir ninguna emoción, porque estaba bloqueada.

Después de que la cámara mostrara en un primer plano el momento en el que Cooper saltó sobre la valla y se abrazó a él, empecé a verlo todo negro y creí que estaba perdiendo la razón.

No podía creer que fuera cierto... El locutor, en su relato, informó de que Bronco lo estaba celebrando junto a Fox, su amigo y excompañero de monta, ganador de la hebilla al novato del año en el 2010.

—¿Cómo se llama Parker?

—¿Qué? Parker.

Marcia me miró sin entender lo que parecía una pregunta muy tonta.

—Ya sé, pero ¿tiene algún otro nombre?

—Parker, Parker Olson... Que yo sepa, otro nombre no tiene. ¿Qué te pasa? Estás pálida.

Mi respiración quedó atrapada en mi garganta mientras mi cuerpo se tornaba flojo.

—Creo que me ha bajado la presión, deben de haber sido los nervios.

Marcia enseguida llevó una mano a mi barriga.

—¿Quieres que saque la camioneta y te lleve al médico?

—Ya se me pasa —dije intentando ponerme de pie—, necesito tomar aire.

—No, señorita, te quedas recostada y pones los pies en alto. Te traeré unas patatas fritas para que te las comas y te ayuden a estabilizar la tensión.

Continuamos viendo la ceremonia de entrega de premios. En realidad, yo miraba la pantalla del televisor, pero no veía nada; necesitaba estar sola y ordenar mis ideas. Sin embargo, Marcia estaba empeñada en que permaneciera a su lado.

¡No podía tener tanta mala suerte! Fox era el mejor amigo de Coop y era ni más ni menos que Drake... y Drake Olson, además, era el hijo de Parker, a quien durante meses creí que estaba llamando por el apellido; nunca se me había ocurrido pensar que ése era su nombre de pila.

Definitivamente había nacido sin suerte... A mí la cigüeña no me trajo hasta la puerta, me arrojó desde el aire, y por eso, en vez de nacer con estrellas, nací estrellada.

¿Qué iba a ser de mí? ¿Qué iba a ser de nosotros?

Me toqué la barriga, intentando asimilar todo lo que acababa de descubrir, y de pronto me di cuenta de que Parker y Lucía eran los abuelos de mi bebé.

Diecinueve

Cooper

Maldición, aún quedaba el viaje en camioneta hasta el rancho.

Adam fue a recogerme al aeropuerto, y mi mal humor se acrecentó cuando el tráfico nos complicó la salida de éste.

Los días en Las Vegas se me habían hecho realmente interminables; nunca había deseado tanto regresar a casa como en esa ocasión, y ya había dejado de buscarle otra explicación, porque la razón tenía nombre y apellido.

Antes de que ella apareciera en mi vida, para mí vivir de ciudad en ciudad era lo más corriente del mundo, por eso nunca había querido arraigar mi corazón a ninguna mujer, pero Poppy se había metido en el mío sin que me lo propusiera y ya no había manera de vivir sin su presencia, ni siquiera escuchar su voz por teléfono me conformaba.

Tras ganar el campeonato, tuve que quedarme unos días más en Las Vegas, para cumplir con eventos relacionados con el PBR y mis patrocinadores, promociones, notas de prensa y firmas de autógrafos, pero estaba ansioso por coger mi descanso de dos meses antes de que comenzara la próxima gira, porque llevar a cabo todo eso se había vuelto muy tedioso.

Creo que parte de esa ansiedad tenía que ver con que me sentía agradecido, como nunca creí que pudiera estarlo, de que mis vacaciones coincidieran con la fecha probable en que Poppy daría a luz; era para mí un gran anhelo poder estar ahí para acompañarla y que supiera que yo podía ser ese pilar que ella necesitaba.

Marcia estaba esperándome, por supuesto, pues mi madre siempre lo hacía

cuando regresaba cada fin de semana de las giras, y mientras me besaba se encargaba de comprobar con sus manos que todo mi cuerpo estaba en perfecto estado. Incluso empezaba a comprender un poco esa necesidad de protección que ella siempre manifestaba, porque yo comenzaba a sentir lo mismo por el bebé que estaba en el vientre de Poppy, aunque éste no llevara mi sangre.

Cuando bajé de la camioneta, mi madre me abrazó, me besó y luego me dio un coscorrón; tenía claro por qué lo hacía, la conocía demasiado bien y sabía que era por haber escogido a *Damonfighter*. Arrojé mi bolsa de mano al suelo y la levanté en brazos girando con ella; sabía que Marcia adoraba que le hiciera eso; era algo que mi padre siempre le hacía cuando ella empezaba a regañarlo por algo, logrando así que terminara rindiéndose y riendo sin parar.

—Bájame, Coop; me estoy mareando, no seas así con tu madre. Maldición.

Cuando su risa se hizo estruendosa, la dejé en el suelo, pero sin soltarla; ella se aferró a mis bíceps, como solía hacer con mi padre.

—Eres un tonto, al igual que Rory. —Me enmarcó el rostro—. Gracias por volver sano y salvo a casa. ¿Cuándo te retiras?

—No empieces, Ma.

—¿Cuántos campeonatos más tienes que ganar para que sea suficiente para ti el desafiar a la muerte?

—La monta es mi vida, lo sabes, pero además mi deseo es que nunca más nos falte nada.

—El negocio del ganado va bien, has hecho una buena inversión, ¿por qué esperar? Abócate al rancho; con el dinero que has ganado este año, lo podrás hacer más productivo.

—Me siento muy capaz de seguir montando; sólo tengo treinta, y estoy dispuesto a aprovechar a tope los últimos años que me quedan.

Entramos en la casa y, por suerte, mi madre abandonó su intento de alejarme del PBR, aunque no sabía por cuánto tiempo.

—¿Y Poppy?

—Hace unos días que anda medio decaída.

—¿Ha ido al médico?

—Dice que se encuentra bien, pero yo la veo rara. Casi ni viene por la casa.

—Iré a verla.

Hurgué en mi bolsa y saqué varios paquetes; le entregué uno a mi madre.

—Esto es para ti.

—No era necesario que me trajeras nada; no me pone celosa que le compres obsequios a ella y al bebé.

En ese momento entró Adam con otra de mis maletas, donde había guardado mis premios, y le indiqué que la llevara a mi oficina.

Poppy

Sabía que había llegado porque había visto desde la ventana cómo Adam guardaba su camioneta, pero, aunque mi actitud resultara fría y hasta pareciera desinteresada, la verdad es que no había encontrado el valor suficiente como para ir a recibirlo.

Desde que me había enterado de la relación que existía entre él y Drake, había imaginado miles de veces la forma en la que lo miraría a la cara, y lo cierto era que ninguna parecía la adecuada.

Mi cabeza, desde la noche en que la televisión develó el rostro de los dos, vagaba de forma creciente y no tenía sosiego.

Estaba junto a la estufa, y la anticipación se apoderó de mí cuando oí crujir la madera de la escalera, hasta que el sonido de un puño chocando la madera me hizo estremecer; ya no había manera de evitar verlo.

Abrí la puerta y ahí estaba él, con su cara de niño, su sonrisa de lado y su porte de hombre arrollador.

—Hola, campeón.

Se abalanzó sobre mí y hundió su rostro en mi cuello, dejando besos en esa parte que me provocaron cosquillas.

Mi panza saltó por mi risa y él sintió el movimiento que el bebé realizó dentro de mi vientre.

—Ey, alguien que yo sé parece que está celoso.

Se inclinó y besó también mi barriga, y me dieron ganas de llorar, pero no iba a hacerlo.

Coop era tierno y protector con nosotros. A pesar de que lo había rechazado varias veces, él continuaba cumpliendo un rol que no le concernía ocupar. Cuando me lo planteaba, sentía que yo estaba siendo inteligente, pero lo cierto era que tenía miedo. Temía darle esperanzas, porque en el fondo de mi corazón sabía que no me había comportado bien con Drake.

Me miró a los ojos y me perdí en el intenso verde de los suyos; me cogió por la nuca y reconocí en su mirada sus intenciones. Planeé dar un paso atrás, pero debía reconocer que me sentía algo cansada de continuar huyendo de lo que sentía. Él deslizó su otra mano por el costado de lo que quedaba de mi cintura y miró mi boca, deslizó su mano un poco más atrás y me aplastó contra él; lo hizo todo lo que mi abultado vientre le permitió.

Cooper

Había notado la duda en sus ojos, pero por alguna razón Poppy esa vez no había retrocedido como tantas otras ocasiones en las que la había intentado besar. Cuando me moví para ajustarla más contra mi cuerpo, entreabrió los labios e inclinó la cabeza, y fue el gesto necesario para que me perdiera mirando ese labio inferior suyo, tan lleno, y que tantas otras veces había querido probar. Comencé a bajar la cabeza, ya que Poppy era un poco más baja que yo, y ella levantó los brazos y apoyó sus manos en mis hombros. Creí que iba a empujarme, pero no lo hizo, sólo usó ese punto como apoyo para ponerse de puntillas.

Finalmente nuestros labios se encontraron y Poppy abrió un poco más los suyos, dándome paso.

Introduje mi lengua en ella y una necesidad inacabable recorrió toda mi columna vertebral; sabía a té de menta y bayas, y otro sabor más, que supuse que sería el suyo propio.

Quería descontrolarme, Dios, ¡cuánto lo deseaba! Quería incluso levantarla entre mis brazos y llevarla hasta su habitación para hacerla completamente mía, pero sabía que debía ir despacio; ella parecía dulce, pero en el fondo percibía que sólo estaba controlándose como lo hacía yo.

Rompí el beso y abrí los ojos, y me quedé observando cómo ella se lamía los labios mientras mantenía sus ojos cerrados; después los abrió y me sonrió.

—No digas nada, sólo acepta este momento y no me pidas más, porque más no puedo darte. Pero que no pueda no significa que no quiera; sé que has sido muy paciente, sé que un hombre tan intenso como tú tiene necesidades, sé todo eso... Sé incluso que no tengo derecho, pero, aunque quiero evitarlo, no puedo.

—No quiero que me evites, quiero que te dejes llevar como has hecho hace un momento, sé que has sentido nuestra conexión.

—Es que tú no lo entiendes... De verdad que debo hacerlo, debo evitar esto que siento por ti, ahora más que nunca.

—No te entiendo.

—No te preocupes, yo menos.

—Él hace meses que no está, incluso sé que ha dejado de llamarte.

—No sigas, te juro que no sabes nada para hablar como lo haces.

—Poppy, yo quiero serlo todo para ti y este niño. Sabes que no me importa que no sea mío.

—No quiero hacerte daño, Coop, no quiero herirte, y sé que lo haré. Confía en mí, no es el momento.

Volví a besarla, dejé caer nuevamente mis labios contra los suyos, y esa vez me olvidé de la delicadeza primera. No quería que continuara

rechazándome, no deseaba seguir escuchando cómo volvía a decirme una vez más que no, no cuando ya había probado su boca. Enredé su lengua en la mía y ella me devolvió el beso, se aferró de mi nuca y hundió sus dedos en mi pelo, y me atrajo más hacia ella. Sabía que me deseaba, así que bajé mis manos y quise dejar de ser respetuoso... Tal vez ahí estaba el error, había sido demasiado caballero. Poppy no era como las mujeres que acostumbraba a tirarme en mi remolque, ella no era alguien sólo para pasar el rato, pero, aunque no fuera de éstas, su libido era la misma que la de cualquier otra.

Cogí su trasero con mis manos abiertas; su culo estaba lleno y había engordado con el embarazo. Me moví ligeramente, evitando su vientre, y busqué su cadera para friccionar mi pelvis contra ella; necesitaba enseñarle lo duro que me ponía, necesitaba que entendiera lo mucho que la deseaba.

—Espera, Coop —me rogó sin aliento rompiendo el beso—. No es que...

Intenté besarla de nuevo, pues no quería dejarla pensar, pero ella, aunque no me rechazaba por completo, entre mis lametones intentaba hablar.

—Coop, por favor, esto es una locura.

—En todo caso es una hermosa locura.

Continué lamiéndola; ella acariciaba mi pecho.

—Coop, no lo entiendes...

—No quiero entender, quiero sentir.

Sé que le costó un gran esfuerzo hacerlo, pero me empujó, separándose de mí.

Me mordí los labios y mesé mi pelo; ella me dio la espalda y refregó su rostro.

—¿Por qué no puedes aceptarme, si sé que te atraigo tanto como tú me atraes a mí?

Me había acercado y la sostenía por los hombros mientras le hablaba al oído.

Veinte

Poppy

No podía decirle lo que siquiera era inadmisibile para mí, ni siquiera sabía cómo hacer para confesarle que el padre de mi bebé era su mejor amigo, y que besándome allí con él le estaba haciendo romper códigos que los hombres jamás rompen entre ellos.

Después de ver a Drake en la pantalla de la televisión, sentí que tanto esfuerzo para olvidarlo había sido totalmente en vano; lo más gracioso de todo era que mi cabeza estaba tan rota que en ese momento no sólo lo anhelaba a él, sino también a Cooper.

Cuando lo dejé besarme no fue más que una estúpida prueba que yo no tenía necesidad de comprobar, porque sabía la respuesta de antemano.

«¿¡Acaso me estoy volviendo loca!?»

¿Cómo podía ansiar tanto pecado, cuando en mi vientre no había más que bendición?

Me toqué los labios, y me di la vuelta para enfrentarlo.

—Simplemente no es el momento, estoy por parir el hijo de otro.

—Me importa una mierda, ¿no me escuchas cuando te hablo?

—Créeme que dices eso ahora porque... no sabes lo que estás diciendo.

Podía ver la frustración envolviendo todo su cuerpo.

—¿Acaso me crees tan vacío que piensas que, cuando el niño nazca y vea que no se parece a mí, no podré quererlo?

Negué con la cabeza, y me toqué la barriga.

Volvió a arremeter contra mí, me rodeó con sus brazos.

—Te he echado de menos, os he extrañado a los dos... Os necesitaba conmigo, os quería junto a mí.

—Basta, Coop. Me prometiste que esperarías, que me darías tiempo.

—Pero no quiero hacerlo más. Dime, ¿qué cambiará si nos esperamos? ¿Acaso te sientes indecente por estar llena de otro? Ya te he dicho que no me importa, incluso me importa una mierda lo que pueda decir o pensar la gente.

—Me enmarcó el rostro y apartó algunos mechones de mi pelo—. No es necesario que tengamos sexo de momento, podemos esperar, pero no me rechaces más, sé que tú tampoco lo quieres.

—Hay cosas que debo resolver antes, de eso se trata.

—Resolvámoslas juntos.

—Son mis asuntos.

—Pero quiero que tus asuntos sean también los míos.

Me volví a apartar de él.

—Necesito pensar...

—Joder, hace cuatro meses que estás pensándolo. Ese hijo de puta te preñó y se borró del mapa. ¿No lo entiendes? No te quiere, no os quiere en su vida... Seguramente tiene otra vida en la que, obviamente, no te incluye.

Sus gritos me hicieron estremecer, nunca había visto a Cooper tan fuera de quicio, ya que él siempre era muy comedido.

Golpeó sus manos contra sus muslos, haciendo evidente su ofuscación, luego cogió el sombrero que había dejado sobre la mesa, junto a unos paquetes que había traído, y se marchó.

Cooper

Salí de la casita de huéspedes como un toro bravo, y no me pasó desapercibido que Marcia estaba en la galería, observándolo todo.

Ahhh, mi madre era una experta para que nada se le escapase. Me sentía un estúpido; ella me lo había advertido, pero no la había escuchado.

Caminé con furia hacia las caballerizas y ensillé a *Spark*. Los muchachos que trabajaban en el rancho me vieron y se acercaron a felicitarme por mi reciente triunfo, pero los ignoré, saludándolos de manera adusta y grosera.

«¿Qué está haciendo esta mujer conmigo?, ¿en qué me está convirtiendo?»

Me monté en el caballo y salí de allí para internarme en la propiedad. Necesitaba deshacerme de toda la mala energía, y un galope rápido a veces podía hacer maravillas con mi mal humor. Necesitaba que la energía del caballo y el vigor que desprendía se transportaran a mi cuerpo.

¡Joder!, qué bueno hubiera sido también subirme a un toro y montarlo, para que la adrenalina en mi interior hiciera magia en mis sentidos.

Llegué a los límites de nuestra propiedad y desmonté a *Spark* de un salto; lo dejé pastando, aunque no era mucho lo que podía conseguir, puesto que las bajas temperaturas que empezaban a hacerse sentir ya habían empezado a quemar la hierba.

Apoyé el tacón de mi bota en el riel inferior de la valla que delimitaba nuestros terrenos y respiré profundamente para nutrir mis pulmones. Admiré la planicie que continuaba frente a mí, extensa, y también el bosque de abetos que se veía a lo lejos. Eso era algo que tenía planeado desde la última vez que gané el campeonato, pero luego me dediqué a la remodelación del rancho y dejé de lado los planes de adquirir más tierras.

Recordé entonces los consejos de Lynn Marshall.

El sol había comenzado a bajar, y la temperatura también; había salido tan desquiciado que no llevaba abrigo, así que me dije que lo mejor era que cogiera a *Spark* y regresara.

A la vuelta, lo dejé con uno de los empleados, con el que me disculpé por mi mal humor anterior, y le pedí si podía ocuparse de desensillar al animal.

Caminé hacia la casa, y en el camino me crucé con ella.

—Coop.

—Ahora no, Poppy, ahora no.

Poppy

Era la hora de la cena y me sentía fatal, pero quise demostrarle que agradecía sus obsequios, así que me puse el suéter que me había traído de regalo.

No esperé a que Marcia me mandara a buscar; rodeé la casa y no entré por la cocina. Como sabía que la puerta siempre permanecía abierta, me colé por la entrada principal, esperando poder subir sin que me viera.

Coop siempre se duchaba a esa hora, y no aparecía por el comedor hasta que su madre lo llamaba; por lo general, después de un día de intenso trabajo, se tomaba esos minutos para descansar antes de bajar a comer, pero no sabía si ésa había sido su rutina de ese día, puesto que había llegado por la tarde de Las Vegas y, tras nuestra discusión, no creía que se hubiese puesto a realizar ninguna tarea.

Entré en su cuarto; el ambiente olía a él, a cuero, a sol y a un aroma que se parecía mucho al regaliz mezclado con la madera y el cardamomo; también había en el ambiente fragancias a gel de ducha.

La puerta del baño se abrió y él salió envolviendo una toalla alrededor de sus caderas. Me quedé apoyada en la puerta de entrada de su dormitorio, con la boca seca; su cuerpo era magnífico y la tinta de los tatuajes que lo cubrían le proporcionaba misterio, y su significado no era muy difícil de adivinar.

Levantó una ceja al verme; estaba tan extrañado como yo de que estuviera allí; nunca había entrado en su habitación, ésa era la primera vez.

—No suponía que te iba a encontrar aquí.

No dije nada, me acerqué a él y pasé mi dedo resiguiendo el recorrido de una gota de agua que había resbalado desde su pelo, pasando por su cuello, y que descendía hacia su musculoso pecho. Noté cómo su respiración cambiaba con mi tacto; no era justo lo que hacía con él, pero era tan tentador que me resultaba inevitable no torturarlo.

Delimité el tatuaje de las alas en su pecho; él continuaba expectante.

—Éste es tu padre, ¿cierto?

Asintió ligeramente al tiempo que entrecerraba los ojos. Su verde mirada me estaba traspasando.

—Y éstos son los ojos de tu madre. —Volvió a asentir—. No me extraña, ella siempre está atenta a todo lo que te pasa, por eso los hiciste dibujar tan abiertos.

Giré a su alrededor, para admirar el resto de su físico, y me detuve en su brazo derecho; abarqué con mi mano el contorno del gran tatuaje que lo cubría... En realidad eran varios; un soldado grecorromano con su armadura destacaba en el hombro.

—Éste eres tú —afirmé sin temor a equivocarme.

No dijo nada, sólo cerró los ojos y cogió una profunda bocanada de aire.

Descendí con mi dedo y continué recorriendo la tinta; delimité, lentamente y como si fuera el toque de una pluma que estuviera usando, los bordes del coliseo que tenía tatuado allí; percibí cómo se estremecía su cuerpo.

—Ésta es la arena donde a menudo te mides con un toro. Más abajo... una lucha entre gladiadores, la lucha eterna por sobrevivir que representa cada monta que llevas a cabo, la batalla que libras cada vez que te subes a un animal, en la que nunca sabes si será a ti a quien sacarán por las puertas de la muerte.

Continué girando, y admiré su espalda. Señalé con la mano los confines de cada músculo, y luego definí la cruz que llevaba tatuada en el centro. Me sentí agradecida de que la tinta no cubriera tanta perfección en esa parte.

—La protección que necesitas que Dios le otorgue a tu cuerpo, en todo momento.

Quise continuar, pero no pude no detenerme a admirar la redondez de sus nalgas. ¡Joder, era el culo más tentador que había visto en toda mi vida!

Proseguí con mi inspección y me detuve en el hombro derecho; me reí al hacerlo.

—Un gnomo irlandés... La cerveza, tu bebida favorita.

Se encogió de hombros.

—No todo podía ser tan místico.

Retomé mi seriedad y me detuve frente a él, admirando su trabajado abdomen, y mi atención voló al costado derecho, sobre los serratos superiores. Llevé mi mano allí, pero me detuve. De todas formas, él cogió mi muñeca, abarcándola con su potente mano.

—Está recién hecho —dije, y él asintió, se veía rojo alrededor—. *Damonfighter*, es su imagen... Tu nuevo récord, tu pesadilla convertida en el campeonato que acabas de conseguir.

Se apartó de mí, rompiendo el momento, fue hasta su bolsa y cogió un tubo de crema. La dureza de su pene bajo la toalla no me pasó desapercibida; ésta se notaba abultada. Se apoyó en la cómoda e inclinó la cabeza, dejándola caer.

—¿A qué has venido?

—A disculparme...

—¿Por la anterior, o por esta erección que acabas de ayudarme a conseguir?

El tono de su voz me demostraba lo contrariado que estaba.

Cogí el tubo de crema de su mano y él no se resistió. Se puso derecho, enfrentándome nuevamente; no aparté la mirada y él tampoco lo hizo.

Repartí una abundante ración de crema antibiótica en mis dedos y empecé a frotar su tatuaje; percibí las costras en mi mano y su erección, con mi tacto, se hizo todavía más evidente.

Movió una mano y desenganchó la toalla que se aferraba a sus caderas y la dejó caer al suelo.

—¿A qué has venido? —volvió a preguntarme, y miró su miembro y luego a mí.

Cooper no era un hombre acostumbrado a declinar. Su voz había sonado oscura y llena de necesidad.

—Estoy un poco gorda, sé que no me veo muy atractiva...

Levanté mis brazos mientras hablaba y me quité de una vez la camiseta y

el suéter, quedando frente a él con mi enorme barriga de siete meses y mis senos llenos, que rebosaban del sostén.

—Te ves hermosa, créeme.

Noté cómo sus ojos se llenaban de chispas.

Se acercó y se apoderó de mis labios; su lengua ya estaba danzando dentro de mi boca cuando sentí su mano ascender por mi espalda. El broche del sujetador entonces saltó, ayudado por su experto toque. Se apartó de mí y tiró de los tirantes, deslizando la prenda por mis brazos. Intenté cubrirme, pero no me dejó. Yo nunca había sido una chica cohibida, pero mi aspecto, con la enorme panza, me aportaba cierta inseguridad. Mi físico había cambiado, transformándose mucho durante los últimos meses, y era consciente de ello.

—Entiéndeme, estoy un poco asustada, y la verdad es que no soy tímida en cuanto a la sexualidad, pero, bueno... sé que no estoy tan sexy como las conejitas que acostumbras a tener en tu cama, y tú eres la mar de sexy. Hace algún tiempo que, además, no tengo relaciones... Exactamente seis meses... y además... —miré su erección—... joder, Bronco, eso se ve impresionante.

Él se rio.

—¿Siempre hablas tanto?

A menudo Cooper me decía eso cuando mi verborragia se derramaba sin parar, y era la pregunta exacta para hacerme parar.

—Ahora no es momento para hablar, ¿o eres de las que les gusta el sexo hablado?

Iba a empezar a hablar de nuevo, pero me cortó.

—No me contestes, prefiero descubrirlo yo mismo.

Volvió a acercarse y me besó otra vez.

Sus fuertes brazos se movieron y me cogió por sorpresa, levantándose para caminar conmigo hasta la cama, donde me depositó. Me quitó las botas y las medias, luego deslizó los *leggings* por mis piernas y me despojó de ellos.

Joder, ya estaba casi desnuda frente a él. Me apoyé en mis codos y levanté mi gordo trasero para que me quitara las bragas cuando enganchó sus dedos

en ellas.

—Seré cuidadoso, lo prometo; os cuidaré a los dos.

—Oh, Coop, deja de hablar tú ahora, por favor... hace seis meses que no tengo sexo.

Se acurrucó a mi lado, pues no podía ponerse sobre mí porque mi barriga no lo permitía, y acarició uno de mis pechos con sus callosas manos. Los acarició contemplándolos, y luego cogió uno de mis pezones entre sus dedos; mi piel estaba más sensible de lo que recordaba, su tacto casi me hizo correrme.

Gemí en su boca mientras me besaba y retorcí mis piernas, pugnando porque los latidos que sentía en mi necesitada zona íntima se ralentizaran.

Sus gruesos labios empezaron a recorrer mi piel, arrastrando besos suaves por mi cuello.

—Te deseo tanto... —me susurró al oído.

Continuó con sus besos, su lengua saliendo para probarme en tentativas, hasta que se apoderó de mi sensible pezón. Extendí la mano entonces y cogí un puñado de su cabello para mantenerlo allí, procurándome esa dulce tortura que sólo hacía que mi humedad entre las piernas se intensificara. Una de sus manos sostuvo con más fuerza mi pecho, que estaba muy lleno, y con la otra bajó contorneando mi abultado vientre, hasta que logró alcanzar mi pubis. Sus dedos vagaron haciéndose paso; abrió los labios de mi entrada y un dedo suyo desparramó mi humedad, luego lo entró y lo sacó varias veces, hasta que ambos empezamos a gemir.

Levantó la cabeza y, sosteniendo mi pezón entre los dientes, me miró por entre las pestañas; luego lo soltó.

—Coop...

—Estás tan mojada...

Se movió rápidamente y se arrastró sobre la cama para situarse entre mis muslos. No quería pensar si allí todo se veía más grande también, así que cerré los ojos y me propuse sólo sentir.

Su lengua salió a mi encuentro y primero lamió los costados; luego sus dedos abrieron mis pliegues para abrirse paso y su lengua se enterró allí, entrando y saliendo, lamiendo y volviendo a entrar; finalmente succionó mi clítoris y no pude contener el grito que se me escapó.

Me agarré a las sábanas con una mano y me tapé la boca con la otra para ahogar otro posible chillido que se me pudiera escapar. No quería olvidar que abajo estaba Marcia. Mi cuerpo se retorció entonces sin que pudiera controlarlo bajo su boca, y quise dilucidar si lo que sentía era normal... La verdad es que no sabía con seguridad si se trataba de que mi piel estaba más sensible en todas partes por el embarazo o bien él era un maldito experto chupador de coños.

Creo, sin embargo, que era un poco de cada cosa.

Se levantó de entre mis piernas, fue hacia el baño y volvió con una tira de condones.

—Te dije que iba a cuidaros y lo haré. Sé que puedes tener dudas acerca de mi pasado sexual, así que me haré pruebas luego, para que estés tranquila.

Mientras hablaba, desenrollaba el preservativo y cubría su longitud; la próxima vez iba a probarlo.

Asentí y me sentí agradecida de que tuviera ese cuidado, no sólo por mí, sino también por el bebé.

Trepó de nuevo a la cama, levantó bien mis piernas y las puso en sus hombros; luego se agarró la erección con una mano y la apuntó hacia mi entrada.

—¿Todo está bien?

Lo cogí por la nuca, obligándolo a inclinarse, lamí sus labios y admiré su hermoso rostro.

—Todo está bien, tú eres perfecto.

Nos besamos y, mientras lo hacíamos, noté cómo su punta empezaba a enterrarse en mí. ¡Dios!, era tan grande que sentí cómo las paredes de mi

vagina se estiraban. Abandonó momentáneamente mis labios y jadeó; luego me miró a los ojos y se enterró más profundo.

—No necesito más gloria que tú.

Empezó a moverse lento; sus caderas se movían laxas, pero sus músculos estaban apretados, tal cual como lo hacía cuando montaba un toro, acompañando los movimientos.

Cooper

Quería ir despacio, pero era imposible; sentía que no podía detenerme, la había deseado demasiado. Necesitaba tener cada centímetro de ella; necesitaba que, además, ella tuviera cada centímetro de mí.

Pero lo lógico era que nos apresuráramos. La verdad es que me hubiera gustado tomarme más tiempo para amarla la primera vez, pero mi madre estaba abajo, y estaba seguro de que no tardaría en llamarme. Sólo esperaba que no le diera por subir. Marcia, por lo general, me pegaba un grito desde el hueco de la escalera, pero uno nunca sabe, y todo había surgido tan rápido entre nosotros que no habíamos echado el seguro a la puerta.

Me incliné y llevé uno de sus pezones a mi boca; me había dado cuenta de que los tenía muy sensibles, así que eso iba a ayudarme a hacerla llegar. Yo estaba aguantando para no correrme; lo hubiera hecho tan pronto como sentí su calor, pues su coño me abrazaba como un guante y era mejor que como la había imaginado.

Chupé y lamí su pico fruncido y luego dejé ése y pasé al siguiente, haciendo lo mismo. Ella hundió sus dedos en mi cabello para mantenerme ahí y entonces comenzó también a mover su pelvis para encontrarme.

De inmediato empezó a decir mi nombre entre gemidos jadeantes, causando que su excitación alimentara la mía. Sentí como un orgasmo empezaba a construirse dentro de mí, pero no quería correrme hasta que ella lo hiciera. La tensión se acumuló en mis extremidades y la sentí tensarse

también, sabiendo que ella estaba muy cerca. Roté mis caderas para buscar el punto justo que la hiciera estallar, y lo encontré... Gritó mi nombre y se aferró a mis bíceps; sus mejillas se sonrojaron y su boca se entreabrió, soltando todo el aliento y provocando que mi verga se derramase de inmediato. Los músculos de mi brazo se tensaron aún más al tiempo que mi semen salía expulsado dentro de ella. Mi orgasmo corriendo a través de mí me hizo gritar de una forma primitiva contra sus labios, y mantuve mi polla en lo más profundo, entregándoselo todo.

El placer todavía pulsaba entre nosotros sin poder detenerse; ella dejó suaves besos en mi cuello y yo hice lo mismo en el suyo, y sentí que había sido un orgasmo diferente a los que había tenido antes. Levanté la cabeza para mirarla, despejé algunos mechones de pelo de su cara y sonreí mientras me decía mentalmente que quería eso para el resto de toda mi existencia.

—Coooooooooper, a cenar. Baja y ve a buscar a Poppy, por favor.

Ambos nos carcajamos. Cubrí su boca con la mía y le hablé sobre los labios.

—Eres hermosa cuando te corres.

Me resistía a salir de ella, pero debía moverme. Además, sin duda ella tenía cansadas las piernas, así que lo mejor era que dejara de ser tan egoísta.

Me retiré lentamente.

—Coooooooooper, ¿me has oído?

—Ya voooooooooy... —grité—, sí, te he oído.

—Contesta, entonces.

—Te estoy contestando.

Poppy se levantó de la cama y corrió al baño, donde se aseó rápidamente. Yo también lo hice y busqué con rapidez ropa que ponerme.

—Me verá salir.

—Yo la voy a entretener en la cocina, y tú haces ver que entras por la puerta principal.

Veintiuno

Poppy

La cena transcurrió entre miradas furtivas y risas sostenidas. La madre de Cooper no era tonta, sabía que algo pasaba, pero obviamente no preguntó.

Después de cenar ayudamos a Marcia a recoger la mesa y a lavar los cacharros.

—Creo que me iré a dormir; hace frío y la estufa debe de estar a punto de apagarse ya, si no voy a echarle más leña.

—¿Tienes suficiente?

—Sí, esta mañana Adam ha subido bastante.

—Yo también me voy a dormir —anunció Marcia—. Estoy cansada. ¿No has traído abrigo? ¿Por qué has salido así?

«Con lo calenturienta que estaba cuando llegué, ni cuenta me di de que no llevaba puesto un abrigo», pensé.

En lugar de eso, le dije:

—No te preocupes, me voy rápido a la cabaña.

—Te vas a enfermar, ponte mi chaqueta —me ofreció Bronco.

¡Qué ganas de besarlo que tenía!, pero Marcia todavía andaba dando vueltas por la casa. Coop me acompañó hasta la galería, y su madre aún estaba de pie al lado de la ventana, ordenando lo último que quedaba sin guardar en la encimera.

—En un rato voy. Necesitamos hablar.

Mi corazón se saltó como cuatro latidos al oír sus palabras, y no estaba segura de si, cuando llegase, iba a estar muy dispuesta a que habláramos; creo

que en mi cabeza mis ratones trabajaban horas extra y estaban organizando una fiesta.

Miraba a cada rato por la ventana, esperando verlo salir. Por suerte el dormitorio de Marcia daba al frente de la casa, así que no tendría que poner demasiada atención al dejar la casa.

De pronto la puerta de la cocina se abrió y Coop salió de la casa principal. Caminó sin detenerse hacia la casita de huéspedes y, cuando oí que la madera de la escalera crujía, abrí la puerta.

Lo metí dentro de un tirón y le arrebaté la boca furiosamente, cogiéndolo por sorpresa. Nos besamos con rabia y yo ya estaba quitándole la ropa cuando él me detuvo.

—Aguarda, antes debemos dejar algunas cosas claras.

—Luego, Coop; luego hablamos de lo que quieras.

Cedió de inmediato, por supuesto, ya que no había manera de que se resistiera con mis manos dentro de su bragueta.

Cooper

Me sentía morbosamente atraído, y no me importaba; ella era caliente, irresistible, y por fin era mía.

Quise que habláramos antes de volver a mantener relaciones sexuales, pero al parecer Poppy tenía urgencias que anhelaba solucionar siempre que me fuera posible.

Nos desvestimos mutuamente en tiempo récord y enseguida estuve dentro de ella. Mi polla palpitaba dentro de su coño caliente; lo estábamos haciendo de lado, y estaba penetrándola desde atrás mientras me aferraba con fuerza a su cadera. Iba a dejarle marcas, lo sabía, y para colmo la sostenía con mi mano más fuerte, pero no me importaba... Había una fuerza primitiva entre nosotros que necesitábamos controlar, pero ése no parecía ser el momento. Habíamos esperado mucho para estar así y sólo nos estábamos dejando

llevar; necesitábamos diluir las ansias que habíamos acumulado durante todos esos meses; sin embargo, y aunque no dejaba de agitar mis caderas entrando y saliendo de ella, no quería olvidar que estaba embarazada y que el sexo no podía ser tan fuerte como hubiésemos querido.

—Más, Cooper, más rápido.

¡Joder, ella no parecía opinar lo mismo que yo!

Me moví más rápido, pero intentando no ir hasta el fondo bruscamente, hasta que en determinado momento decidí detenerme y me mantuve hundido en ella; levanté la mano y busqué a tientas hasta que mis dedos encontraron su clítoris y lo masajearon; estaba empapada, Poppy era muy sensible. Se giró para besarme y sentí cómo se apretaba alrededor de mi polla, así que supe que estaba a punto de correrse.

—Dámelo todo, nena; dame todo tu placer.

Comencé a moler mis caderas de nuevo, la oí exhalar la respiración que estaba conteniendo y supe que se estaba corriendo sobre mi miembro. Me dejé ir también, y mi semen salió en grandes olas; cerré los ojos y grité como si estuviera herido, y me moví unas veces más. En ese instante abrí los ojos y noté cómo se movía su vientre y eso hizo, simplemente, que mi propio orgasmo se prolongase y se vigorizase mucho más.

Me quedé en su interior, mientras acariciaba su barriga, consciente de que nunca tendría suficiente de esa mujer.

Poppy

Coop se levantó para ir al baño y regresó con una toalla húmeda para limpiarme, avivó la estufa echando leña y luego se volvió a meter en la cama junto a mí. Me acurruqué contra su fornido cuerpo y dejé que sus manos acariciaran mi vientre.

—No quiero ocultarme.

Cerré los ojos; por alguna razón sabía que eso era de lo que quería hablar

cuando lo tenté para que folláramos de nuevo.

—No tenemos por qué —insistió—; tanto tú como yo somos libres de hacer lo que nos plazca. Tú estás sola y yo también, sin compromisos, no estamos engañando a nadie.

Me besó en el hombro desnudo y yo me di media vuelta para enfrentarlo, le acaricié el rostro y él besó cándidamente mis dedos.

—Sólo hasta que el bebé nazca.

—No —negó categóricamente—. No tengo nada de lo que avergonzarme.

—Coop, escúchame... Falta poco para que el niño salga de mis entrañas y luego, a la vista de la gente, no será tan grave que me acueste con el que no es el padre de mi hijo. Hazlo por el bebé, él es quien tendrá que crecer con ese estigma. Sabes cómo son las habladurías, no todos tienen la mente abierta para entender una relación así; esto es un pueblo, no la ciudad, donde se vive de manera muy diferente. Si no te he aceptado antes ha sido precisamente por eso, porque no quiero que te señalen, ni tampoco quiero que nadie diga que me he aprovechado de ti y te he encajado al hijo de otro.

—De todas formas lo dirán, sabes cómo es la gente de morbosa.

—Sí, y por eso mismo es mucho mejor que piensen que nos unimos después de que naciera el pequeño y no que me follabas cuando el hijo de otro estaba aún en mi vientre.

—¿Y cuál es la diferencia? Si me encanta follarte ahora —me acarició la nalga— y me va a encantar también follarte después, para el caso van a hablar igual.

—Pero cuando el niño crezca y entienda... Sabes que suena menos decoroso que lo hagamos entre los tres; eso es lo que la gente dirá... Que ésta es una cama de tres, no se trata sólo de nosotros.

Blasfemó y se puso las manos tras la nuca, dejando de mirarme y clavando la vista en las vigas del techo.

—¿Qué hay de tu amigo?

—¿Me preguntas por Drake?

—¿Cómo fue el reencuentro?

—Como si no hubiera pasado el tiempo.

Contuve la respiración y oré para que él no se diera cuenta de que me costaba respirar.

Si bien yo sabía que se trataba de él y no me quedaban dudas, oír a Cooper llamarlo por su nombre dolió mucho más.

—¿Habéis quedado en veros?

—Sus horarios son un poco complicados; trabaja en una empresa petrolera y tiene un cargo muy importante en ella. Por supuesto, las responsabilidades que tiene son muchas también, así que es muy probable que lo hagamos cuando comience la nueva temporada del PBR, que se inicia en Nueva York, donde él vive. Es sabido que comienza en el Madison Square Garden y culmina en Las Vegas cada año.

»De todas maneras, seguramente nos mantendremos en contacto; me alegro de usar un teléfono móvil.

Se sentó en la cama y noté la gravedad en el tono de su voz.

—Tal vez deba contarte algo, pues no quisiera que te enteraras de otro modo... Aunque no creo que Parker lo mencione nunca, pero igualmente prefiero decírtelo yo.

Me acurruqué en su torso, preparada para lo que fuera que iba a explicarme.

—Cuando Drake se marchó de Washoe fue porque su padre lo echó. Bueno... en realidad... hasta nuestro reencuentro pensé que era por eso, pero, después de haber hablado el otro día con Fox, me enteré de que también hubo otros motivos.

»Esa noche en cuestión —dijo retomando el relato— fue cuando él ganó la hebilla al novato del año y se consagró campeón nacional... Estábamos bebidos, éramos jóvenes y nos dejamos llevar por la familiaridad que da pasar mucho tiempo juntos... y nos besamos.

—¿Te gustan también los hombres? Vosotros... sois bisexuales.

—No.

—¿No?

—No.

—No entiendo...

—Fue sólo un beso.

—Pero un beso... beso... con lengua y todo.

—Sí.

—¿De qué te ríes?

—Es que me dio mucho asco cuando ocurrió, o sea, no sé si asco es la palabra, pero no me gustó y a Drake tampoco. De hecho, lo recuerdo y creo que estábamos demasiados borrachos y por eso pasó, y te juro que no sé en qué estábamos pensando. El caso es que Parker nos vio y molió a palos a Drake sin dejarlo explicarse; éramos jóvenes, y él no quería levantarle la mano a su padre, por eso no se defendió... y todo sucedió muy rápido. Parker creía que éramos maricas, ésas fueron sus despectivas palabras, y lo echó de la casa. Cuando llegamos a Washoe, me encontré con que mi padre había fallecido de un ataque al corazón; su caballo llegó solo al granero al final del día y, cuando salimos a buscarlo, lo encontramos muerto. Al día siguiente yo no sabía ni cómo me llamaba... Fue un momento muy traumático en mi vida. Me tenía que hacer cargo del rancho, pero quería seguir mi carrera de jinete profesional. Cuando logré encauzar mis pensamientos, nadie sabía el paradero de Drake, se había ido. Después de algunos años, él se puso en contacto con su madre a escondidas; llamó y llamó a su casa hasta que ella por fin atendió el teléfono y entonces supimos que estaba viviendo en Nueva York.

Tenía un nudo en la garganta mientras escuchaba el relato de Cooper, imaginando a Drake solo, abriéndose camino en la vida sin la ayuda de nadie, sin afectos; siempre parecía muy desapegado y, además, vivía como si nada le importara, y por fin sabía que en el fondo era un hombre que se había hecho a la fuerza, y terminó de crecer sin cariño.

—Hacía ya ocho años que no veía a Drake.

La voz de Cooper me sacó de mis reflexiones.

—En realidad yo le había explicado varias veces a Parker que esa noche estábamos borrachos; no resulta difícil de entender, pero durante todos estos años he creído que, para la mente cerrada de él, sí lo era. Sin embargo, al reencontrarme con Fox me he enterado de que ésa no fue la única razón por la que se marchó.

»Es algo muy delicado; espero que no te ofendas si no te lo cuento, pero Drake me lo confió a mí y soy el único que lo sabe. Su madre tiene una salud mental muy frágil, siempre ha sido así, y lo que pasó podría acabar de romperla.

—Está bien, lo entiendo. No tienes que decirme nada; no quiero saberlo tampoco. Es una responsabilidad cargar con un secreto tan grave como imagino que debe de ser el que ha compartido contigo —admití—. ¿Fox está en pareja? —pregunté al cabo de un rato.

—¿Drake en pareja? *Naaaaa* —se carcajeó—. Fue a Las Vegas acompañado de un amigo que es dueño de un *nightclub* en Nueva York. Salieron todas las noches de juerga.

Comprendí al instante que estaba con Spencer, y un escalofrío me recorrió el cuerpo; de inmediato me llevé la mano al vientre a modo de protección.

Veintidós

Drake

Preparaba mi viaje a París, donde habíamos acordado vernos con el jefe de la República del Chad y también con su hijo; por suerte los africanos habían accedido a viajar fuera del país. Primero se mostraron muy reacios a esa posibilidad, pero luego, cuando Luka les ofreció su avión privado para trasladarlos, terminaron aceptando, un poco a regañadientes, pero lo hicieron.

Estaba cerrando las maletas, casi con un pie en el avión, pero antes de partir a ese viaje quería dejar arreglado lo del médico de mi madre. Era imperioso que Lucía recibiera atención psiquiátrica cuanto antes; mi padre no hacía nada por ella, y yo no iba a seguir permitiendo que la situación continuara igual.

—Perdona la hora; sé que para vosotros es de madrugada y también que las tareas del rancho comienzan muy temprano. El caso es que te voy a mandar toda la información del médico de Reno en un documento PDF, ya que en poco rato salgo para Francia por cuestiones laborales.

—Hola, Drake. No te preocupes por la hora, no dormía.

—Menos mal, es que he estado muy liado estos últimos días con el trabajo. Siento haber tardado en contactar contigo, pero me he estado ocupando de todo, ya que me dijiste que me ayudarías con lo de mi madre.

—¿Qué es un PDF?

—Un formato de archivo para intercambiar documentos electrónicos.

—Me vas a disculpar, pero no entiendo nada de eso, es como si me estuvieras hablando en chino.

—No te preocupes, no es complicado en absoluto. Te lo enviaré por WhatsApp y sólo tendrás que abrirlo y podrás leerlo.

—Está bien.

—Mi padre no debe enterarse, porque obviamente no me querrá metido en esto, ni en nada que me acerque a mi madre. El psiquiatra irá todos los jueves a las dos de la tarde para hacerle terapia a mamá. ¿Estás seguro de que tú y Marcia podréis mantener alejado a Parker de allí?

—Quédate tranquilo, a esa hora todos los trabajadores del rancho están en sus tareas, así que nadie notará la presencia del médico aquí, y de tu padre me encargo yo.

—Supongo que no hace falta que te diga que mi tía Cassidy tampoco debe enterarse.

—No lo hará. Sólo lo sabremos mi madre y yo.

Poppy

Cuando Cooper colgó, se acurrucó nuevamente junto a mí y volvió a abrazarme.

—¿Qué pasa?

—Hablabas con Drake.

—Sí, he oído que lo has nombrado.

Por suerte no notó que yo había comenzado a temblar tan pronto como lo hizo.

—Nada importante, vuelve a dormir.

En cualquier momento la mentira iba a explotarme en la cara, pero no le veía salida a nada de lo que estaba pasando.

Habían transcurrido varios días desde que Cooper regresó de Las Vegas y, aunque buscaba la manera de no tener que decirle nada de Drake, no había manera de no tener que hacerlo. Ocultárselo no estaba siendo una decisión muy razonable, pero tampoco quería que Drake se enterara, así que, vistas y

consideradas mis opciones, o hablaba y se lo contaba todo a Coop o esperaba a que la bomba nuclear me estallara encima. Era incuestionable que tarde o temprano nos íbamos a encontrar los tres, y a Drake no le sería muy difícil sacar cuentas, aunque, claro, siempre podría negarlo y decirle que el bebé no era suyo, pero eso no era lo que me preocupaba, ya que yo sabía que a él el niño sería lo que menos le importaría. En realidad allí lo que importaba era que estaba mintiéndole a Cooper y yo no quería perderlo.

—Mierda.

—¿Qué sucede?

—Lo siento, sólo ha sido un pensamiento en voz alta.

—Y... ¿a qué o a quién va dirigida esa palabra, si se puede saber?

«¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil y agotadora?», pensé.

—Nada, es que ya tengo ganas de hacer pis de nuevo —dije cobardemente y, aunque no era del todo una mentira, tampoco era toda la verdad.

Me senté en el váter y ni allí pude dejar de pensar.

Lo había enredado todo aceptando a Coop en mi vida, pero lo cierto era que, cuando lo vi encima de ese toro y supe que podía lastimarse seriamente, me desesperé al comprender que lo quería y lo necesitaba en mi día a día.

Comprendí incluso que él era el único que en toda mi vida me había ofrecido algo verdadero, algo que no sólo involucraba sexo, y entonces, cuando lo vi cumplir sus sueños, supe que yo quería formar parte de ellos también, que tenía que aceptarlo en nuestras vidas, porque él era el indicado. Incluso cuando Drake apareció ante la cámara, lo que sentí fue estupor, pero no dudas, porque nada cambiaba lo que sentía por Cooper.

Lo difícil de asimilar era lo que todavía continuaba sintiendo por Drake.

Salí del baño y me metí en la cama. Cooper pasó su brazo por encima de mí y me ajustó contra él, pero entonces yo me desajusté de su agarre y me senté.

—Quiero hablar.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Necesitamos aclarar algo.

—Estoy muerto de sueño, nena, y mañana vamos a levantarnos temprano para comprar un abeto para decorarlo, ya que pasado mañana es Acción de Gracias y, si queremos conseguir el mejor, hay que ir muy pronto o lo que encontraremos serán migajas.

—Lo sé, pero necesito que sea ahora.

Se sentó en la cama y me miró... y, cuando lo hizo, simplemente perdí todo el coraje reunido mientras estaba en el baño.

Tal vez podía decirle sólo que conocí a Drake casualmente y que él y yo tuvimos un *touch and go* ¹ y nada más... pero, si le contaba eso, obviamente iba a querer saber más, iba a preguntar cuándo, iba a preguntar qué clase de *touch and go* fue, porque resultaba evidente que estaba esperando que hablara de algo importante. Abrí la boca para empezar a hablar, pero las palabras de nuevo quedaron atascadas en mi garganta.

Necesitaba explicárselo bien; podía decirle que todo había sido como ir a por comida rápida, sexo chatarra, y que...

—Dime la verdad. Mira —comencé diciendo, y no podía creer lo que finalmente iba a soltar—, te juro que tengo una mente abierta y te prometo que puedo entenderlo; si es así, si te gustan también los hombres, no tienes más que decírmelo.

—No —Cooper abrió mucho los ojos—, no —volvió a repetir, aseverando—; fue una gran estupidez, debido a lo borrachos que estábamos. Me gustan las mujeres. En todos estos años nunca he sentido atracción por un hombre.

—Ok, porque, mira —lo cogí de las manos para sonar más seria—, la verdad es que en cuestiones de sexo quiero que sepas que no soy para nada mojigata. Creo que la sexualidad de cada uno es eso, de cada uno, y uno tiene que atreverse a vivirla como más le guste. No sé si te lo he contado... no, creo que no... El caso es que, antes de venir al rancho, organizaba reuniones de *tuppersex*.

—¿Qué es eso?

—¿No sabes lo que es un *tuppersex*?

Él negó con la cabeza.

—Por supuesto que sabes que la gente usa juguetes sexuales.

—No vivo dentro de una botella.

—Bueno, en fin, tampoco es que estéis muy adelantaditos que digamos por aquí, pero ése es otro tema, y me estoy yendo por las ramas, no me desconcentres. Los *tuppersex* —continué explicando, y estaba segura de que ya tenía toda su atención en eso— básicamente son reuniones; lo más común es que se organicen entre mujeres... Una pone la casa e invita a sus amigas, y la vendedora va y hace una demostración de juguetes sexuales. Demostración en cuanto a que vean lo que van a comprar, nada de orgías sexuales; soy abierta, pero nunca he participado en una. Yo sólo iba y les explicaba el uso y los beneficios de los productos que representaba.

—¿Vendías consoladores?

—Sí, ¿qué tiene eso de malo? Es un trabajo muy decente, no salía a robar por las calles.

—No he dicho eso, no te pongas a la defensiva; es sólo que nunca me hubiese imaginado que podrías haber vendido consoladores. No sé, uno, cuando imagina una profesión, piensa en empleada del hogar o en un salón de belleza, dependienta en una tienda de ropa, cosas más comunes, no en venta de consoladores.

—No vendía sólo consoladores, también vendía vibradores, anillos para el pene, látigos, tapones anales, arneses, extensores de pene, lencería erótica para hombre y mujer, lubricantes, aceites afrodisíacos... En fin, todo lo que te puedas imaginar, y no vas a creerme, pero me iba muy bien.

—Interesante.

—Sí, te puedo asegurar que hay muchas cosas muy interesantes que en la vida de la pareja ayudan, gracias a las fantasías y el erotismo.

—Y, cuéntame, me estás diciendo esto, ¿porque crees que necesitamos juguetes sexuales?

—No —me encogí de hombros—, por ahora creo que el sexo que estamos teniendo es maravilloso; todo es nuevo, nos estamos descubriendo... y, además, con mi barriga tampoco se puede andar inventando mucho, pero si en algún momento quieres probar con algo, por mí no hay problema.

—De acuerdo.

—Sólo quería que supieras eso, que me puedes decir lo que sea, que no me voy a horrorizar de nada, que puedo entender que hay otras formas de amar y gozar, y que, aunque la naturaleza nos creó hombre y mujer, en el amor no hay reglas, uno sólo tiene que atreverse a vivir sin ellas.

—Soy heterosexual; quizá no tengo la mente tan abierta como tú, porque, bueno, no fui criado así, ni tampoco a mi alrededor tuve gente con esas preferencias como para que me resulte más normal, o mejor dicho más corriente... No creo que esas personas que se atreven a sentir diferente que la mayoría de la gente sean anormales, ni tampoco creo que estén enfermos, eso es una creencia de la prehistoria, y también acepto que hay otras formas de amar, aunque no van con mi forma de ser. Y, como tú dices, cada uno puede elegir cómo hacerlo; la intimidad y la sexualidad sólo atañe a quien la vive. Bien, ¿quieres hablar de algo más?

«Habla ahora o calla para siempre», pensé.

—No, nada más.

«¡¡Cobarde!!»

En mi cerebro destellaba un cartel de neón gigante con esa palabra.

Nos acomodamos en la cama y nos pusimos a dormir.

Veintitrés

Poppy

Nos levantamos muy temprano para ir a por nuestro abeto de Navidad; el vivero quedaba muy cerquita, pero, a pesar de eso, madrugamos porque sabíamos que debíamos llegar pronto o, en caso contrario, no tendríamos oportunidad de elegir el mejor ejemplar.

Estaba muy entusiasmada con la tarea. Marcia se reía todo el rato de mí, porque estaba muy alegre acicalando el rancho, con la ayuda de Cooper, quien en ese momento estaba subido en una escalera, poniendo los adornos en la parte más alta del árbol, para que yo no me subiera.

Ese quehacer se detenía de vez en cuando, porque cualquier ocasión parecía buena para que nuestras manos y bocas volaran hacia el otro para acariciarnos cuando su madre se distraía y no nos prestaba atención.

Marcia, desde temprano también, estaba metida en la cocina preparándolo todo para el día siguiente. Algunos empleados del rancho iban a pasar esa festividad con nosotros, puesto que sus familias estaban lejos y no tenían pensado viajar. También vendrían Parker, Lucía y la hermana de ésta, Cassidy, a quien había visto en muy pocas ocasiones desde que estaba en Washoe.

En ese instante no pude evitar pensar en Drake; me di cuenta de que yo pasaría el día de Acción de Gracias en compañía de su familia, mientras que él iba a pasarlo solo, en un hotel en París, pues según me había contado Coop tenía un viaje de trabajo programado junto a Luka.

Joder, ¿por qué tenía que dejarlo entrar en mis pensamientos?, ¿por qué él

siempre tenía que arruinar todos los momentos en los que yo me sentía feliz? ¡Como si a él le importase pasar ese día solo, si jamás había hecho nada para cosechar afectos verdaderos! Seguramente estaría de caza en la capital francesa, intentando tentar a su amigo para salir de gira, tal como hizo cuando estuvieron en Londres y Nicole y Luka tuvieron ese gran problema. Yo me preocupaba por su soledad y no pensaba que su única preocupación era la de continuar sumando coños a su larga lista de sexo chatarra.

—¿Está bien ahí? Dime que sí, así me bajo de esta escalera.

—¿Qué?

—Te estoy preguntando si se ve bien desde ahí.

—Ah, sí, ha quedado perfecto.

La noche de Acción de Gracias transcurrió de manera muy extraña. La verdad era que, a diario, Marcia, Coop y yo compartíamos una cena más en familia de lo que ésa había sido. Debo reconocer que cada día aguantaba menos a Parker, y la forma en que trataba a la madre de Drake no me parecía bien; el tipo, sinceramente, me caía como el culo, y no acababa de entender por qué Marcia y Cooper lo soportaban dando órdenes en su casa.

Por otra parte, Lucía, cuando estaba sin él, era una persona y, en su presencia, otra distinta.

Ya arrancamos mal la reunión, cuando Parker se sentó en la cabecera de la mesa como si fuera el jefe de la familia. Luego Coop trajo el pavo y, sin preguntar siquiera si podía, el hombre se encargó de trincharlo... A ver, podía entender que había sido el mejor amigo del Rory Lynch, y también que él los había ayudado cuando se quedaron solos, pero no me entraba en la cabeza por qué se suponía que había que rendirle algún tipo de pleitesía cuando en verdad Cooper también había hecho mucho por él, manteniéndolo como su mánager deportivo. En realidad, cuando llegué al rancho, creí que su puesto

resultaba necesario, muchos jinetes lo tenían, no iba a decir que no, pero también era cierto que, cuando fui entendiendo cómo funcionaba el mundo de las montas de toro, me di cuenta de que no era irremplazable, ni mucho menos tan necesario... Bronco Lynch tenía una gran trayectoria y, además, su nombre era reconocido en todos los circuitos, y si bien a veces él era un poco arcaico con la tecnología, no era ningún tonto a la hora de conseguir lo que quería. Por ello estaba segura de que bien podría negociar sus contratos él mismo. ¿Quién no iba a querer patrocinar al campeón mundial? Por más que él no buscara a los patrocinadores, los patrocinadores lo buscarían a él.

—¿Qué haces?

—Enciendo un cigarro, ¿no lo ves?

Marcia había ido a buscar su pastel de calabaza y Cassidy y Lucía la estaban ayudando. Cooper conversaba en la sala con Adam, y Roger, otro de los empleados que habían compartido la cena con nosotros, Parker y yo éramos los únicos que quedábamos en la mesa; había querido levantarme a ayudar, pero mis pies estaban muy hinchados y Marcia no me lo permitió.

—Estoy embarazada, no puedes fumar dentro de la casa. Además, que tú tengas ese vicio no significa que todos sintamos deseos de morir de un cáncer de pulmón como tú.

—Vete fuera, si tanto te molesta el humo.

—El que tendría que irse fuera eres tú; no estás en tu casa, pero te tomas atribuciones como si fueras el dueño. Eres un maleducado y un atrevido. Es cierto que conoces a esta gente desde hace muchos años, pero eso no te da derecho a...

—¿Qué pasa?

Cooper había oído que yo había levantado la voz y se había acercado.

—A la... —miró mi abultada barriga despectivamente—... no sé cómo llamarla, señora... señorita... conejita... en fin, no sé, le molesta el humo de mi cigarro.

Se levantó de la silla y salió hacia fuera, y Coop lo siguió.

Cooper

—Te estás pasando, Parker. Creo que has bebido demasiado. ¿Por qué le hablas así a Poppy? Deberías tenerle respeto, y además ella no es una conejita de hebilla.

—No seas estúpido. ¿No me digas que... está llena de otro y te haces el enamorado?

Se rio en mi cara y quise partirle la boca, pero en ese momento pensé en que la semana próxima venía el médico para la terapia de Lucía y, si provocaba un conflicto, él no la dejaría venir a mi casa.

—No sé por qué la mantienes aquí, si ni siquiera sirve para acompañarte a las montas porque su barriga no se lo permite, y luego tendrá la excusa de que tiene que amamantar al crío; además, ahora ya manejas bien el móvil que te compraste, y también tus redes sociales. ¿No pensarás hacerte cargo de un crío que ni ella misma debe de saber de quién es?

—Eso a ti no te importa.

—Eres un idiota.

Lo cogí del chaleco y lo arrinconé contra la valla de la galería.

—¿No te das cuenta de que ése fue su propósito desde que llegó a esta casa? Vio la oportunidad en ti de conseguir un padre para el bastardo que lleva en el vientre; apuesto a que te hizo el juegucito de rechazarte primero.

—Basta, deja de destilar tanto veneno; toda la gente no es como tú, a ella no le interesa mi dinero.

—¿No? ¿Estás seguro? Es una zorrita de ciudad, que llegó preñada y jugó con la lástima. No es más que eso.

No quería golpearlo, pero juro que estaba a punto de hacerlo.

—Después de todo, si es como tú dices, no es problema tuyo, sino mío; es mi dinero, te lo regalo a ti teniéndote como mánager, cuando bien podría arreglarme yo solo.

—Sabes que eso no es verdad, que tú sin mí no serías quien eres. Yo te metí en el mundo de las montas, yo te di impulso y te hice llegar donde estás, ¿o crees que fue iniciativa de Rory? Por favor, si tu padre era un estúpido que para mover un dedo lo consultaba antes con tu madre.

Pasó un segundo antes de que mi puño saliera impulsado por la rabia y se estrellara en su mandíbula, un segundo para que la noche se estropeará, pero estaba cansado de que me tratara como a un idiota y que se sintiera superior a todos.

—¡Vete de mi casa! No quiero volver a verte, no quiero volver a saber de ti. ¿Me has oído? Eres una mierda de persona; obligaste a tu hijo a vivir en el exilio para cubrir tus asquerosidades... No entiendo cómo he podido permitir que pasaras tantos años envenenando mi alma.

Las mujeres salieron a causa del griterío, y Adam y Roger ayudaron a Parker a ponerse en pie; su labio sangraba.

Poppy

Todos se habían ido y yo estaba recogiendo las cosas de la mesa; aunque Coop y Marcia me habían indicado que preferían que me quedara sentada, no los había escuchado. Me sentía culpable por no haber cerrado mi enorme boca y haber provocado todo ese lío. Además, después de todo, la más perjudicada era la madre de Drake, pues Parker no dejaría que volviera a esa casa y el psiquiatra no iba a poder tratarla.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—Marcia, sigo cabreado, y además estoy harto de dar explicaciones a todo el mundo de lo que hago o dejo de hacer. Soy un hombre adulto, lo suficiente como para saber cuándo es el momento adecuado para darle un puñetazo a alguien porque está siendo incluso más necio de lo que ya es a menudo.

—No lo parece, has tardado demasiado con él.

¡Joder!, no quería soltar eso en voz alta, pero ya lo había hecho; mi

incontrolable boca siempre diciendo cosas en el momento menos oportuno.

Cooper me fulminó con la mirada.

—No podemos ir por la vida arreglando las cosas a golpes.

—Por supuesto que no, pero a veces es sabio elegir las batallas que librar, y te aseguro que Parker me ha hartado. —Hizo una pausa—. No sabes, mamá, así que mejor no opines.

Esa noche me quedé esperándolo en vano, porque Coop no vino a mi cabaña. Me había acostumbrado a dormir con él; no eran muchos los días que hacía que estábamos juntos, pero es bien sabido que a lo bueno uno se acostumbra fácilmente.

Por la mañana me abrigué bien para salir hacia la casa principal; estuve tentada de desayunar en la mía y esperar a que él me buscara, pero también sentía que le debía una disculpa. Parker era un necio, de eso no me cabía la menor duda, pero por no cerrar mi pico había obligado a Coop a meterse en la discusión.

Entré en la cocina y comprobé que Marcia ya había preparado el desayuno. Parecía que el frío que hacía fuera había entrado junto conmigo.

—¡Qué frío hace, Dios! Está helando fuera, creo que la nieve llegará temprano este año.

—Sí, creo que se huele la nieve; en las altas montañas ya se ven los picos blancos, me parece que no tardará en llegar aquí también.

»Hablaré con Coop para que te mudes a la casa. El despacho lo usa para acumular papeles, casi nunca entra ahí, así que puede poner el escritorio aquí, en una zona del comedor, y podemos montarte un dormitorio en esa estancia, sino vas a terminar enfermando. Además, cuando nazca el bebé, aquí se está más calentito que en la casita de huéspedes.

—No es necesario; ni se te ocurra, allí estoy bien. De todas maneras, no tendría por qué salir, si no quisiera hacerlo.

»¿Coop está entrenando?

Yo sabía que no estaba haciéndolo, porque me había fijado antes de venir;

el gimnasio estaba montado en el garaje que estaba bajo mi cabaña.

—Lo hizo muy temprano, pero ya volvió. Hace rato que está en su despacho, encerrado, revolviendo papeles; no sé si se habrá duchado.

—Ves, y luego dices que no lo usa.

—Te digo que no. Seguramente, para entrar, ha tenido que abrirse paso entre las telarañas.

—Ja, como que tú permitirías que hubiese polvo y telarañas en la casa; deja de mentir.

Oí pasos procedentes de la escalera y miré hacia allí. Su cabello aún estaba húmedo; llevaba unos vaqueros muy ajustados en los muslos, de color azul, sus botas de trabajo de color negro y una camisa de franela a cuadros, en la misma gama del azul, que venía arremangándose.

—Hola.

—Buenos días. ¡Qué suerte que estás aquí! Me preguntaba si me podrías acompañar al banco; aún no he depositado el cheque del premio, y la verdad es que nunca lo he hecho antes, de eso siempre se ocupaba Parker... pero creo que hay que hacerlo porque leí que tiene vencimiento y, aunque todavía hay tiempo, no quiero dejar pasar más días.

—Sí, claro. Asimismo, el ingreso se puede hacer a través del cajero automático; no tenemos que entrar en el banco.

—Es que no tengo la tarjeta.

—¿La has perdido?

—No, la tiene Parker; yo prefiero manejarme con dinero de verdad, ya sabes que soy un poco anticuado.

—Cooper... ¿no tienes tarjetas de crédito?

—No, eso sólo acumula deudas.

—No puede ser cierto.

—¿Qué tiene de extraño?

—Estamos en el siglo XXI.

—Chica de ciudad, estamos en Washoe, no en Nueva York.

—Eso no tiene nada que ver. Te pasas el tiempo viajando; una tarjeta de crédito o de débito te soluciona miles de imprevistos.

—Siempre viajo con Parker, él la lleva, supongo, ya que, cuando he necesitado dinero, el dinero siempre ha aparecido.

—No puedo creer lo que estás diciéndome. Coop, ¿cómo has podido delegar tanto en él? Entiendo que confías en Parker, entiendo que... Deja, mejor no quiero seguir hablando más.

—Estoy empezando a ocuparme, por eso voy a ir yo mismo a depositar el cheque. Tal vez al principio necesite ayuda, por eso te la he pedido, pero también puedo pedir que me echen una mano en el banco, estoy seguro de que no puede ser tan difícil.

—Por supuesto que no es difícil, y estoy convencida, además, de que puedes manejar todo lo que te propongas, y me encantará ayudarte en lo que pueda.

—Quiero dejar de ser un bruto campesino que sólo sabe de toros y de trabajos del campo.

Me giré para ver qué hacía Marcia en la cocina, y por suerte estaba de espaldas, así que le robé un beso, el primero del día.

—No eres un bruto campesino; supongo que es más fácil, para tu concentración en la competición, delegar tareas, y eso es lo que has hecho, pero es muy bueno que tú también te ocupes de tu patrimonio.

—Venid a desayunar, dejad de murmurar al pie de la escalera.

Cooper

Estábamos dentro de la camioneta, en la carretera, rumbo a Reno.

—¿Puedo escoger la música?

La miré con desconfianza, pero se lo permití de todos modos. No había nada que pudiera negarle a esa mujer; ella me traía de cabeza y lo sabía. Extendí una mano, acaricié su vientre y dejé mi mano apoyada ahí.

—Sorpréndeme.

Quise ver lo que estaba buscando en Spotify; mi móvil estaba conectado al sistema de sonido de la camioneta.

—No espíes; me has dicho que te sorprenda y eso es lo que voy a hacer. Lo descubrí cuando fui a Reno cuando tú estabas en Las Vegas.

La canción empezó a sonar y abrí mucho los ojos al reconocerla. Poppy no había puesto su tonto pop, sino una canción *country* del genio Darius.

—Guau, parece que después de todo si estás aprendiendo a escuchar música.

Se rio y era tan hermosa cuando lo hacía que tuve ganas de aparcar el vehículo en el arcén y apropiarme descontroladamente de su boca.

—*Life's too short*, ¿sí?

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Ahora es mi turno —dije cuando el tema terminó, y cogí el móvil para buscar la siguiente canción. No quité a Darius, incluso me quedé en el mismo álbum que se reproducía, sólo fui a por el tema *Don't*.

Volví a colocar mi mano sobre su barriga y la acaricié mientras asimilaba lo que decía la letra del tema. Ella me miró todo el tiempo que duró la canción, con sus ojos como dos espejos azules; estaba seguro de que entendía que no la había elegido al azar.

—Ya sabes, por ahí no soy muy bueno con las palabras, pero más o menos eso es lo que pienso.

Ella cogió el volante y lo movió a la derecha.

—¿Qué haces?, ¿te has vuelto loca?

—Aparca.

—No vuelvas a hacer eso, ¿me has oído?

—Sí, señor, pero aparca.

Lo hice pensando que pasaba algo; ella se soltó el cinturón de seguridad y se giró para besarme; su lengua lamió mis labios y de inmediato me hice

cargo de la situación. Corrí el asiento para que hubiera más espacio entre el volante y mi cuerpo, y la subí a horcajadas en mi regazo, me aferré de sus amplias nalgas y la besé con tantas ansias como si ese beso fuera el último que fuese a darle en toda mi vida. Luego la moví sobre la bragueta de mi pantalón para que me moliera con su dulce coño; quería, además, hacerle saber lo duro que me tenía... Un gruñido profundo y retumbante resonó en nuestras bocas.

—Debemos parar, Coop.

—Lo sé, pero no quiero; sólo tengo que bajarme la bragueta y tú, los *leggings*.

—Nos detendrán por estar practicando sexo en la camioneta a plena luz del día.

—La vida es demasiado corta, dice la letra de tu canción. —Desprendí su chaqueta y levanté su suéter para atrapar uno de sus llenos senos.

—Pero es de día, y nos pueden ver, y éste es un pueblo con muchos prejuicios.

—¡Joder! Déjame esconder la camioneta, sacarla fuera del arcén. — Levantó una ceja—. Dijiste que eras una chica desinhibida en el sexo.

—No estaba desaprobando tu decisión, ni volviéndome remilgada de pronto; sólo iba a moverme de encima de ti y a pedirte que te apresuraras porque estaba muy mojada, vaquero.

Me desvié de la carretera y busqué una zona de árboles para ocultar el vehículo.

—Quédate ahí —le indiqué cuando aparqué. Di la vuelta, rodeando mi F150 doble cabina de color azul, mientras sacaba un condón de la billetera. Luego abrí la puerta del copiloto y comprobé que ella ya se había quitado las botas, los *leggings* y las braguitas—. Joder, vaquera, eres rápida.

—Si supieras lo que las hormonas del embarazo provocan en mi libido, te prometo que hubieras llegado más veloz aquí.

Me senté en su asiento y lo recliné; rápidamente me bajé los pantalones;

mi erección saltó cuando lo hice, estaba duro como una roca. Sin tardanzas, me enfundé, la posicioné sobre mi hambrienta polla y la bajé con lentitud, casi corriéndome en el trayecto. La sostuve con su culo en pompa, a horcajadas sobre mí, y ella se aferró de la butaca. Empecé a agitar las caderas; la necesidad nos volvía salvajes. Metí una mano bajo su suéter y empecé a acicatearle los pezones, que estaban firmes como guijarros; los tenía muy sensibles.

—Por favor, me haces perder el control.

Mordí sus labios y la besé con fuerza, y me moví más rápido entrando y saliendo de ella; mis dedos se clavaron en sus caderas, arrancándole un gemido.

—Te siento tan condenadamente bien.

—¿Te gusta, nena?

—Mucho.

—Móntame, vaquera; tenemos más que ocho segundos, tenemos la vida entera para disfrutar haciendo el amor.

Ella empezó a moverse también.

—No pares, Coop; estoy a punto de llegar.

—Lo sé, te noto a mi alrededor. Eres lo más dulce que he probado y, santos cojones, estoy a punto de quemarme.

Nos corrimos juntos; fue muy rápido e intenso, fue muy caliente también. La envolví con vigor entre mis brazos y la aplasté contra mi pecho todo lo que su vientre nos permitió, y sentí que mi corazón se sacudía con fuerza.

—Eres todo lo que quiero en mi vida; podría vivir sin nada de lo que hasta ahora me había parecido irremplazable, pero no sin ti.

Ella se aferró de mi cuello enérgicamente, pero no hizo ninguna declaración.

Y de alguna manera había vuelto a comprobar que quizá ganar una monta de toros no era lo único que importaba.

Todo era un complicado desastre, pero estaba seguro de que no podía

complicarse más; lo más difícil, que había sido conseguirla entre sus brazos, ya lo había logrado.

—Debemos movernos. Es de día y estamos tentando demasiado nuestra suerte; alguien, finalmente, podría vernos.

La aparté de mí y la miré a los ojos. Parecía culpable por algo; sin embargo, no le di mayor importancia... Si algo había aprendido en todos esos meses era que Poppy no se guardaba nada, así que estaba convencido de que, lo que le estaba pasando, pronto lo averiguaría. Me moví al asiento del conductor sin bajarme del vehículo, crucé las piernas por encima de la palanca de cambios y busqué pañuelos de papel para limpiarnos. Acomodamos nuestra ropa, nos dimos un último beso y continuamos nuestro viaje.

—Ya casi hemos llegado —le indiqué.

—¿Tienes el cheque a mano? Quiero ver una cosa.

Abrí la chaqueta, metí la mano dentro del bolsillo de la camisa y se lo entregué.

—Un momento.

—¿Qué?

—Éste es un cheque de caja para el banco Heritage. Tú me dijiste que tienes cuenta en el Wells Fargo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Los cheques de caja se cambian en el banco para el cual están emitidos, o se depositan en la cuenta propia pero de ese mismo banco; si tú no tienes cuenta en esa entidad bancaria, no puedes hacer el depósito.

Ambos nos quedamos en silencio y de inmediato las palabras de Lynn Marshall retumbaron en mi cabeza. «¿Quién lleva los números?», había dicho. Luego Fox también me insinuó algo parecido. «Dime, por favor, que recientemente has mirado el extracto de tu cuenta bancaria y que puedes asegurarme que tu dinero está todo ahí.»

—¿Cómo se mira el extracto bancario de una cuenta?

—Normalmente los bancos lo mandan mensualmente por correo; también puedes ver los movimientos de tu cuenta a través del *online banking*, o simplemente vas al cajero automático y, con tu clave bancaria, pides el saldo de tu cuenta.

»Estás pálido, Coop, ¿te encuentras bien?

Me toqué la frente; no podía hablar, sólo esperaba que lo que estaba pensando no fuera cierto.

Veinticuatro

Cooper

Sentía que las piernas me temblaban al igual que lo hacían en el instante en el que bajaba del toro y caminaba hasta el vestuario para quitarme el equipo de protección. Ése era el momento justo en el que los niveles de adrenalina empezaban a normalizarse en mi cuerpo y cuando los dolores aparecían, sólo que esa vez no sentía ningún músculo sobreexigido en mis piernas ni en mi brazo derecho, el dolor que sentía estaba dentro de mi pecho, acompañado por un martilleo incesante en la cabeza.

Estábamos saliendo del Wells Fargo y no podía creer lo que estaba pasando.

—Mi cuenta estaba a cero.

El único dinero que tenía era el que estaba en el bolsillo de mi camisa: el cheque del campeonato mundial; éste, aunque suponía una cifra muy importante, era una ínfima parte de lo que había ganado durante toda mi carrera como jinete profesional de toros.

Cuando el empleado me dijo que no había dinero disponible en mi cuenta, insistí en que volviera a mirarlo.

—Tiene que tratarse de un error, debe de estar mirando en otra cuenta.

Insistí tanto que el de la ventanilla giró la pantalla de su ordenador para que yo mismo comprobara con mis propios ojos lo que él estaba viendo.

—Coop, háblame, por favor; no te cierres.

Llegamos hasta donde había quedado aparcada la camioneta y, después de ayudar a Poppy para que subiera, di la vuelta y me acomodé en la plaza del conductor. No podía moverme; me quedé aferrado del volante, perdiendo la noción del tiempo que pasaba así.

—Voy a matarlo.

Mis palabras salieron con convicción, sabiendo que era eso lo que ansiaba.

Pisé el freno y puse en funcionamiento el motor V-6 de mi F-150, cogí la palanca de cambios y la moví a «Drive» y salí de donde me encontraba.

—Tienes que calmarte, Coop. No ganas nada con ir a increparlo... Escúchame, te lo ruego: necesitamos encontrar dónde ha metido tu dinero. Tranquilízate, por Dios, no puedes tocarlo hasta que no sepamos dónde está todo.

—No te preocupes por eso, voy a retorcerle el pescuezo como a una gallina con mis propias manos, y no voy a soltarlo hasta que me diga dónde está mi dinero.

—Tiene que haber una explicación, tal vez abrió otra cuenta en el otro banco... Escucha, vayamos a abrir una cuenta en el Heritage y de esa forma comprobaremos si ya tienes una cuenta allí. Acepta que no tienes idea de nada; quizá en algún momento te lo dijo y no lo recuerdas. Las cuentas se pueden abrir desde Internet, no tienes ni que ir tú en persona.

—Me ha robado —grité—. Poppy, ésa es la única explicación.

—Detén la camioneta, Cooper... Para ahora mismo, por favor, me duele la barriga.

Poppy

No era cierto; sí tenía un poco duro el vientre, pero no sentía nada anormal, sólo el corazón en mi garganta y a punto de salirse por la boca, pero, fuera de eso, mi bebé aún permanecería en su nido durante algún

tiempo más, o al menos eso creía... pero obviamente eso Cooper no lo sabía y yo tenía que calmarlo a como diera lugar. Él estaba fuera de sí, y realmente asustaba verlo de esa manera, así que me veía capaz de recurrir a cualquier artimaña con tal de que él no cometiera una gran locura.

—Cooper, creo que va a nacer antes de tiempo. Aparca.

—¿Ahora?

—Ahora. Debemos volver a Reno, necesito que me lleves al médico.

—¿Qué sientes?

«Joder, ¿qué coño siento?»

—Siento... que el crío quiere salir.

Llegamos a la consulta y le pedí que me esperara fuera, y como él estaba con la cabeza en cualquier parte, accedió, demasiado rápido para mi gusto, pero, en fin, lo hizo y eso era lo importante.

Cuando le expliqué al doctor por qué estaba allí, por supuesto que me inventé unos síntomas, me revisó y me dijo que todo estaba normal, cosa que yo ya sabía, lógicamente, y entonces añadió que seguramente habían sido contracciones de Braxton Hicks; lo miré como si me estuviera hablando en chino mandarín.

—¿Qué rayos es eso? Acaso... ¿hay otras contracciones que no sean las que tienes cuando vas a parir?

Y entonces me explicó lo que eso quería decir, y terminé aprendiendo que se trataba de pequeñas contracciones que indicaban que el cuerpo se estaba preparando para el momento del parto, pero que también podían ocurrir debido a una intensa actividad, o porque alguien posara la mano sobre el vientre, o simplemente cuando la vejiga estaba muy llena, o después del sexo, y a veces la causa también podía ser la deshidratación.

El médico me abrió la puerta del consultorio y se despidió de mí, y Cooper

saltó de su asiento tan pronto como me vio.

—¿Qué ocurre? ¿Estamos de parto?

Juro que casi olvidé que estábamos en el consultorio y casi lo besé de manera descarada en aquel lugar, y creo que se me escapó un lagrimón cuando lo oí decir «*estamos de parto*».

—No, ha sido una falsa alarma. —Me cogió de la cintura mientras caminábamos hacia la calle—. Parece que tengo las contracciones de Braxton Hicks.

Me miró más perdido que yo cuando miré al doctor, así que le expliqué lo que minutos antes me había explicado éste a mí.

—¿Y qué hay que hacer?

—Bueno... en primer lugar, me dijo que tengo que tener tranquilidad, y eso lo recalcó mucho. Sugirió también que, cuando ocurran, me tome un té caliente y me recueste. También me indicó que debo beber bastante agua, y que no evite ir al baño todas las veces que sea necesario ir... y con respecto a tener sexo, no dijo nada, por suerte, así que seguiremos teniéndolo. Me contó también que cuando tenga las contracciones de trabajo de parto me dará cuenta porque son más rítmicas y duraderas; además, ya que ahora he sentido las de Braxton Hicks, podré diferenciarlas bien.

Volvimos a la camioneta y entonces le sugerí:

—¿No quieres que vayamos al Heritage a depositar el cheque? De todas formas tienes que hacerlo... Aún es temprano, y luego podemos buscar algún sitio donde almorzar, ¿qué te parece el plan?

—Creo que deberíamos volver a casa para que te acuestes un rato; luego regresaré solo a hacer lo que tenga que hacer.

Su respuesta me volvió a poner frenética, porque, si yo no estaba junto a él y descubriría que efectivamente no había ninguna cuenta a su nombre en el banco, iría a asesinar a Parker, y nadie podría evitarlo.

No era precisamente que no tuviera ganas de ayudarlo, pero, la verdad, no creía que valiese la pena ensuciarse las manos y arruinarse la vida por una

basura como ésa.

Claro que, si me ponía en el lugar de Coop y sacaba cuentas de todo cuanto el desgraciado ese había malversado, y el esfuerzo y lesiones que su cuerpo habían tenido que soportar, quizá el viejo Olson ya estaría muerto, con un tiro en medio de los ojos.

Me toqué la barriga; éstos eran los genes que poseía mi bebé, los de un delincuente.

Joder, recordé entonces el secreto que había hecho que Drake tuviera que irse, y especulé sobre cuán grave sería.

—Estoy bien, en serio. No voy a decirte una cosa por otra, sabes que mi bebé es lo primordial para mí, pero quiero acompañarte a depositar el cheque y a que salgamos de esta duda atroz o no tendré paz.

Entramos en el Heritage. Me sentía más calmada por haberlo convencido, pero, a decir verdad, no estaba segura de lo que iba a ocurrir en el caso de que allí no hubiese ninguna cuenta a su nombre.

—Dile que has perdido tus tarjetas y que quieres tramitar que te las repongan, que te acabas de percatar de que no las tienes.

—Permítame su identificación, señor —le dijo el empleado cuando nos tocó el turno.

Minutos después, le dijo «¿dónde le hacemos llegar las nuevas tarjetas?, ¿al domicilio que figura aquí?».

Creo que ciertamente, de seguir así, iba a parir el crío allí mismo. El empleado le estaba diciendo que sí tenía cuenta en ese banco, así que nos miramos y me percaté de que para él también resultaba un alivio.

Le facilitó la dirección del rancho. Cooper estaba dispuesto a empezar a ocuparse personalmente de sus asuntos. Después de que le tomara todos los datos, Coop abrió su chaqueta y, sacando el cheque de su bolsillo, le dijo que quería depositarlo en su cuenta.

Asentí, casi de manera imperceptible para que sólo él se diera cuenta de mi gesto, y luego le acaricié la espalda, abarcándosela con una mano. Sentí

claramente cómo su cuerpo se relajaba ante mi tacto.

—Seguramente mañana ya estará disponible el depósito en su cuenta, así que, cuando le llegue la reposición de las tarjetas, eso será entre cinco y siete días hábiles, podrá ver el dinero vertido en su extracto bancario cuando vuelva a generar sus claves. Guarde el recibo que avala el depósito, por cualquier inconveniente que pudiera surgir.

—Gracias —me dijo cuando salimos del banco—. Si no fuera por ti, hubiera cometido una locura... Estaba ciego.

—Demos gracias a Dios mejor, pues, de no haber sido porque finalmente sí tenías una cuenta en este banco, no sé lo que hubiera podido pasar.

Veinticinco

Cooper

Bajé de la camioneta para abrir la puerta de la empalizada y de inmediato divisé una ambulancia que se encontraba frente a la casa; sentí como si me hubiese alcanzado la devastación de un rayo. Volví a subirme a la F-150 y conduje como un poseso, acelerando a fondo para cubrir en el menor tiempo posible el trayecto que me separaba de la entrada.

—Oh, Dios, ¿qué ha pasado? —oí que exclamaba Poppy al darse cuenta de la presencia de la asistencia médica.

No la esperé, pues me apeé del vehículo y entré, llevándomelo todo por delante. Encontré a mi madre recostada en el sofá, siendo asistida por los médicos. Su cabeza sangraba, pero ella estaba consciente, y entonces mi corazón pareció volver a latir en mi pecho.

—¿Que ha ocurrido?

—Se cayó al desmontar de *Caribbean* —me informó Adam.

—No tengo nada, Cooper. Permití que llamaran al médico para que no tuvieran que aguantarte a ti cuando llegaras. Está por parir una de las vacas preñadas; ve para allá, yo estoy bien.

—A simple vista no te ves muy bien, que digamos. —Me arrodillé a su lado y le cogí una mano; estaba fría y temblaba. Mi madre no era una mujer débil, así que su aspecto no me acababa de tranquilizar.

—Sólo tú y yo sabemos ayudar en el parto a las vacas; ya ha pasado rato y puede necesitar ayuda.

—Primero quiero saber cómo te ha ocurrido esto.

—¿Quién es usted? —preguntó el médico que la estaba atendiendo.

—Soy su hijo.

—Estoy acabando de suturarla. La herida no es de consideración, pero sería conveniente que, en cuanto pueda, vaya al hospital para poder practicarle algunas pruebas, sin prisa, para descartar que la pérdida de estabilidad no sea un síntoma de alguna enfermedad que no se pueda diagnosticar con un simple examen médico.

—No he perdido el equilibrio, sino que me he caído cuando he bajado del caballo; un traspié.

Busqué disimuladamente la mirada de Adam. Él estaba de pie detrás de mi madre, y me hizo una mueca casi imperceptible, negando sus palabras.

Poppy ya había entrado y no tardó en ponerse al corriente de lo que acababa de suceder.

—¿De verdad que estás bien, Marcia? —preguntó ella también, mientras se acariciaba la barriga.

—Dejad de exagerar, por Dios: sólo he pisado mal cuando he bajado de *Caribbean*.

La mirada de mi madre recorrió mi rostro; ella siempre podía ver a través de mí y estaba cotejando si la creía o no. Sabía que odiaba los médicos, pero, si estaba teniendo algún problema con su salud, yo no podía simplemente dejarlo pasar.

En lugar de alterarla más, le hablé al médico.

—¿Dice que no hay prisa para esas pruebas?

—No hay nada que indique que pasa algo más serio. La pérdida de estabilidad puede ser debida a muchas causas, y también puede que sea por un problema de las cervicales, no tiene por qué ser algo grave.

—Pero qué ganas de hacer un melodrama de una simple caída.

—Está bien, mamá, ya lo hemos entendido.

La asistencia médica se fue y, aunque no quería apartarme del lado de Marcia, necesitaba ir a comprobar cómo estaba la vaca que debía parir. Mi

madre parecía estar bien realmente, así que le hice caso a Poppy y la dejé en su compañía.

Cuando salí de la casa, oí que Marcia llamaba a Adam, reteniéndolo con algunas aparentes indicaciones.

Llegué al establo, al lugar destinado a las vacas preñadas, y vi que *Violet* estaba recostada; cuando eso ocurría era porque el parto era muy doloroso y, además, estaba muy próximo.

Adam no tardó en aparecer por allí. Cuando lo hizo, yo estaba junto a Roger, desinfectando los guantes para colocármelos y evaluar al animal.

—Me ha dicho Roger que hace más de cuatro horas que está así.

—Sí, más o menos ése es el tiempo que debe de haber transcurrido; tu madre vino a verla varias veces desde que la avisamos.

Metí la mano en el canal de parto y comprobé que todo iba bien, así que me levanté y dejé que *Violet* continuara sola; no faltaba mucho, pero en un principio no iba a ser necesaria ninguna intervención por mi parte.

Me quité los guantes y miré a Adam; no hacía falta que le dijera nada, él ya sabía lo que quería saber.

—Se desplomó en el suelo; no fue como lo ha querido hacer creer... y antes de venir me ha llamado para pedirme que no te comentara nada de esto.

—Está bien, gracias por decírmelo; yo me encargo.

Violet tardó una hora más en parir, pero pudo hacerlo sin ayuda. El ternero se veía muy saludable, así que, después de haber quitado los trozos de cubiertas fetales, lo acerqué a su madre para que ésta pudiera lamerlo a fin de terminar de limpiarlo. Tras cerciorarme de que el ternero bebiera del calostro, salí del establo; ya no había nada más que hacer allí.

—Roger, ocúpate de llamar al veterinario para que venga mañana a vacunar al ternero, y a verificar que todo está bien con *Violet*.

—Descuida, yo me encargo. Seguramente esta semana tendremos un gran trájín con las vacas preñadas, hay varias que ya están en fecha.

—Sí, no hay que quitar ojo de ellas por si necesitan asistencia.

Entré en la casa y me extrañó cuando Poppy me dijo que mi madre se había ido a acostar un rato.

—Comentó que le dolía la cabeza por el golpetazo que se había dado.
¿Estás preocupado?

Asentí.

—No se ha caído de la forma que ha dicho.

—Me lo imaginaba; en cuento has salido, me ha hecho ir a su habitación a buscarle ropa y se ha quedado hablando a solas con Adam unos minutos.

Veintiséis

Poppy

Siempre me había gustado la época de las Navidades, y el clima anunciaba que tendríamos una muy blanca.

Por suerte Marcia finalmente desistió de que me mudara a la casa, y yo lo prefería así; convivir bajo el mismo techo con Cooper haría que nuestra relación se tornara más seria, y si bien estábamos juntos, aún no me animaba a contarle nada del padre de mi bebé, y eso hacía que me sintiera a medio camino con él.

Por otra parte, Coop parecía querer que la relación siguiera como hasta entonces. No había intentado convencerme de que me mudara a la cabaña principal, y tal vez se trataba de que prefiriera ir despacio también.

Ese día Parker había venido muy temprano al rancho y le había pedido a Bronco que hablaran; era obvio que, como la montaña no había ido a Mahoma, a él no le había quedado más remedio que acercarse.

Era pasado el mediodía, y aún no había vuelto a ver a Coop desde esa mañana, así que no sabía lo que había conversado con Parker. Las tareas en el rancho se habían multiplicado con el alumbramiento de las vacas y, además, él y el resto de los muchachos estaban abocados a terminar la ampliación del establo cubierto, pues el clima se estaba poniendo malo y eso urgía.

La puerta se abrió y él entró.

Me extrañó su semblante taciturno; llevaba las manos en los bolsillos y los hombros encorvados.

—Hola, Coop. ¿Qué sucede?

Mi pregunta no había sido hecha al azar; si lo conocías un poco, con sólo mirarlo te dabas cuenta de que en ese momento no estaba bien.

—Vengo del médico... Mi madre está enferma, tiene un tumor en la cabeza que no es operable.

—Me cubrí la boca y me puse de pie con dificultad, ya que estaba muy pesada, pero eso no me impidió que alcanzara su cuerpo y lo abrazara.

—Lo siento.

Permanecí aferrada a él tratando de reconfortarlo, hasta que Cooper levantó los brazos, aferrándose también a mí, apoyó su mentón en mi cabeza y me dijo:

—Me pregunto si es posible morir de miedo, porque ahora mismo estoy muy asustado.

Era increíble pensar que un hombre que se subía a un toro de casi mil kilos le tuviera miedo a algo, pero él estaba vertiendo su alma sobre mí.

—¿Cómo te has enterado?

—Parker lo sabía, y hoy ha venido a eso. Se ha enterado del desvanecimiento que sufrió Marcia hace poco y ha creído que era conveniente que yo lo supiera; no quería seguir ocultándomelo. No me lo había dicho antes porque, durante la competición, consideró que mi cabeza debía estar centrada en la monta, no quería que sufriera un accidente por falta de concentración.

»Después de hablar con él he ido a ver al doctor de mi madre y me lo ha confirmado.

Cooper se apartó de mí y caminó hacia la ventana. No sabía qué decirle, de pronto se me habían acabado las palabras, pero era evidente que él estaba esperando que dijera algo, por eso había venido hasta allí.

—Tiene que haber algo que pueda hacerse.

Él negó con la cabeza y me cubrí la boca, luego caminé para volver a alcanzarlo y me aferré por detrás a su cintura, apoyando mi cabeza en su espalda.

—El médico me ha explicado que el lugar donde se aloja el tumor afecta al tallo cerebral, que es la región del cerebro que controla los procesos vitales, como la respiración, los latidos del corazón y la circulación de la sangre. Tocarlos es imposible, por su forma y por la posición que presenta; los riesgos son demasiado elevados en comparación con los beneficios que supondría la cirugía.

»Sólo queda atacar con quimioterapia, pero me ha aclarado que ya hay metástasis.

—Puede que haya metástasis, pero también puede que con el tratamiento remita; no hay que perder las esperanzas.

—Marcia no querrá intentarlo... La conozco y sé que no querrá.

—Pues tendremos que convencerla, entonces.

Veintisiete

Drake

Tras haber visto a Coop y a mi madre después de tantos años, comencé a pensar si realmente había merecido la pena vivir una vida tan vacía y falta de afectos como la que tenía.

Se suponía que me había alejado de ellos porque era lo mejor, y de pronto me planteé si en verdad lo que había hecho no había sido sino huir de los problemas, dejándolos a merced del lobo feroz.

No fui leal con mis afectos y, en su lugar, construí una vida basada en la mentira y el engaño, apañando algo que jamás tendría que haber apañado.

A lo largo de todos esos años me había impuesto metas que no me había costado conseguir, y aunque a simple vista los lujos logrados me convirtieron en un hombre a quien muchos envidiaban, lo cierto era que todo resultaba un montaje basado en las apariencias.

Percibía que nada de lo que poseía era demasiado. No había nada demasiado grande, ni demasiado importante, ni mucho menos algo que sintiera real.

Luché por ser un profesional exitoso y no paré hasta conseguirlo, y ese éxito vino aparejado con la posibilidad de un gran trabajo que me permitiera vivir lujosamente en uno de los edificios más caros de Manhattan, pero no tenía con quién compartirlo.

Conseguir un coño diferente cada noche en el que enterrarme no me suponía ningún problema; el problema estaba, en realidad, cuando esos momentos efímeros se acababan.

Mis amigos estaban ahí, por supuesto, y eran la familia que yo elegí cuando me tuve que alejar de la verdadera; la vida nos había vuelto inseparables, pero ellos, poco a poco, estaban constituyendo sus propias familias, y yo había comenzado a sentir que, en esa constitución, no tenía un lugar demasiado implícito para mí.

El trabajo en la empresa me distraía la mayor parte del tiempo, manteniendo a raya mis atormentados pensamientos, pero cuando regresaba a casa no había nadie esperando a que yo llegara, a nadie le importaba si entraba o si salía, si tenía frío o calor, si estaba triste o contento... Ni siquiera tenía un perro que me hiciera compañía o que celebrara mi vuelta moviéndome la cola cuando abriera la puerta de mi suntuoso y solitario apartamento... y tampoco sentía que ésa fuera la solución, porque, en caso contrario, haría tiempo que me hubiera comprado uno.

Una voz interior se elevaba dentro de mí, cada vez con más frecuencia, haciendo que me preguntara qué quería para mí.

Por alguna razón, cuando esa pregunta reverberaba en mi cerebro, su imagen aparecía como si fuera la respuesta a todo. Ella, una y otra vez, invadía mis recuerdos y permanecía el mayor tiempo colgando de mis pensamientos.

—¿Y tu amiga? ¿Qué sabéis de ella?

Esa noche estábamos cenando en casa de Luka.

—¿A quién te refieres?, ¿a Joss o a Poppy? —preguntó Nicole.

—Tenemos claro que Joss anda de gira con su padre, Maverick nos mantiene al tanto.

—¿Vas a burlarte de mí?

—No —le contesté, y bajé la cabeza en dirección a mi plato para continuar comiendo—. Sólo estoy preguntando por Poppy.

Todos me miraron; el Drake que conocían era siempre muy superficial, y a menudo se mofaba de todo, intentando parecer que estaba de buen humor, por eso no era extraño que todos estuvieran esperando que abriera la boca para soltar algo insustancial que convirtiera a alguno de ellos en su objeto de burlas durante toda la velada.

—La verdad es que hace tiempo que no sabemos de ella. Desde que se fue a casa de sus padres, nuestra relación ha cambiado mucho —explicó Nicole, y Luka le acarició un hombro—. Bueno, no es que yo tenga mucho tiempo para hacer relaciones sociales; atender a dos niños requiere mucho tiempo... A veces me planteo llamarla, pero luego se me pasa la hora, y también los días; tampoco le voy a echar toda la culpa de esta situación a ella.

—La niñera nos ayuda —intervino Luka—, pero Luciano está creciendo muy rápido y demanda mucho de Nicole. Yo intento aliviarla, pero lo cierto es que tanto Mila como el pequeño viven en una lucha continua por su atención, y no me extraña —la besó en los labios sin importarle mostrarse domesticado—, yo también compito por su atención y entre los tres, a veces, no le damos tregua.

—Guau, amiga, sí que atrapaste al hombre —dijo Chiara.

—Iba siendo hora —acotó Spencer.

—Y tu hora, ¿para cuándo?

—Estamos hablando de ti, no de mí.

Poppy

Cooper estaba más tranquilo. Después de hablar con Marcia, ella le había prometido que, pasada la Navidad, se pondría en manos de los médicos y empezaría el tratamiento para atacar el cáncer, y eso lo había calmado en cierta forma; aunque no había certeza de que el tumor fuera a desaparecer, por lo menos era una esperanza saber que ella iba a plantarle cara y pelear.

Esos días no dormíamos juntos; él estaba con la cabeza en otra parte y yo

no quería, además, reclamarle atención. Comprendía que necesitaba espacio y lo aceptaba; la temporada de monta estaba próxima a comenzar, pues se iniciaba el próximo mes, y ya había empezado a entrenarse duro de nuevo, así que, entre el trabajo en el rancho, la enfermedad de su madre y la inminente gira, era más que suficiente como para encima atosigarlo con mis necesidades.

Terminé de ducharme y me metí en la cama; nevaba copiosamente fuera, y se esperaba una nevada histórica para las próximas horas en el condado de Washoe, incluso ya había varios caminos que habían tenido que ser cerrados.

Estábamos a sólo dos días de las festividades y todavía faltaban dos semanas para que se cumplieran las cuarenta de gestación; me sentía enorme, las piernas a menudo se me hinchaban y la piel se apreciaba estirada de más.

Percibí un ruido y pensé que se trataba de Coop, pero el golpe se había oído muy fuerte, demasiado como para que fuera él entrando.

Me levanté de la cama y abrí la puerta, y cuando lo hice una rama de árbol llena de nieve se abrió paso por la abertura.

—¡Joder! —grité cuando casi se me cae encima.

La rama del cedro que estaba junto a la casita de huéspedes no había soportado el peso de la nevada y se había caído, estrellándose contra la puerta.

Aunque no quería molestarlo, no me quedaba otra, pues había querido apartar la rama yo misma, pero el peso había resultado demasiado para mí, así que marqué el número de Coop. Hacía mucho frío, excesivo como para pensar en dormir con la puerta abierta.

—Lamento molestarte —me disculpé después de explicárselo.

—Pero ¿tú estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes, sólo que no puedo cerrar la puerta porque una rama está obstruyéndola.

—Ya voy; aléjate de ahí, enciérrate en el dormitorio y abrígate bien.

Pasaron unos cuantos minutos, hasta que oí ruidos en el exterior.

—Coop, ¿eres tú?

—Sí, pero esto es más grande de lo que creía. Iré hasta el cobertizo a buscar una motosierra —gritó—. No podré moverla si no lo corto. ¡Maldito árbol!, ha roto toda la escalera.

Hacía un buen rato que oía cómo serraba la enorme rama, y me dije que en los últimos días habían pasado demasiadas cosas...

«¿Qué más puede ocurrir?», pensé. En ese momento tuve un dolorcito en el vientre, pero me dije que era un retortijón y me acaricié la barriga, esperando a que pasara. Los minutos continuaron avanzando y Cooper seguía luchando por liberar la entrada. No quería ponerme nerviosa, pero por alguna razón toda la situación lo propiciaba. Me senté en la cama y tuve otro dolorcito en la panza, esta vez en el bajo vientre, agudo, y no me pareció un dolor nada común. Miré el móvil para ver la hora y me percaté de que sólo habían pasado quince minutos desde el primero, así que me puse de pie nuevamente y salí del dormitorio cubierta por la manta de la cama. En cuanto me levanté, sentí cómo el líquido caliente se derramaba por mis piernas.

—Coop, no quiero apresurarte, pero... sería bueno que fueras acabando, porque...

—¿Qué pasa?

—Acabo de romper aguas.

—¡Mierda! ¿Justo hoy? ¿Justo ahora?

Cuando Cooper finalmente pudo apartar la gigantesca rama y cerrar la puerta, estaba totalmente cubierto de nieve y tiritaba por el frío. Yo ya me había cambiado y tenía la bolsa lista para que me llevara al hospital; me sentía preparada y mentalizada para ir a parir al crío.

—Dios, pareces el Yeti en persona —solté cuando lo vi.

Se acercó a la estufa; no paraba de temblar y eso me sorprendió, porque él nunca tenía frío.

—No te imaginas cómo nieva. ¡Abrígate bien, Poppy!, iremos hacia la casa.

—No, al hospital es donde me tienes que llevar. Están empezando las contracciones más fuertes, y éstas no son las de Braxton Hicks.

—Lo sé, pero es imposible pensar en salir del rancho, todo está cubierto de nieve, las carreteras han sido cerradas.

—Pero tengo que parir.

—Bueno, Marcia y yo hemos traído al mundo muchos terneros... Sé que suena horrible, y no es que te compare con una vaca, pero no creo que haya otra solución.

Me puse a llorar, ésa no era la manera en la que había imaginado que mi hijo llegaría a este mundo.

Coop me cogió en sus fuertes brazos y me trasladó a la casa. Cuando llegamos, Marcia nos estaba esperando porque, antes de ir hacia allá conmigo, él había ido primero solo a dejar mi bolsa y a poner en alerta a su madre acerca de lo que estaba ocurriendo.

Aunque me negaba a que el parto fuera de ese modo, no me quedaba otro remedio más que aceptar; nada se podía hacer contra el poder de la naturaleza.

—He llamado al 911 y me han aconsejado que permanezcamos aquí, cariño. —Marcia acarició mi rostro—. No llores, todo saldrá bien. Los caminos están intransitables y no es bueno que nos arriesguemos saliendo... Si quedásemos atrapados en la carretera sería mucho peor. Ellos mandarán una ambulancia y, en el caso de que no puedan llegar a tiempo, nos ayudarán por teléfono guiando el parto.

Por supuesto que eso, de ninguna manera, me dejó más tranquila.

El tiempo seguía transcurriendo y las contracciones cada vez eran más seguidas, y más dolorosas. Estaba muy asustada, para ser más exacta estaba aterrorizada, y creedme cuando os digo que la palabra *aterrorizada* no llegaba a describir la forma en que me sentía.

Marcia y Cooper no paraban de preparar el lugar. Ella estaba al teléfono y le indicaba a Coop lo que haría falta, así que procuraron tenerlo todo

preparado por si la ambulancia no lograba llegar a tiempo... o ni siquiera llegar.

Me trasladaron a la habitación de Cooper, ésa fue la estancia elegida para hacer de sala de parto. Retiraron la cama hacia un lado y también las alfombras; el suelo estaba cubierto por la cortina del baño y sábanas.

—Cálmate, cariño, todo saldrá bien. Tu bebé es sano y muy fuerte, y ya verás que los médicos llegarán a tiempo... Esto es exclusivamente por prevención, para que el momento no nos coja desprevenidos, así que tú sólo céntrate en respirar exhalando por la boca e inhalando por la nariz. Incluso será mejor que te quites la ropa de la parte inferior y te cubras con la sábana; de esa manera podré ver si estás empezando a coronar.

—Marcia, no me dejes sola. —Cogí su mano enérgicamente.

—No lo haré, estoy aquí para recibir a tu bebé si es preciso, y Coop te sostendrá la espalda todo el tiempo; estamos contigo.

Él me abrazó y acarició mi espalda.

—Y, además —agregó Cooper—, recuerda que a lo largo de cientos y cientos de años las madres han dado a luz fuera de los hospitales, así que, aunque esto no sea lo más común hoy en día, no es algo que no pueda hacerse.

El tiempo continuó transcurriendo y de la ambulancia no había ni noticias. Primero estuvimos al teléfono con la operadora, y en ese momento con mi médico; éste me había atendido durante los casi seis meses que hacía que vivía allí, así que eso me tranquilizó.

Viendo las circunstancias, nos aconsejó que la mejor posición para parir era en cuclillas, ya que ninguno éramos expertos.

—Eso le quitará presión a tu espalda y será más fácil para ti, puesto que la gravedad abrirá el canal de parto mucho más.

Agradecí el avance de la tecnología, porque mi médico no sólo estaba al teléfono, sino en videollamada, así que era como tenerlo con nosotros.

—Poppy, todo está bien, no tienes que temer —me calmó—, porque todo

saldrá perfecto. Tú sólo tienes que concentrarte en pujar —dijo después de que Marcia le mostrara cómo el bebé ya estaba coronando, cuando yo empecé a anunciar que quería hacerlo, que sentía una necesidad imperiosa de empujar.

Cooper me sostenía por las axilas, desde atrás, y sabía que sus brazos eran muy fuertes, así que eso me dio seguridad; incluso me hablaba al oído, intentando tranquilizarme.

—Te tengo, nena. Pronto lo tendrás en tus brazos; estoy aquí, y sabes que no te soltaré por nada.

—Somos un equipo —dijo el médico— y los cinco, contando al bebé, lo lograremos. Cuando sientas que viene la próxima contracción, vas a empezar a pujar, largo y muy seguido, y lo harás hasta que yo te indique que pares. Marcia, ¿estás preparada para sostener la cabeza del bebé? Recuerda que no tirarás de él, sólo lo sostendrás.

Ella asintió y ya no hubo marcha atrás... Mi hijo tenía que nacer, y debíamos lograrlo.

Fueron cuatro pujos y, por suerte, salió sin ninguna complicación; yo estaba agotada. Cooper se sentó en el suelo y me sostuvo contra su pecho; Marcia, a su vez, cogió a mi hijo y lo apoyó contra el mío; siguiendo las indicaciones del doctor, empezó a darle calor frotando su cuerpecito con una sábana y secándolo, y ayudándolo de esa forma para que comenzara a respirar por sus propios medios.

Yo no podía parar de llorar... Era el bebé más hermoso que había visto en mi vida y era mío. Su pelito era como una pelusita dorada y no dejaba de chillar; muy pronto, al contacto con mi cuerpo, empezó a entrar en calor y se calmó, y con las instrucciones del médico Marcia me ayudó a expulsar la placenta. Luego, en ese momento en que estábamos decidiendo si cortábamos el cordón umbilical o no, la asistencia médica nos anunció que no tardarían en llegar, así que, guiados por el doctor, lo hicieron lo mejor que pudieron.

—Su nombre es Draco —anuncié.

—Me encanta cómo lo has llamado —dijo Cooper, que no me había soltado ni por un segundo—. Él es fuerte y valiente como un dragón.

Marcia me ayudó a ponerlo en mi pecho; el tragoncete se prendió de mi pezón de inmediato y empezó a mamar.

Nada transcurrió como había esperado que fuera, pero con la ayuda de Dios y de mis ángeles de la guarda, Marcia y Cooper Lynch, todo había salido muy bien y, sin duda, tendría una hermosa historia que contarle cuando mi hijo creciera.

Veintiocho

Cooper

Finalmente la ambulancia llegó después de varias horas, pues el camino se les complicó porque estaban despejando de nieve las carreteras.

Al evaluarlos, convinieron que tanto Draco como Poppy se encontraban muy bien; de todas formas, prefirieron trasladarlos al hospital para practicarles otro tipo de pruebas, así que mamá se quedó en el rancho y yo me fui con ellos. Antes de hacerlo, fui hasta la caravana de Adam y lo puse al corriente de todo lo que estaba pasando para que estuviera al tanto de que mi madre se quedaba sola; pude haberlo llamado, pero preferí acercarme en persona para cerciorarme de que estaría pendiente de ella.

No es que Marcia no estuviera acostumbrada a que yo me fuera, pero desde que sabía que estaba enferma me sentía receloso de que volviera a desvanecerse y nadie se percatara de ello.

Estaba recostado en el sofá, mirando cómo Poppy dormía; se veía exhausta. Tan pronto como llegamos al hospital, les sacaron sangre a ambos para practicarles pruebas que descartasen cualquier infección; aunque los dos se veían muy saludables, lo mejor era no confiarse.

Sentía mi pecho henchido; el bebé no era mi hijo biológico, pero haber ayudado a que naciera me hacía sentir como si de verdad lo fuera. De todos modos, no quería ilusionarme demasiado. Poppy y yo no habíamos acordado el tipo de relación que queríamos tener después de que el niño naciera. Hasta ese momento ella había querido mantener nuestra relación en secreto, pero

mirándolos dormir a ambos sentía una necesidad de protegerlos como nunca antes había experimentado.

Draco se movió en la cuna y lloriqueó, así que me levanté a verlo; sin embargo, el cerebro de una madre está biológicamente programado para atender el llanto de su hijo, así que, por más que fui rápido para que Poppy continuara descansando, ella igualmente lo oyó.

—¿Crees que tendrá hambre?

—Es probable, ¿me lo puedes alcanzar?

Nunca había tenido a un niño tan pequeño en mis brazos, pero, por alguna razón, sostenerlo a él no me hizo sentir inseguro; por el contrario, me sentí más capaz que nunca de luchar contra todo.

Le entregué al bebé y la ayudé a que se lo pusiera al pecho. Ella lo miraba extasiada. Pude sentir mi corazón latiendo en mi tórax ante la mágica imagen, y me quedé absorto observándolos. No me había dado cuenta de que estaba sonriendo hasta que ella levantó la vista y me miró; parecía que esperaba que le dijera algo, pero luego pareció cambiar de opinión y dijo:

—Gracias por acompañarme, no tenías por qué hacerlo.

—Ya te dije que siempre estaría.

—Lo sé, pero también sé lo mucho que te ha costado dejar a Marcia sola.

—Ella estará bien, está acostumbrada a que yo me vaya; mantenerla entre algodones sólo la pone frenética, no quiere ser tratada como una enferma.

Las próximas semanas transcurrieron como una cálida brisa de primavera, a pesar de que el clima seguía sin dar tregua en la región.

Con Draco entre nosotros, nos sentíamos como una hermosa familia. Mi madre estaba como loca con el crío, y eso le había dado ánimos renovados para luchar contra su enfermedad.

La Navidad había pasado, y nos estábamos acomodando de nuevo a

nuestras rutinas. Poppy insistía en mantener su habitación en la casita de huéspedes y, cuando le propuse que pasásemos al siguiente nivel en nuestra relación, me comentó que prefería ir con calma y conservar las cosas entre nosotros tal como estaban, así que aún reservábamos nuestra relación de forma privada.

Yo me sentía preparado para más, pero ella parecía reticente a dar el siguiente paso, y a pesar de que nuestra relación florecía día tras día, en algo desconocido para ambos, Poppy deseaba que continuáramos tal cual. No quise presionarla, pues entendía que en ese momento estaba ajustándose a su nueva vida con el niño, y que el bebé demandaba mucho de ella, así que decidí que esperaría el tiempo que me pedía.

Poppy

La relación entre Coop y yo era natural, y aunque nunca me presionaba, después de que le dijera que quería mantener las cosas como estaban e ir despacio, la presión siempre estaba ahí. Me sentía desleal por no contarle la verdad sobre el padre del bebé, pero siempre ocurría algo que me hacía posponer el momento. El hombre tenía miles de cosas en la cabeza como para encima agregarle una preocupación más... pero, hasta que no me sincerara, no era factible que nosotros avanzásemos. Además, aunque me sentía cómoda, protegida y querida y él demostraba hacia mí sentimientos muy grandes también, yo todavía continuaba pensando en el padre de mi hijo, y eso hacía que aceptar su propuesta fuera aún más infame.

Quería encontrar el instante justo para hablar con Cooper, pero éste parecía no llegar nunca. Estaba tan sobrepasado de problemas que incluso había preferido arreglar las cosas con Parker y que éste siguiera ocupándose de sus finanzas, con el fin de continuar centrando sus pensamientos en su carrera, el rancho y, en ese momento, también en su madre.

Marcia había comenzado con la quimioterapia, y el tratamiento estaba

siendo muy agresivo con su cuerpo, así que poco podía ocuparse de las tareas que antes llevaba a cabo en el rancho y eso había recaído en los hombros de Cooper, que tenía aún más obligaciones que antes. Yo intentaba colaborar, pero Draco era muy pequeño y me reclamaba continuamente; de todas formas, con gusto me había convertido en enfermera a tiempo completo para Marcia durante el día.

Estábamos los dos sentados en el comedor de la casa, cenando; su madre se sentía con el estómago revuelto y no había querido comer.

—No la veo nada bien; si sigue así, el médico reducirá la dosis que le está administrando, porque parece que no la está tolerando. Él esperaba que lo hiciera para atacar de forma violenta al tumor e intentar reducirlo para ver si podía llegar a ser posible una intervención quirúrgica, pero nada parece estar dando resultado.

—Es muy pronto aún; ya verás cómo los malestares empezarán a reducirse, y los buenos resultados aparecerán.

Asintió no muy convencido. No me gustaba verlo derrotado; cuando yo llegué allí, su fuerza y desenfado fueron lo que me hicieron salir adelante.

—Mañana viajo a Las Vegas para realizar las promociones de la nueva temporada del PBR. Estaré toda la semana fuera, ya que desde allí iré directamente a Nueva York; el fin de semana próximo se inicia la gira de este año.

—Lo sé; no debes preocuparte, estaremos bien. Por las noches me quedaré en tu habitación para que Marcia no se quede sola en la casa. Tú sólo tienes que concentrarte en hacer bien tu viaje, vaquero; necesitamos que regreses de una sola pieza.

Veintinueve

Drake

La nueva temporada del PBR se iniciaba en el Madison Square Garden de Nueva York, y Spencer había quedado tan enganchado a los rodeos, después de que fuéramos a ver las finales del campeonato del mundo a Las Vegas, que había conseguido entradas para ese día.

—Hola, Coop.

—Drake, amigo, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? ¿Preparado para la nueva temporada?

—Acabo de llegar a la Gran Manzana.

—Por eso te llamaba, quiero verte. Spencer sacó entradas para la competición de esta noche. ¿Mi padre ha venido contigo?

—Debe de estar al llegar. No sé la hora exacta, ya que yo venía desde Las Vegas y él viaja desde Reno. He estado a punto de llamarte todos estos días, y también pretendía enviarte entradas... Perdóname por no haberlo hecho, pero cuando lleguéis, pasad a retirarlas; os haré ubicar en el palco preferencial, arriba de las rampas.

—No es preciso; además, ahí me cruzaría sí o sí con Parker y, la verdad, no tengo ganas de verlo.

—Hablamos entonces al finalizar la monta; han pasado muchas cosas, ni te imaginas.

—Te llevaremos al hotel para que puedas cambiarte y saldremos por la noche, ¿te parece?

—No creo que esté de ánimo. ¿Sabes?, mi madre no está bien de salud, le

descubrieron un cáncer cerebral.

—¡Putra mierda!, no puede ser cierto...

—Sí, lo es; la cosa no pinta nada bien.

—Bronco, lo siento mucho, de verdad. Tú, ¿cómo lo llevas? Sabes que la concentración es primordial a la hora de subirte a un toro.

—Lo llevo, simplemente lo llevo. —Sonó resignado—. Intento separar las cosas, pero se me hace difícil. De todas maneras, creo que el hecho de que haya comenzado la gira me ayudará a escapar un poco de la realidad que estoy viviendo; agradezco, además, que al menos la he podido convencer para que intente un tratamiento, ya que al principio no quería saber nada de ese tema.

—Coop, ¿no quieres traerla a Nueva York? Aquí hay muy buenos médicos y, ya sabes, en estos casos siempre es mejor tener varias opiniones.

—La he llevado a un médico en Reno y a otro en Las Vegas; subirla a un avión ni te imaginas lo que fue... pero lo hizo. Es que en nuestra casa hay un ser que ha llegado a nuestras vidas para traernos esperanza; estoy en pareja, y ésta ha tenido un niño... y aunque no soy el padre biológico, me siento como tal, y creo que a Marcia le pasa lo mismo, ella se siente como si hubiera sido abuela... ¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy, escuchándote... Me has dejado sin palabras. No esperaba oír nada de lo que me estás contando. En fin, de un tiempo a esta parte mis amigos han decidido sentar cabeza, así que me siento muy descolocado en mi estilo de vida; creo que el anormal terminará siendo yo.

—Eres el primero en enterarte de que estoy en pareja; es que ella prefiere ir despacio y aún no quiere que lo hagamos público. Ya sabes cómo son en el pueblo, la gente allí no es de mente muy abierta, y, la verdad, no quiero perjudicarla ni a ella ni al crío con habladurías.

—Ese pueblo es un hervidero de gente con prejuicios. No le hagas caso a ninguno y vive tu vida. ¿A ellos qué les importa, si a ti no.

Treinta

Semanas después...

Poppy

Acababa de regresar de Nueva Orleans y el viaje había sido un completo caos en todos los sentidos.

Nunca tendría que haber ido, nunca tendría que haber dejado a mi hijo en Washoe para asistir a la boda de Luka y Nicole.

El caso es que Marcia comenzó a insistir en que necesitaba despejarme. Cooper ese fin de semana estaba compitiendo en Montana, y ella se sentía bien porque durante dos semanas descansaba de la quimioterapia, así que, un poco atosigada por la insistencia de Nicole, que quería enviar el avión de Luka a que me recogiera en Dublin, donde creían que yo estaba, terminé aceptando.

De todas formas, lo que me acabó de convencer para hacer el viaje fueron las palabras de Marcia; ella sabía muy bien cómo ponerte a pensar.

«Los grandes cambios siempre vienen acompañados de una gran sacudida; hay que dejar ir, hay que cerrar puertas, y entonces será el momento de que otras se abran.»

Eso era lo que me había dicho, y yo creí que eso era lo que iba a hacer en ese viaje: cerrar puertas.

Cuando llegué a Nueva York, Cooper estaba metido muy fuerte en mi corazón y eso me dio confianza; estaba segura de que, cuando viese a Drake, iba a poder seguir odiándolo, pero nada salió como esperaba.

Apenas lo vi, me di cuenta de que era imposible hacerlo; él continuaba siendo sexy de una manera imposible de describir y, aunque seguía comportándose de un modo grosero y frío, aún me sentía atraída por él, a pesar de que fuera una puta locura creerlo.

Desde el momento en que nos reunimos en el aeropuerto, para viajar todos juntos hacia Nueva Orleans, todo en lo que podía pensar era en continuar viéndolo; no podía alejar mi mirada de él, y me sentía una idiota, y una arrastrada... El tipo me había humillado de todas las formas posibles en que una mujer puede ser humillada y, con sólo verlo, me había olvidado de todo.

No podía entender lo que pasaba por mi cabeza, no podía entender por qué me quería tan poco.

De todas maneras, me cogió por sorpresa que, con todas las mujeres que había a su alrededor entre las que poder elegir, se tomara dos minutos para querer conversar conmigo cuando ya estaba a punto de regresar al rancho.

—¿Podemos hablar?

—No tenemos nada de qué hablar, Drake. Estoy aquí por Luka y Nicole, nosotros no tenemos nada que decirnos. Sé que tú y yo no teníamos una relación formal, que sólo follábamos de mutuo acuerdo, pero se supone que, cuando te empiezas a tirar a una persona todos los días, y aunque sólo siga siendo mera atracción física, esa persona mínimamente merece un poco de respeto, y tú te cagaste en mí, como si yo fuera una de las chicas que consigues por las noches para llevarte al despacho de Spencer. Y... quizá no soy muy diferente de las que te hacen el favor, yo asumo que también tengo mi parte de culpa, por acceder, pero me dolió verte en la situación en que te vi, una situación que sé que tú mismo provocaste.

»Te comportaste como un inmaduro. Me humillaste, y me denigraste.

—Te llamé muchas veces y nunca me respondiste; quería disculparme.

—Si hubieras actuado como un hombre, no tendrías que haberte disculpado. Hombre no es el que es capaz de conseguir un coño diferente cada noche, hombre es aquel que puede mantener uno sólo para él.

»Tu falta de compromiso con todo no hace más que hablar de lo vacío que estás por dentro, y del poco valor que le das al prójimo. Estás acostumbrado a humillar, tomando lo que te viene en gana; crees que las mujeres sólo somos objetos para tu satisfacción, y siento asco de mí misma por haberme prestado a tu juego, pero ya no más. Cuando te dije que eras un inhumano, realmente fue lo que quise decir, porque nadie hace lo que tú me hiciste... Me llamaste para que fuera a tu despacho, sólo para que te viera con los dedos dentro de la vagina de tu secretaria.

—Lo siento, me avergüenzo de ello.

—¡Qué pena! No te creo nada, y ahora apártate de mi camino, tengo un taxi esperando en la puerta para regresar a la realidad.

—Quiero otra oportunidad —dijo cuando extendió su mano en un tembloroso gesto y sus dedos vagaron desde mi mejilla hasta mis labios. Aunque no quería permitirlo, sus palabras bailaron en mi cabeza una y otra vez.

»Si me dejaras explicártelo, te diría que no te olvidé... Lo intenté, pero no pude.

Su insistencia apretó mi pecho, pero tenía claro que no podía caer de nuevo ante sus encantos. Drake era un *playboy* de la noche, y quien estuviese junto a él jamás conseguiría momentos más extensos que los que él estaba dispuesto a dar, y esos eran muy efímeros. Él sólo se esmeraba para que pensases que no encontrarías otro que te follase como él.

Me reí falsamente; estaba temblando y no quería que lo advirtiera.

—Sal a la calle y elige con el dedo a otra idiota para follar esta noche. Me diste una gran lección y, si volviera a caer en tu seducción, significaría que no aprendí nada.

Lo dejé de pie en el vestíbulo del hotel; las piernas me fallaban, pero continué caminando.

—Poppy, sé que esto es lo que me merezco, pero las personas cambian... Todos mis amigos, como habrás visto, se están asentando, y tal vez eso

también sea lo que yo necesite...

—Ni tú mismo te crees eso. Mírate, no puedes terminar las frases y tu voz suena trémula, sabes que me estás mintiendo.

—He sido un egoísta; siempre he pensado en mí y nunca me he permitido pensar en nadie más, siempre he lastimado a la gente.

—A mí no me lastimaste, me desencantaste, que es muy diferente; yo estaba obnubilada contigo, nada más.

Antes de verlo, sólo me estaba engañando a mí misma, diciéndome que viajaba para cerrar una puerta, pero eso no era así... Drake no era una puerta cerrada, siempre estaría ahí; cada vez que viera a mi hijo, él se clavaría en mi pecho, y yo aún sentía cosas por él.

De todas formas, agradecía haberme mantenido firme. A pesar de la atracción que Drake despertaba en mi cuerpo, no era tan tonta como para no saber que no tenía que ceder; durante el día lo había visto coquetear con cada mujer que se había cruzado en su camino, una actitud sumamente normal en él, y luego quiso hacerme creer que estaba arrepentido. No podía creerlo, no podía hacerlo; necesitaba alejarme para que viviese la vida que él había elegido vivir, una vida en la que Draco y yo no teníamos cabida. Por eso, si bien la puerta no estaba cerrada con precinto en mi corazón, sí lo estaba en mi razón. Drake no era un hombre que estaba dispuesto a detenerse por nada ni por nadie.

Lloré todo el camino de regreso a Reno. Sólo quería llegar a Washoe y amamantar a mi bebé, al que nunca tendría que haber dejado. Había tenido que sacarme manualmente varias veces leche; me dolían los pechos porque estaban muy llenos, y eso sólo hacía que recordara que Draco era lo único bueno que iba a conseguir de Drake.

Treinta y uno

Poppy

Desde que regresé de Nueva Orleans, me sentía más hipócrita que nunca... pero, cuando me lo planteaba, me atemorizaba pensar en alejarme del rancho; sin embargo, era imperioso que me decidiera.

Draco acababa de cumplir los tres meses de vida y Cooper volvió a insistir con que formalizáramos nuestra relación, y últimamente lo estaba haciendo muy a menudo.

—¿A qué mierda estás jugando conmigo? ¿Por qué te empeñas en ser un sucio secreto en mi vida? ¿No te das cuenta de que tú te pones en boca de todos con tu actitud, ya que prefieres que seamos amantes a escondidas? No te entiendo. ¿A qué le temes?

Tal vez ésa era la oportunidad para contarle toda la historia; quizá era necesario que me arriesgara a perder lo que habíamos conseguido, porque una relación no podía nunca cimentarse en la mentira.

Coop aguardaba una explicación por mi parte, pero las palabras no me salían, estaban atascadas en mi garganta... En realidad, lo que estaba atascada era una verdad que yo quería olvidar. Contarle a Cooper que su mejor amigo era el padre de mi hijo sólo haría que le diera a Drake un título que él no merecía.

Giré la cara y lo encontré mirándome; sus fosas nasales estaban abiertas

porque respiraba furioso, y sus hombros estaban en tensión. No pude sostenerle la mirada... Habíamos pasado demasiadas horas juntos como para que yo, de pronto, le saliera con eso; esperar para hablar no había sido muy inteligente por mi parte, y por fin me daba cuenta de que, siempre que lo había intentado, cualquier excusa me había resultado buena para no hacerlo.

Negué con la cabeza y respiré profundamente al comprender lo que me había negado a aceptar desde mi viaje a Nueva Orleans: me había enamorado de dos hombres y, aunque pareciese imposible, eso era lo que sentía.

Uno era el remanso en mi vida y la seguridad de que podía ser querida por alguien, y el otro era la borrasca, la tempestad que mi cuerpo precisaba para sentirse totalmente vivo... y no es que, cuando estaba con Coop, no sintiera así; él era ardiente también, pero de una manera diferente que no me completaba, y era como que siempre me faltaba algo, y ese algo por fin sabía que era Drake Olson.

—Poppy. —La voz de Coop interrumpió mis pensamientos; levanté la vista para encontrarme con su mirada—. Bien, veo que vas a mantenerte en tu postura... Pues, hasta aquí he llegado. ¿No quieres más? Yo no quiero menos.

Salió de la casita de huéspedes hecho una furia, y no era para menos. Lo único que quería era dármelo todo y lo único que conseguía eran mis continuos rechazos.

Draco se despertó por el fuerte golpe que recibió la puerta, así que lo levanté de su cuna y lo cobijé contra mi pecho hasta que se calmó. La culpa del secreto que acarreaba se filtraba por mi piel.

Me recordé una vez más que todo era más importante que un juego sexy en mi cabeza.

Miré a mi hijo en mis brazos, y entonces supe que él era más importante que un rollo debajo de las sábanas; él era lo primordial y, si por Draco tenía que renunciar a mi felicidad, eso era lo que haría.

No quería a Drake en nuestras vidas, y empezaba a comprender que confesarle a Cooper la verdad había dejado de estar en mis planes; ya no

quería mentirme ni mentirle, y definitivamente no tenía intención de que todo saliera a la luz, pero también era consciente de que, si me quedaba allí, tarde o temprano eso ocurriría, así que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

Después de que Draco se calmara, me acerqué a la casa principal, pues allí llegaba la señal de Internet, y no me fue difícil encontrar un apartamento en el noroeste de Reno. Tenía el dinero que había logrado ahorrar durante todo el tiempo que había estado viviendo en el rancho, así que pensaba usarlo hasta conseguir un nuevo trabajo y contratar una niñera para mi bebé. No era mucho lo que tenía para empaquetar, así que no me resultaría difícil transportarlo en mi coche.

Había anochecido, y Cooper todavía no había regresado, así que Marcia y yo cenamos solas. De todas formas, la decisión estaba tomada y, aunque me doliera en el alma dejarla en ese momento en el que ella se veía tan frágil, sus palabras, las que me dijo cuando acababa de llegar a Washoe, me dieron fuerza para continuar con mi plan.

«Un hijo nos cambia la vida desde el momento en el que sabemos que va a nacer, así que supongo que todo lo que haces lo haces por protegerlo a él.»

Me despedí de Marcia como cada noche para retirarme después a mi habitación, pero la abracé muy fuerte, pues no sabía cuándo volvería a verla, y esperé a que se fuera a acostar, y luego me marché.

El sitio que había encontrado no estaba demasiado lejos del rancho, a unos cuarenta minutos en coche. Lo había arreglado todo por teléfono; el casero de los apartamentos vivía en el edificio, así que pasé a pagarle y de inmediato me entregó las llaves. El lugar era pequeño, modesto, pero estaba limpio, y era tal cual como se veía en las fotografías colgadas en Internet. Casi no tenía muebles, una cama de una plaza y media, una mesilla de noche, un armario empotrado en la pared; la cocina estaba equipada y en la sala, una mesa con dos sillas y nada más.

Terminé de darle el pecho a Draco y éste se durmió profundamente, así que aproveché para darme una ducha y ordenar un poco nuestra ropa. Lo

acosté en su cochecito de paseo, al día siguiente por la mañana pensaba ir a comprarle una nueva cuna. Cuando salí del baño, me senté frente a mi portátil para echar un vistazo a las ofertas de empleo disponibles, que no eran muchas; lo que más abundaba eran las de camarera; luego había una de recepcionista en una tienda de mascotas, otro puesto como recepcionista en un spa y, el que me pareció más adecuado, el de recepcionista en una tienda local que se dedicaba a encontrar empleos.

Esa noche fue muy rara y dormí de manera intermitente; me levanté muy temprano para presentarme a los empleos que había seleccionado la noche anterior. No creía que fuera a tener mucha suerte, ya que presentarse a conseguir un trabajo con un crío a cuestas no es lo que nadie espera, pero igualmente decidí arriesgarme.

Lo dicho... Nadie quería contratar a una mujer que era madre de un bebé de tres meses y que, además, no tenía una niñera con quien dejarlo, a pesar de que les expliqué que, si me daban el trabajo, buscaría de inmediato una, pero nadie deseaba una complicación ni a alguien que no daba garantías, a simple vista, de poder cumplir.

Aún me faltaba ir a uno de los puestos vacantes que había seleccionado, así que, cuando llegué a la agencia de trabajos temporales, la dueña me miró cuando entré con Draco en brazos y, aunque su primera reacción fue rechazarme, decidió escucharme.

—Supongo que en su base de datos tendrán niñeras disponibles, así que apelo a utilizar sus servicios si me dan el empleo.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Poppy Monroe. Estoy desesperada, necesito el empleo para continuar adelante. Soy muy cumplidora y Draco casi no da problemas; es un niño muy tranquilo, sólo llora cuando está sucio o cuando tiene hambre, así que la niñera no tendrá casi trabajo.

—Tranquilízate... ¿Sabes?, me recuerdas a mí hace unos años, sólo que yo estaba sola en la vida con dos niños, uno de tres años y un bebé de seis

meses. Imagínate lo que fue eso, pero caí en el lugar adecuado, una cafetería regentada por sus dueños, un matrimonio que no podía tener hijos y que me permitió tener a los niños conmigo mientras atendía las mesas.

Me miró y realizó una fuerte respiración.

—Puedes traerlo contigo hasta que consigas con quién dejarlo. De todas maneras, estarás a prueba durante una semana... Necesito ver tu desempeño para contestar las llamadas, reclutar personal, enviar correos y archivar, hacer copias e introducir datos. Dices que tienes conocimientos y habilidades informáticas, pero además es necesario que seas agradable al teléfono. Éste es un entorno rápido y muchas veces hacemos malabares con diversas tareas a la vez.

—Estoy segura de que podré con todo.

No podía creer mi suerte, salí de allí con las esperanzas renovadas, como cuando llegué al rancho.

Se había cumplido la semana de prueba y la señora Emerson estaba muy contenta con mi labor, incluso le estaba rediseñando la página web de la agencia de empleos, para que se viera más atractiva y más ágil.

—Poppy, ahora que tenemos un respiro, quería comentarte que tengo una sobrina que está estudiando en la universidad y que anda buscando empleo de niñera. Le comenté que vives a sólo quince minutos de aquí, en los apartamentos de Silver Creek, y se entusiasmó porque le queda muy cerca de donde estudia, en la Universidad de Reno... así que, si quieres conocerla, ella necesita ese tipo de trabajo para poder estudiar en los momentos en que Draco duerma.

—Oh, Emerson, ¡eso sería fantástico! Además, es de tu confianza, y eso me dejaría muy tranquila. Como puedes imaginar, lo que más miedo me daba era pensar en dejar al niño con una desconocida.

—Harmony es una delicia de chica; además, tiene experiencia con bebés, ya que mi cuñada tuvo cinco además de ella.

—Eso es todavía más fantástico.

Con el correr de los días todo se fue asentando... La sobrina de Emerson me caía muy bien, así que no fue muy difícil decidir dejar a Draco con ella; por otro lado, si bien el trabajo que tenía no estaba demasiado bien pagado ni podía optar a progresar en él, me servía mientras el niño crecía y me daba también tiempo para acomodarme y reestructurar nuestras vidas.

Treinta y dos

Cooper

—Te lo dije, te advertí de entrada de que esto pasaría. ¿O crees que no sabía que, desde hace meses, por las noches, dormías en la casita de huéspedes con ella?

—¿Puedes dejarme en paz, Marcia? No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme.

—Me gustaba tenerla aquí, me gustaba pensar que, cuando yo no estuviese, no estarías solo, pero en el fondo sabía que Poppy no estaría en el rancho para siempre.

—¿Otra vez con eso? O te callas y comemos en paz o me voy al bar del pueblo; hablas como si fuera culpa mía que Poppy se haya ido; fue su decisión.

—Ella no estaba preparada para más y, francamente, no sé si alguna vez lo habría estado.

Tiré el tenedor sobre la mesa y me levanté rabioso. Yo también la extrañaba, pero me enojaba que simplemente se hubiera despedido de nosotros a través de dos cartas que dejó sobre la mesa de la cabaña que ocupaba; una estaba dirigida a mí, y la otra a Marcia.

Desde que se había ido, hacía de eso una semana, había leído sus palabras tantas veces que ya me las sabía de memoria. No podía creer que, después de todo lo que habíamos vivido, pudiera despedirse de mí con tan sólo una impersonal carta.

Me agradecía todo lo que había hecho por ella, el lugar que le había

facilitado para vivir mientras esperaba a su hijo, y me pedía disculpas por tener su corazón tan hecho trizas como para no poder abrirlo por completo para mí.

La parte que más me dolía era aquella en la que afirmaba que le hubiera encantado que yo fuera el padre de Draco, para que las cosas fueran más sencillas y ella no tuviera que elegir.

Por último se despedía diciendo: «Eres lo mejor que me ha pasado en la vida; por eso me voy, porque no te merezco, porque mi amor nunca será suficiente comparado con el que tú me das».

Llegué al bar de Camp y estacioné mi camioneta en el aparcamiento junto al arcén. Cuando bajé, no pude evitar recordar el día que nos conocimos... En esa ocasión Poppy descendió de su coche con su disfraz de vaquera puesto, ya que se notaba a la legua que ella no se vestía así; había aparcado delante de la tienda de comestibles que estaba al lado, y yo me encontraba allí porque había ido a retirar el pedido del mes que Marcia había hecho.

Impulsado por los recuerdos, saqué mi teléfono móvil y marqué su número; no me parecía justo que se hubiese marchado tal como lo había hecho. Hasta ese momento me había resistido a llamarla, estaba demasiado cabreado, pero ese día perdí la voluntad y me decidí a hacerlo. Sin duda, estaba desesperado.

No atendió, así que decidí enviarle un mensaje de WhatsApp.

No tenías que irte, no tenías que hacerlo...

¿Sabes? Tenías un lugar seguro en mi casa para ti y para el pequeño, y eso podría seguir siendo así.

Hoy he vuelto de la gira, esta semana hemos estado en Oklahoma, y debo decirte que no he sumado ningún punto... porque tenía la cabeza en cualquier parte menos en el rodeo.

No puedo dejar de pensar en ti y en Draco, me preocupa que no estéis en un sitio seguro.

Marcia está igual de insoportable porque no estáis en la casa, pero se acostumbrará... Yo también lo haré.

Es una lástima que todo haya terminado así.

Poppy

No podía dejar de llorar después de leer su mensaje, y aunque sus palabras sólo me provocaban salir corriendo para volver a sentir sus brazos a mi alrededor, todavía seguía creyendo que irme era lo mejor que pude haber hecho; no se trataba de mí, ni de Cooper, tampoco de Drake, lo había hecho por mi hijo.

Sollocé e intenté secarme las lágrimas de las mejillas, y sentí que esas nuevas sensaciones no tenían control en mi cuerpo. Traté de evitar que mis manos temblaran mientras bloqueaba la pantalla del móvil, y, cada vez que mi mente viajaba a todo lo que había pasado, un escalofrío me recorría la columna vertebral.

Me senté en la mesa de la cocina, mirando la pared, y perdí la noción del tiempo, hasta que oí llorar a Draco; mi hijo siempre me rescataba, haciéndome volver a la realidad.

Acababa de cambiarle los pañales después de darle de mamar. Había crecido mucho ya y por ello permanecía más tiempo despierto. No pude dejar de asombrarme por lo parecido que era a su padre, incluso era guapo como él.

Volví a recapacitar acerca de lo ilusa que había sido al pensar que podría olvidarme de Drake; no había forma de hacerlo, ya que resulta imposible olvidarte del hombre con el cual has engendrado un hijo.

Recordé en ese instante la razón por la que en su momento elegí solicitar el empleo que ofrecía Cooper, y me reí sin ganas.

Nunca había creído en las casualidades llenas de intención, pero en ese momento me daba cuenta de que eran muy ciertas; tantos sitios que hay en el

mundo y acabar coincidiendo allí... Eso sólo quería decir que lo que pasó, simplemente, tenía que pasar.

Drake y yo sólo tuvimos sexo y nada más, salvo un par de veces en las que, después de alcanzar el éxtasis, me sostuvo contra su pecho y empezó a hablar de los sueños truncados... Fue entonces cuando me contó cosas de cuando montaba toros en su tierra natal. No dijo demasiado, ni dio nombres, ni refirió lugares, sólo habló con vehemencia, resaltando la adrenalina que te recorre el cuerpo cuando estás encima de un animal así, y comparó esos instantes a cuando tienes un orgasmo.

Cuando quise alejarme de él y empecé a buscar un sitio a donde ir, supe que quería que mi hijo creciera en un lugar que fuera parecido al que su padre añoraba, y por eso, cuando surgió el puesto de *community manager* en un rancho para trabajar para un jinete de toros, ni lo pensé. ¡Qué ironía! Sin saberlo llevé a mi hijo al sitio donde su padre había nacido. Ahora que vivía en Reno, entendía por qué Drake añoraba tanto New Washoe City... Quizá no era el lugar más glamuroso ni tampoco el sitio más poblado, pero allí te sentías seguro, y la vida nunca era monótona, siempre había cuestiones que resolver.

Treinta y tres

Cooper

No creí que fuera a pasar tan rápido, en realidad ni siquiera creí que fuera a suceder, pero había ocurrido.

Siempre pensé que mi madre lo superaría todo, pero allí estábamos, despidiéndola.

Llegamos a la iglesia y el padre Gilbert nos estaba esperando en la puerta. Entré y me acomodé en los bancos de delante; miré a mi alrededor y vi a mucha gente conocida. La música empezó a sonar, era una melodía *country* que se llamaba *Don't Close Your Eyes*, que mi madre solía cantar cuando hacía las tareas.

Vi entonces que los muchachos que trabajaban en el rancho se apartaron para darle paso, le hicieron un lugar en el banco en el que ellos estaban de pie, y su cabello rubio me resultó inconfundible antes de verle la cara. Sentí ganas de sostenerlo entre mis dedos y olerlo; la extrañaba tanto... Llevaba un vestido negro largo hasta las rodillas y en sus brazos sostenía a Draco. El niño estaba enorme; hacía tres meses que se habían ido de casa, así que el bebé ya tenía seis. Debía confesar que no pensé que vendría, ni siquiera sabía cómo se había enterado, aunque en el mundo de la monta profesional de toros la noticia había corrido a viva voz.

Cuando la música terminó, el sacerdote comenzó a hablar de la vida de mi madre, de todo lo que había dado en su paso por esta tierra. Luego me ofreció decir unas palabras de despedida y allí me coloqué, frente al atril donde estaba el micrófono, y me limité a contar cómo había sido nuestra vida. Me

resultó difícil hablar en pasado, puesto que todavía no había acabado de asimilar que ella ya no estaría nunca más ni en la casa ni en el rancho. En un momento dado levanté la vista y carraspeé para aclararme la voz; necesitaba hacer un alto para ordenar mis ideas, ya que continuar se me hacía verdaderamente difícil, pues me suponía un gran esfuerzo hilar dos palabras sin que la emoción me embargara el alma y me hiciera un nudo la garganta. Fue entonces cuando lo vi entrar por el pasillo. Honestamente, debo confesar que me sentí muy sorprendido; hacía muchos años que él se había ido de allí, y verlo entre los lugareños me resultó muy extraño.

Se paró junto a su madre y observó cómo Parker lo miraba fulminándolo; casi intervine para decirle que eso no se trataba de él, que Drake estaba allí por mí y por mi madre, pero me contuve.

Cuando la ceremonia terminó, cargamos el féretro hasta el coche fúnebre, y entonces fue cuando mi amigo me abrazó y recibí sus condolencias.

—No me imaginé que fueras a venir.

—No he pensado en otra cosa desde que me enteré. Mi madre me llamó para avisarme.

En ese instante sentí una mano posarse en mi hombro y no me hizo falta darme la vuelta, pues había reconocido de inmediato su tacto.

—Poppy...

—Hola, Drake.

—¿Os conocéis?

Ella asintió y esquivó la mirada de mi amigo. No me pasó desapercibido cómo éste miraba insistentemente al niño, y sólo me hizo falta verlos a ambos para darme cuenta de que pertenecían a dos generaciones diferentes de Olson; de pronto me sentí perdido y no entendía nada, pero Drake no se veía mejor que yo.

—Gracias por venir —le dije a ella, y cogí al pequeño de sus brazos y lo abracé contra mi pecho, para, en cierta forma, recuperar lo mucho que lo había extrañado.

—No tengo excusas. Lo siento tanto... No creí que fuera a suceder tan pronto, lamento no haber llamado.

Asentí y le dije:

—Nadie lo creyó.

Poppy me abrazó, y atrapé su cintura con el otro brazo y hundí mi rostro en su cuello. Me sentí demasiado bien al tenerla así, pues su contacto me daba serenidad, y me odié a mí mismo por comprender que la necesitaba tanto.

Los tres nos mirábamos incómodamente, pero ninguno refirió nada más allá de lo que nos tenía reunidos allí.

El cortejo finalmente partió rumbo al cementerio y, cuando llegamos, muchos ya estaban en el camposanto. La ceremonia del entierro fue rápida y lo agradecí, sólo deseaba que esa pesadilla terminara de una vez y salir de ese sitio que me recordaba a cada momento por qué estaba ahí.

Llegamos a casa para festejar la vida de Marcia y, aunque cuando bajé de mi camioneta no quise comprobar si Drake y Poppy continuaban allí, al poco mi vista vagó en su busca, desesperadamente. La gente se me acercó para darme el pésame y oí apenas la mitad de lo que me dijeron; mi cabeza no estaba para nada, simplemente estaba en blanco. De repente vi a Adam sosteniendo a Draco, y a Roger que le hablaba de manera ñoña, y respiré aliviado al constatar que no se había ido; quería hablar con ella.

Encontré con la mirada a Lucía, y miré a Parker, que tenía un vaso de whisky en la mano. Cassidy se había marchado después del entierro. El viejo Olson, a simple vista, parecía muy cabreado, y en ese instante vi también a Drake, que se acercaba a su madre, la besaba en la frente y la abrazaba.

Todas las miradas estaban posadas en él y los presentes no dejaban de murmurar por su presencia, que los cogió a todos por sorpresa, incluso a mí.

Miré hacia la cocina y vi a Poppy hablando con los del servicio que había contratado para atender a la gente.

Entonces me sentí como un espectador ausente... Recordé que ellos se

conocían, recordé el parecido entre Drake y Draco, y sólo tuve que sumar dos más dos.

Drake

No quería montar un escándalo, pero había demasiadas cosas que Poppy debía explicarme; yo no era tan tonto como para no darme cuenta, así que empecé a hilar los hechos: su repentina desaparición, su negación a hablar con sus amigas y también conmigo... Así que, en cuanto tuve la oportunidad, la cogí del brazo y la saqué por la puerta trasera.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no te calmas? Ten respeto por Marcia; no sería correcto que provocaras un escándalo justo el día de su funeral.

—Entonces, si no quieres que monte un escándalo, empieza a contármelo todo de inmediato.

—Debo recordarte que el día de hoy no se trata de ti ni de mí. No es el momento.

La gente que estaba próxima nos miraba de manera extraña, así que la volví a coger por el codo, obligándola a caminar más lejos; sentía que mis venas estaban a punto de explotar a causa de la ira.

—¡Suéltame, bestia!, me estás haciendo daño.

—No hasta que hablemos.

—Ya te he dicho que éste no es ni el lugar ni el momento.

—Pues yo creo que sí es el momento. —Nos detuvimos junto al redil—. Hay muchas cosas que me tienes que explicar. Llego al entierro de la madre de mi mejor amigo y resulta que te encuentro aquí, cuando te creía viviendo en Dublin con tus padres, y como si eso no fuera raro ya de por sí, me doy cuenta de que conoces a Cooper y a toda esta gente... y, además, en tus brazos llevas a un niño que...

—... se parece mucho a ti, porque es tu hijo. ¿Eso querías oír? Ya está, ya lo has oído.

—Dime que no es cierto.

—Te lo diré, si es lo que quieres. Siempre supe que eso sería lo que ibas a querer escuchar; no esperaba otra cosa de ti cuando te enteraras.

—Cuando me enterara... Sí, suena muy eventual la frase, por supuesto, porque lo he hecho de casualidad... y por lo visto tú no tenías ninguna intención de hacérmelo saber.

—¿Debo recordarte todas las barbaridades que dijiste acerca de ser padre cuando Nicole y Luka nos anunciaron que iban a serlo? Porque, si resulta que tú tienes mala memoria, yo no.

—No puedo creer que me lo ocultaras, no puedo creer que ni siquiera te tomaras la molestia de informarme de que iba a ser padre.

—Por supuesto que me tomé la molestia, pero cuando fui a hacerlo te encontré revolcándote con tu secretaria... Así que decidí irme y dejarte vivir tu vida vacía y falaz.

Oímos aplausos y nos dimos la vuelta; era Cooper, que estaba a escasos pasos de distancia.

—Por eso te fuiste... Por eso no querías terminar de aceptarme... Pero el arrepentimiento tardó en llegarte, porque estoy seguro de que nos viste en la final del campeonato abrazados cuando nos tomó la cámara y, sin embargo, me dejaste meterme en tu cama, me ilusionaste y luego...

—¿Ella es la mujer de la que me hablaste en Nueva York? —demandé.

—Draco es su hijo, ¿no? —quiso saber Cooper.

Poppy no le contestó, así que seguí indagando.

—¿El niño se llama Draco? Fuiste tan obvia que... ¿uniste nuestros nombres? —vislumbré indignado.

—Ahora resulta que yo soy la única culpable de todo. Te rechacé miles de veces, pero seguiste insistiendo... —le gritó a Cooper.

—No veo que lo hayas rechazado demasiado —la interrumpí—, acaba de decir que lo dejaste entrar en tu cama.

—¿Eso es un reproche, Drake? ¿Quién mierda eres tú para reprocharme

con quién me acuesto? ¿Precisamente tú te atreves a increparme por algo así? No creo que todo este tiempo te hayas mantenido célibe.

—Soy el padre de tu hijo.

—Padre no es sólo el que engendra. A veces es más padre el que da amor verdadero —saltó Cooper, enfrentándome.

—Si no le di amor al niño fue porque no sabía que existía. Me quitaste mi vida entera —le reproché y el reproche salió sin que pensara lo que decía—, ¿y ahora también pretendes quitarme a mi hijo?

—Yo no te quité nada —replicó Cooper.

—Ah, ¿no? Me quitaste mi carrera. Si yo no me hubiese ido, no hubieras ganado todo lo que ganaste, porque siempre estabas por detrás de mí. Me quedé sin familia para que a ti no te faltara una, porque, si me quedaba, no te iba a resultar muy agradable saber que tus padres no eran lo que siempre creíste.

—¿Qué mierda acabas de decir?

Poppy

Me cubrí la boca cuando oí lo que dijo Drake, y Cooper de inmediato reaccionó, cogiéndolo de la chaqueta.

Me abalancé sobre ellos para intentar separarlos, sabía que ambos eran muy fuertes.

—¡Podéis parar los dos! Acabamos de enterrar a Marcia y mirad lo que estamos haciendo y diciendo. Su cuerpo aún está tibio y la casa está llena de gente que ha venido a honrar su vida —grité, y mis palabras parecieron cobrar efecto en ambos, porque, a regañadientes, se calmaron.

Era evidente que necesitábamos tranquilizarnos, así que los tres lo intentamos, aunque por momentos todo parecía que estaba a punto de descontrolarse.

Esperamos hasta que la última persona se fue y luego preparé café y nos

trasladamos a la sala. Draco dormía en el sofá, así que los tres nos sentamos en el suelo, sobre la alfombra.

Lentamente, comencé a explicarles cómo fui a parar allí; durante ese relato, Drake fue el que más reclamó.

—No puedo creer que decidieras por mí.

—¿Vas a dejarme hablar o vas a interrumpirme a cada rato? ¿Tengo que recordarte cómo te encontré cuando fui a darte la noticia?

Yo también tenía muchas quejas hacia él. Cuando Cooper se enteró de lo que me hizo, tuve que volver a intervenir para que no llegaran a las manos; él sería eternamente mi caballero soñado. Continuamos hablando hasta que los tres nos quedamos sin nada que decir ni que reclamar... pero entonces Drake se puso de pie y me dijo:

—Fui un cobarde; había empezado a sentir muchas cosas por ti y me asusté, y por eso busqué la forma de que te alejaras, porque yo no me sentía capaz para hacerlo. Sé que lo que hice fue muy bajo... No me la follé, no pude. Cuando te fuiste me las ingenié para salir de la situación. Quiero que sepas que... lo que siento es una emoción con la que no estoy familiarizado; sin embargo, va siendo hora de que lo reconozca... Te amo.

—Un momento —intervino Cooper—, yo también la amo, y no estoy dispuesto a renunciar ni a ella ni al niño; lo vi nacer, la acompañé cuando tú no estabas, estuve cuando tú no.

—No estuve porque no sabía nada de nada, ¡¿cuántas veces debo repetirlo?!

—¿Os estáis oyendo los dos? Nos reclamáis a Draco y a mí como si nosotros fuéramos de vuestra propiedad. Sería bueno que me preguntarais lo que siento yo, ¿no os parece?

»Drake, no estuviste porque en ese momento sentí que seríamos una obligación para ti; te dejé continuar con tu vida... Eso era lo que pretendías después de todo, acabas de decirlo.

—Me costó darme cuenta de mis sentimientos, pero ahora estoy ciento por

ciento seguro de ellos. Quiero intentarlo, quiero que lo intentemos.

Cooper me agarró de las manos, haciendo que lo mirara a él.

—¿Qué hay de mí? Sé que también te dejé ir, pero sólo pretendía que pudieras pensarlo mejor; sé que no te soy indiferente.

Me quedé callada durante unos segundos y me refregué la cara; luego dejé de cubrirme el rostro y abrí los ojos para enfrentarme a un par de ojos azules y a otro par de verdes que aguardaban una respuesta.

—Oh, Dios mío, ¡estoy tan jodida!

Cogí a ambos de la mano y, sin mirarlos, empecé a hablar. No sabía si iba a poder hacerlo, pero necesitaba plantearles lo que sentía... Ser consciente de que iba a exponerles lo que necesitaba sexual y emocionalmente me asustó, y me excitó también; estaba a punto de exhibir mi lado más oscuro, y lo más lógico era que ninguno me tomara en serio después de que hablara.

—Supongo que lo que ocurrió con Cooper fue producto de mi desesperación porque alguien me quisiera... Mis padres siempre me hicieron a un lado y, por otra parte, en mi relación anterior —miré a Drake—, anterior a ti —aclaré—, terminé enterándome de que el tipo que me hizo mil promesas no era más que un ruin mentiroso, porque estaba a punto de casarse con otra mujer... y luego llegaste tú, Drake, y aunque sabía que no debía hacerlo, con el correr de nuestros encuentros me ilusioné. Creí que tal vez tú también estabas sintiendo algo por mí, pero luego pasó lo que pasó, y coincidió con el momento en el que me enteré de que mi plan de control de natalidad había fallado, y entonces, aunque estaba destruida emocionalmente una vez más, y sin ganas de volver a creer en el amor, me fui... Lo hice por mi hijo: me mordí el orgullo y quise volver a intentar un acercamiento con mi familia, pero lo único que conseguí esta vez fue un portazo en la cara. Después llegué aquí, y tanto Marcia como Cooper me hicieron sentir importante, y querida, y... —dirigí mi mirada a Bronco—... empecé a quererte de una forma diferente, Coop. Te empezaste a abrir camino en mi corazón, pero con reparos, porque, además de dañado, mi corazón estaba

ocupado por Drake. Me había enamorado de él, quise olvidarlo pero jamás lo hice —solté a ambos—. Dios, no puede ser tan complicado decir esto, pero creedme que es lo más difícil que he dicho en toda mi vida.

Me puse de pie, estaba nerviosa, pero era en ese momento o nunca.

—No sé bien cómo he llegado a este punto, ni sé tampoco si me he vuelto loca o si en verdad se puede sentir lo que siento, pero... lo cierto es que no puedo elegir a uno, porque... estoy enamorada de los dos, quiero estar con ambos.

Draco, en ese momento, empezó a llorar; necesitaba un cambio de pañal y también que lo pusiera en mi pecho. Lo cogí en brazos y me fui a la habitación que había sido de Marcia para que ellos pudieran quedarse solos y asimilar lo que acababa de soltar.

No sé lo que esperaba que dijeran o, mejor dicho, sí que lo sabía: quería estar con ambos a la vez y esperaba que lo aceptaran.

Mi lujuria había dejado la naturaleza de la sensatez, y se estaba saltado todas las reglas. Mi estómago se retorció, al darme cuenta de que ellos podían rechazarme.

Treinta y cuatro

Poppy

Pasó un buen rato antes de dejar a Draco durmiendo en la cama de Marcia; lo rodeé con almohadas y regresé donde se habían quedado Drake y Cooper.

Cuando llegué, ambos parecían más calmados. Me quedé de pie mirándolos; estaban junto a la ventana, bebiendo cada uno un botellín de cerveza.

Cooper cerró la cortina y luego se dirigió a la puerta para cerrarla, continuó su camino y pasó grácil por mi lado, pero, antes de rebasarme, se me quedó mirando unos segundos; luego continuó hacia la cocina. Desde donde yo estaba parada pude ver que se ocupó de cerrar las cortinas de allí y también de echar la llave a la puerta. Mientras lo observaba, sentí cómo una mano empezaba a ascender por mi talle y me sobresalté.

—Shh... relájate. Lanzaste una propuesta y hemos tomado una decisión.

La mirada de Drake recorrió mi rostro, la extensión de mi cuello, mi pecho... y de pronto me sentí desnuda, como si sus ojos pudieran traspasar mi ropa. Sabía exactamente el tipo de hombre que era Drake Olson, y también conocía muy bien el efecto que causaba en mi cuerpo.

De repente noté otras manos que me aprisionaban por detrás, y me estremecí en sus brazos al tiempo que sus labios se acercaron a mi oído.

—¿Esto es lo que quieres, Poppy? —me preguntó Coop—. ¿Estás segura?

Me concentré en las emociones que se retorcían en mi abdomen y pensé antes de contestar. Me quedé sin aliento cuando comprendí que la palabra era sí.

Drake se movió más cerca de mí, y sus manos encontraron nuevamente el lugar que antes me había hecho estremecer. Contraje mi cuerpo instintivamente y Cooper, desde atrás, volvió a hablar.

—Sabes que puedes decir que paremos cuando tú no quieras continuar.

Asentí y me recosté contra su macizo cuerpo, y su lengua recorrió mi cuello; me sentía segura sostenida por él.

Drake, mientras tanto, acariciaba mis brazos. Levantó una de mis manos y metió uno de mis dedos en su boca.

—Estás nerviosa, cariño, pero debes tranquilizarte; no haremos nada que tú no quieras hacer.

No quería pensar si realmente lo que estábamos haciendo estaba bien, sólo quería sentir.

Drake se acercó entonces y reclamó mi boca, bajo la atenta mirada de Coop, que mordió mi hombro mientras apretaba más su cuerpo contra mi espalda. Traté de besarlo con la misma intensidad, pero Drake era muy fuerte y su lengua era la que conducía el beso. Mis bragas ya estaban empapadas, podía sentir la humedad entre mis piernas, mientras era besada por él. Entonces la mano de Cooper levantó el ruedo de mi vestido y en el camino acarició en círculos mi muslo; sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo de punta a punta cuando alzó una de sus piernas entre las mías para acariciar con su rodilla por encima de la humedad de mis bragas. Las manos de Drake estaban por todo mi cuerpo, presionando mis pechos y deslizándose alrededor de mi nuca, mientras continuaba besándome. No quería perderme ninguna sensación. Cooper subió más mi vestido para poder quitármelo; Drake se dio cuenta de lo que pretendía y se apartó para que pudiera pasarlo por mi cabeza; estaba casi desnuda frente a ellos y aún no me había atrevido a tocarlos, aunque mis manos pugnaban por hacerlo.

Cooper

Al principio todo me había parecido descabellado, pero después de que Drake y yo lo habláramos, me percaté de que experimentar una relación como la que de pronto se planteaba entre los tres no era algo tan imposible de conseguir. Yo siempre había sabido que había compartido los sentimientos de Poppy con un desconocido, y de repente ese desconocido tenía nombre, apellido y un rostro, y, además, era alguien a quien estimaba y por quien no sentía desconfianzas; nosotros siempre lo habíamos compartido todo, aunque nunca una mujer... pero, más allá del deseo y la lujuria que pensar en poseer a Poppy nos producía, ambos sentíamos amor por ella, y ella también lo decía tener por nosotros, así que empezaba a creer que podríamos lograr un equilibrio juntos y decidí que estaba bien intentarlo.

La giré para que quedara frente a mí; había llegado mi turno de probar su boca, pero Drake interrumpió mis intenciones cuando le quitó el sujetador y lo deslizó por sus brazos. Me quedé obnubilado admirando sus perfectas tetas y pezones de color rosa, y pude sentir mi polla moviéndose en mis pantalones. Al instante noté sus pequeñas manos ahuecando mi entrepierna... Oh, sí, sus manos después se dispusieron a trabajar en mi cinturón, pero eso no me pareció una buena idea, pues estaba demasiado excitado y no quería terminar demasiado pronto. Cogí su mano y la detuve a la vez que me adueñaba de su boca: mordí malditamente sus labios y con la lengua la lamí antes de abrirme paso dentro de ella. Poppy me devolvió el beso y gimió sonoramente en mi cavidad, mientras sentía que las manos de Drake se abrían paso entre nuestros cuerpos para capturar sus pezones. Lo sentí a él frotar su bragueta contra su trasero, y la fuerza de su excitación nos movió a los dos. Me aparté de ella para terminar de desabrochar mi cinturón y saqué mi miembro fuera para acariciarme mientras los observaba refregarse. Drake volteó la cabeza para volver a besarla y sentí que, si no me detenía, toda mi carga saldría expulsada, resbalando en mi mano. La aparté de él y me incliné para alcanzar sus pechos; mi boca logró capturar uno de sus pezones y lo

lamí con ansias y luego lo succioné. Jamás iba a tener suficiente de ella, jamás me iba a hartar de su cuerpo y de su rosada piel.

Drake

La cogí en brazos y miré a Coop para saber hacia dónde debía dirigirme; cuando me fui de Washoe, su casa era muy diferente a la actual, así que esa cabaña era desconocida para mí.

Entré en su habitación y la dejé sobre la cama.

—Ésta es la primera vez que hago algo así —declaró Poppy.

¡Como si nosotros no lo supiéramos!, pero era comprensible que sintiera la necesidad de aclararlo, aunque ella debería saber que había tenido muchas mujeres, pero era la primera vez que estaba dispuesto a compartir una intimidad como ésa con otro hombre. Me quité la ropa y me quedé sólo con los bóxers puestos; luego me acosté junto a ella mientras veía cómo Coop también se desvestía para tumbarse al otro lado. Los tres estábamos demasiado excitados, así que nos tomamos un tiempo; ella me miró a mí y luego a Bronco.

—¿Estamos dentro de este juego? —pregunté, y todos asentimos; entonces miré a Cooper, consciente de que, finalmente, estábamos a punto de compartir a la mujer que ambos amábamos.

Tragué saliva cuando sentí la mano de Poppy bajarme el calzoncillo, y entonces vi a Coop moverse para quitarle a ella las bragas. La agarré del muslo y abrí sus piernas, y Bronco sumergió su cabeza en ellas y comenzó a lamer los pliegues de su vagina; la imagen era caliente e indescriptible, y también la confirmación de que en verdad estaba sucediendo.

Poppy rodeó mi erección con una mano y empezó a bombearme mientras Cooper aumentaba sus lamidas. La habitación se convirtió en un conjunto de confusos gemidos; estábamos tan cachondos que resultaba muy difícil comprender a quién correspondía cada jadeo. Me moví en la cama, porque

también quería probarla, así que hice que se levantara y pusiera su culo en mi cara para tener yo también acceso a su sexo. Enterré la lengua en su vulva y entonces noté que a mi lengua se unía la de Coop; ambos estábamos probando su dulce y jugoso coño... Necesitaba calmarme o me correría antes de penetrarla, pero a la vez una sensación de plenitud me invadió el pecho al sentir que con otras personas no podría hacer eso que estábamos haciendo.

—Por favor... —chilló ella. La sentía deshecha en mi boca.

Quería detenerme, pero me resultaba imposible. Poppy seguía rogando y yo me sentía un maldito desalmado por no poder parar; entonces, entre la nebulosa de mi excitación y sus ruegos, ya que no quería ni podía apartar mi lengua de su sexo, oí que Bronco le preguntaba, y eso me dio tranquilidad, porque comprendí que, en esa relación, al contrario de lo que pudiera parecer, tomar decisiones sería mucho más fácil, porque la responsabilidad no recaería sólo en mí, sino que tendría acompañamiento para todo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Os quiero a los dos.

—Nos tienes a los dos, cariño —le dije impulsado por la lujuria; aunque había comprendido perfectamente lo que ella quería decir, necesitaba escucharlo de su boca.

—¿Cómo nos quieres exactamente? —aguijoneó Coop, siendo un maldito insaciable también.

—Necesitamos que no tengas reparo, Poppy; necesitamos saber lo que deseas para complacerte.

—Dentro de mí —dijo mientras hundía mis dedos en su coño.

Cooper se inclinó y cogió del cajón de la mesilla de noche una tira de condones, cortó un envoltorio con los dientes y comenzó a ponerse el preservativo mientras me entregaba los restantes a mí. Con sus fuertes manos, la proyectó sobre mi cuerpo y se acarició una, dos veces, antes de caer sobre su coño; sabía que estaba muy húmeda porque acababa de estar chupándolo,

así que comprendí que Coop entraría sin esfuerzo, y rápidamente comprobé que no estaba herrado.

Bronco empezó a enterrarse despacio y ella levantó las caderas, ofreciéndose. Mis manos en sus muslos la sostuvieron para Cooper, esperando a que estuviera dentro por completo, y dejé que comenzara a moverse; nunca me había sentido tan fuerte, ni tan completo. Sentía la fuerza de sus poderosas embestidas y, además, sabía que eso a ella estaba volviéndola loca. Entonces Cooper se quedó quieto y supe que estaba esperando a que me sumara a ellos... así que dirigí mi polla también a su entrada, que ya estaba ocupada por Bronco, y, antes de acceder, tanteé con mis manos, comprobando que su sexo estaba resbaladizo y muy húmedo.

Me impulsé lentamente y comencé a penetrarla también; de inmediato que empecé a abrirme camino en su interior, la sentí tensarse, así que me detuve para darle un momento para que se acostumbrara y nos sosegáramos, los tres; le acaricié los pechos y le hablé al oído:

—Iremos despacio, y si quieres que paremos, lo haremos.

—Relájate —la animó Bronco a su vez—; vamos a llenarte ambos, bebé. Esto es lo que querías, ¿verdad? Siente lo maravilloso que es; nos tienes a ambos y ambos te tenemos a ti.

—Sí —anunció su voz mezcla de chillidos y jadeos.

Me sentía extraño a medida que ella se ponía laxa y mi polla ganaba centímetros dentro; no sólo estaba a punto de follármela, sino que también estaba sintiendo a Coop. No obstante, no quería pensar en eso, sino en que ambos estábamos haciendo, su cuerpo, nuestro, tal y como ella quería, y tal y como en ese momento nosotros también ansiábamos.

Comenzamos a movernos; ella arqueó el cuerpo y pude ver cómo él besaba su boca, mordía su cuello y trataba de conseguir lo máximo posible.

Era maravilloso ver cómo ellos se entregaban mientras yo también conseguía mi propio placer, y mientras, además, colaboraba para que ellos obtuvieran el propio.

Invadido por la lujuria de ver cómo los tres nos complementábamos, nos empujé a los tres, quedando arriba. Mi vista, indefectiblemente, encontró la de Bronco y supe que estaba tan excitado como yo, a un nivel en el que estoy seguro que ninguno de los tres había experimentado antes; sin demora, empecé a moverme aferrado del culo de Poppy mientras que Coop agitaba sus caderas bajo su cuerpo. La cogí del pelo y le hice girar la cara para conseguir su boca.

—Esto es perfecto... —declaré—, ¿lo sentís? —dije soltando su boca y mirándolos a ambos.

Los dos asintieron; estaba convencido de que lo hacían, estaba seguro de que ninguno quería detenerse, de que los tres ansiábamos que ese momento durara para siempre.

Después de un par más de estocadas, cuando ya nuestros cuerpos no tenían más resiliencia para continuar en el ritmo que habíamos cogido, nos corrimos a la vez, y fue como si estuviéramos descendiendo por una cascada de agua sin poder tener nada de control en la caída libre.

Cuando terminamos, me retiré lentamente y Cooper hizo lo mismo.

Ella estaba en medio de ambos, como sería de ahí en adelante; los dos la protegeríamos, los dos la amaríamos, los dos la tendríamos por igual.

Nos dirigimos al baño para asearnos y luego regresamos los tres a la cama.

Poppy

Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía completa; quizá me había vuelto loca de pronto, pero lo cierto era que no me arrepentía ni por un segundo de lo que habíamos hecho.

De todas formas, estaba preocupada... En ese momento en que nuestra excitación había disminuido, me inquietaba lo que ellos pudieran pensar de mí.

Por suerte, Drake se puso de lado, me despejó el pelo de la frente y habló.

—Os quiero en mi vida a ambos. Si esto es lo que te hace feliz, y si estar con los dos es lo que realmente deseas, no tengo problema en compartirte con Coop; quiero hacerte dichosa, quiero que los tres consigamos serlo.

—Creo que lo que acaba de pasar ha sido maravilloso —declaró Cooper también, y yo sentí un alivio en mi pecho, porque sin duda sentía lo mismo—. No sé si será posible una relación de este tipo, desconozco cómo lo haremos, si pondremos reglas o si sólo nos permitiremos vivir el momento como lo hemos hecho hoy, pero también siento que os quiero a ambos en mi vida.

—Creía que me ibais a odiar por plantearos una relación así, pero... si antes sentía que os amaba a los dos, ahora estoy totalmente convencida de que es así.

Drake cayó sobre mi boca mientras Cooper acariciaba mi cintura mirando cómo nos besábamos. Sé que el morbo jugaba un gran papel entre nosotros también. Después de que Drake se apartara, fue él quien me besó, y me pareció mágico ser reclamada por dos hombres tan fuertes; me hacían sentir única y tan deseada que supe que no había forma de que eso funcionara si no estábamos los tres, que ya no iba a poder conformarme con menos de lo que ellos me daban en conjunto.

Cerré los ojos y, aunque mi corazón por fin no se sentía a medias, fui consciente de que ésa sería, sin duda, una relación muy difícil de llevar.

—Tengo miedo de que no funcione, de que, por pensar sólo en nosotros, le hagamos daño a alguien, a Draco sobre todo...

Drake me interrumpió.

—Me importa una mierda lo que los demás piensen, y lo que digan o lo que los demás crean. He vivido toda mi vida pensando en los demás y no en mí, y lo único que sé es que quiero esto, que te quiero a ti, y a mi hijo, y que os protegeré de todo, al igual que sé que lo hará Cooper... No tengo dudas de eso, ya que, cuando yo no estuve, él estuvo en mi lugar para vosotros y ahora, superado el primer estupor, sé que se lo agradezco. —Ambos asintieron con

la cabeza—. Mis sentimientos por ti no son de ahora, Poppy, sólo que no sabía cómo hacer para que mi corazón se abriera; cuando te dejé ir fue porque me asusté, pero, ahora que he vuelto a tenerte, acepto que sea así, de este modo, y me doy cuenta de que con Cooper es con la única persona con la que siento que podría compartirte.

»También quiero dejar bien claro que no estuve ausente por propia voluntad. De haber sabido de Draco, lo hubiera amado, pero, bueno, ahora creo que las cosas pasaron porque tenían que pasar. Quizá, si tú me lo hubieras dicho antes, nunca hubieras conocido a Bronco... Creo que éste era nuestro destino y, sinceramente, no sé por qué siento que esto será perfecto, porque no sólo te he recuperado a ti, sino también a mi amigo del alma, al hombre al que siempre quise como a un hermano.

—Siento lo mismo, te amo —anunció Cooper—, y Drake es con el único hombre con el que te podría compartir, estoy seguro de eso. Han pasado muchas cosas, pero me parece que han ocurrido para que los tres nos halláramos.

—Un momento —dije entonces, y sé que mi preocupación se hizo evidente en mi semblante—. Ésta es una relación de tres y, si ambos aceptáis, significa que, aunque seamos tres, nos debemos fidelidad.

Cogí el rostro de Drake y lo miré a los ojos.

—Ey, que no soy el único aquí que puede caer en la tentación, ¿por qué me miras a mí?

—Bueno, será porque te conozco Drake *Fox Olson*.

—Poppy Monroe, sé que no me creerás si te digo el tiempo que hace que no estoy con otra mujer; ya nadie me interesaba y, cada vez que quería intentar un ligue, tu rostro era el que veía.

—No quiero saber de tu vida privada el tiempo que no has estado conmigo, no me interesa saber a cuántas te has tirado. Lo único que quiero es que te quede bien claro que somos exclusivos en esta relación. Os necesito a los dos, el compromiso que hoy estamos asumiendo es por los tres, y tenéis

que saber que siento que no podría estar con ninguno de vosotros si el otro me falta.

Asintieron y luego me dirigí a Cooper cogiendo su rostro.

—Sé que suena extraño que ponga condiciones cuando yo os estoy obligando a compartirme, pero esto es de común acuerdo, estamos los tres dentro de esta relación o no funcionará. Mi corazón está dividido y os quiero a ambos en mi vida.

—Estoy dentro, bebé; ya he dicho que también os quiero en mi vida a los dos.

»Sólo espero que podamos hacerlo funcionar.

Cooper cayó sobre mis labios y sentí que estaba siendo besada de una forma como nunca había sido besada antes; su lengua, posesiva, se abrió paso en mi boca de una manera como jamás antes lo había hecho, reclamando su lugar... Se veía hambriento de mí. Saber que estábamos siendo observados por Drake le sumó erotismo al momento; abrí mis ojos lentamente, buscando su mirada, y no me equivoqué, sus ojos azules estaban anclados a nuestro intercambio, con una fascinación difícil de calcular. Se mordió el labio y me guiñó un ojo. No había manera de dar marcha atrás, no había forma de que las reglas establecidas por los estándares de vida que regía nuestra sociedad se volvieran a poner en práctica, porque las habíamos roto todas. Sin embargo, no pretendía volver al pasado en nada... Eso era lo que quería, eso era lo que deseaba tener el resto de mi vida y, si nos funcionaba a los tres, ¿por qué querer lo contrario, si para nosotros era perfecto amarnos sin reparos, sin timidez y sin reglas?

Guiados solamente por la confianza, el común acuerdo y la entrega, Drake se apoyó en un codo y dejó que continuáramos besándonos al tiempo que su mano vagaba por mi cuerpo en dirección a mi entrepierna, y gemí jodidamente cuando sus dedos se abrieron paso entre mis pliegues. Coop amortiguó esos sonidos que se me hicieron imposibles de contener; su lengua continuaba atacando la mía de un modo feroz y desmedido, casi hasta

quitarme el aliento. Movi6 su mano y captur6 uno de mis pechos, y de pronto los sent6 a ambos molerse contra mi pierna hasta que sent6 c6mo los chorros calientes de su semen bañaban mis muslos, y me dej6 ir tambi6n con la ayuda de los dedos de Drake y los besos de Coop.

Éramos un triángulo declarado para todos los efectos; en ese preciso momento, todo ser6a de a tres.

Cooper se apart6 de m6 sin aliento y me sonri6; mir6 a Drake, que a6n continuaba con los ojos cerrados absorbiendo los resabios de su orgasmo, hasta que empez6 a volver del trance en el que al parecer estaba.

—Oficialmente marcada como...

—... nuestra —concluy6 Cooper.

Los tres nos re6imos, los tres nos abrazamos y fui besada por ambos; luego, volvimos a hacer el amor.

Treinta y cinco

Poppy

Me desperté tan descansada como si hubiera dormido una semana entera; estábamos los tres en la cama, y aún me costaba creer lo que había pasado la víspera. Lo que sentí no era comparable con nada que hubiera podido haber sentido antes, y, aunque la noche anterior, antes de repetir, habíamos hablado, aún tenía mis dudas y esperaba que la felicidad que experimentaba no fuera un sueño ni un momento pasajero; ansiaba con toda el alma que no hubiera sido la única que había sentido tanta conexión, porque juro por Dios que no quería que eso se acabase.

El primero en despertarse fue Drake, y me sonrió adormilado. Aunque estaba todo despeinado, estaba muy atractivo. Su brazo permanecía enroscado a mi cintura, con la intención de unir mi cuerpo más al de él, pero, como Coop también me tenía asida de la cintura, no lograba moverme ni un centímetro, porque mi otro hombre no estaba dispuesto a ceder.

De pronto Draco chilló en la otra habitación y quise levantarme, pero Drake no me dejó hacerlo.

—Voy yo, es mi turno. Vosotros ya habéis hecho suficiente durante estos meses.

Observé cómo se iba; su trasero era extraordinario.

Por lo que había vivido con cada uno de ellos, los sentía a ambos como si fueran el padre de mi hijo; uno le dio la vida de manera biológica, y él otro me acompañó y me ayudó a traerlo al mundo, y a partir de entonces Drake estaba dispuesto a ser el mejor padre junto a Cooper; ambos estaban

embobados con el niño y querían velar por su bienestar y por que nada le faltara.

—Mi culo es mejor —dijo Coop, apartándome de mis pensamientos e indicándome que estaba despierto y que me había pillado mirando a Drake.

—Tu culo también es increíble, no creo que no lo sepas. Me hace muy feliz que compitáis por mí; sé que todo es muy loco, que no todos lo entenderán, y eso me aterra.

—Lo haremos funcionar. A mí también me encanta competir por ti, incluso creo que me gustaba hacerlo antes, cuando él todavía no tenía ni nombre ni apellido para mí.

Sentía mis pechos llenos, así que me senté en la cama a esperar a que su padre me trajera a mi tragoncete.

Drake caminaba de una forma muy rara cuando entró por la puerta; estaba todo tenso con su hijo en brazos, y ni Coop ni yo pudimos evitar reírnos.

Tan pronto como puse a mi bebé a mamar, mi otro pecho empezó a gotear.

—¿Es normal eso? —preguntó Drake.

—Todo el tiempo —le dije, y Coop asintió.

Cooper se levantó de la cama y anunció que prepararía el desayuno para todos, y eso me hizo feliz, porque demostraba que no tenía celos de dejarnos solos. La única forma en la que esa locura de tres podía funcionar.

Después de desayunar, los tres sabíamos que necesitamos continuar hablando, aún quedaban muchas cosas por decir.

—No he olvidado lo que dijiste de mis padres y quiero me lo expliques.

—Cooper, no es el momento... Ayer fue el funeral de Marcia; dije cosas en caliente que no quería decir, cosas por las que me fui hace más de ocho años.

—Necesitamos sincerarnos... Esta relación que nos proponemos establecer precisa de eso; necesitamos sentir que podemos confiar en todos por igual, así que, Drake, es indispensable que seamos muy honestos.

Bronco estiró la mano y me tiró sobre su regazo, haciéndole saber a Drake

que ambos estábamos pendientes de que hablara.

—Vamos, Fox, estamos esperando que nos lo cuentes, no tenemos todo el día.

Al principio le costó mucho arrancar, pero luego se abrió por completo; mientras más contaba, sus hombros parecían que más se relajaban.

—Ya sabes, mi madre siempre tomó pastillas para dormir, y una vez que las tomaba, no volvía a despertarse.

»Yo estaba afligido por la pelea con mi padre en Las Vegas y no podía dormir —dijo remontándose a lo que Bronco me había explicado; quiso aclararme de lo que estaba hablando, pero entonces Coop le mencionó que yo ya lo sabía, así que continuó—. Quería contarle mejor lo que había sucedido, que me escuchara... Así que me levanté y fui hacia su despacho. La puerta no estaba cerrada del todo; él estaba con mi tía Cassidy, y creo que se creían impunes, y que por eso ni se preocuparon de cerrar la puerta... No esperaban que yo estuviera despierto, así que los oí hablando. Ella se burlaba de Marcia; decía que estaba tan desesperada por ser madre que ni siquiera había preguntado de dónde había salido el bebé. Luego mi padre comentó que ésa era una verdad que nunca debía saberse, porque mi madre siempre había sido débil y todas las cosas estaban a nombre de ella y, si le pasaba algo, pasarían a mi nombre, ya que eran sus bienes familiares.

»Después de esas horribles declaraciones que no alcanzaba a comprender muy bien, ya que no podía hallar aún la conexión de Marcia en ese asunto, los vi besarse, tocarse, y sentí mucho asco e impotencia. Yo también temí por la salud de mi madre... Estuve a punto de irme, pero necesitaba saberlo todo, así que me quedé y, entonces, los oí comentando que ellos eran tus padres, lo que te convertía en mi hermano de sangre.

Abracé a Cooper, sentí cómo su cuerpo se estremecía, pero no dijo nada. Creo que necesitaba que Drake expusiera ante él toda la verdad del tirón.

—¿Quieres que siga? Podemos hablar en otro momento.

—Continúa, Fox, por favor; quiero saberlo todo.

»Cuando finalmente mi tía se fue del despacho, entré e increpé a mi padre, pero la única salida posible que tenía era irme, pues sabía que si me quedaba no iba a ser capaz de callar una verdad tan inmensa y me asusté... Él siempre fue un gran manipulador y manipuló mi mente diciéndome que te dejaría sin padres si hablaba, que no sólo iba a poner en riesgo la salud de Lucía, sino que, además, tú me odiarías por contártelo.

»Era joven y, cuando evalué lo que podía pasar, sentí que era mejor sacrificarme yo que sacrificaros a todos vosotros... Así que me fui esa misma noche y no supe que tu padre había muerto, me refiero a Rory; yo sigo pensando que él, aunque no fuese tu padre biológico, era el verdadero que te merecías tener.

Cooper se levantó, apartándome, y se apoyó en la encimera mientras miraba hacia el exterior; su vista estaba fija en nada, perdida, seguramente con multitud de pensamientos asaltando su cabeza; era mucho para asimilar, pero Drake continuó explicándole.

—Fue una mezcla de impotencia, miedo, dolor... Siempre había sentido que mi padre no me quería, y esa noche terminé de comprobarlo. Yo no era el hijo de la mujer que amaba, simplemente era quien le proporcionó una posición de rancho. Mi madre y yo éramos eso para él. Él quería que me fuera.

Me acerqué a Drake y lo abracé. Desde que lo conocía que lo había considerado muy superficial... y de pronto estaba descubriendo al hombre que estaba bajo el cascarón que él me había dejado ver.

—Siempre supe que tú cumplirías los sueños de ambos, Coop, y yo fui feliz con tus logros; además, de esa manera tú tuviste la familia que yo jamás iba a poder tener, incluso mi madre eligió quedarse junto a mi padre. Me sentí tan sólo por momentos... No era justo que te dejara sin los padres que la vida te había regalado; no era justo que te enteraras de que la mierda que tenía por padre era el tuyo también. Yo siempre había envidiado cómo te trataban Rory y Marcia, pero se trataba de una envidia sana, un sentimiento

en el que uno no le desea el mal al otro, pero hubiera dado mucho a cambio de que a mí me hubiesen querido como te querían a ti.

Cooper

Me di media vuelta, di dos zancadas y abracé a mi hermano; luego ella también se acercó y nos abrazamos los tres.

—Él tampoco me quiere a mí, Drake, ni tampoco he sido importante para él, excepto para abultar sus bolsillos; siempre me ha mantenido a su lado para eso, y creo que también me ha utilizado todos estos años. Parker Olson sólo se quiere a sí mismo.

»De todas formas, deberías habérmelo dicho antes —le reproché—; anoche le echaste en cara a Poppy su silencio y que decidiera por ti con respecto a Draco, y tú hiciste lo mismo conmigo.

—Entiende mis razones, Coop.

—Y tú entiende las mías. He vivido toda mi vida dentro de una gran mentira. Agradezco tus intenciones, pero tenía derecho a saberlo.

—Lo sé, pero a veces retornar de una mentira es mucho más difícil que vivir sumergido en ella. Además, fueron pasando los años y Marcia nunca te lo dijo, así que está claro que quería llevarse el secreto a la tumba... y ahora, simplemente, estoy tirando por la borda su voluntad, eso tampoco es fácil para mí.

—Donde quiera que Marcia esté, sin duda sabrá comprender que hay un momento para todo y que éste era el momento de decir la verdad.

Me costaba asimilar todo lo que Drake acababa de contarme, pero lo iba a conseguir, era necesario que lo hiciera; mi vida había cambiado ciento ochenta grados en horas.

Sentí el impulso de alejarme, necesitaba salir a tomar el aire porque notaba mis pulmones obstruidos, así que salí de ahí como un rayo. No estaba

enojado con Drake, estaba enojado por el engaño y por sentir que había vivido una vida que no era la mía.

—Cooper —me llamó Poppy, pero la ignoré.

Oí luego cómo Drake le dijo que me diera espacio. Necesitaba alejarme de allí, recapacitar y ordenar todos mis pensamientos.

Fui hacia las caballerizas, ensillé a *Spark* y salí a campo abierto. Precisaba cabalgar para quitarme de encima la bronca que sentía; me urgía que la energía del caballo absorbiera todo el cabreo que acarreaba.

Tras cabalgar durante un largo rato sin detenerme, me di cuenta de que *Spark* estaba agotado, y me dije que mi *Smoky Black* no tenía la culpa de nada.

Me encontré de pronto frente al rancho de los Olson; la puerta de la empalizada que lindaba con nuestras tierras estaba abierta como siempre. Cabalgué lentamente para que *Spark* se sosegara, hasta que llegué a la parte trasera del rancho, donde era muy probable que encontrase a Parker sentado... y, obviamente, allí estaba, fumando su pipa mientras miraba hacia las sierras. Llevaba su Stetson encasquetado hasta los ojos, estaba recostado en la mecedora y tenía las piernas estiradas, un tobillo encima del otro. Sin girar la cabeza en mi dirección, me habló.

—Te estaba esperando.

—¿Por qué estabas tan seguro de que vendría?

—Drake ha regresado, es obvio el porqué.

Se puso de pie y me miró a los ojos, luego aspiró la boquilla de la pipa y observó cómo se encendía el tabaco en la cazoleta.

—No hay explicación, si eso es lo que vienes a buscar. Sólo te diré que no eras conveniente para mis propósitos. Deja las cosas como están, el momento de decir la verdad pasó hace años; ahora toca que te sacrifiques tú por la madre de Drake y le devuelvas el favor.

—Cabrón hijo de puta... No esperaba que te mostraras arrepentido, pero no deja de asombrarme tu cinismo. Pensándolo bien, eres una mierda, no sé a

qué he venido; sólo quería mirarte a la cara para que supieras cuánto te desprecio.

Escupí a la tierra y me bajé de *Spark* de un salto.

—¡Eres un bastardo arrogante y un malnacido! —continué gritándole.

Se rio.

—¿Precisamente tú me tachas a mí de eso?

Mi puño salió codicioso para estrellarse contra su mandíbula; era la segunda vez que le pegaba, pero en esa ocasión fue por todo el daño que nos había hecho. Lo derribé fácilmente; sin embargo, fue suficiente, no tenía pensado continuar ensuciándome las manos con él.

—Eres una lacra; este golpe no es por mí, es por Drake, por todos los años que lo obligaste a vivir exiliado, por todos los años que tuvo que vivir alejado para cubrir tu mierda. Te desprecio, a ti y a la mierda de mujer que me dio a luz; sois tal para cual, ambos os merecéis.

—Me debes todo lo que eres, desagradecido, y ese otro idiota también triunfó y se hizo hombre gracias a que lo impulsé a que se fuera de aquí.

Me subí a *Spark* y me alejé de allí; no valía la pena continuar escuchándolo, no quería verle nunca más la cara, de ser posible.

Mientras cabalgaba hacia mi rancho comprendí que mis padres continuarían siendo los que siempre había reconocido como tal; no me entraba en la cabeza que ellos no lo fueran, aunque obviamente creía todo aquello de lo que acababa de enterarme.

Pasé por el establo y le entregué las riendas de mi caballo a Roger, que estaba ahí encargándose de la limpieza de la cuadra. Le pedí que, por favor, se ocupara de éste.

—Despreocúpate, Coop, lo cuidaré por ti.

Durante unos días los muchachos eran conscientes de que se harían cargo de todas las tareas, hasta que me sintiera con más ánimo; sin embargo, planeaba volver cuanto antes, puesto que el trabajo me distraía más que estar todo el día sin hacer nada.

Entré en la casa y vi que Poppy estaba preparando el almuerzo. Me acerqué a ella y la besé en la boca; cuando me aparté, apoyé mi frente en la suya y ella me abrazó.

—¿Estás bien?

—Lo estaré, tus besos hacen magia.

Miré hacia la sala, Drake permanecía en el suelo con Draco, jugando sobre la alfombra.

Cogí la mano de Poppy y la llevé hacia donde estaba Fox con nuestro hijo.

—Basta de secretos —les rogué a los dos—. De ahora en adelante los tres tenemos que prometernos que, se trate de lo que se trate, y por difícil que sea la verdad, siempre la diremos.

Ambos asintieron.

—Sé que tienes mucho que digerir; sé que acabas de enterrar a tu madre, además; sé incluso que la relación que estamos iniciando entre los tres no resultará fácil... pero, Coop, he estado pensando y, después de lo que Drake nos ha contado, creo que deberías... —Poppy me enmarcó el rostro—. Tú sabes que, cuando fuimos a Reno a depositar el cheque del campeonato mundial, tuvimos un mal presentimiento; luego te enteraste de la enfermedad de Marcia y finalmente lo dejaste todo como había estado siempre, pero... ¿has revisado la cuenta desde que te llegaron las tarjetas?

—He tenido mil cosas en la que pensar... —Me toqué la frente, teniendo el mismo mal presentimiento que aquel día.

—¿De qué habláis? —preguntó Drake.

Le explicamos lo ocurrido en esa ocasión.

—Un cheque de caja... Eso es muy extraño. ¿Por qué no lo depositaron en tu cuenta simplemente mediante una transferencia bancaria?

—No tengo ni idea de lo que me hablas. Cuando necesitaba dinero, se lo pedía a Parker y éste aparecía, es todo lo que sé.

Fox sabía muy bien dónde buscar, así que, de inmediato, nos percatamos de que no tenía ninguna clave para ingresar en mi cuenta.

—Vamos ya mismo a la ciudad, Bronco; no quiero dejar pasar ni un día más.

No nos costó trabajo encontrar todos los desfases en mi cuenta. Confiaba en Drake y sabía que iba a solucionarlo todo... En el único en el que no confiaría nunca más era en la mierda de padre que compartíamos; quería matarlo con mis propias manos.

—Es un hijo de puta, me ha chupado la sangre durante todos estos años, me ha robado sin importarle que se lo estaba haciendo a su hijo.

Drake tenía muchos contactos en Nueva York, pero los abogados que él conocía no podían ejercer en el condado de Washoe; sin embargo, el abogado de la empresa donde él trabajaba nos recomendó a un colega suyo y el letrado se encargó de presentar una demanda contra Parker Olson, acusándolo por supuesto fraude y malversación de activos.

Tras la investigación, fue detenido cuando se comprobó que, durante más de ocho años, había estado transfiriendo fondos electrónicamente a sus propias cuentas, manipulando nóminas y disfrazando las transferencias como pagos a proveedores.

Cassidy Mayer, la media hermana de la madre de Drake y, por desgracia, mi madre biológica, también corrió la misma suerte, ya que parte de esos activos fueron encontrados en sus cuentas y ella terminó confesándolo todo.

El día de la detención de ambos hubo un gran revuelo en todo el pueblo; por ello, cuando nos enteremos de que la patrulla policial iba a por ellos, Drake y yo nos presentamos en el rancho de los Olson para brindarle apoyo a su madre.

—Te pesará en la conciencia lo que pueda pasarle a tu madre —sentenció Parker hablando con Drake, mientras era esposado y se lo llevaban de allí—. Has regresado para destruir a tu familia.

—Hace demasiado tiempo que tú nos destruiste a todos... Ya no puedes manipular mi mente como lo hacías antes, y no te atrevas a simular que mi madre te importa, ¡cínico! Muy pronto tu máscara caerá por completo. Yo me

encargaré personalmente de que ella esté bien; no la dejaré abandonada a su suerte como has hecho tú durante todos estos años, que la has dejado sin atención médica. ¡Te vas a pudrir en la cárcel!

—Y, además de la justicia de los hombres —lo interrumpí—, estoy seguro de que hay una justicia divina, y ésta te hará pagar especialmente por todo.

—¡Desagradecidos! Sois lo que sois gracias a mí —nos gritó mientras lo metían en el coche policial.

Con el tratamiento psiquiátrico y la medicación adecuada que desde hacía un tiempo recibía Lucía, a la madre de Drake no le fue tan difícil enfrentar todo el drama desatado. Además, la acompañamos en todo momento, ya que Drake estaba casi establecido de regreso en Washoe; sólo le quedaba arreglar ciertos asuntos referidos a su trabajo para instalarse por completo con nosotros. Con todo, el mayor estímulo para Lucía fue enterarse de que Draco era su nieto; el niño le supuso un gran chute de energía y, además, no tener a Parker a su alrededor incluso la había hecho sentir más confiada, ya que por fin no tenía que vivir oprimida bajo su escrutinio.

Treinta y seis

Cooper

Poppy estaba de regreso en el rancho y nuestra relación, que cuidábamos mucho, cada día florecía un poco más. Intentábamos preservarla de miradas indiscretas; en realidad lo hacíamos por Draco, pues no queríamos que creciera entre habladurías de pueblo pequeño y aspirábamos a que lo hiciera con naturalidad, rodeado del amor de su madre y de sus dos padres, pero éramos conscientes de que el vínculo de poliamor que teníamos no era fácil de entender para todos. Vivíamos en una sociedad con normas muy estructuradas y aún había ciertas cosas que a la gente le costaba comprender; sin embargo, en nuestra relación había tanta fidelidad, compromiso, respeto y acuerdos como en una monógama; nos amábamos los tres de forma consensuada y consciente, nos cuidábamos y, aunque la relación involucrara a más de dos personas, era todo lo contrario a la infidelidad encubierta.

Ese fin de semana fue nuestro primer viaje juntos; es decir, habíamos ido a otras paradas más cercanas en la gira, pero era la primera vez en avión para Draco, ya que el PBR desembarcaba en Big Sky, Montana, esta vez.

Cuando entré en el cajón me sentí aliviado al ver a Drake junto a Poppy y el niño; me gustaba pensar que él estaría ahí para cuidarlos si me pasaba algo. La verdad era que, esa relación que teníamos los tres, me había quitado presión; subirme a un toro siempre resultaba un desafío, y era el medio de vida que había elegido hacía muchos años para ganarme el pan, además de las inversiones en el rancho. No obstante, todo lo que había ocurrido con Parker me había dejado tambaleando económicamente, así que necesitaba

conseguir otro campeonato más; aunque había recuperado parte de lo robado, no todo había regresado a mí, así que debía continuar trabajando para conseguir un buen retiro.

Esa noche era la última ronda de la gira del fin de semana y mi monta fue la mejor: mi viaje fue puntuado con un noventa coma cinco, accediendo de esa manera al premio mayor y posicionándome muy bien para las finales en Las Vegas.

Bajé de un salto del toro y me acerqué a las gradas, donde choqué mis puños con Fox. El presentador, al verlo, le dio la bienvenida y recordó sus montas, mencionando cuando obtuvo el premio al novato del año; la gente lo aplaudió, y me di cuenta de lo mucho que disfrutaba siendo reconocido.

Poppy me alcanzó a Draco y lo levanté en mis brazos, enseñándolo orgulloso al circuito. Mi vaquerito iba vestido para la ocasión: pantalones vaqueros, camisa a cuadros en tonos celeste y un Stetson que le habíamos hecho hacer a medida. Se veía muy guapo, y no me quedaban dudas de que, cuando creciera, las conejitas morirían a sus pies.

En el PBR todos sabían que Poppy Monroe trabajaba para mí, y a decir verdad no me importaba que creyeran que ella era sólo mi empleada, aunque a veces me costaba un poco no poder besarla en público y celebrar con ella mis resultados como me hubiese gustado hacerlo; también sabían que Draco era el hijo de Drake. A muchos, aunque no lo decían, les llamaba la atención que siempre estuviéramos los tres juntos, pero no comentaban nada, se limitaban a pensar que lo que nos unía era el vínculo que recientemente se había descubierto, pues, con todo el juicio y detención de Parker, había salido a la luz que compartíamos el mismo padre.

—¡Grandioso viaje, vaquero!

—Te lo dedico, vaquera.

Poppy se estiró sobre la valla para recoger a su hijo y, cuando lo hizo, me besó en los labios sin importarle lo que pensarán de nosotros. Drake, por su parte, me guiñó un ojo, asintiendo al beso que había conseguido en público.

Cuando me fui a los vestidores, después de recibir el premio de la noche, ellos no tardaron en aparecer.

—Debemos ir a celebrar tu triunfo, estamos a nada de la clasificación para el torneo mundial.

—¿No estás cansado? —preguntó Poppy—. Tal vez prefieras unos buenos masajes en vez de ir de festejo.

—Estoy bien. Quiero esos masajes, por supuesto —le dije al oído, y ella se estremeció y no me pasó desapercibido cómo retorció las piernas—, pero Drake tiene razón: iremos a celebrarlo a un lugar muy especial.

—Sí, queremos enseñarte algo, aprovechando que estamos en Montana.

—¿De qué habláis?

—Ya te enterarás. Por cierto, gracias por el beso.

—Drake es el padre de mi hijo, y todos lo saben; es justo que tú también tengas un lugar en mi vida ante los ojos de la gente.

—¿Eso quiere decir...?

—Nosotros sabemos lo que en verdad sucede en nuestra intimidad, pero la gente necesita titulares para entender la cosa.

—Dirán que te embarazaste de un hermano y te quedaste con el otro.

—Me importa una mierda, Coop. ¿Quieren respuestas? Se las estoy dando. De todas formas hablarán... Es muy reciente vernos a los tres juntos, pero, cuando el tiempo pase, las habladurías serán inevitables. Quiero ser feliz, que los tres lo seamos.

—¿Estás de acuerdo, Drake?

—En todo. No me afecta que crean que ella es sólo tu chica, yo sé que es mía también, nuestro lazo está basado en la confianza. Ahora, basta de charla, será mejor que nos pongamos en movimiento.

Cuando llegamos ese fin de semana a Texas, alquilamos una camioneta para trasladarnos por la ciudad, pero, además, en nuestros planes estaba por fin darle la sorpresa a Poppy; por tal motivo, esperamos a que el rodeo terminara para llevarlos hasta allá.

Drake

—¿Por qué nos detenemos?

—Estás preguntona hoy.

—No, vosotros estáis muy misteriosos, que es diferente. Creí, cuando dijisteis que festejaríamos el triunfo de Coop, que nos quedaríamos en el recital, en el recinto, a beber cerveza y bailar, pero ni siquiera me habéis querido decir a dónde me lleváis.

—Casi hemos llegado.

Avancé unos metros más y aparqué en un lateral del camino. Cooper descendió rápidamente del vehículo y fue hacia la parte de atrás, donde ella iba sentada junto a la silla de bebé. Le dejó un beso rápido en la boca, cuando abrió la puerta, y del bolsillo trasero de su pantalón sacó un pañuelo que no tardó en enseñarle. Me giré en el asiento para no perderme ni un segundo de su expresión; por supuesto ella se mostró entusiasmada.

—¿Confías en nosotros?, ¿nos permites vendarte los ojos?

—Dios, ¡cuánta expectación!

—Te gustará, Poppy, te lo aseguro —afirmé, convencido de lo que decía.

Cuando llegamos a la entrada, una empalizada construida formando un arco del que pendía un cartel en el que estaba escrito «Big Triada Ranch», cartel que habíamos hecho colocar hacía muy poco nosotros, nos daba la bienvenida, así que posicioné la camioneta para que los faros lo alumbraran, ya que el sol hacía rato que estaba oculto tras las montañas.

La hicimos descender de la Ford y entonces me ocupé de quitarle la venda mientras ambos la cogíamos por la cintura.

Parpadeó ligeramente, para acostumbrarse a la claridad, y de inmediato su vista se posó en las palabras del cartel.

Se cubrió la boca y nos miró a uno y a otro.

—Dios, ¿dónde estamos? Decídmelo antes de que imagine lo que no es,

porque ese nombre sólo me hace pensar en nosotros.

Le dejamos un beso en cada mejilla; ambos lo hicimos a la vez.

—Imagina, Poppy, tienes nuestro beneplácito para hacerlo.

—Claramente ésta es la entrada de un rancho.

Asentimos.

—Nuestro rancho —acotó Coop, después de que le hiciera una seña para que se lo dijera.

Ella empezó a saltar, a llorar, a chillar, a abrazarnos y a llenarnos de besos.

—Por favor, por favor, decidme que no es un sueño.

—No, cariño, éste será nuestro nuevo hogar... Si lo quieres, claro —dije mientras me sostenía por el rostro.

Me encajó un besazo y yo se lo devolví; de inmediato me soltó y se apropió de los labios de Cooper. ¡Joder, ya me tenían totalmente duro! Verlos besarse hacía que imaginara la forma en que lo celebraríamos apenas entráramos en la casa.

—¿Qué hacemos aquí parados? Quiero ir a ver el rancho.

Poppy no volvió a subir en la parte de atrás; se sentó en el regazo de Coop el camino restante. Estaba exultante y no dejaba de acariciarnos. Avanzamos el resto del polvoriento camino hasta que la propiedad apareció frente a nosotros, una lujosa construcción de paredes acristaladas, enclavada en el sitio donde se elevaban las águilas; el lugar, además de ofrecer privacidad, también brindaba vistas panorámicas del valle, las montañas y el lago, y estaba rodeado por bosques protegidos.

Era el sitio ideal para vivir la vida que los tres habíamos decidido vivir.

—¿Te gusta nuestro hogar? —le pregunté en cuanto bajamos.

—Es de noche, pero... no puedo más de la emoción, esto parece enorme.

—No te equivocas —intervino Coop—. Es un extenso rancho de tres mil trescientos cincuenta acres, que se encuentra muy cerca del río Lower Madison y convenientemente distante de sitios más poblados.

—El rancho tiene de topografía ondulada y está dividido en dos por el río

Cold Springs Creek; incluso tiene varios manantiales, desarrollados para pastoreo de ganado y fauna silvestre residente, principalmente el alce residente. Y es nuestro, de los tres —agregué.

—¿De verdad que este paraíso es nuestro?

—Sí, bebé, es nuestro nuevo hogar, y es de los tres, y de Draco también, y del resto de los niños que tendremos, porque ya te dijimos que mínimo queríamos dos más.

—Dios, no podéis hacer mi vida tan maravillosa.

—Tú eres maravillosa, y nos completas —expresé sin tapujos y muerto de amor por esa mujer.

»Ven, entremos.

La cogí de la mano y Coop bajó a nuestro hijo de la camioneta mientras lo esperábamos en el porche. Finalmente entramos todos a la vez en la casa.

—Mañana, de día, podrás verlo todo. El rancho bordea cientos de acres de tierras del estado, y los álamos añejos que se alinean en el fondo del pequeño arroyo rodean el complejo de caballerizas, graneros y rediles, mientras que la parte superior de las moderadas pendientes ofrece amplias vistas panorámicas sobre las colinas.

—También hay una casa de huéspedes —acotó Cooper—, una arena cubierta y otra al aire libre y, lo más importante, todo está muy alejado de la casa principal.

—Además, es una gran tierra para desarrollar la agricultura y la ciudad es más grande, y con muchos más habitantes, y de esa forma no estaremos tan expuestos a los prejuicios de los habitantes de un pueblo tan chico, en el que todos se conocen.

Recorrimos la casa; el niño, por suerte, continuaba durmiendo, así que lo dejamos en su nueva cuna, en la habitación que colindaba con la nuestra.

—¿Estás contenta? —preguntó Coop mientras le quitaba el suéter.

—No quepo en mí de lo feliz que estoy.

—Pues deberás hacernos un lugar para que entremos ambos en ti... —Me

acerqué desde atrás apoyando mi bragueta en sus nalgas, para que sintiera lo duro que ya me tenía.

Alzó una mano y me cogió por la nuca, me miró a los ojos y le dio un golpe a mi Stetson para que cayera al suelo; eso era un sacrilegio, cualquiera que le hiciera eso a un vaquero debía perder su mano, pero a ella, por flojo que pareciera, se lo permitía todo.

—Siempre hay sitio para vosotros, vaquero.

Me lamió los labios, y yo le mordí los suyos hundiendo rápidamente mi lengua en su boca.

Cooper ya estaba trabajando con sus manos para desprender el pantalón de mezclilla de Poppy; no podía verlo, porque tenía los ojos cerrados y estaba muy compenetrado en obtener lo suficiente de sus besos, pero oía respirar a mi hermano pesadamente, y también la fricción de la tela. Ella gimió en mi boca y tampoco necesité ver nada para darme cuenta de que Bronco ya había metido una mano, abriéndose paso en sus bragas; estaba seguro de que el cabrón ya estaba hurgando entre sus pliegues. Las caderas de Poppy empezaron a agitarse hacia delante y hacia atrás, para conseguir más de la fricción que Coop le daba y que yo acompañaba con mi bragueta, al tiempo que ella se echaba hacia atrás.

Rápidamente los tres nos despojamos de toda la ropa. Cooper se acostó en la cama, con el culo al filo del colchón y los pies en el suelo, y ella se inclinó para practicarle una fabulosa mamada; mientras lo hacía, no pude contenerme y la penetré. Mis investidas acompañaban sus lamidas. Luego Bronco se arrastró hasta el centro de la cama y nos invitó a que subiéramos en ella, hizo que Poppy lo montara y, después de que ella estuviera llena de él, volví a penetrarla; ambos empezamos a movernos, nuestras manos abarcando su cuerpo y las de ella acariciando los nuestros. Los momentos juntos siempre eran intensos, explosivos, y parecía que ninguno podía conseguir suficiente del otro.

—Joder... —grité advirtiéndolos de que no duraría demasiado.

—Córrete, Fox. Dame tu orgasmo —me rogó ella, y exploté. Detrás de mí oí correrse a mi hermano.

—Bebé, vas a matarme —anunció él.

Nos quedamos los tres abrazados, acariciándonos.

—Ya no puedo imaginar mi vida sin vosotros.

—Tampoco yo —asegué.

—Somos perfectos, juntos.

—Sí, Coop, estoy completamente de acuerdo.

Ella se sentó en la cama.

—Yo también tengo una sorpresa para daros.

Ambos fruncimos el ceño.

—Estoy... esperando nuestro segundo hijo.

—¿De verdad? —pregunté incrédulo; no podía creer que nuestra vida fuera tan perfecta, ni que fuera tan feliz.

Hacía dos meses que ella había dejado de tomar sus pastillas y lo hacíamos sin protección, sin importar que, si quedaba embarazada, fuera biológicamente mío o de Coop; es más, habíamos acordado que ni siquiera queríamos saber quién era el padre biológico, porque, lo mismo que con Draco, ambos nos consideraríamos padres del nuevo bebé.

Nos besamos. Coop estaba muy emocionado; él era el más sentimental de los dos, pero no menos fuerte que yo.

Le hicimos el amor esa vez, con más cuidado al penetrarla, y la regañamos incluso por no habernos dicho antes que estaba encinta, para ser un poco menos bruscos al follarla.

Éramos conscientes de que la nuestra no era una historia de amor que todos podían entender, pero estábamos convencidos de que el amor no apuntaba a dos mitades, sino a un todo.

Por eso, estábamos dispuestos a defender esos sentimientos que no nos hacían especiales, pero sí únicos.

Epílogo

Poppy

Lo habíamos arreglado todo para que nuestros amigos vinieran a conocer el rancho. Ellos ya sabían que había tenido a Draco, y también que estaba con Cooper, pero no tenían ni idea de nuestro triángulo amoroso.

Debía reconocer que estaba nerviosa. Bronco y Fox habían partido, en las camionetas de la finca, a recogerlos al aeropuerto; todos viajaban en el avión particular de Luka y Nicole.

De pronto, en el camino hacia la casa, divisé las camionetas todoterreno que empezaban a acercarse, así que cogí a mi hijo en mis brazos y lo encajé en mi cadera; mi bebé acababa de cumplir un año.

Los vehículos aparcaron frente a la casa y de inmediato mis amigas bajaron y corrieron a abrazarme, dejando rezagados a los hombres y los niños.

Nos emocionamos al vernos; había pasado tiempo y muchas cosas desde la última vez que estuvimos juntas. Mía, la hija de Maverick y Joss, ya andaba, y me asombré al verla tambaleante acercándose a mí.

—Saluda a la tía Poppy, Mía.

La chiquilla había nacido prematura, pero gracias a Dios crecía muy bien.

—No puedo creer que con ocho meses ya esté caminando.

—Quería sorprenderte cuando la vieras, por eso no te conté nada por teléfono.

Nicole estaba con mi Draco en sus brazos.

—Hola, tía Poppy.

—Hola, mi princesa, pero ¡qué mayor y qué guapa estás! ¿Ya tienes novio? —saludé a Mila y la llené de besos.

—Shh... No digas nada, porque mi papá aún no lo sabe —me habló al oído —: mi novio es uno de los niños que quiere adoptar Brock, ¿te acuerdas del amigo de mi mamá?

—Sí, me acuerdo.

—Pero a mi papá él no le cae bien, por eso te lo cuento en secreto.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Chocamos las manos.

—¿De qué secreto habláis?

—Cosas de mujeres, Luka.

—Oh, Dios, ¡qué enorme está Luciano!

Spencer había salido tras él, pues el crío se había arrancado a correr.

—Entremos —los invité a pasar después de terminar de saludar al resto de los recién llegados. No se me escapó que Chiara lucía taciturna.

—Me gusta tu pelo, Chiarita.

—Ya sabes, cuando ando loca, me gusta hacerle cambios a mi peinado.

—Te queda muy bien.

Los llevamos a recorrer la casa, que era inmensa, y luego los ayudamos a instalarse. Luka y Nicole, con los dos niños, se quedaron en la casa de huéspedes, que era muy espaciosa, y el resto de nuestros invitados lo hicieron en las amplias habitaciones de nuestra vivienda.

—Ésta es nuestra habitación —comenté mientras abría la puerta, dejando a la vista de nuestros amigos la cama de tamaño especial que habíamos mandado hacer—. Creo que estaréis muy cómodos aquí, contando además con la habitación de Draco... pues, como veis, nuestra cama es enorme y entramos muy bien los cuatro —anuncié esperando en silencio la reacción de todos.

Drake se rascó la frente, y entonces Cooper y él se adelantaron y me cogieron por la cintura.

—Tenemos claro que no es algo que todo el mundo puede aceptar —

intervino Drake—, pero esperamos que vosotros sí lo hagáis... Sabemos que nos tenéis afecto y nosotros a vosotros; es cierto que todavía no conocéis mucho a mi hermano, pero sé que os caeréis muy bien.

—Es obvio que estáis un poco perdidos —acotó Coop—, pero ya no queremos mentiros más.

—Además —añadí—, necesitamos compartir con vosotros lo que sentimos y la forma de vida que hemos elegido llevar los tres; esperamos que no nos juzguéis. Por favor, estoy muy nerviosa...

Drake me besó en la sien y Cooper en la mejilla.

Los niños se habían quedado en el cuarto de Draco jugando con sus juguetes, incluso Mila se había unido a ellos.

—¿Te parece que alguno de nosotros de verdad tiene derecho de juzgar lo que hacéis en vuestra intimidad? —me preguntó Nicole, y se abalanzó sobre mí para abrazarme; luego a nuestro abrazo se unieron Chiara y Joss—. Lo único que nos interesa es que seáis felices; no nos importa la manera en que lo consigáis... Vuestra intimidad es vuestra y no nos concierne a nadie.

Joss cogió el colgante que pendía de la cadenita que llevaba al cuello, igual al que nos había regalado a cada una de nosotras, y dijo en voz alta:

—Cree... No importa la forma, sólo hay que creer que se puede ser feliz. Mírame a mí: después de todo por lo que pasé, Mav me aceptó a su lado, y tú sabes muy bien lo que él vio de mí.

—¿Y yo, entonces? Conoces perfectamente mi pasado y, sin embargo, a Luka no le importó. Tú me enseñaste a mí que no hay de qué avergonzarse, que la vida hay que vivirla y no importa el modo en que se consiga la felicidad.

—¿Chiara?

—Bueno, no me miréis así las tres... Es cierto que cargáis con las historias más jugosas, pero mi mente es lo suficientemente abierta como para entender que las reglas, a veces, están para seguirlas, pero, cuando se ha probado todo

lo que éticamente parece adecuado, en ocasiones romperlas es la única solución que nos queda.

»No soy una mojigata tampoco.

Nos abrazamos las cuatro.

Los hombres ya estaban, por su parte, hablando entre ellos de nuestro poliamor, pero a mí lo que me importaba eran mis amigas, recuperarlas.

Cuando volvíamos hacia la sala, Chiara soltó:

—¡Jodeeeeeeeeeer, amiga, los minisándwiches que te almuerzas!

Nos carcajamos por su ocurrencia.

—Ojo, que el pan engorda —acotó Nicole.

—Sí, no vaya a ser que pierdas tu figura, aunque, ¿quién te quita lo bailado? —bromeó Joss.

—Bueno, es un poco tarde para lamentaciones, porque perderé la figura muy pronto. Estoy...

—¡¿Noooooo?! —gritaron las tres, y asentí asegurándoles que era cierto, que volvería a ser mamá.

Los hombres se dieron la vuelta para ver a qué venía tanto griterío, y vieron el momento en que ellas me tocaban la barriga. Entonces felicitaron a Drake y a Cooper y les explicamos que no queríamos saber, de no ser necesario, quién era el padre biológico, y ellos lo comprendieron muy bien.

Se quedaron en el rancho durante una semana y los días pasaron volando; fue un tiempo de mucha calidad, compartido con nuestros afectos, la familia que elegíamos una y mil veces.

Sentía que nuestra vida era maravillosa. Sé que dicen que la felicidad completa no existe, pero, cuando miraba a mis dos hombres, acariciaba mi vientre y besaba a mi hijo, estaba muy segura de que estaba a punto de alcanzar la perfección.

Sólo cree... en el amor, ésa es la única forma de encontrarlo; la manera, es sólo un pequeño detalle.

FABIANA PERALTA

Biografía

Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción y Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*, *Hueles a peligro*, *Jamás imaginé*, *Desde esa noche* y *Todo lo que jamás imaginé* y *Devuélveme el corazón*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.fabianaperalta.com

Referencias de las canciones

She Cranks My Tractor, ℗ © 2012 This Is Hit, Inc. d/b/a Broken Bow Records, interpretada por Dustin Lynch. (N. de la e.)

Give a Cowboy a Kiss, ℗ © 2013 Cody Johnson, interpretada por Cody Johnson. (N. de la e.)

Hold On (Won't Let Go), ℗ © 2016 Dot Records, interpretada por Steven Tyler. (N. de la e.)

We Own It (Fast & Furious), Copyright: ℗ 2013 Def Jam Records, a division of UMG Recordings, Inc. © 2013 Universal Studios, interpretada por 2 Chainz & Wiz Khalifa. (N. de la e.)

Life's Too Short, Copyright: ℗ A Capitol Records Nashville; 2017 UMG Recordings, Inc. © 2017 UMG Recordings, Inc., interpretada por Darius Rucker. (N. de la e.)

Don't, Copyright: ℗ A Capitol Records Nashville; 2017 UMG Recordings, Inc. © 2017 UMG Recordings, Inc., interpretada por Darius Rucker. (N. de la e.)

Don't Close Your Eyes, Copyright: ℗ 1997 BMG Music, interpretada por Keith Whitley. (N. de la e.)

Notas

1. *Brave*: valiente, en inglés.

2. Stetson: marca de sombreros fabricada por John B. Stetson Company. Es conocido como una de las piezas que define el atuendo del genuino vaquero norteamericano.

3. Siglas en inglés de Professional Bull Riders, Inc., pertenecientes a la organización internacional profesional de jinetes de toros, con sede en Pueblo (Colorado, Estados Unidos). Cuenta con más de mil doscientos vaqueros de Estados Unidos, Canadá, México, Brasil, Australia y otros países.

[4.](#) Smoky Black: caballo con el color de pelaje negro ahumado, conocido en España como *negro morcillo*.

5. Almohaza: también conocida como *rasqueta* o *rascadera*. Se trata de un cepillo rústico, muchas veces poco más que una chapa de hierro con dientes menudos, triangulares y romos, dotada de asa o mango, que sirve para limpiar los caballos.

6. Bruza: cepillo de cerdas, generalmente con una abrazadera de cuero para meter la mano, que sirve para la higiene del caballo.

1. *Community manager*: profesional responsable de planificar, gestionar y administrar la comunidad online en torno a una marca en Internet, elaborando y manteniendo relaciones estables y duraderas con sus clientes, sus fans y, en general, con cualquier usuario interesado en dicha marca.

1. También denominados *zahones*, son una especie de mandil, generalmente de cuero, atado a la cintura, con perneras abiertas por detrás y anudadas a las piernas.

1. Thor A.C.E.: marca y modelo de *motorhome* o autocaravana.

1. Monster Energy: bebida energética que fue lanzada por Hansen Natural en el año 2002. Se comercializó y distribuyó por Hansen Natural Corporation, una empresa de Corona, California.

1. *Fox*: zorro, en inglés.

1. Lejano Oeste: términos con que se denomina popularmente los hechos históricos (con sus personajes protagonistas) que tuvieron lugar en el siglo XIX durante la expansión de la frontera de los Estados Unidos de América hacia la costa del Océano Pacífico.

1. *Touch and go*: literalmente, toco y me voy, en inglés; se refiere a sexo ocasional.

Primera regla: no hay reglas
Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19610-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

